José Carlos Mariátegui

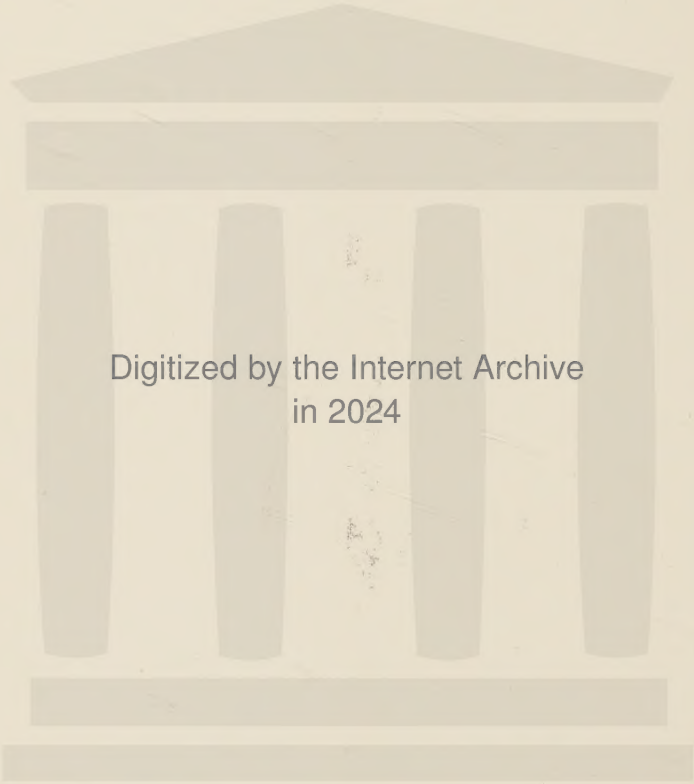
UNIVERSITY OF ARIZONA
3900103261541 4

Obras V

Escritos Juveniles

La Edad de Piedra

8


Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0008jose

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO 8

Voces V

Compilación de Alberto Tauro

PQ
8497
M267
A6
1987
v.8

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERÚ

© Empresa Editora Amauta S.A.
Calle 1 Nº 142, Urb. Sta. Lucía
Km. 2.600 C. C. – Ate, Lima 3
Casilla de Correos 10111, Lima 100

NOTA EDITORIAL

Con este octavo tomo de Escritos Juveniles se completa la compilación de los textos de José Carlos Mariátegui publicados antes de su viaje a Europa. Por tratarse de poemas, artículos y notas desperdigados en diarios y revistas, en colecciones a veces incompletas, es seguro que una segunda búsqueda, igualmente minuciosa, permitirá recuperar otros textos, principalmente los aparecidos sin firma y que hay que identificar por el estilo del autor. Por ejemplo, en el diario "La Razón" que dirigiera y publicara con César Falcón y Humberto del Águila (1919), la falta de una colección completa no ha permitido realizar esta búsqueda. Y de material literario y poético, están apareciendo otras producciones que ya hemos comenzado a publicar en el Anuario Mariateguiano, *y se incorporarán en la próxima edición de esta serie de* Escritos Juveniles.

La iniciativa y la cordial insistencia de Alberto Tauro permitieron que se dieran a la estampa estos Escritos Juveniles, *pertenecientes a la etapa de la vida que José Carlos Mariátegui denominara su "edad de*

piedra". Los textos introductorios escritos por Tauro en los cuatro primeros tomos, se iban a completar con la presentación general del último tomo, el octavo. Pero la enfermedad aguda que produjera la desaparición física de nuestro amigo, con un morbo de corta evolución, de unas pocas semanas, no le permitió escribir ese estudio que epilogaba la serie de textos introductorios y que Alberto Tauro pensaba ampliar y darle autonomía en un libro propio. En su partida se llevó esas páginas, seguramente maestras, como todas las por él escritas, cuyo "borrador mental" estaba ya definido, pero que no pasó de su cerebro excepcional a la máquina de escribir.

Los directores de la Empresa Editora Amauta, editores de los Escritos Juveniles *de José Carlos Mariátegui, dedican póstumamente estos tomos a la memoria de Alberto Tauro, en homenaje a su relación con nosotros por más de cinco décadas.*

Los Editores

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI (Juan Croniqueur), 1918.

VOCES V

VOCES

Aquí y allá

El señor Brum, hombre insigne, triunfador y glorioso del Uruguay, tiene en esta pálida y menesterosa ciudad que lo hospeda, entre muchos amigos nuevos, tres amigos antiguos. Tres amigos que, al mismo tiempo que tres amigos de sus bizarros días universitarios, se llaman para él tres compañeros, tres camaradas y tres cofrades de una sonora jornada estudiantil. Al público, que tan bien los conoce y los quiere, no necesita que le digamos quiénes son. Pero, como el público es a veces muy olvidadizo, es mejor que le digamos que son el señor Manuel Prado y Ugarteche, el señor Víctor Andrés Belaúnde y el señor Óscar Miró Quesada.

Los tres, además del mérito actual de ser muy amigos del señor Brum, poseen muchos méritos más. Los tres son jóvenes como el Sr. Brum, talentosos como el señor Brum, idealistas como el señor Brum. Los tres se han sentado con el señor Brum en el mismo Congreso de Montevideo. Los tres han sido, por ende, universitarios sobresalientes y esclarecidos como el señor Brum. Los tres han sentido, muchas veces, iguales empeños, iguales ilusiones, iguales fervores e iguales ardimientos que el señor Brum.

Sus espíritus no se semejan entre sí. Son, más bien, un tanto símiles. Pero no importa. Distinguido, pulcro, hidalgo y sutil el espíritu del señor Manuel Prado; inquieto, travieso, investigador y selectísimo el del señor Miró Quesada; profundo, complejo, armonioso y robusto el del señor Belaúnde; son los tres espíritus muy ricos en dones, excelencias y virtudes. Tan simpático es el espíritu del señor Belaúnde como el del señor Prado y como el del señor Miró Quesada.

Y, además, el señor Belaúnde, el señor Prado y el señor Miró Quesada, son varones de hábito estudioso, de moral austera, de costumbres nobles, de patriotismo acendrado y de ambiciones puras. Los tres, por eso, son profesores de la Universidad. Los tres merecen la atención cariñosa de las

gentes. Los tres no provocan enojos ni encienden malquerencias.

Por consiguiente es muy probable que el señor Brum se haya asombrado de que ninguno de los tres ocupe en la política, en el parlamento ni en el gobierno las posiciones que en su país ocupan los hombres de su generación. Y es muy natural que muchas personas, presintiendo el asombro del señor Brum, se hayan apresurado a justificarlo. Y que se hayan lamentado de que hasta ahora nos parezcan jóvenes el señor Prado, el señor Belaúnde y el señor Miró Quesada.

El instante juvenil y primaveral que vivimos desde que se halla entre nosotros la embajada uruguaya, llegada, con interesante sincronismo, junto con la fiesta de la raza y la fiesta de la juventud, nos obliga, efectivamente, a recordar que el señor Belaúnde no ha podido aún ser diputado, que el señor Miró Quesada no ha intentado serlo y que el señor Prado no ha pensado siquiera intentarlo. Y que los tres seguirán siendo demasiado jóvenes, por mucho tiempo, en este país de los "hombres de peso".

Y no será por quejarnos de nuestro país delante de huéspedes tan simpáticos. No será absolutamente por una impertinente manía pesimista. No será por un vituperable sentimiento de envidia. No será por nada de eso asbsolutamente. Le aseguraremos ahora mismo, si se quiere, al Sr. Brum, bajo nuestra palabra de honor, que el Perú sabe apreciar en sus hijos todo mérito descollante, toda energía sana y todo impulso renovador. Que pasa únicamente que en el Perú el culto a la ancianidad y a la experiencia es muy grande y religioso. Y que, por otra parte, la juventud anda muy contenta y regocijada de que así sea.

Y que, por eso, exclusivamente por eso, solamente por eso, si alguna vez enviamos al Uruguay a un embajador, con títulos de canciller, de leader y de presidente electo, le enviaremos tal vez al señor don Manuel Bernardino Pérez cargado de años, de refranes, de achaques y de pecados...

(En *El Tiempo*: Lima, 12–X–1918)

VOCES

Día solemne

El día de ayer fue un día extraordinario. Se juntaron, fundieron y consustanciaron en este día cinco fiestas. La fiesta de la Raza. La fiesta de la Juventud. La fiesta de la Libertad. La fiesta de la Primavera. Y la fiesta del señor Aspíllaga. Todas magnas y trascendentales. Cualquiera de ellas bastaba para que las banderas se izaran al tope, para que se vistiera de gala la ciudad, para que se suspendiera todo trabajo servil y mercenario y para que el señor don Manuel Bernardino Pérez se pusiera su más novísima, rosada y donjuanesca corbata dominical.

Pasmábase la gente de que en un solo día se hubiesen reunido la Raza, la Juventud, la Primavera, la Libertad y el señor Aspíllaga. Pensaba que no podía ponerse en duda que el día era muy grande. Y se imaginaba alborozada una ingenua y escolar escena de "cuadro vivo": el señor Aspíllaga rodeado y asistido por la Raza, la Juventud, la Primavera y la Libertad. Una escena de "cuadro vivo" que podía ser también una escena de "carro alegórico". O una portada de semanario nacional. O una apoteósica huachafería del mismo estilo.

Pero esta no era sino la sensación de la calle embanderada y zalamera. No estábamos evidentemente en un día vulgar. Estábamos en un día muy distinguido y novedoso. No solamente por la calidad de su simbolismo sino también por la modernidad de su creación. Se trataba de un día cuya solemnidad festiva no se avenía con interpretaciones criollas.

Y tenía que ser así, indiscutiblemente, para que el señor Aspíllaga, varón de buen gusto afamado, de espíritu pulcro y de elegancia suma, hubiese celebrado ayer su fiesta en honor y obsequio de la embajada uruguaya.

Había quienes olvidándose de la majestad internacional de la hora, preguntaban, mirando al Restaurante del Parque Zoológico:

–¿Este té del señor Aspíllaga significa efectivamente un agasajo del

futuro presidente del Perú al futuro presidente del Uruguay?

Y la ciudad protestaba en masa:

–¿Quién habla ahora de política? Ahora no debe hablarse sino de Wilson. Y de la sociedad de las naciones. Y del porvenir venturoso de la humanidad. Y de los juegos florales. Y de los ditirambos de Víctor Andrés Belaúnde. El señor Aspíllaga no es hoy el candidato del momento. Es el gentleman de siempre. Es el presidente del Club Nacional. Es el señor Aspíllaga de toda la vida.

Y, claro, la ciudad con estas palabras le cortaba el vuelo a la curiosidad política.

Aunque, en la noche, en medio aún de los gentiles rumores de la fiesta, la misma ciudad, pese a sus protestas de la tarde, tuviese en los labios una interrogación:

–¿Es cierto que ha salido de Londres el señor Leguía?

(En *El Tiempo*: Lima, 13–X–1918)

VOCES

Paz en la tierra

No ha querido el destino que la guerra durase más que el gobierno del señor Pardo. Y en un día solemne, entre los faustos de la Fiesta de la Raza, de la Fiesta de la Primavera, de la Fiesta de la Juventud, de la Libertad y de la Matinée del señor Aspíllaga, nos ha anunciado su fin.

Aunque no lo parezca, estamos, pues, en el umbral de un instante trascendentalísimo. El instante de que tanto se nos ha hablado. El instante del Congreso de las Naciones. El instante de la paz de Wilson. El instante de la organización jurídica de la humanidad, como dijo un día el señor Maúrtua en el Parlamento.

Parece que nos estábamos encariñando con la idea de que la guerra no se acabaría pronto. Y, por eso, habíamos empezado a hablar como de una fecha simbólica, maravillosa y lejana de la fecha de la paz. Unas veces nos era muy cómodo dejarlo todo para "cuando concluyese la guerra". Otras veces considerábamos muy sugestivo hablar de los graves problemas que tendríamos que resolver, unidos, solidarios, previsores y fuertes "cuando concluyese la guerra".

El alegre folklorista nacional doctor Baltazar Caravedo había analizado, expurgado y catalogado este "cuando" con su ingeniosa travesura de siempre.

Nos había hablado así:

–El fin de la guerra es ahora para nosotros lo que era antes la apertura del Canal de Panamá. Ahora se exclama "¡Cuando termine la guerra!" como antes se exclamaba "¡Cuando se abra el Canal!" Nuestro "cuando" ha cambiado de nombre. ¡Pero sigue siendo "cuando"!

Y probablemente el doctor Caravedo estaba en lo cierto. Probablemente pronunciaba su más acertado diagnóstico de alienista. Probablemente emitía su mejor dictamen de psicólogo y sociólogo del criollismo.

El aviso del fin de la guerra tiene, pues, que desconcertarnos un poco.

Esperábamos que la paz llegase algún día; pero no esperábamos que llegase tan rápidamente. Y, más, deseábamos acaso que tardase un poco en llegar. Así manteníamos viva una expectación. Así conservábamos, para los entreactos de la política doméstica, el tema de la posición del Perú frente a la guerra. Así vivíamos en la inminencia permanente de un suntuoso discurso del doctor Cornejo con parábolas, escenas y palabras de la Historia Sagrada.

Es muy brusco esto de que amanezcamos un día con la notificación con que no vamos a entretenernos más con la lectura cotidiana de los truculentos comunicados oficiales. Y esto de que no podamos seguir invocando la guerra y sus secuelas para invitarnos recíprocamente al amor y a la concordia. Y esto de que estemos obligados a pensar inmediatamente en la cabida que tiene dentro del programa de Wilson nuestro pleito con Chile.

Sería de asombrarse que no hubiera sonado en la ciudad más de una exclamación, rebosante de descontento, como ésta:

–¿Pero de veras se ha acabado ya la guerra? ¿De veras se ha acabado tan pronto? ¿Y de veras vamos a ocuparnos inmediatamente de la paz? ¡Qué fastidio!

(En *El Tiempo*: Lima, 14–X–1918)

VOCES

Son de combate

Ha pasado la tregua política.

El general Cáceres ha venido de Ancón. Y ha llamado a la casa de San Ildefonso a sus amigos del partido constitucional. Y ha escuchado el parecer de cada uno que, por supuesto, ha sido siempre su parecer. Y ha conversado largamente con el señor Osores. Le ha preparado los párrafos de su contestación al señor Bernales.

Y ha convocado para esta tarde a su junta directiva.

La junta no va a acordar, por supuesto, sino lo que ya tiene acordado. No crean ustedes que va a leer recién la invitación del señor Bernales. Ni crean ustedes que recién va a ponerse a pensar en ella. Ni crean ustedes que recién va a discutirla y analizarla. Todo eso lo ha hecho oportuna y prolijamente. Hoy no va sino a formalizarlo, ejecutoriarlo y promulgarlo.

Es natural, por esto, que se haya percibido anticipadamente algo de lo que hoy se va a declarar. Y que los constitucionales le van a dar un punto final repentino y sonoro al debate sobre la asamblea de los partidos.

Para el público, saber que esta tarde se reúnen los constitucionales es, por consiguiente, saber que esta tarde se acaba el tema de la convención.

Los constitucionales van a anunciarnos implícita y explícitamente, no sólo que no pueden concurrir a la convención sino que por lo pronto, no pueden discutirla siquiera. Y, si ni los constitucionales ni los leguiístas quieren concurrir a la convención, seguramente los demócratas tampoco querrán concurrir a ella. Las palabras del señor don Isaías de Piérola que lo indican están impresas en los periódicos. Y probablemente los futuristas harán lo mismo que los demócratas. La idea de la convención se quedará desamparada, en medio de la calle. Porque no es probable que a los partidos civil y liberal se les ocurra hacer una convención de familia ni aun en el caso de que los futuristas se avengan con ir a hacerles compañía.

El problema se complicará, pues, en demasía.

El partido constitucional, según parece, no se propone decir únicamente que la convención no serviría para resolver el problema electoral. Se propone decir mucho más aún. Que las elecciones mismas no servirían para resolverlo si el gobierno no las quisiese rodear de tales y cuales garantías. No garantías de palabra, naturalmente, sino garantías de hecho. Garantías al contado. Garantías que, sin duda alguna, el gobierno no va a conceder por nada de esta vida. Cosa que, por supuesto, no le importa al partido constitucional. Porque comprende perfectamente que el gobierno le negará esas garantías.

Y esto es precisamente lo que busca: que se las niegue. Que se las niegue en voz alta. Y que el país lo oiga.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–X–1918)

VOCES

Empieza la ofensiva

Amanecemos con la respuesta del general Cáceres al señor Bernales entre las manos. Una respuesta que es la respuesta que esperábamos. El primer paso de una gran ofensiva. La primera señal del sentimiento de la oposición. El primer síntoma de las probabilidades del porvenir.

El general Cáceres no ha querido contestar al señor Bernales por su cuenta y riesgo. Es en su partido, más que un jefe, un generalísimo. Pero es un generalísimo que no se fía únicamente en su discernimiento. Consulta siempre la opinión de su estado mayor. Y en esta oportunidad la ha consultado muy especialmente.

Las declaraciones de su carta, sancionadas solamente en la tarde de ayer por la junta directiva del partido constitucional, representan más de quince días de análisis, de tanteos y reflexión. Ningún concepto ha sido puesto allí a humo de paja. Ninguna palabra ha sido puesta allí sin atención. Todo está allí muy compulsado, muy estudiado, muy tamizado, muy medido.

Acaso por esto algunos miembros de la directiva constitucional no recibieron ayer con mucho entusiasmo esas declaraciones. Gentes francotas y bravías, amigas de la acometida ruda y temeraria, alababan su forma y su fondo, su estilo y su idea, su propósito y su manera de expresarlo; pero decían con los ojos que no les gustaban mucho. Las deseaban menos sagaces, menos políticas y menos cautas.

Había, a su juicio, que gritar seca y ásperamente:

–¡Al partido constitucional no le da la gana ir a la convención!

Y había que gritarlo descargando un puñetazo tremendo sobre la mesa.

Pero se convino siempre en que el general Cáceres no podía tener actitudes pasionales y agresivas jamás. Era necesario que hablase siempre con mucha solemnidad y con mucha mesura. Como un apóstol. Como un maestro. Como Wilson más o menos. Y, además, era necesario que el partido constitucional le probase al país que deseaba agotar todos los

recursos conciliatorios. Y que su actitud tuviese un sello personal y propio. Y que sus palabras no pareciesen el reflejo de otras palabras.

El señor Osores, persuasivo, discreto, sosegado y parsimonioso, supo, como de costumbre, decir lo indispensable para probar que el general Cáceres tenía mucha razón.

El pensamiento de la directiva constitucional hubo de unificarse rápidamente. Militarmente. Y marcialmente.

Y por eso llegamos a esta madrugada del dieciséis de octubre con un documento sensacional delante. Un documento que hemos releído muchas veces. Un documento que el gobierno habrá releído más veces que nosotros todavía. Porque es un documento muy grave tanto por lo que dice como por lo que no dice.

Este documento nos declara que el partido constitucional no sólo no confía en la convención sino que no confía tampoco en las elecciones. Nos declara que el partido constitucional cree que antes que garantías para la convención hay que tener garantías para las elecciones. Y nos declara que esas garantías no pueden ser sino la renuncia del señor Pardo a sus dos grandes instrumentos electorales: los seis ministerios que se distribuyen las funciones de la administración pública y las matrículas de mayores contribuyentes. Dos grandes instrumentos que se reducen a uno solo: el gobierno mismo.

Y es que cuando se pide a Dios no se puede pedir poco.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–X–1918)

VOCES

Ambiente pesado

Tenemos un mundo de noticias sobre la mesa. Una nos cuenta que el señor Leguía se halla de veras con el pie en el estribo. Otra nos cuenta que el señor don Isaías de Piérola se prepara otra vez para montar a caballo. Otra nos cuenta que el partido demócrata va a declarar que tampoco le gusta la convención. Otra nos cuenta que el señor Pardo quiere dimitir.

Todo esto a renglón seguido de la carta del general Cáceres al señor Bernales que tan estruendosamente ha repercutido en la ciudad y que tanto ha desasosegado al gobierno por su tono agorero y solemne.

Pensamos, justificadamente, que este amontonamiento de sucesos es superior a nuestras fuerzas. Nos imaginábamos nosotros que ayer no íbamos a tener más acontecimiento que la reconsideración del empréstito municipal en la Cámara de Diputados. Y nos parecía bastante para un solo día. No necesitamos recordar que esa reconsideración, aunque haya sido pedida con mucha inocencia por el señor Químper, tiene mucha trastienda política.

Tuvimos, pues, que sentirnos abrumados cuando en una esquina nos preguntaron si estábamos enterados de la probabilidad de que el señor Pardo se marchara del Palacio de Gobierno y en la otra esquina nos preguntaron si estábamos enterados de que el señor don Isaías de Piérola iba a dar la vuelta al Perú en dos meses.

Y cuando en la esquina de mas allá nos encontramos con unos futuristas despavoridos que, agarrándose la cabeza con las dos manos, nos gritaron:

–¿Han leído ustedes la carta del general Cáceres? ¿Y se han fijado bien en lo que dice? ¿Y han averiguado algo de lo que no dice? ¿Y no opinan ustedes con nosotros que si el gobierno no se achica estamos todos perdidos? ¿Y que se nos viene encima la lucha más despiadada, truculenta y sombría? ¿Y que hemos perdido el único remedio posible: la presidencia de Villarán?

Afortunadamente estos futuristas se lo hablaron todo ellos solos. Afortunadamente no nos exigieron ninguna contestación. Y afortunadamente no hicieron ningún esfuerzo por convencernos de que el señor Pardo se proponía renunciar a la Presidencia de la República.

Aturdidos por tanto rumor, por tanta murmuración y por tanto vaticinio apenas si atinamos a coger con las dos manos el acaecimiento más grande.

Y apenas si atinamos a exclamar:

–¡Eso no puede ser! ¡No creemos al señor Pardo capaz de irse del gobierno así no más! ¡Queremos verlo vencer en la demanda o sucumbir en ella! ¡O con el escudo o sobre el escudo!

Aunque entonces nos confundan con un razonamiento criollo:

–¿Y qué tendría de malo que el señor Pardo dimitiese? ¿También no dicen que el Káiser va a abdicar? ¿Por qué el señor Pardo no puede hacer en el Perú lo mismo que el Káiser en Alemania?

Prudentemente nos abstenemos de responder que el señor Pardo no puede abdicar como el Káiser.

Y que sólo por esto no debemos esperar de él que se vaya del gobierno.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–X–1918)

VOCES

Otra espera

El partido demócrata tiene ahora la palabra. Después del nombre histórico del general Cáceres va a sonar forzosamente el nombre histórico de don Isaías de Piérola. Seguirá a la voz de un personalismo ilustre la voz de otro personalismo ilustre. Aunque el esclarecido señor Cornejo, en el nombre de la democracia, se duela de tanto personalismo persistente y simbólico.

Los demócratas se hallan en la inminencia de una declaración. Próximamente, según se nos cuenta, hablará su junta directiva. Hablará con el credo del partido en la mano. Hablará para sentar un principio únicamente. Hablará sin ocuparse de las modalidades ocasionales del problema político.

Don Isaías de Piérola cree que los demócratas no necesitan reflexionar mucho para elegir su camino. Su camino debe ser el mismo que han seguido siempre. No tienen sino que tomarlo de nuevo.

Y, por eso, a don Isaías de Piérola, más que la próxima declaración del partido demócrata, le interesa su próxima gira por la república. Tiene puestos los ojos en el mapa del Perú. Y se siente ya enardeciendo y arrebatando a los pueblos.

Muy natural es, por supuesto, que así sea.

Don Isaías de Piérola no es un político de acción diplomática. Es un político de acción tumultuaria. No le acomoda ni le place vivir en la ciudad, entre discreteos, murmuraciones y reticencias. Quiere estar siempre cerca del pueblo. Quiere estar siempre a la cabeza de una jornada cívica.

Además, desea que el pierolismo tenga en cada ciudad del Perú el mismo despertar que tuvo el otro día en la clásica Alameda de los Descalzos. No le contenta una resurrección teórica y protocolaria del partido demócrata. Anhela una resurrección práctica y ostensible. Y se marcha a conseguirla con su presencia, con su paso, con su palabra, con su

apellido, con su leyenda.

Y claro que no va a hacer por motivo alguno una gira ceremoniosa y solemne. Eso de ninguna manera. Su propósito es tomar el primer vapor que se le ocurra y aparecer súbitamente en el puerto que se le antoje. Y desembarcar con un puro y con una sonrisa en la boca. Y estrechar entre sus brazos a sus amigos y a sus prosélitos.

No fletará un yate. No contratará un pullman. No llevará cortejo. Tratará de batir, al mismo tiempo que un record de político, un record de turista.

Y es muy probable que en cualquier ciudad donde le venga en gana acordarse de que también es comerciante, les diga muy risueño a sus partidarios:

–No me traten ustedes con ceremonia. Yo no soy en estos momentos el jefe del partido demócrata. Yo no soy sino su agente viajero...

(En *El Tiempo*: Lima, 18–X–1918)

VOCES

Porfiado siempre

El señor Pinzás no se rinde. Su germanofilia es de acero templado. No la reduce nadie ni la amengua nada. Desafía a todo el mundo.

Veremos rendirse al Káiser. Veremos rendirse a Hindenburg. Veremos rendirse a Ludendorff. Veremos rendirse a la guardia imperial. Veremos rendirse al último húsar de la muerte. Pero no veremos rendirse al señor Pinzás. El señor Pinzás permanecerá irreductible en su puesto de diputado germanófilo.

No le importa al señor Pinzás que la propia Alemania acate la autoridad de Wilson. Él no quiere acatarla por ningún motivo. Él se resiste a reconocer en Wilson al apóstol de la humanidad. Él no transige con Wilson en lo más mínimo. Está resuelto a quedarse solo en el mundo echándoles bala a los aliados.

Todos los deberes del Perú ante la guerra han tenido en el señor Pinzás a un enemigo sañudo y recalcitrante. El Sr. Pinzás se opuso a que nos quejásemos duramente del hundimiento de la "Lorton". El señor Pinzás se opuso más tarde a que nos solidarizásemos con los Estados Unidos. El señor Pinzás se opuso luego a que rompiésemos las relaciones con Alemania. El señor Pinzás se opuso igualmente a que nos incautásemos de los barcos alemanes. Y cuando el señor Ruiz Bravo pidió que le declarásemos de una vez la guerra a los alemanes, el señor Pinzás estuvo a punto de volverse loco.

No ha habido en los dos años últimos ningún debate internacional que no haya encontrado al señor Pinzás listo a sacar la cara por Alemania. Y que no lo haya colocado fuera de quicio siempre. Y que no lo haya hecho ponerse de pie para asegurar, con las manos en los bolsillos del pantalón, que Alemania era el pueblo más grande de la tierra.

Hasta hace muy poco tiempo estaba poseído el señor Pinzás por una fe religiosa en el triunfo de Alemania.

–¡Alemania vence!– nos afirmaba todos los días con su jadeo de costumbre. –Alemania vence porque Alemania es un pueblo virtuoso. Alemania vence porque está escrito que venza.

Nosotros tratábamos de aburrirle invariablemente:

–¿Dónde está escrito eso señor Pinzás? ¿En algún periódico acaso? No lo crea usted entonces. Los periódicos son muy mentirosos. Se lo declaramos a usted bajo nuestra palabra de periodistas.

Y el señor Pinzás seguía en sus trece:

–¡Alemania vence!

Y no le arredraba siquiera el humorismo travieso con que el señor Maúrtua le preguntaba a veces palmeándole un hombro:

–¿De dónde ha sacado usted ese embeleco? ¿De dónde diablos, gordito?

Ahora que ni al Káiser se le ocurre que Alemania puede vencer, el señor Pinzás tampoco es capaz de decirlo, por supuesto.

Pero continúa de enemigo de los aliados. Y continúa enfurecido contra el presidente Wilson. Y continúa hablando en nombre de Nietzsche y de Von Bernhardi.

El señor Maúrtua, grande y buen amigo suyo que tiene abiertos para él en todo instante sus brazos de maestro, le dice:

–¡Qué tal gordito! ¡Es usted un junker! ¡Qué digo un junker! ¡Es usted un submarino! ¡Si hasta parece siempre que acabara usted de salir de bajo del agua!

(En *El Tiempo*: Lima, 19–X–1918)

VOCES

Otra carta

El partido demócrata tampoco quiere ir a la convención. Acaba de decirlo don Isaías de Piérola en una carta circular a sus comités departamentales. Y probablemente va a ratificarlo esta tarde con palabra tundente y entonación sonora en la pachamanca de los demócratas chalacos.

La declaración de don Isaías de Piérola no es una declaración eufemística ni diplomática. Es una declaración de pura cepa demócrata. Rechaza la idea de la convención sin dedicarle ningún piropo. Y sin alabar su intención. Y sin decir siquiera que cree en su sinceridad.

Y no se queda conforme con esto.

–¡Los demócratas tenemos que cerrarle el paso a la convención! –grita resueltamente.

Y agrega:

–El partido demócrata no participará por ningún motivo de convención alguna.

Y acaba con una frase de don Nicolás de Piérola.

Tres son, pues, los partidos que se han puesto ya al margen de la convención. El partido leguiísta. El partido constitucional. Y el partido demócrata. El partido leguiísta lo ha acordado con un cablegrama del señor Leguía en el bolsillo. El partido constitucional con la mano en el puño de la espada. Y el partido demócrata con la declaración de principios en la cabeza.

Quedan sólo al rededor de la convención tres partidos. El partido civil. El partido liberal. Y el partido nacional demócratico. Y del partido civil se sabe que no se aviene con ninguna convención que no comience por reconocer y consagrar su hegemonía. Del partido liberal se sabe que no desea ir a la convención para ser menos en ella que el partido civil. Y del partido nacional democrático se sabe que reclama para la convención toda la amplitud posible. Aparte de que tiene colocado el pensamiento en un

proyecto antiguo. El proyecto de una alianza con el partido demócrata.

No se puede, por consiguiente, suponer que todavía exista alguna posibilidad de convención. El proyecto de la convención será votado al medio de la calle por el propio señor Pardo uno de estos días. Y del medio de la calle no habrá quien lo recoja. El señor Corbacho se ha apresurado a manifestarnos que no lo necesita para ninguna de sus colecciones nacionales.

El proyecto de la convención se ha acabado con cuatro cartas. Con cuatro palabras. Con cuatro voces. Con cuatro soplidos. No han llegado a ser precisos los cuatro tiros al aire de una jornada cívica.

Según el flamenquismo criollo, la postura del señor Aspíllaga fue un pinchazo bien señalado. El cablegrama del señor Leguía fue una media estocada. La carta del general Cáceres fue una estocada en todo lo alto.

La circular de don Nicolás de Piérola ha sido un descabello al primer intento.

Ganaremos con esto la eliminación espontánea de un tema que empezaba a volverse pesado y desabrido. Un tema que se sabía envejecido en un debate tibio y prematuro. Un tema que nos había aburrido terriblemente.

Otros temas andan cercanos.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–X–1918)

VOCES

Un conflicto

La Cámara de Diputados está embarazada en una cuestión que causa grimas y desazones en todos los espíritus. La cuestión de La Brea y Pariñas. Aún no ha acometido resueltamente su estudio. No ha salido de su antesala. No ha hecho sino discutir la discusión. Las condiciones de la discusión, las bases de la discusión y la calidad de la discusión.

Han convenido todos los diputados en que la discusión no debe ser política. En que no debe haber criterio de minoría oposicionista ni criterio de mayoría ministerial. En que no debe oírse más sugestión que la del interés patriótico. En que cada diputado debe sentirse un juez austero y sacerdotal.

Pero, sin embargo, no han podido convenir en una cosa: la concurrencia del Ministro de Hacienda señor Maúrtua.

Y, por eso, no han entrado todavía en el debate esencial de la cuestión. Se han embrollado en un juego interesante. Unos se han pasado las horas pidiendo la presencia del señor Maúrtua. Pidiéndola a gritos. Otros se han pasado las horas negándola. Negándola con disimulo y cautela.

Y las gentes, por supuesto, se han intrigado:

–Pero, ¿por qué no se quiere que asista al debate el señor Maúrtua? ¿Qué ocurre con el señor Maúrtua? ¿Acaso la mayoría no tiene ganas de oír una vez más su palabra sabia e ilustre?

Y enseguida han clamado también las gentes desde las galerías de la Cámara:

–¡Que venga el señor Maúrtua! ¡Que venga el señor Maúrtua aunque no le parezca bien a la mayoría! ¡Que venga el señor Maúrtua, precisamente porque no le parece bien a la mayoría! ¡No faltaba más!

Y así, entre gritos de que venga y de que no venga, hemos llegado a este día.

Cuentan en la ciudad que la asistencia del señor Maúrtua al debate es

muy temida. Temida por el señor Pardo. Temida por el Ministro de Fomento. Temida tal vez por el propio señor Maúrtua. Y es que se sabe lo que es el señor Maúrtua. Su fervor doctrinario y científico no lo deja nunca traicionar su sinceridad. Defendiendo un proyecto suyo puede apasionarse, soliviantarse y tirar la cartera finalmente. Defendiendo un proyecto ajeno, máxime si es un proyecto que no le place, no es capaz de conquistar para él un solo voto. Es capaz, más bien, de restarle los votos más seguros. Porque lo probable es que se olvide a lo mejor de que es el representante del gobierno y empiece a hablar como diputado de la oposición.

Y, por tal motivo justamente, no hay quien no ansíe en la ciudad en estos momentos que el señor Maúrtua intervenga en el debate de la cuestión de La Brea y Pariñas. Presienten todos un gesto emocionante del gran ministro bolchevique. Están seguros de que pronunciará un discurso notable y entretenidísimo. Y lo reclaman como un número indispensable del programa. Quitarle al señor Maúrtua en este debate sería para el público como si le quitasen a Belmonte en la corrida más solemne de la temporada.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–X–1918)

VOCES

La primera faena

El señor Maúrtua se presentó ayer en la Cámara de Diputados sin etiqueta, sin ceremonia y sin anuncio. Tomó su café cotidiano, compró una caja de cigarrillos pastosos, encendió uno, hizo un chiste travieso y se dirigió en su automóvil al Palacio Legislativo. Y entró a la sala de sesiones diciendo:

–¡Aquí me tienen ustedes! ¡Jóvenes aún y de virtud modelo!

No había en él traza alguna de inquietud, de preocupación ni de temor. Pasaba entre los escaños sonriendo, bromeando y mataperreando. Tenía como de costumbre una ironía y una "lisura" en los labios. Era el señor Maúrtua de siempre. Era el mismo de todos los días hasta en su saludo afable y risueño:

–¡Caballeros y milores!

El público parecía un poco asombrado. Creía que el señor Maúrtua se hallaba en un atrenzo muy grave. Se había imaginado que llegaría a la Cámara con un semblante y un continente dramáticos. Y, viéndolo, comprendía que no existía en su ánimo desasosiego ni turbación alguna.

Y comenzó así la sesión.

El señor Salazar y Oyarzábal, estratégico e inteligente, expresó lo que la Cámara deseaba escuchar de labios del señor Maúrtua.

Señaló primero la labor del señor Maúrtua en orden al aprovisionamiento del petróleo. Bosquejó los aspectos generales de la crisis. Subrayó los puntos que la Cámara necesitaba conocer. Y le entregó al señor Maúrtua el estoque y la muleta.

Cesó instantáneamente la respiración de la barra.

Y el señor Maúrtua comenzó ciñéndose mucho:

–Yo lamento, señores, no haber podido venir antes a la Cámara. Lo lamento porque me hubiera gustado no retardar este debate. Y lo lamento porque en ningún instante he querido esquivar mi opinión.

Y continuando se ciñó más todavía:

–¡Vengo ahora para exponerles íntegramente mi pensamiento, para hablar de todo lo que se me pregunte y de todo lo que no se me pregunte, para contribuir con la mayor lealtad al estudio del problema y para sentirme a órdenes de mis compañeros!

Y enseguida, después de absolver las interpelaciones del señor Salazar y Oyarzábal, afirmó solemnemente:

–¡Yo no habría venido a la Cámara si no estuviera convencido de que los poderes públicos no se hallan bajo coacción alguna! ¡Si no estuviera convencido de que pueden contemplar este asunto con perfecta independencia! ¡Si no estuviera convencido de que ustedes pueden desechar o aprobar el proyecto del Senado, desechar o aprobar el proyecto de la comisión en mayoría, desechar o aprobar el proyecto de la comisión en minoría, desechar o aprobar, en una palabra, cualquier proyecto.

Y concluyó así:

–La compañía ha tenido una actitud sospechosa. Pero el Estado ha reaccionado enérgicamente. Y la compañía ha vuelto a la obediencia. Y yo les aseguro a ustedes, bajo mi palabra de honor, que nuestra soberanía y nuestras leyes serán respetadas.

Se entusiasmó, por supuesto, la mayoría. Se entusiasmó, así mismo, la minoría. Y se entusiamó, también, la barra.

El señor Secada aplaudió hidalgamente las palabras del señor Maúrtua y le puso otra vez en las manos la muleta y el estoque. Y el señor Maúrtua volvió a ceñirse. Y a rematar la faena de rodillas.

Y, como esto era mucho para una sola tarde, vino a renglón seguido un discurso del señor don Manuel Jesús Gamarra henchido de historia, henchido de patriotismo, henchido de jurisprudencia y henchido de muchas otras cosas por el estilo.

Pero el público no quiso quedarse en las galerías ni un momento más.

Y se echó a la calle para hacerse lenguas.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–X–1918)

VOCES

Otra burbuja

Viene por ahí otra candidatura a la Presidencia de la República. Viene con paso suave y lento. Pero viene de todas maneras. Todos ustedes la ven venir. Sin embargo tendremos que decirles que es la candidatura del señor don Enrique de la Riva Agüero.

Como notarán ustedes es otra candidatura sacada del partido civil. Sacada del partido civil como la candidatura universitaria del señor Villarán que se esfumó junto con la última esperanza de transacción. Y sacada del partido civil como la candidatura silenciosa del señor Miró Quesada que todavía anda moviéndose en la penumbra.

Y es que pasa una cosa. Se cree que sólo una candidatura civilista puede traer abajo dentro del partido civil a la candidatura del señor Aspíllaga. Y que una candidatura distinta congregaría tal vez al civilismo, de grado o por fuerza, alrededor de la candidatura de su gentil presidente.

Por eso el partido nacional democrático pensó un día en la candidatura del señor Villarán . Por eso una facción invisible del propio civilismo pensó otro día en la candidatura del señor Miró Quesada. Por eso el partido liberal piensa ahora, según se asegura, en la candidatura del señor don Enrique de la Riva Agüero.

Lo que se quiere es presentarle al partido civil un candidato civilista en cada mano. Uno que sea el señor Aspíllaga en la mano derecha y otro que no sea el señor Aspíllaga en la mano izquierda. Y hablarle así:

–Este candidato de la mano derecha es civilista; pero no cuenta con el apoyo de los demás partidos. Este candidato de la mano izquierda es civilista también. Y cuenta con el apoyo del partido liberal y del partido nacional democrático.

Tal es el trabajo en que se hayan empeñados casi todos los políticos gobiernistas que no se avienen aún con la candidatura del señor Aspíllaga.

La candidatura del señor Riva Agüero, por ejemplo, no es únicamente

una ocurrencia del señor Riva Agüero. Es, sobre todo, conforme a lo que se cuenta en la ciudad, una ocurrencia del doctor Durand. El doctor Durand cree que la candidatura del señor Riva Agüero es una candidatura aceptable para tres partidos por tres motivos diversos. Aceptable para el partido civil porque para eso el señor Riva Agüero es civilista muy distinguido y conspicuo. Aceptable para el partido liberal porque para eso él –el doctor Durand– la patrocina. Y aceptable para el partido nacional democrático porque para eso el presidente de este partido es el señor don José de la Riva Agüero.

Esta candidatura no tiene, pues, más fundamento que las demás candidaturas transitorias que vienen sucediéndose en el escenario político: el fundamento de las conjeturas, de las deducciones y de los cálculos mentales. Es una candidatura que, como sus congéneres y similares, no representa una certidumbre. Representa solamente una posibilidad, una presunción, una perspectiva.

Sólo que tiene un aspecto interesante. Un aspecto que ha preocupado al público. El de que parece un síntoma de que el doctor Durand no insiste por el momento en su candidatura.

Por el momento no más...

(En *El Tiempo*: Lima, 23–X–1918)

VOCES

Una maniobra

La sesión terminal de las legislaturas extraordinarias ha sido siempre propicia a las sorpresas. Las mayorías lo recuerdan. Y las minorías también. Entre gallos y media noche, bajo los apremios del cansancio y con la nerviosidad de la vigilia, es muy fácil que se produzcan votaciones imprevistas y desconcertantes.

Para hoy, al auspicio de estos antecedentes, se organiza, según se nos cuenta, una sorpresa grande. Una sorpresa destinada a sacar de quicio a la ciudad y a la república entera.

Se quiere nada menos que declarar vacantes las diputaciones por Lima ganadas en las mesas receptoras de sufragios por el señor don Luis Miró Quesada y por el señor don Jorge Prado. Es decir, por dos personajes de figuración sustantiva en la actualidad peruana, por dos personajes de apellidos influyentes y esclarecidos, por dos personajes de vinculaciones abundantes y magnas, por dos personajes estimados, bienamados y conocidos por todo Lima. Por dos personajes, en una palabra, a quienes no se puede echar por la borda sin que haya escándalo, bulla y trocatintas.

Un plan de mucho aliento indudablemente. Un plan que no habría podido bosquejarse si no hubieran asumido la responsabilidad de su dirección dos diputados de la trascendencia del señor Barreda y Laos y del señor Pinzás. Un plan que no habría llegado a aparecer siquiera si no fuera un plan construido sobre la base de la voluntad del gobierno.

Por estas razones las perspectivas de la sesión son lo más interesantes.

Todos creíamos que el proceso electoral de Lima no volvería a ser tocado sino para ser resuelto. Resuelto, naturalmente, en un sentido favorable a los señores Miró Quesada y Prado. Y todos creíamos, por esto mismo, que no volvería a ser atacado hasta el año próximo. O sea hasta después de que el señor Pardo, irreductible adversario de la incorporación del señor don Jorge Prado, dejase el gobierno.

Los señores Miró Quesada y Prado, a juicio de la ciudad, son dos diputados incuestionables. Para que se les abra las puertas de su Cámara no les falta sino una credencial que tiene que serles puesta en las manos tarde o temprano. Por la Corte Suprema, por la Junta Escrutadora o por la Cámara misma. No es sino cuestión de tiempo.

Natural es entonces que nos asombremos de que de la noche a la mañana nos anuncien que el gobierno quiere tirar a un lado el proceso y declarar vacantes las diputaciones de los señores Prado y Miró Quesada.

Tenemos que poner el grito en el cielo. Tenemos que cogernos la cabeza con las dos manos. Y tenemos que preguntarles a los diputados que encabezan la confabulación:

–¡Cómo van ustedes a hacer eso! ¡Cómo van ustedes a anular con un carpetazo las elecciones más emocionantes y ardorosas que Lima ha presenciado en los tiempos modernos! ¡Cómo van ustedes a decirnos que el señor Prado y el señor Miró Quesada no son dos diputados perfectos y auténticos! ¡Cómo van ustedes a atreverse a tanto!

La cosa no es para menos.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–X–1918)

VOCES

Jubilación voluntaria

El señor don Rafael Villanueva cumplió ayer ochenta años. El público nos preguntará si ochenta años de edad u ochenta años de político. Nosotros le contestaremos que ochenta años de edad solamente. Y entonces el público se asombrará en demasía. Le parecerán muy poco ochenta años de edad para un varón de tan añeja figuración política, de tan luenga anecdótica historia y de tan intrincada y famosa actividad.

Pero es que el público tiene una mirada muy superficial.

Ochenta años de vida son mucho para el señor Villanueva y para cualquiera. El señor Villanueva se ha apresurado a probarlo renunciando, en sustancioso manifiesto, al honor de que sus codepartamentanos lo elijan una vez más senador por Cajamarca. Y no podemos poner en duda la autoridad ni la experiencia del señor Villanueva para fallar sobre este punto.

El suceso de ayer ha sido por esto un suceso interesante.

Un político nacional ha llegado a los ochenta años. Y para entrar dignamente en ellos ha creído indispensable jubilarse como senador de la república. Ha juzgado incompatibles sus ochenta años de edad con las funciones de legislador.

Tentaciones hemos sentido de glosar, comentar y aderezar sonoramente el acontecimiento en un desmesurado artículo. Pero nos ha sujetado un temor. El temor de que nuestro camarada de socialismo y bolcheviquismo doctor Curletti, rendido admirador y solícito médico del señor Villanueva, enterado del artículo y engañado sobre su intención, viniese corriendo a la imprenta para tirarnos de las orejas y amonestarnos así con su discreta voz de facultativo:

–Ustedes, mis hijitos, son muy "lisos". Pero aquí estoy yo para corregirlos. Y para reducirles a la obediencia y a la compostura.

Nosotros habríamos defendido nuestra conducta:

–¡Pero, doctor! ¡Nosotros no hemos escrito nada malo contra el señor Villanueva! ¡Ni siquiera hemos sido capaces de pensarlo!

Habría sido inútil.

El doctor Curletti nos habría roto las cuartillas en la cabeza, y nos habría vituperado con el ademán y nos habría hecho enmudecer con la palabra:

–¡Silencio, chicos! Los menores no pueden levantarle la voz a los mayores. Menos aún pueden juzgarlos. Cuando ustedes quieran hablar sobre el señor Villanueva, búsquenme, interróguenme, escúchenme. ¡Y quédense callados después!

Amedrentados y cohibidos por la amenaza de la indignación del señor Curletti, no hemos podido, pues, holgarnos dedicándole un panegírico risueño pero inocente al señor Villanueva, a sus ochenta años, a su manifiesto. No hemos podido recordarle que el señor Villanueva era un jubilado de la función legislativa y un jubilado de la función judicial; pero que no era ni sería nunca, por propia declaración, un jubilado de la función gubernamental y mucho menos un jubilado de la función política. No hemos podido, en fin, ponerle ninguna apostilla al manifiesto que el señor Villanueva, como regalo de sus ochenta años, les ha mandado a sus codepartamentanos los cajamarquinos en grandes paquetes postales.

Nos hemos visto, como en no pocas ocasiones de nuestra vida periodística, con las manos amarradas.

Y ni aun hemos podido sacarnos el clavo jugándole alguna mataperrada al doctor Curletti en esta columna cotidiana.

Porque el doctor Curleti, draconiana y autoritariamente, nos tiene ordenado:

–¡Cuidado con meterse conmigo, mis hijitos! ¡Cuidado con decirme algún adefesio en su periódico! ¡Cuidado con olvidarse de que soy una persona grande! ¡Cuando quieran citarme consúltenmelo primero! ¡Y enséñenme la prueba del artículo para revisarla, enmendarla y ponerle mi visto bueno!

(En *El Tiempo*: Lima, 25–X–1918)

VOCES

Papeles, papeles, papeles...

El partido futurista quiere concierto a todo trance. Acabamos de ver en los periódicos, que debían ser los suscritos por el señor don José de la Riva Agüero, atiborrados de la palabra concierto. Y donde pongamos los ojos nos encontraremos con la misma palabra sistemática y tesonera.

Oyéndolos pedir concierto con tanta pertinacia, nos convencemos todos, hasta los más reacios, de que es muy grande el lirismo de los futuristas. Y pensamos que están en su papel al recomendarnos concierto, concierto y concierto.

Son muy injustas, sin duda alguna, las gentes que hallan en su romántica afición al concierto un motivo para reírse del futurismo.

Y para pronunciar un comentario netamente criollo:

–¡Qué tanto concierto! ¿Este es un partido político o es una sociedad filarmónica? ¡No estamos para concierto ahora!

Son muy injustas las gentes.

Lo que pasa probablemente es que al partido futurista la palabra convención le parece demasiado desacreditada. Y la palabra asamblea le parece muy desacreditada también. Y, en cambio, la palabra concierto le parece extraordinariamente bonita. No se fija, enamorado tiernamente de ella, en que es una palabra que no entusiasma al público. En que para que una palabra le plazca y acomode al público se necesita que sea una palabra que le soliviante. Revolución verbigracia.

Además no tenemos ahora humor de concierto. Nos han anunciado lucha en los carteles y en los programas de la temporada electoral. Y no podemos conformarnos con que arreglos inesperados entre los empresarios de la política nos defrauden sorpresivamente.

Exigimos a gritos, riña y drama.

El partido futurista pierde, pues, su tiempo y su literatura aconsejándonos nuevamente una transacción. Las posibilidades de una transacción

eran muy débiles. Y muy pronto se han desvanecido y volatilizado. Hoy los partidos de la oposición no se avienen con fórmula conciliadora alguna. Se muestran dispuestos a la paz. Pero se niegan a que se les desconozca su derecho a la victoria. Y, por otra parte, son como Wilson. Al señor Pardo no le aceptan sino la rendición incondicional.

Las gentes saben muy bien por tales circunstancias, que el proyecto de la convención está muerto. Absolutamente muerto. Irremediablemente muerto. Que nadie puede insuflarle vida ni inocularle salud. Que apenas si hace falta que una mano caritativa la inhume. Y que otra mano caritativa le ponga una cruz y un epitafio.

Porque, vamos a ver, ¿cuál partido será capaz de reconsiderar su pensamiento sobre la convención? ¿El partido civil que, de buen o de mal grado, tiene que guardarle alguna consideración a su jefe y candidato el señor Aspíllaga? ¿El partido constitucional que cree que antes que la bondad de la convención debe asegurarse la moralidad de las elecciones? ¿El partido demócrata que mira en la convención un medio de vestir de autoridad artificial un conchabamiento de intereses desvinculados del sentimiento ciudadano? ¿El partido leguiísta que no puede apartarse por ningún motivo de la voluntad del señor Leguía, resueltamente enemiga de toda convención? ¿El partido liberal que se recata, esconde y escurre cauta y redomadamente aguardando antes de definirse que se definan todos los demás?

El esfuerzo futurista es baldío.

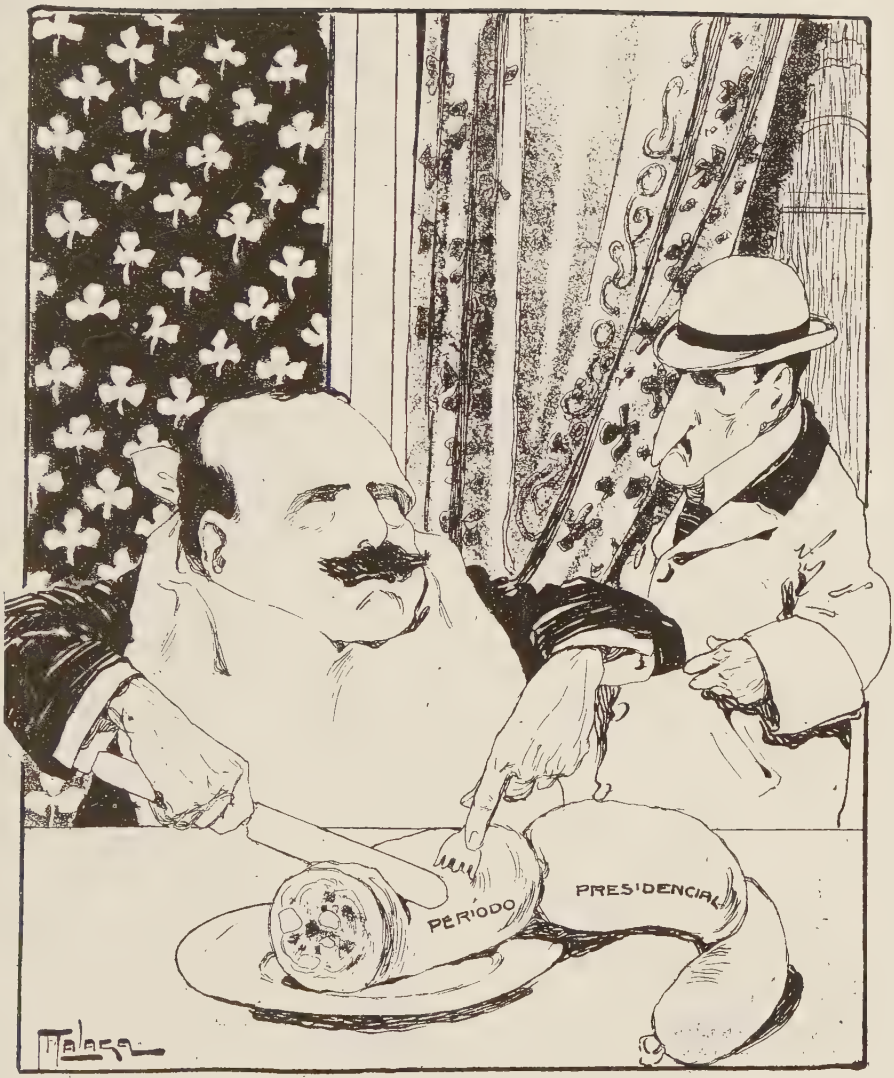
Apenas si han tenido una eficacia curiosa sus dos últimos papeles: la de extirpar de raíz la probabilidad de la candidatura del señor don Enrique de la Riva Agüero a la Presidencia de la República.

El doctor Osores nos la subraya así:

–¿No ven ustedes claramente que bajo el ala del gobierno no puede surgir una candidatura fuerte? ¿No ven ustedes que todas las que aparecen se caen solas enseguida?

Y se ríe estruendosamente.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–X–1918)



PARDO y LEGUÍA según la satírica pluma del caricaturista Málaga Grenet.

Los amigos y admiradores del presidente Pardo en mordaz apunte de Alcántara Latorre.

VOCES

Apertura rápida

El Congreso no ha permanecido cerrado ni un día siquiera. Un campanillazo clausuró a las once de la noche de anteayer sus sesiones ordinarias. Y otro campanillazo inauguró a las cinco de la tarde de ayer sus sesiones extraordinarias. No ha habido, pues, sino un intermedio de horas entre legislatura y legislatura. El mismo intermedio habitual que hay entre sesión y sesión.

La convocatoria de la legislatura extraordinaria salió a la calle antes de que hubieran concluido las sesiones finales de la legislatura ordinaria. Llegó a las imprentas muy temprano. Y le dijo tácitamente a la ciudad que al gobierno le corría mucha prisa que comenzasen de una vez las nuevas sesiones. Porque no en vano aconseja la sabiduría de un refrán que a mal que no tiene remedio se le ponga buena cara.

Este congreso extraordinario, efectivamente, es un síntoma.

El señor Pardo habría querido pasársela sin él. El control de las cámaras le molesta. No porque sea control realmente sino porque al fin y al cabo se llama control. Y, como el señor Pardo es un hiperestésico, basta para desasosegarlo la pronunciación de la palabra control. No le importa que sea entre nosotros, tratándose del control parlamentario, una palabra vana, mendaz e ilusoria.

Pero, sin embargo, el señor Pardo ha tenido que transigir con la convocatoria. Ha tenido que avenirse con ella. Ha tenido que firmarla, asistido por su consejo de ministros y hostilizado por la gripe y el catarro, en su residencia de Miraflores.

Ocurre, pues, que el señor Pardo siente ya la imposibilidad de hacer lo que le venga en gana. Su querer, que era antes un querer todopoderoso, es ahora, en ciertos casos, un querer impotente. Anda muy decaída, muy empequeñecida y muy maltrecha la omnipotencia de su autoridad. Las gentes empiezan a objetar sus palabras, a contrariar su pensamiento y a

cercenarles las alas a su capricho. El señor Pardo decide que no lo suceda en la presidencia el señor Leguía. Y las gentes, por darle en la cabeza, proclaman enseguida la candidatura del señor Leguía a la Presidencia de la República. El señor Pardo recomienda, apadrina y demanda la convención. Y los partidos, unos con un no y otros con un sí, se la imposibilitan. El señor Pardo pretende que se anulen las elecciones que separan en la Cámara de Diputados un escaño para el señor don Jorge Prado y Ugarteche y otro escaño para el señor don Luis Miró Quesada. Y el primer ademán encolerizado del señor Miró Quesada domina a la mayoría pardista de la Cámara.

Los días no pueden ser más malos para el señor Pardo.

Esa legislatura que se inauguró en la tarde de ayer, por ejemplo, es un embarazo para los propósitos políticos del señor Pardo. Mientras el Congreso funcione el señor Pardo no puede tomar la ofensiva contra el señor Leguía y sus aliados. No puede más que mantenerse en la defensiva. Y la defensiva en esta oportunidad es casi la certidumbre de la derrota.

Las Cámaras, así como son, así como funcionan, así como piensan, así enfermas, pálidas, desganadas, ramplonas y marchitas, con sólo reunirse todas las tardes durante los cuarenta y cinco días de la nueva legislatura, le prestarán al país un servicio grandísimo. Un servicio en obsequio al cual se les puede perdonar hasta otro aumento de sus sueldos. Aunque acontece una cosa. Que es un servicio inadvertido por ellas. Muy inadvertido.

También que tiene que ser inadvertido para que lo presten.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–X–1918)

VOCES

Cosas precarias

Los empresarios de la conciliación no se desaniman, no se decepcionan, no se desengañan. Andan todavía en busca de un candidato. Y encienden furtivamente en las noches la linterna de Diógenes para alumbrar su camino.

Pero sus esfuerzos no tienen hasta ahora ventura. Un candidato no les dura a los empresarios de la conciliación ni un mes siquiera. Se les acaba en pocos días. Se les deshoja como una rosa. Se les evapora como un álcali. El primer día deslumbra. El segundo día se opaca. El tercer día se apaga. El cuarto día desaparece.

El destino de todos es igual.

Una candidatura con apariencias externas de vitalidad y solidez fue la candidatura universitaria del señor don Manuel Vicente Villarán. Para y por ella se pensó en una convención de todos los partidos. Su loor y alabanza vibraron en el entusiasmo del partido nacional democrático. Y con el fin de ofrecerle un pedestal digno de su calidad se extrajo del diccionario la palabra concierto.

Y hoy la vemos totalmente abandonada. Abandonada, en primer término, naturalmente, por el propio señor Villarán. Abandonada en segundo término por el partido nacional democrático. No tuvo ni una semana de apogeo y de brillo.

Con análogo empuje se presentó en la escena la candidatura del señor don Enrique de la Riva Agüero. No la precedieron, como a la del señor Villarán, unos cuantos preludios musicales y un prólogo literario. No. Sin anuncio alguno se descorrió la cortina para que, con atildado paso, avanzara hasta las candilejas y saludara al público. El doctor Durand, según la suspicacia callejera, la había empujado desde los bastidores. Y hoy, estamos a punto de perder su recuerdo. Apenas si lo conservamos, parcialmente, por una circunstancia. Por la circunstancia de haber sido una

carta al señor don José de la Riva Agüero el venablo que la hirió de muerte.

Parecida es la historia de otras candidaturas más frágiles y transitorias que se han sucedido en la convención callejera desde que se colocaron frente a frente las candidaturas del señor Leguía y del señor Aspíllaga. Historia de amor, ocasional y epidérmico casi siempre.

Y sin embargo los empresarios de la conciliación no renuncian a su empeño.

No les importan los fracasos. No les importan las desilusiones. No les importa la glacialidad del ambiente público. No les importa el hecho de que ni aun entre ellos mismos hay armonía y solidaridad y de que, si bien todos sueñan con una conciliación, la conciliación que cada uno preconiza es la que mejor le acomoda y conviene. Que no es generalmente la misma conciliación que les acomoda y les conviene a los demás.

Ahora, por ejemplo, parece que se busca un candidato en la magistratura. El antiguo concepto nacional que sublimiza la trascendencia de los miembros de la Corte Suprema hace que las miradas se posen en ellos. Y que con mano enamorada se elija a uno: al señor don Anselmo Barreto.

Y ya cuentan las gentes que el señor Barreto, varón de cautela y sabiduría extraordinarias, es el primero que no quiere que se piense en su candidatura. Ni aun en el caso de que se le provea de un seguro de guerra contra todo riesgo. El seguro que el gobierno le ofrece y que el público adivina...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–X–1918)

VOCES

Ciudadano demócrata

Súbitamente ha reaparecido en política el señor don Juan Manuel Torres Balcázar. No ha reaparecido otra vez como candidato a una diputación por Lima. Pero ha reaparecido siempre con una calidad interesante. Ha reaparecido como miembro del comité directivo del partido demócrata.

El señor Torres Balcázar, por supuesto... no se había apartado de la política. No figuraba oficialmente en ella. Pero no renunciaba a la más mínima de las concomitancias que a ella lo han tenido vinculado en todo momento. Cuando la política se conflagraba el señor Torres Balcázar solía echarle leña a hurtadillas. Su teléfono estaba en contacto permanente con las íntimidades y los secretos de la actualidad. Su oficina era el hogar de una tertulia amena y sustanciosa donde sonaba unas veces la risa feliz del señor don Jorge Prado y sonaba otras veces la palabra acérrima del señor don Miguel Grau. Su umbral era un confesionario desde el cual placía al señor Torres Balcázar, ora en mangas de camisa, ora con polca japonesa, pulsar el sentimiento metropolitano.

Sólo que el señor Torres Balcázar, socarrón y redomado como nadie, trataba de vez en cuando de desorientar a las gentes asegurándoles que vivía entregado a la labor tipográfica y desconectado transitoriamente de la política.

Hasta a nosotros nos decía:

–Actualmente yo no soy un político. No soy sino un tipógrafo. No soy sino un obrero. No soy sino un hombre con reumatismo y otros achaques.

Pero las gentes no se dejaban engañar.

Estaban demasiado convencidos de que el señor Torres Balcázar no necesitaba ocupar un escaño en la Cámara de Diputados para intervenir en la política. Nada importaba a su juicio que el señor Torres Balcázar hubiese dejado de ser diputado por Bolognesi. El señor Torres Balcázar era lo que

el señor Maúrtua, perennemente original en el calificativo, habría llamado un político orgánico. No era únicamente un parlamentario oposicionista. Era fundamentalmente un ciudadano oposicionista. Por eso lo denominaban sus camaradas de la minoría "el gran ciudadano".

La reaparición del señor Torres Balcázar en la política notoria tenía que producirse, pues, de un momento a otro. El nombre del señor Torres Balcázar tenía que salir de nuevo a la calle en las secciones políticas de la prensa. La personalidad del señor Torres Balcázar, redonda como un ball de cricket, tenía que restituirse otra vez a la murmuración callejera y a la miscelánea festiva.

No cabía un jerónimo de duda según el comentario criollo.

Y no hemos tenido que esperar mucho el acontecimiento. El señor Torres Balcázar nos ha saludado en la mañana de ayer desde el balcón del partido demócrata. Y nosotros le hemos contestado el saludo con un viva entusiasta. Porque nos parece muy bien que el señor Torres Balcázar forme parte del partido demócrata.

En el señor Torres Balcázar no hay tradición, fisonomía, espíritu ni continente de civilista. Ni de nacional democrático. Ni de constitucional. Ni de liberal siquiera. El señor Torres Balcázar es típicamente demócrata. Es demócrata por antonomasia. Está hecho a imagen y semejanza de los demócratas de más pura cepa. Tiene pensamiento e ímpetu de coalicionista, entonación de político tumultuario y virtualidad de conductor de muchedumbres y de director de jornadas cívicas. Resulta demócrata por donde se le mire y por donde se le coja.

Y, por estas razones, decir que está en el partido demócrata es decir que está en su partido.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–X–1918)

VOCES

Pases de tanteo

El señor Pardo les está tomando otra vez el pulso a los partidos. Necesita que le den un candidato a la presidencia de la República. Y no le interesa que sea determinada persona. Le interesa únicamente que no sea el señor Leguía. Que no sea el señor Leguía por ningún motivo.

Tres partidos se han conchabado armoniosamente. Tal como lo quería el partido nacional democrático en su conmovedora carta de la otra noche. Y, aunque todavía no se han aliado formalmente, el hecho es que ya andan agarrados de las manos.

Próximamente los veremos canjearse representantes y poderes. Y "apigualarse" en el regazo del señor Aspíllaga, como diría con su habitual empeño de enriquecer el lenguaje el señor don Ricardo Lorente y Patrón.

Pero, a pesar de todo, no nos sentimos cercanos del concierto demandado tan solícita y apasionadamente por los futuristas. Más aún. Estamos convencidos de que el concierto no llegará. El país no tiene el ánimo para conciertos.

Entre los mismos partidos de la "entente" no existe entusiasmo alguno por la Convención.

El partido civil, por ejemplo, le mira la cara al señor Aspíllaga. Y se da cuenta de que al señor Aspíllaga la convención le gusta muy poco. Particularmente la convención amplia y universal que preconizan de un lado el señor José Carlos Bernales y de otro lado los políticos del futurismo. El señor Aspíllaga quiere ser candidato del civilismo. Y sabe que no podría serlo nunca de la convención. La convención es para él una amenaza siniestra. Cada elogio de la convención le suena como una frase agorera a su ánima aristocrática y gentil. Tanto que nada más que porque al señor Aspíllaga no le place ni le conviene, hemos acometido nosotros la empresa denodada de arremeter bravamente contra la convención.

El partido liberal, por su parte, le mira también la cara al señor Durand.

Y se da cuenta igualmente de que al señor Durand le da muy mala espina el proyecto de la convención. Y le sobran razones. Una convención no sería nunca propicia para la candidatura del señor Durand a la presidencia de la república. Por consiguiente, iría a ella con la certidumbre de que carecía de opción para el primer premio. Iría en busca de un segundo o de un tercer premio. Y un segundo o un tercer premio no es sino un "placé". Un "placé" apenas. Y el partido liberal se niega a conformarse por más tiempo con los "placés" y con los "casis" que hasta ahora no ha cesado de depararle la suerte.

No hay, pues, que arrebatarse ni soliviantarse en pro de la convención ni en contra de ella. La convención es hoy tan difícil como ayer. Su viabilidad no ha aumentado. No ha aumentado en lo más mínimo. Son cosas del destino. Y el destino manda.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–X–1918)

VOCES

Gripe gubernamental

El Ministro de Hacienda señor Maúrtua está con la gripe. Desde el lunes se han ausentado del Palacio de Gobierno su magna estatura, su risueña frase y su maximalista pensamiento. Y desde el lunes ha sentido la Cámara de Diputados la nostalgia de su dialéctica británica y sustanciosa.

La gripe, pues, no se mete tan sólo con las gentes que no gobiernan sino también con las gentes que gobiernan. Para la gripe no valen nada la autoridad ni el poder. Para la gripe todos los hombres son iguales. Para la gripe no existen jerarquías. Es una enfermedad democráticamente cristiana que mide con la misma vara a todos los ciudadanos de la república.

Primero atacó y tundió la gripe al señor Pardo. Por culpa de ella el señor Pardo hubo de guardar cama, abrigo y encierro en su casa de Miraflores. Ahora maltrata y hostiliza con idéntica crueldad al señor Maúrtua. Acaso mañana –Dios no lo permita– se apoderará del señor Tudela y Varela. Y así tal vez, irá sustrayendo, uno tras otro, a la actividad administrativa a los más encumbrados funcionarios.

Y como, al mismo tiempo que estos fastidiosos embarazos, asaltan al gobierno los acérrimos embarazos de la política, puede asegurarse que el gobierno sufre en estos momentos un ataque moral y físico de gripe. Gripe integral diría tal vez el gran ministro bolchevique.

Naturalmente, la ciudad se regocija con la gripe del gobierno. La comenta con travesura. La comenta con malevolencia. Únicamente le consterna la gripe del señor Maúrtua. Y, más que por amor a la persona del señor Maúrtua, por amor a los discursos y a los ademanes del señor Maúrtua que tan sugestivamente amenizan, aderezan y sazonan el diario de los debates.

Y se asombra la ciudad de que la gripe haya ofendido al señor Maúrtua cuando recuerda el último gesto del ministro bolchevique: su presencia en la procesión del lunes veintiocho. Que no fue, por supuesto, la presencia del gobierno, ni la presencia del leader del socialismo peruano sino la

presencia del diputado por Ica. La buena provincia agraria devota del Señor de Luren y enlutada por la destrucción de su milagrosa imagen.

Recuerda la ciudad que el lunes veintiocho el paso de la procesión del Señor de los Milagros tuvo en una esquina, en otra esquina y en otra esquina más, como su más eminente espectador, al señor Maúrtua. Recuerda la ciudad que el señor Maúrtua se descubrió ante las andas del Señor de los Milagros con emoción y cortesía. Recuerda la ciudad que el señor Maúrtua era en ese instante el mismo Ministro de Hacienda que asombra a las gentes ceremoniosas yendo al café, a la librería y a la universidad sencilla y habitualmente. El mismo Ministro de Hacienda enemigo sistemático de la solemnidad, de la majestad y de las demás huachaferías nacionales.

Y, recordando estas cosas, recuerda también la ciudad que es una ciudad creyente, y se pregunta cómo es posible que el Señor de los Milagros no haya librado de la gripe al ministro que tan solícitamente supo asistir al desfile de su procesión.

Pero, sin embargo, la ciudad se sonríe a hurtadillas cuando osado y mataperro exclama el periodista Félix del Valle, uno de los fidelísimos amigos y panegiristas que tiene el señor Maúrtua entre la intelectualidad joven:

–¡Pero si el señor Maúrtua piensa precisamente que ha adquirido la gripe en la procesión! Una procesión no es para un hombre de ciencia sino una muchedumbre en marcha, y según la higiene para precaverse de la gripe hay que apartarse de las aglomeraciones y de las multitudes.

El sentimiento católico de la ciudad rechaza la aseveración con todo su énfasis y toda su convicción:

–¡Eso es una herejía!

Mas, redomado y avieso, Félix del Valle rectifica su concepto inmediatamente:

–¡El Señor de los Milagros ha castigado al señor Maúrtua porque no ha pagado todavía los reintegros!

Y entonces los cesantes de la administración pública asienten ruidosamente.

Quién sabe el señor Maúrtua, envuelto en una bata de lana y mejorado pronta y felizmente, matizará hoy su convalecencia con una frase juguetona:

–El Señor de los Milagros es de la oposición probablemente!

(En *El Tiempo*: Lima, 31–X–1918)

VOCES

La gran embajada

Tenemos al señor Tudela y Varela con el pie en el estribo. Uno de estos días dejará de ser presidente del Consejo de Ministros para ir de embajador a los Estados Unidos. Probablemente se habría quedado entre nosotros si le hubieramos ofrecido la Presidencia de la República. Pero, como no se la tenemos ofrecida, prefiere marcharse. Marcharse de la manera más decorosa. Marcharse de embajador. De embajador ante el Presidente Wilson.

El señor Tudela y Varela quería hacernos el favor inestimable de gobernarnos. No le importaba inmolarnos su tranquilidad, su sosiego y su reposo. Estaba abnegadamente resuelto a tolerarnos que sufragásemos por él en las elecciones. Más no ha sido posible que cumpla su propósito. Vivimos muy agradecidos de la bondad del señor Tudela y Varela, pero no somos capaces de permitir su sacrificio. Nos basta con su intención. Vemos que nos ha probado su amor. Y detenemos su holocausto. Probablemente es que a veces, igual que al señor Cornejo, nos gusta inspirarnos en las láminas de la Historia Sagrada. Y en este caso nos inspiramos en una lámina muy conmovedora. La lámina en que Jehová contiene el brazo de Abraham trágicamente suspendido sobre el cuello de su hijo Isaac.

Pero el señor Tudela y Varela insiste en portarse magnífica y graciosamente con nosotros. Y, por eso, ya que no puede hacernos el favor inestimable de gobernarnos, va a hacernos el favor también inestimable de representarnos ante el Presidente Wilson. El señor Tudela y Varela no nos regatea ni nos escatima sus mercedes.

Andábamos menesterosos de un gran embajador en los Estados Unidos. Lo buscábamos mentalmente con afán. Desesperábamos de encontrarlo tan meritorio y eminente como lo apetecíamos.

Y el señor Tudela y Varela no ha vacilado en ofrendarnos su persona:

–Yo no me niego a ser ese embajador. ¿Ustedes creían que yo era capaz de negarme? Se engañaban ustedes en demasía. Yo no me niego.

Y no hemos podido menos que responderle:

–Muchas gracias, señor Tudela y Varela.

Sólo que al señor Tudela y Varela le ha salido enseguida un imitador: el señor don Lino Velarde. Parece que el ejemplo del señor Tudela y Varela ha conmovido al señor don Lino Velarde. Y así como el señor Tudela y Varela no tiene inconveniente para ser nuestro embajador, el señor Lino Velarde no tiene inconveniente para ser secretario. Lo dice un diario local. No lo dicen únicamente las lenguas murmuradoras.

El señor Velarde no es presidente del Consejo como el señor Tudela y Varela. No es catedrático de la Universidad de San Marcos como el señor Tudela y Varela. No es diputado por Pallasca como el señor Tudela y Varela. Pero es siempre un varón dueño de mil títulos para ser secretario de la embajada del Perú en los Estados Unidos. Es prefecto del Callao. Es amigo y confidente del señor Pardo. Es sargento mayor del ejército. Es sobreviviente de la Guerra del Pacífico. Es hermano del excelente caballero don Carlos A. Velarde. Y es, sobre todo, un personaje de espíritu análogo al del señor Tudela y Varela.

Sus palabras, por lo menos, deben ser idénticas a las del señor Tudela y Varela:

–Yo no me niego a ser el secretario de la Embajada. ¿Ustedes creían que yo era capaz de negarme? Se engañaban ustedes en demasía. Yo no me niego.

Y nuestra contestación debe ser idéntica también:

–Muchas gracias, señor don Lino Velarde.

Con toda el alma.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –XI–1918)

VOCES

Igual que ayer

En balde trabaja por la convención el partido nacional democrático. En balde conmina y ajocha a los civilistas y a los liberales para que no sean descomedidos y descorteses con el leguiísmo. En balde moviliza la dialéctica del señor don José María de la Jara y Ureta y del señor don Carlos Arana y Santa María. El partido civil volverá a tachar al leguiísmo. El partido liberal se escapará de puntillas. Y nos quedaremos sin concierto nacional irremediablemente.

El fracaso flota en la atmósfera.

Y esta vez se le siente más grande que la vez pasada. Porque la vez pasada resultó que había tres partidos de acuerdo sobre la convención: el partido civil, el partido liberal y el partido futurista. Y esta vez resulta que ni siquiera estos tres partidos andan de acuerdo. Que también entre ellos existe discrepancia. Que cada uno tira por un lado distinto.

El porvenir, pues, es mucho mas sombrío que antes. Aparentemente los partidos se dividen en dos grupos. El grupo de la derecha y el grupo de la izquierda. Pero esto es aparentemente no más. El grupo de la derecha carece de solidaridad, de cohesión y de armonía.

Esa esperanza de que, convencidos de la imposibilidad del concierto nacional, se coaligaran por su cuenta y riesgo los liberales, los civilistas y los futuristas, es una esperanza que se esfuma. Los futuristas se conducen con una perspicacia y una cautela muy grandes. Saben que una convención unilateral sería una convención muy débil. Y esquivan esta clase de mancomunidad con los civilistas y liberales. La esquivan, por lo menos, mientras los civilistas y liberales no les acepten una condición: la de que esa mancomunidad se erija sobre la base de un candidato señalado por el partido nacional democrático. El partido nacional democrático les da su palabra de honor de que no será un candidato salido de su seno.

No asoma, pues, una fórmula de solución agradable al gobierno. La

pálida y marchita fórmula de la candidatura del señor Aspíllaga sigue siendo para el señor Pardo la única fórmula en pie. Y sigue siendo también la amenaza de una ruptura con los liberales y de un choque con los civilistas.

La crisis ministerial, mientras tanto, desata su inclemencia en el Palacio de Gobierno. El señor Tudela y Varela ratifica su anuncio de que se marcha a los Estados Unidos. Los ministros se reúnen alrededor del señor Maúrtua para ver si se marcha también aunque no sea a los Estados Unidos. Y el eco lúgubre de la palabra crisis se multiplica en todos los rincones de Palacio.

–Crisis, crisis, crisis.

Y, sin embargo, las gentes no abandonan ni por un momento siquiera la travesura. Siguen murmuradoras. Siguen festivas. Siguen malévolas.

Son capaces de atajar en la calle al famoso leader de los constitucionales, doctor Osores, para preguntarle:

–¿De veras va a formarse el gabinete de concentración propuesto por los constitucionales? ¿De veras va a usted a organizarlo? ¿De veras, doctor Osores?

El doctor Osores, por su parte, es capaz de responder con un tono muy serio y reservado:

–Yo no puedo decir nada todavía. Interroguen al señor Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 2–XI–1918)

VOCES

Tantos de noviembre

Acabamos de salir de dos días fúnebres. Dos días de conmemoración de los difuntos. Dos días de cruces, de coronas y de crespones. Dos días de tumbas y de mausoleos. Dos días que nos han dejado con gripe el corazón.

Durante estos dos días la actividad política ha tenido una tregua. El comentario callejero ha languidecido. El chisme cotidiano se ha diluido en murmuraciones vagas e incoloras. El ambiente ha sido pesado y oscuro.

Los empresarios del concierto político casi no han querido que se les hablase de la Convención. Les ha parecido íntimamente que era de mal agüero para la Convención hablar de ella en los días de los muertos. Y les han desasosegado las preguntas de las gentes sobre la suerte y el porvenir de sus gestiones.

Nosotros nos hemos aproximado a ellos nada más que por oírles decir:

–No mienten ustedes la Convención mientras se conmemore a los difuntos. No mienten ustedes la Convención mientras se represente en el teatro "Don Juan Tenorio".

Y se han despedido muy de prisa.

El mismo fenómeno se ha presentado también entre los partidos de la candidatura del señor Aspíllaga. Tampoco a los partidarios de la candidatura del señor Aspíllaga les ha gustado en estos días que se les interrogase por la vida de esa candidatura. Han pasado como sobre espinas entre las conversaciones callejeras.

Y don Pedro de Ugarriza nos ha rogado con una entonación de partir el alma:

–No se acuerden Uds., hasta el domingo siquiera, de la candidatura de don Antero. Miren ustedes que estos días son de los muertos. No sean ustedes malos, jóvenes periodistas. Ocúpense ustedes, más bien, del gabinete. Popularicen a su ministro bolchevique. O piensen, por ejemplo, en su amiga Norka Rouskaya. Escriban un artículo en memoria de la danza

del Cementerio.

Pero nosotros hemos sentido la necesidad de rebelarnos contra tanto empeño de prolongar la incertidumbre de la política.

Y hemos gritado:

–¡No, señor! ¿Qué hay de la Convención? ¿Por qué no se declara de una vez que ha fracasado? ¿Qué hay de la candidatura del señor Aspíllaga? ¿Por qué no se proclaman de una vez en una plaza pública? ¿Qué hay de la crisis ministerial? ¿Por qué no se nos dice de una vez si va a ser renovado o que va ser remendado tan sólo?

Sin duda alguna, hemos tenido mucha razón para impacientarnos tan desmandadamente.

Todos vemos que estamos en el mes de noviembre. Todos vemos que andamos muy cercanos del año nuevo. Todos vemos que no falta sino un semestre para las elecciones presidenciales. Y todavía no vemos una candidatura definida a la Presidencia de la República. Existe, naturalmente, una candidatura. Una gran candidatura. La candidatura del señor Leguía. Pero la candidatura del señor Leguía no se llama candidatura electoral. Todos sabemos muy bien cómo se llama...

(En *El Tiempo*: Lima, 3–XI–1918)

VOCES

Serenata

Amanecemos con el "santo" del señor don José Carlos Bernales en el almanaque, en los periódicos, en los carteles, en los pensamientos, en los labios, en el cielo, en la tierra y en la atmósfera.

No querríamos, por esto, amanecer delante de una máquina de escribir. El día no pide crónicas ni comentarios. Querríamos amanecer delante de una guitarra o de un bandolín. El dia pide trovas y endechas. No es un día de la política. Es un día del calendario peruano.

Pero tenemos que conformarnos con ser lo que somos: periodistas, y con no ser lo que no somos: trovadores. Y tenemos que conformarnos con poner en prosa, y en prosa de mecanógrafo, nuestra serenata. Tenemos que conformarnos con que nuestra serenata sea escrita en vez de ser cantada. Tenemos que conformarnos con que el señor Bernales, la lea en bata y con chinelas, a la hora en que revisa la prensa, en vez de escucharla al pie de su ventana tierna y enamoradamente despertado por ella. Tenemos que conformarnos. A nadie podemos echarle la culpa de que no seamos sino escritores.

El señor Bernales es grande y buen amigo nuestro.

Y, por supuesto, no es solamente grande y buen amigo nuestro. Es grande y buen amigo de todo el mundo. Lo estiman las gentes del gobierno y lo estiman las gentes de la oposición. Lo mima la prensa del gobierno y lo mima la prensa de la oposición. Nadie lo censura, nadie lo fastidia, nadie lo discute. Para todos los grupos, para todos los políticos y para todos los periódicos es el mismo personaje simpático, elegante, demócrata y distinguido.

Viéndolo circular por las calles de la ciudad entre sonrisas y saludos, siempre contento, siempre alegre, siempre victorioso, siempre con un gran

cigarro en la boca, siempre encantado de la vida, piensa el país que el señor Bernales tiene mucha suerte. Por no contradecir al país el señor Bernales piensa a veces lo mismo. Y se sonríe seguro de su buena estrella, de su buen talante y su buen porvenir.

Sólo nosotros, de vez en vez, movemos la cabeza y aseguramos que no es que el señor Bernales tenga mucha suerte. Que es que tiene otras cosas más. Otras cosas más que no tienen la mayoría de los que hablan de su mucha suerte.

Lo que en el señor Bernales parece suerte es el resultado de las demás excelencias de que le ha adornado el cielo. Es el resultado de su sagacidad, de su perspicacia, de su gentileza, de su cultura, de su galanía y de su carácter. El señor Bernales se abre el camino con sus propias manos. Pero no se lo abre agitándose, enardeciéndose ni encorajinándose. Se lo abre sonriendo. Y se lo abre, sobre todo, sin luchar contra los demás. Se lo abre, más bien, con el concurso de los demás. El señor Bernales no arremete, no hiere, no ataca. Se aproxima, tiende la mano y pide un permiso. Y lo pide con tanta cortesía que no hay más remedio que dárselo. Y no hay más remedio que decirle:

–Pase usted, señor don José Carlos Bernales.

Hoy, por estas razones y otras más que están en todos los espíritus, es un gran día social y político. El "santo" va a congregar en casa del señor Bernales a la ciudad entera. Sobre el escritorio del señor Bernales se van a amontonar las tarjetas, los telegramas y las cartas de saludo y abrazo. El retrato del señor Bernales va a engalanar las páginas de muchos modestos periódicos de la república. El cumpleaños va a ser para el señor Bernales, en una palabra, un año menos y no un año más. Que es lo que le ocurre todos los años al señor Bernales.

Los obreros se adelantaron ayer a la felicitación general. Cargados de banderas, de discursos y de flores, se presentaron en la tarde en la casa del señor Bernales. Y le echaron mil piropos sinceros y entusiastas.

Después de oírle a la memoria y al cronista social nosotros pronunciamos una observación:

–¡Pero si hoy no es el cumpleaños del señor Bernales! ¡El cumpleaños del señor Bernales no es el tres sino el cuatro de noviembre!

Apenas si fuimos escuchados. Los obreros nos abrumaron. Y nos rodearon con sus gritos:

–¡El día del señor Bernales no puede ser un lunes! ¡Tiene que ser un domingo! ¡Tiene que ser un día de fiesta! ¡Los partidarios del señor

Bernales somos trabajadores! ¡No somos unos ociosos como ustedes!

No acertamos a explicarles que los periodistas no tenemos descanso dominical. Gracias al señor Manzanilla, amigo de todos los periodistas de la Tierra.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–XI–1918)

VOCES

Carta sobre carta

Estamos consternados. Vemos amenazadas la paz y la concordia de la familia socialista. Sentimos los preludios de la guerra civil dentro de la colectividad bolchevique. Y es que asistimos nada menos que a un duelo entre nuestros bienamados camaradas y correligionarios, el señor Secada y el señor Curletti.

Este duelo no es, por fortuna, sino un duelo epistolar. Pero es un duelo de toda suerte. El señor Secada dice. Y el señor Curletti le contradice. El señor Secada replica. Y el señor Curletti duplica. Y así, poco a poco, ambos se van soliviantando y enardeciendo.

Estamos apenadísimos.

La polémica se desarrolla, naturalmente, en esta casa y en este periódico. En esta casa y en este periódico que son, al mismo tiempo, la casa y el periódico del señor Secada y del señor Curletti. Porque, como es notorio, el señor Secada es nuestro compañero. Y el señor Curletti es nuestro colaborador. Y los dos tienen el mismo ideal que nosotros. Los dos profesan los mismos principios que nosotros. Los dos sienten los mismos anhelos que nosotros. A veces nos separan una que otra divergencia en el procedimiento y una que otra gradación en la doctrina. Pero esto no significa nada. Nos diferenciamos en el camino; pero no nos diferenciamos en la finalidad.

Y la circunstancia de que la polémica se desarrolle en esta casa y en este periódico agrava nuestra grima y nuestro desasosiego. Nos parece que dentro de la imprenta se ha encendido una lucha fratricida. Y nos ponemos a punto de pedirle al presidente Wilson, en el nombre del socialismo peruano, su mediación apostólica y patriarcal.

Los disparos verbales de la discusión pasan sobre nuestra cabeza rozándola casi. Hay momentos en que el instinto de conservación nos obliga a agacharnos. Y hay momentos en que tenemos el temor de que nos

mate una bala perdida. Las balas del señor Secada son, por supuesto, las que más nos preocupan.

El público, que estima igualmente al señor Secada y al señor Curletti, contempla el combate con tanto interés como nosotros. Sólo que, como conserva mejor su serenidad, se detiene largamente a comentarlo y analizarlo. Y un rato da la razón al señor Curletti. Y otro rato le da razón al señor Secada. Examina, uno por uno, los argumentos de ambos. Y aplaude cuando uno de los contendores acierta en el blanco.

Y es que el público piensa únicamente que la controversia del señor Secada con el señor Curletti no es una controversia capaz de enemistarlos. El señor Curletti y el señor Secada discuten, como se sabe, la política internacional del presidente Billinghurst. Pero la discuten con idéntico amor al señor Billinghurst y con idéntico reconocimiento de su patriotismo. Su discusión es la discusión de dos billinghuristas fervorosos. La memoria del señor Billinghurst sale tan enaltecida de las cartas del señor Curletti como de las cartas del señor Secada. Leyendo al señor Curletti se persuade uno de que nadie puede ser más billinghurista que el señor Curletti. Y leyendo al señor Secada se persuade uno de que nadie puede ser más billinghurista que el señor Secada. Y así tenía que ocurrir indudablemente. El señor Curletti y el señor Secada son los más grandes y religiosos panegiristas del ilustre presidente de las jornadas cívicas.

La polémica no inquieta, por esto, al público. El público no cree siquiera que el señor Secada y el señor Curletti pueden producir un cisma de la iglesia billinghurista. Un cisma análogo al de la iglesia católica. Un cisma en el cual, dicho sea de paso, el señor Curletti tendría necesariamente el rol de Papa y el señor Secada tendría necesariamente el rol de Lutero.

Pero nosotros no podemos tener la misma tranquilidad que el público. Para nosotros se trata de algo muy grave. Se trata de la inminencia de que flaquee y se rompa la cordialidad de la familia socialista. Nos imaginamos que está en peligro la armonía del primer soviet peruano.

Y esto nos quita el sueño.

Entre disparo y disparo interrogamos alternativamente al señor Curletti y al señor Secada sobre los puntos sustantivos de su discrepancia. Y procuramos un avenimiento. En vano por desdicha.

El señor Curletti nos habla de esta suerte:

–Miren, mis hijitos. El señor Secada alaba la política diplomática del señor Billinghurst. Pero la pinta como una política falaz y maquiavélica. Y yo, socialista convencido, no puedo tolerar que se pinte de esa manera

la política diplomática del señor Billinghurst. El señor Billinghurst, mis hijitos, era un gran socialista. Y un socialista no puede imitar al príncipe de Metternich ni al príncipe de Bismarck. Un socialista no puede imitar a príncipe alguno. Yo tengo que salvar, ante todo, el socialismo del señor Billinghurst.

Y el señor Secada nos habla de esta otra suerte:

–¡No, compañeros, no! ¡No es posible que el señor Curletti y yo nos pongamos de acuerdo! ¡El señor Billinghurst era socialista pero no era ingenuo! ¡Y el señor Curletti, por presentarlo adornado por los atributos de una gran pureza doctrinaria, lo presenta adornado por los atributos de una mística y evangélica candidez! ¡Y yo no quiero que el señor Billinghurst pase así a la historia en este pueblo de la "viveza" y de la malicia! ¡Bueno es que se considere socialista al señor Billinghurst! ¡Pero no tanto, compañero!

Vemos claro que el criterio del señor Curletti y el criterio del señor Secada son inconciliables. Vemos claro que no cabe una transacción. Vemos claro que la diferencia es muy honda.

Y entonces, saliéndonos de quicio, queremos interponernos entre los dos combatientes aunque sea corriendo el riesgo de que uno de sus proyectiles nos parta el corazón.

Mas nos sujeta la previsión adivina del señor Curletti que, amenazándonos con un índice, nos amonesta enérgicamente:

–¡Cuidado, mis hijitos! ¡Cuando discuten las personas mayores, los niños se callan! ¡El señor Secada y yo somos dos hombres de respeto! ¡Y ustedes no son todavía sino unos mocosos!

(En *El Tiempo*: Lima, 5–XI–1918)

VOCES

Oración fúnebre

Vamos a enterrar por segunda vez el proyecto de la convención. El partido nacional democrático no tardará en publicar la defunción correspondiente. Y no invitará al sepelio de los demás partidos. Recibirá el duelo por tarjetas.

El proyecto ha muerto.

Desahuciado estaba desde que nació. Desde mucho antes que los futuristas lo recibieran de manos del ilustre señor don José Carlos Bernales. Mas, como los futuristas tienen mucha fe en el cielo y mucha fe en la ciencia, creyeron que aún era posible inyectarle un poco de vida. Aguardaron un milagro. Un milagro destinado a darles fama inmensa. Pero, sin duda alguna, los milagros han pasado de moda. Los futuristas no han podido salvar de la muerte al proyecto. A pesar de sus desvelos. A pesar de su elocuencia. A pesar de su entusiasmo. A pesar de su literatura. A pesar de su carta grande al señor Aspíllaga y de su carta chica al señor Durand. Y el proyecto ha expirado en sus manos.

Esto nos parece muy triste. No porque el proyecto de la convención nos seduzca o nos atraiga de algún modo. Eso no. Nos parece muy triste porque los futuristas van a cargar con una parte de la responsabilidad de su muerte. Los deudos del proyecto no pueden abstenerse de echar pestes contra ellos. Ni más ni menos que como los deudos de un difunto cuando el médico no ha sido viejo y experimentado.

Y es que desde ahora vemos la cara que ponen los futuristas.

Todavía pasan por las calles. Pero hay que mirar cómo pasan. Se les siente descontentos y afligidos en la frase, en el concepto, en el ademán y en la entonación. Su locuacidad se ha deslustrado un poco. Su alegría se ha marchitado otro poco. No son ya los mismos de antes. Han perdido hasta la confianza en su dialéctica, en su juventud, en su optimismo y en su empuje.

No tenemos, pues, que lamentar sino por los futuristas el fracaso de la convención. Y nada más que por los futuristas tenemos que lamentar que los liberales se hayan encogido de hombros ante sus inflamadas arengas. Por todo lo demás ese fracaso nos satisface. Sabíamos que iba a producirse. Necesitábamos, por consiguiente, que se produjese lo más pronto posible. Que no se nos aburriese mucho rato con un largo expediente de conferencias, discursos y papeles.

Naturalmente no podemos ostentar nuestra satisfacción. Un duelo, aunque no sea sino un duelo del gobierno, es siempre un duelo. En presencia de un ataúd, aunque no sea sino el ataúd de un proyecto malo, no cabe sonreírse. Quiera que no quieras, hay que mostrarse condolido. Hay que rendirle tributo a la cortesía y a las buenas formas.

Aunque, a última hora, surja en nosotros otro convencimiento plácido. El convencimiento de que ni aun por el partido nacional democrático debe entristecernos el fracaso del proyecto de la Convención. Nada importa que los futuristas anden por ahora con la cara compungida. El pesar aumentará su elocuencia. Nada importa. Y hoy los futuristas están obligados a regalarnos con otro manifiesto. Otro manifiesto que será la oración fúnebre del proyecto de la convención.

Como epílogo del proceso de las negociaciones en pro de la convención esta es, por otra parte, la única inminencia que nos queda. Un nuevo manifiesto del señor don José de la Riva Agüero. Uno de esos manifiestos de los que el doctor Sebastián Lorente y Patrón, dice que no son manifiestos sino pastorales. Y que para serlo del todo no les falta sino comenzar así:

–Nos, José de la Riva Agüero, por la gracia de Dios, Jefe del Partido Nacional Democrático, etc., etc., etc.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–XI–1918)

VOCES

La crisis esta allí

Todavía no han presentado su dimisión los ministros. Pero la crisis está allí, delante de todos los ojos, en el Palacio de Gobierno, reclamando una resolución del señor Pardo. Nada importa que los periódicos no hablen cotidianamente de ella. Nada importa que los partidos no la discutan en sus tertulias. La crisis está allí. Para verla no es necesario sino pasar por el Palacio de Gobierno.

El señor Tudela ha declarado que se va. Y, enseguida, los demás ministros han declarado que se van también. Que se van aunque no sea a los Estados Unidos como el señor Tudela y Varela. Que se van aunque el señor Pardo no los nombre embajadores como al señor Tudela y Varela. Que se van, que se van, que se van. Y han cogido sus sombreros.

El señor Pardo ha tenido que sujetarlos con las dos manos. Y ha tenido que encerrarlos en su despacho. Y ha tenido que echarles llave para que no se escapen.

Pero no ha remediado la crisis.

Cuenta el rumor callejero que el señor Pardo desea que el señor Maúrtua reorganice el gabinete. Y que no cambie a ningún ministro. Y que permanezca en el Ministerio de Hacienda. Y que no le busque sino un nuevo Ministro de Relaciones Exteriores.

Se anuncia, en una palabra, que todo concluirá con un remiendo, con una refacción, con una compostura. Y que habremos asistido, en resumen, a una representación rápida, sencilla y barata. Primero, renuncia, despedida, telón corto, entreacto. Después, regreso del ministerio, cambio del señor Tudela y Varela, aplausos de la galería y telón final. Y, luego, el señor Maúrtua saliendo a agradecer la ovación.

Y, sin embargo, ni aun esto parece muy fácil.

Suenan preguntas ansiosas:

–¿Querrá el señor Maúrtua encargarse de la presidencia de un gabinete

precario? ¿Querrá el señor Maúrtua organizar un gabinete de carácter transitorio? ¿Querrá el señor Maúrtua zurcir el gabiente a gusto del señor Pardo? ¿O querrá el señor Pardo que el señor Maúrtua renueve el gabinete, como se le ocurra, asegurando previamente su duración y su eficacia con la sagacidad y el talento que pone en todas sus empresas?

No suena una sola respuesta.

Pasa raudamente, en una limousine deslumbrante, aristocrática y muelle, el gran ministro bolchevique. Contesta un saludo con el sombrero. Contesta otro saludo con la mirada. Contesta otro saludo con la sonrisa. Y, de repente, se avienta del automóvil para meterse en el café.

Y nosotros pensamos entonces que es el instante de abordarlo. Pero sin contar con una cosa. Con que el gran ministro bolchevique, adivinándonos el pensamiento, nos abordaría antes que nosotros a él:

–¡Jóvenes aún y de virtud modelo! ¿Qué es de la vida de ustedes? ¿Por qué están ustedes tan perdidos? ¿Les ha atacado acaso la gripe?

Apenas si acertamos a responderle:

–No nos ha atacado la gripe.

Y le preguntamos en seguida:

–¿Qué hay de la crisis doctor? ¿Cómo va a reorganizarse el ministerio?

Pero es en vano. El señor Maúrtua se encoge de hombros. Se quita de encima la interrogación con un ademán displicente de la mano derecha. Nos sonríe con una sonrisa de desencanto, de fastidio, de aburrimiento, de fatiga y de escepticismo.

Y, después de un minuto, exclama:

–¡Qué sé yo!

Y este "qué sé yo" –habitual, expresivo y elocuente en él– es el primer "qué sé yo" del señor Maúrtua que nos deja en Babia.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–XI–1918)

VOCES

La paz del señor

La hora es de Wilson. El mundo entero está de fiesta. La paz derrama su alegría en todas las naciones. Las ciudades se embanderan y se engalanan en honor de la democracia y del derecho. Y no queda seguramente en estos momentos sobre la tierra sino un prosélito del imperialismo: el señor Pinzás. El corazón del señor Pinzás es el único corazón que no siente actualmente alborozo alguno.

El tema de la paz eliminó ayer del comentario metropolitano a todos los otros temas. Eliminó en primer término al sobado tema de la convención. Eliminó así mismo el palpitante tema de la crisis ministerial. Y eliminó uno tras otro, los demás temas.

Era inútil hablar de política. Las gentes no estaban para ocuparse del fracaso del concierto nacional, ni para comentar las declaraciones de los señores Diez Canseco y Balbuena, ni para saber si el partido futurista preparaba o no preparaba un nuevo manifiesto con esencia y fisonomía de pastoral. Era inútil hablar de política.

Junto al suceso universal de la paz se miraba muy empequeñecidos los sucesos domésticos de la política. Se consideraba absurdo pensar en Foch, generalísimo de la libertad, y pensar, al mismo tiempo, en el señor Tudela y Varela, canciller y embajador de esta república criolla Y, por esto, no se quería abrir los labios sino para cantar una estrofa de la Marsellesa.

Parecía que las gentes se habían conjurado para poner de lado la política interna, sus problemas, sus complicaciones, sus incidencias y sus perspectivas.

Atajábamos en una bocacalle al señor Durand para preguntarle por su candidatura a la Presidencia de la República.

Y el señor Durand no nos dejaba concluir:

–¡Ahora no le interesan al público las candidaturas! ¡Ahora no le interesa al público sino la paz! ¡La paz de Wilson! ¡Y el armisticio de Foch!

Atajábamos, más allá, al señor Bernales para averiguar a dónde le llevaba en rauda y venturosa carrera su limousine de gerente.

Y el señor Bernales nos respondía rebosante de júbilo:

–¡Voy a mandarle un cablegrama de felicitación a Wilson! ¡Es necesario que Wilson sepa que en el Perú hay hombres que aman la democracia con el mismo fervor que él! ¡Es imprescindible que Wilson sepa que yo soy tan demócrata como él! ¡La hora es de Wilson! ¡Y de los que admiramos a Wilson!

Atajamos, enseguida, al señor Maúrtua para ver si nos daba alguna noticia sobre la renovación del gabinete.

Y el señor Maúrtua se anticipaba a toda interrogación:

–La paz, señores! ¡La paz por fin! ¡La paz para los beligerantes! ¡Y la paz también para nosotros! ¡Se acabaron en Europa los cañonazos! ¡Y se acabaron en el Perú los discursos del señor Cornejo sobre la guerra! ¡Aunque Cornejo es capaz de aprovecharse de un tedéum para pronunciar en la catedral el panegírico de Wilson!

Era inútil hablar de política.

Ni aun los futuristas se animaban a escribir la elegía del proyecto de la convención. Ni a profetizar horrorizados la anarquía y la revolución. Ni a pedirle al cielo su auxilio para conseguir el milagro salvador del concierto nacional.

El anuncio regocijado de la paz ocupaba todos los espíritus.

Y hasta el señor Osores, tan mesurado y medido siempre en sus expansiones de entusiasmo, absolvía de esta manera las preguntas con que lo asediábamos:

–¡La hora no es peruana sino mundial! ¡No es del Perú sino de la Humanidad!

Sólo que al despedirse nos murmuraba al oído:

–¡Tras la rendición incondicional del Káiser vendrá la rendición incondicional del señor Pardo!

(En *El Tiempo*: Lima, 8–XI–1918)

VOCES

In memóriam

Ayer, los civilistas declararon inhumado el proyecto de la convención. Citados por el señor Aspíllaga se reunieron alrededor de los señores Arenas y Barreda y Laos para tomar conocimiento oficial de su conducta. Y para aprobarla muy complacidos.

Algunos ilusos partidarios del concierto nacional se imaginaban que los civilistas no podían cruzarse de brazos ante el fracaso de la convención. Creían que, aunque no fuese sino de los dientes para afuera, tenían que lamentar este fracaso. Y tal vez no sólo lamentarlo.

Pero esta era una candorosidad muy grande. Los civilistas no podían hacer otra cosa que enterarse formalmente del resultado de las negociaciones. Y conformarse con un convencimiento particular. El convencimiento de que ellos no eran responsables de que ese resultado no hubiese sido mejor.

Ante el fracaso de la convención sus palabras no podían ser sino éstas:

–Bueno, pues. ¡Qué vamos a hacer!

No podían ser otras.

Para reconocerlo no es necesario sino recordar que los civilistas no son gentes sentimentales ni idealistas sino gentes frías y prácticas. Que se hallan a cubierto de todo contagio del lirismo de los futuristas. Y que jamás se han dejado gobernar por un impulso romántico.

Los civilistas han sido, son y serán siempre los mismos: civilistas.

Afligidos y desolados, lo gritaban ayer en las calles los políticos del futurismo, que hasta ahora no salen de su congoja y de su duelo.

Y los liberales, burlones y taimados, se acercaban a ellos para tomarles el pelo:

–Ustedes tienen la culpa de que la convención haya fracasado. ¿Por qué han interpretado ustedes con tanta suspicacia la actitud de los liberales? ¡Los jóvenes no deben ser suspicaces! ¡Esa suspicacia de ustedes es muy

prematura y muy mala!

Pero, entonces, los futuristas se soliviantaban.

–¡Qué suspicacia ni qué suspicacia! ¡Aquí no hay suspicacia alguna! ¡Aquí no hay sino que no hemos querido pasar como unos tontos! ¡Aquí no hay sino que hemos advertido claramente la maniobra de ustedes! ¡Nosotros no somos suspicaces! ¡Pero tampoco somos cándidos!

Y los liberales, desconcertados por el ímpetu repentino de los futuristas emprendían rápidamente una retirada risueña. Les pasaban la mano a los futuristas al despedirse. Y se alejaban de ellos persuadidos de que no eran tan futuristas como el vulgo pensaba.

Los civilistas naturalmente, eran abordados por el periodismo acerca del carácter, mérito y trascendencia de su acuerdo. Y absolvían todas las preguntas con el tono más inocente del mundo:

–Ha sido un acuerdo sin importancia. Hemos escuchado la exposicion de nuestros delegados y la hemos aprobado de principio a fin. Y les hemos dado a nuestros delegados un voto de gracias. Nada en una palabra, nada.

Pero nosotros nos negábamos a creerles.

Y corríamos en busca del señor Aspíllaga para decirle:

–Fíjese usted, ilustrado candidato, en lo que ha hecho su junta directiva. Se ha solidarizado con la conducta de los señores Arenas y Barreda y Laos. ¿Y no sabe usted cuál ha sido la conducta de los señores Arenas y Barreda y Laos? ¡Invitar al leguiísmo a la convención de los partidos!

El señor Aspíllaga rechazaba, por supuesto, nuestras apreciaciones.

Y entonces nosotros le asegurábamos en cuello:

–¡Señor Aspíllaga! Créanos usted, señor Aspíllaga! ¡Su junta directiva acaba de echarlo a usted por la borda!

(En *El Tiempo*: Lima, 9–XI–1918)

VOCES

El último candidato

Germina en estos momentos una candidatura más. Todavía no la ven las gentes porque aún no ha salido a flor de tierra. Pero si las gentes escarbaran un poco descubrirían, hinchada y húmeda, la semilla. Manos solícitamente interesadas la han enterrado en un surco blando y amoroso y la han regado con el agua de sus anhelos. Cosa del demonio será que no brote, que no crezca y que no medre.

Esta candidatura es civilista como la del señor Aspíllaga, civilista como la del señor Villarán, civilista como la del señor Riva Agüero y civilista como la del señor Miró Quesada. Es probablemente la póstuma candidatura civilista. Si esta candidatura no prospera quedará decidida y confirmada la imposibilidad de que un civilista suceda al señor Pardo.

No es indispensable que digamos inmediatamente que se trata de la candidatura del señor don Aurelio García y Lastres. Pero consideramos preferible decirlo de una vez. Y, sobre todo, creemos conveniente que la nueva candidatura aparezca en cancha cuanto antes para que el espectáculo no sea muy fugaz. La candidatura del señor Miró Quesada nos ha dejado una apariencia aleccionadora. Asistimos callados a su sigiloso nacimiento y a sus discretos vagidos. Y cuando nos resolvimos a comentarlos sonoramente, con gran lujo de detalles íntimos y sustanciosos, nos trajeron la noticia de la defunción. Sin embargo, fue una candidatura que estuvo a punto de pegar. Muy a punto.

Tenemos, por eso, que descubrir sin tardanza la candidatura del señor García y Lastres. Y tenemos que declarar que no constituye una sorpresa. Que, antes bien, se halla muy lejos de semejar siquiera una sorpresa.

Muchas veces y en muchas oportunidades se ha hablado de la posibilidad de la candidatura del señor García y Lastres. Se ha examinado su viabilidad. Se ha calculado su consistencia.

Y una voz ha aseverado allí:

–El señor García y Lastres tiene un gran vínculo con el partido liberal. Uno de los liberales más conspicuos, el señor don Samuel Sayán y

Palacios, es su hermano político.

Y otra voz ha aseverado por acá:

–El señor García y Lastres cuenta, además, con otro miembro de la directiva liberal. Con su hermano don Nicanor.

Pero todo no había pasado de un rumor, de una suposición, de una sospecha, de una expectativa.

Hoy no es lo mismo.

Algunos gobiernistas, que desean que la candidatura del señor Aspíllaga se acabe lo más pronto, piensan seriamente en la candidatura del señor García y Lastres. Saben que sería una candidatura muy grata para el señor Pardo. Y creen que los liberales no se negarían a apoyarla.

Cauta, sagaz y persuasivamente procuran crearle ambiente a esta candidatura.

Y hablan así en los corrillos:

–Seamos previsores, prudentes y exactos. Aspíllaga, no puede ser. Villarán, no puede ser. Miró Quesada, no puede ser. ¿Quién nos resta entonces en la directiva civilista? ¿Quién que posea traza de presidenciable? El único es García y Lastres. ¡El señor don Aurelio García y Lastres!

Malévolamente las gentes se apresuran a contradecirles:

–¡Oh! ¡El señor García y Lastres es muy chico!

Ellos insisten:

–¡Eso es lo de menos!

Y continúan empujando su última candidatura.

Nosotros no hemos querido conocer sino una opinión sobre el particular. La opinión de los liberales. Y nos hemos acercado a ellos para ponerles delante la afirmación que circula:

–¿Efectivamente, ustedes no se negarían a apoyar la candidatura del señor García y Lastres?

Y los liberales nos han respondido:

–¡Efectivamente!

Hemos abierto la boca con un asombro infinito.

Y entonces los liberales nos han agregado sonriendo:

—¡Sólo que, como ustedes recordarán, tampoco nos hemos negado a apoyar la candidatura del señor Aspíllaga! ¡Y es que nosotros no le negamos nuestro apoyo a ninguna candidatura! ¡Ni se lo negamos ni se lo prometemos!

(En *El Tiempo*: Lima, 10–XI–1918)

VOCES

Santo sonoro

Alrededor del general Cáceres nos reunimos ayer todos. Los militares y los civiles. Los viejos y los jóvenes. Los grandes y los chicos. Los burgueses y los bolcheviques. Los que mandan y los que no mandan. Los de esta acera y los de la acera del frente.

Y todos nos estrechamos cordialmente la mano con ánimo entusiasta y sano sentimiento.

El señor Pardo había mirado malcontento, aprensivo y receloso desde el momento en que recibió anuncio de él, este homenaje al general Cáceres. Se había negado a creer en su inocencia. Y había pensado que su fisonomía era social, pero que su intención era política. Trascendentalmente política. Sustantivamente política. Eficazmente política.

Y se había desasosegado, sobre todo, porque le habían dicho:

–Nadie puede dejar de concurrir. Aunque sea funcionario del Estado. Aunque sea amigo del régimen. Es cierto que este "santo" del general Cáceres coincide con el instante electoral. Y tal vez es cierto así mismo que rodear ahora al general Cáceres no es sólo rodear al soldado de la Breña sino rodear también al jefe del partido constitucional. Pero esto no lo dicen las esquelas de invitación.

El señor Pardo había tenido que asentir:

–Efectivamente. ¡Las esquelas no lo dicen!

Pero había exclamado enseguida:

–¡Sólo que no importa que las esquelas no lo digan!

Y había aguardado el lunch con una nerviosidad muy grande.

No le gustaba ni un ápice eso de que todos nos congregásemos en torno del general Cáceres. En vano se le aseguraba que no se trataba sino de celebrar el cumpleaños del viejo e ilustre general. En vano, en vano, en vano.

El señor Pardo movía la cabeza disgustado.

Y se exasperaba de súbito:

–¡Para qué se va a juntar tanta gente!

El resultado de estas suspicacias y prevenciones del señor Pardo fue este: que todo el mundo acabase asimilándose insensiblemente al pensamiento del señor Pardo:

–¡Este lunch al general Cáceres tiene mucha entraña!

Así llegamos al lunch.

Dentro y fuera del Restaurant del Parque Zoológico, y antes y después del lunch, pronunciamos la misma frase, maquinal, involuntaria y unánimemente:

–¡Este lunch al general Cáceres tiene mucha entraña!

Y cuando, arrebatados y fervorosos, vitoreamos al general Cáceres con los demás concurrentes, sentimos que no vitoreábamos únicamente al soldado de la Breña.

Y que el suceso del día no era simplemente un cumpleaños.

Un fenómeno de sugestión como cualquier otro.

Y no hubo nada

El miedo del gobierno durante la tarde de ayer no tuvo límites. Probablemente porque era un miedo de origen supersticioso. Un miedo semejante al ingenuo miedo de los niños a las "penas" y a las apariciones.

Nos parecía a ratos que el gobierno no quería sino ponerle la carne de gallina a la ciudad.

Sonó primero una voz agorera:

–¡El Presidente de la República ha amanecido en Palacio!

Y sonó enseguida una voz intempestiva:

–¡El Presidente de la República ha ordenado la inamovilidad del ejército.

Y sonó luego una voz inverosímil:

–¡El Presidente de la República ha desaparecido! ¡Se le siente; pero no se le ve! ¡Se escucha su voz de mando; pero no se sabe de dónde sale! ¡Seguramente sale de bajo de la tierra!

Tan extravagantes eran las voces que se sucedían que no era posible tomarlas en serio.

Y, por eso, nosotros nos pasamos la mañana rechazándolas enérgicamente.

¿Por qué iba a sentir tanto pavor el señor Pardo? ¿Por qué iba a impedir

que el ejército y la armada se asociaran a una fiesta nacional? ¿Por qué iba a mostrar tal zozobra y tal grima?

Pero vino la tarde.

Y nos persuadimos de que las voces de la mañana no habían sido mentirosas. El gobierno estaba, en realidad, dando diente con diente. Se le había metido entre ceja y ceja que nada bueno podía salir del lunch al general Cáceres. Y se había puesto sobre las armas.

Tuvimos que sonreírnos a la fuerza.

Más tarde, mientras permanecimos dentro del Zoológico, con una copa de champaña en la mano, cantando el Himno Nacional, aplaudiendo el discurso del contralmirante Carbajal, celebrando la respuesta del general Cáceres y coreando con las más frenéticas aclamaciones las brillantes palabras del señor don Javier Prado y Ugarteche, nos olvidamos transitoriamente de que el gobierno se había imaginado, lleno de misteriosos presentimientos, que esto era como para asustarse, sobrecogerse y prevenirse.

Y en esta hora de la medianoche, en que nos aseguran que todavía el señor Pardo no se ha movido de Palacio, no podemos contener la carcajada.

Una gran carcajada.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–XI–1918)

VOCES

Un día grande

Ahora estamos seguros de que la guerra se ha acabado. Ahora sí estamos seguros. Ahora sí no nos cabe la menor duda. No tenemos sino que salir a la calle, mezclarnos con las gentes que recorren entusiasmadas la ciudad, adherirnos al grupo más bullicioso, cantar a todo pulmón la Marsellesa y aclamar como unos locos a Wilson, para convencernos de que esta vez no nos engañamos.

La paz reina en el mundo. Y no sólo de esto nos alegramos. Nos alegramos, sobre todo, de que junto con la paz reinen la juticia y la democracia. Nos alegramos, en una palabra, de que esta paz que reina desde ayer en el mundo sea la paz de Wilson. La paz de Wilson y no la paz del Káiser.

Y nos salimos de nuestras casillas cuando nos acordamos de que somos socialistas. Socialistas convencidos. Socialistas ardorosos. Socialistas máximos.

El día, más que de la paz, nos parece del socialismo.

Tanto que nos ponemos a punto de treparnos en un automóvil, agitar una bandera roja y lanzar el primer grito del socialismo peruano. Y nos negamos a ocuparnos de la política. Nos negamos a ocuparnos del señor Pardo. Nos negamos a ocuparnos del partido nacional democrático. Nos negamos a ocuparnos de la candidatura del señor Aspíllaga. Nos negamos a ocuparnos de la candidatura del señor Durand.

Y es que aquí, en esta estancia, se han reunido espontáneamente nuestros amigos y camaradas de socialismo. A todos los ha conmovido como a nosotros el anuncio de la paz. A todos les ha devuelto la fe perdida. Y aquí han improvisado, sin preparativo alguno, algo así como un soviet.

Aquí ha estado el ilustre médico y folklorista doctor Sebastián Lorente y Patrón. Aquí ha estado su hermano y correligionario don Ricardo. Aquí h a estado el leader de los universitarios, señor don Luis Denegri. Aquí ha

estado el leader de los obreros señor don Carlos del Barzo. Aquí ha estado el diputado teosofista señor don Jorge Corbacho. Aquí ha estado Félix del Valle, escritor de "Nuestra Epoca". Aquí han estado muchos otros más.

Y aquí ha estado también, atraído por el hervor de la colectividad socialista, el doctor Curletti. El doctor Curletti ha sido uno de los últimos en llegar. Pero ha llegado siempre. Y cuando nosotros, movidos por el cariño que le profesamos, le hemos preguntado por qué no ha llegado antes, nos ha respondido con una frase del evangelio:

–¡Los últimos serán los primeros!

Y nos ha agregado una frase suya:

–¡Y, además hijitos, yo soy una persona grande!

Todos se han identificado en el regocijo. El señor don Luis Ulloa, socialista orgánico, agitando un periódico en una mano. Y los ha interpelado enseguida:

–¿No creen ustedes que después de haber vencido a los junker en Alemania tenemos que vencer a los neo-godos en el Perú?

Y, a renglón seguido, ha entrado en la estancia, con los brazos abiertos, el semblante resplandeciente y el gesto jocundo, otro de nuestros grandes bolcheviques, el diputado por Lima señôr don Jorge Prado.

Ha entrado como siempre, optimista y afirmativo.

Y nos ha dicho:

–¡Estamos en un instante de abdicaciones! ¡En Alemania ha abdicado el Káiser! ¡En el Perú abdicará el señor Pardo!

Y se ha reído enseguida con toda el alma.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–XI–1918)

VOCES

Nervios malos

El momento es de fiesta para todo el mundo. Pero no lo es para el señor Pardo. El ánima del señor Pardo continúa llena de desazones y temores. No participa de la alegría universal. No se alboroza con el triunfo de la democracia. No se exalta con las palabras de Wilson.

El señor Pardo se siente amenazado. Cree que lo rodean acechanzas y peligros. Descubre conjuraciones sombrías en todas partes. Tal vez sufre pesadillas e insomnios.

Acabamos de contemplarle asustado por un inocente lunch al General Cáceres. Y todavía no se ha apagado el comentario sobre la orden de inamovilidad del ejército. Ni siquiera porque el tema de la paz elimina todos los otros temas.

Y ahora nos cuentan que esta hiperestesia supersticiosa del miedo del señor Pardo no es muy nueva que digamos. No es, como se nos ocurría, una simple consecuencia de la caída del Káiser. No es, como suponíamos a fuer de socialistas, un transitorio eco de la revolución alemana.

El señor Pardo vive, desde hace tiempo, rodeado de desmesuradas precauciones. Sus parientes, sus autoridades y sus policías lo cuidan hasta del aire. Y cada uno de sus viajes cotidianos de Miraflores a Lima y de Lima a Miraflores es un viaje angustiado y febril.

Estamos convencidos de que se halla muy próximo el día en que las gentes, que andan siempre ganosas de emociones tremendas, comiencen a acudir todas las mañanas a la avenida de la Magdalena a asistir al paso del señor Pardo.

Porque el espectáculo, señores, vale la pena.

Es primero un automóvil que viene de Miraflores explorando el camino. Es luego otro automóvil que viene envuelto en una nube de polvo, de humo y de vapor, trayendo al señor Pardo. Es a continuación un piquete de soldados de caballería que viene a todo galope con los sables desenvai-

nados. Es finalmente otro automóvil que viene cerrando el cortejo.

Un desfile emocionante.

Nosotros que somos muy timoratos no hemos tenido menos que exclamar después de presenciarlo:

–¡Caramba! ¡El señor Pardo no hace esto por miedo! ¡El señor Pardo hace esto por sport! ¡Más miedo que a cualquier cosa le tendríamos nosotros a una carrera de éstas! ¡El peligro más grande para el señor Pardo es en estos momentos el peligro de un accidente automovilístico!

Y enseguida, como además de ser muy timoratos, somos muy sensibles, nos hemos consternado de que un momento que es de regocijo para todo el mundo no pueda serlo también para el señor Pardo. Y nos hemos sentido delante de un contraste dramático. Mientras todo el mundo está de holgorio, el señor Pardo está con el alma en un hilo. Mientras todo el mundo goza, el señor Pardo tiembla. Mientras todo el mundo se ríe, el señor Pardo frunce el ceño.

Es algo que parte el alma.

Aunque tal vez sea algo que no reclama más remedio que un oportuno tratamiento del doctor Sebastián Lorente y Patrón, grande y buen amigo nuestro, conspicuo bolchevique, novísimo secretario del partido liberal y famoso especialista en enfermedades nerviosas...

(En *El Tiempo*: Lima, 14–XI–1918)

VOCES

El último junker

El señor Pinzás tiene madera de héroe. Se ha rendido Austria. Se ha rendido Alemania. Se ha rendido el Káiser. Y el señor Pinzás continúa de imperialista, de discípulo de Hindenburg y de prosélito de Bethmann Hollweg. No transige con los ideales y los países vencedores. Se niega a firmar la paz con Wilson. Permanece atrincherado dentro de su germanofilia con su bandera de beligerante al tope.

Su porfía es extraordinaria, ejemplar y asombrosa.

Los liberales andan, por supuesto, muy alarmados con esta resistencia espartana del señor Pinzás. Uno de los secretarios del partido, el doctor Sebastián Lorente y Patrón, cree que el señor Pinzás se ha intoxicado con la filosofía truculenta de Von Bernhardi. Que no se trata, pues sino de un caso de intoxicación paulatina. Que el señor Pinzás se halla, por ende en la condición clínica de un morfinómano o de un opiómano. Y que no necesita sino un buen tratamiento médico.

Por lo demás los liberales no tienen el sereno discernimiento científico del doctor Lorente y Patrón. Se desazonan, se "azarean", se confunden. Piensan que la presencia de un germanófilo irreductible en sus filas compromete la filiación democrática del partido. Y tiemblan ante la posibilidad de que el señor Pinzás pronuncie en la Cámara de Diputados otro discurso germanófilo.

Sagaz, zalamero y solícito le habla el doctor Durand al señor Pinzás:

–Mire usted, Pinzás. Usted no está bueno. Está usted muy pálido. Está usted muy desmejorado. Necesita usted un descanso. ¿Por qué no se va usted a Huánuco? A usted le conviene un poco de quietud, de reposo y de aire puro. Váyase, Pinzás, por quince días a lo menos.

El señor Pinzás, denodado y recio como un mortero alemán, mueve la cabeza:

–¡Imposible!

El doctor Durand cambia rápidamente de táctica:

–Bueno. ¡Pero no vaya a la Cámara siquiera! Usted no está bueno. Está usted muy pálido. Está usted muy desmejorado.

Mas el señor Pinzás se niega siempre:

–¡Imposible también!

Y entonces el doctor Durand no sabe contenerse:

–Bueno. Vaya usted a la Cámara. ¡Pero no hable! No hable usted porque le haría daño. Usted no está bueno, Pinzás. Usted no está bueno.

Y abraza al señor Pinzás con la ternura más grande.

Otros correligionarios del señor Pinzás se soliviantan, se sulfuran y se desbordan. El señor Urquieta por ejemplo. El señor Urquieta, que en estos días ha estado a punto de salir a las calles con gorro frigio, no le perdona al señor Pinzás la persistencia recalcitrante de su imperialismo.

Y prorrumpe en indignadas exclamaciones:

–¿Cómo es posible que un miembro del partido liberal resulte partidario de una autocracia? ¡Qué va a pensar, cuando lo sepa, el presidente Wilson! ¡Qué va a decir el presidente Wilson del partido liberal del Perú!

Y se agarra la cabeza.

Inútil es que el señor Lorente y Patrón se empeñe en tranquilizarle con un argumento risueño:

–Oiga usted senador ilustre. A mí no me parece tan grave que el señor Pinzás sea germanófilo. A mí me parece más grave que el señor Chaparro se sistematice en el uso de las medias crudas. Yo creo, francamente, que las medias crudas del señor Chaparro comprometen más al partido liberal que la germanofilia del señor Pinzás.

El señor Urquieta no se sonríe siquiera.

Y el señor Lorente y Patrón, travieso y socarrón eternamente, se encamina en busca del señor Pinzás para decirle:

–Mi querido Pinzás. Suspenda usted momentáneamente sus resuellos y escúcheme una opinión amistosa. ¡No vaya usted nunca a Alemania! ¡Yo estoy seguro de que si usted va alguna vez a Alemania se quitará la vida al pie de la estatua de Bismarck como el general famoso!

El señor Pinzás suspira conmovido.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–XI–1918)

VOCES

Alegres y fugitivos

De rato en rato llega a la imprenta el eco de una risa lejana. De una risa que debe ser del doctor Humberto Negrón o del señor Pedro Ángel de las Casas. Porque es una risa retumbante y feliz como ella sola. Vibra y cascabelea más que una muchedumbre japonesa en día de holgorio y gaudeamus.

Es que el doctor Negrón y el señor de las Casas son actualmente dos hombres venturosos. En la prisión y en el hospital los estaban matando el encierro, el fastidio y la gripe. Eran dos aves de vuelo caudal enjauladas en una pajarera doméstica que suspiraban día y noche por su perdida libertad. Se hallaban, pues, ante un dilema fatal: o los soltaban o se escapaban. No se les quería soltar: tenían que escaparse.

No existen, además, dos hombres mas enamorados de la libertad que el doctor Negrón y el señor de las Casas. La idea de la libertad los ha poseído y obsesionado siempre. Por la libertad son capaces de pegarse de tiros con cualquiera. Son dos paladines orgánicos de la libertad. De la libertad propia, de la libertad ajena, de la libertad de pensamiento, de la libertad de sufragio y de la libertad de los mares. El señor de las Casas, sobre todo, no ha desperdiciado nunca la ocasión de alistarse en las legiones de la libertad. Allí donde ha sonado el grito de libertad, entre salvas de cohetes o entre salvas de fusilería. Allí ha estado enseguida el señor de las Casas echando bala o tirando puñetazos.

Tenerlos privados de la libertad era, pues, peor que tenerlos privados de la alimentación. Máxime en estos días de alborozo, apoteosis y holganza en que se festeja el triunfo de todos los ideales buenos, de todas las doctrinas generosas y de todos los pensamientos caritativos. En estos días el doctor Negrón y el señor de las Casas consideraban intolerable su cautiverio. Y se preguntaban exasperados por qué no iban ellos a compartir el regocijo universal. Por qué si ellos eran tan fieles y amantes devotos de

la democracia victoriosa. Por qué si ellos se habían levantado en armas para meter al Perú en la línea de fuego.

Tanto se sugestionaron y se enardecieron con estos sentimientos que casi sin darse cuenta resultaron fugándose. Y resultaron, luego, perdiéndose entre las muchedumbres callejeras. Y aclamando al presidente Wilson. Y cantando la Marsellesa. Y vivando a Tacna, Arica y Tarapacá peruanos. Y pidiendo la amnistía para los presos políticos. Para los presos políticos que no se habían fugado.

Hasta ahora no les cabe la dicha en el cuerpo.

La policía los busca. El juez de la causa los reclama. El hospital de San Bartolomé llora su ingratitud. Pero a ellos nada de esto les importa. Andan entregados en alma y cuerpo a las fiestas del triunfo. Si se cuidan de las autoridades no es sino para que las autoridades no interrumpan su solidaridad con el entusiasmo y la alegría del mundo.

Con el doctor Negrón hablamos anoche.

Oímos de pronto pasos sigilosos en el techo. Sentimos luego una respiración anhelante. Y, cuando comenzábamos a encomendarnos mentalmente a Dios, vimos al doctor Negrón aventarse en nuestra estancia desde la ventana.

Le tendimos los brazos:

–¡Doctor Negrón! ¡Doctor insigne! ¡Doctor famoso!

Y el nos dio un apretón formidable:

–¡Aquí me tienen ustedes! ¡Aquí me tienen ustedes abrazándolos por el triunfo de la democracia! ¡Aquí me tienen ustedes abrazándolos en el nombre de Wilson!

Y después de un silencio nos hizo esta invitación en voz baja:

–¡Vengan ustedes conmigo!

Se nos heló la sangre en las venas:

–¿A dónde, doctor?

Y él insitió en voz mas baja todavía:

–¡Vengan no más!

Y entonces él nos miró risueñamente, nos dio otro apretón de nuevo y se despidió de nosotros:

–Hasta muy pronto amigos y camaradas míos.

Y se marchó, tranquilo, jovial y ufano, por la puerta.

Al pasar por la esquina le dio las buenas noches al guardia.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–XI–1918)

VOCES

Sin candidato

Continuamos sin candidato formal a la Presidencia de la República a pesar de que nos aproximamos al año nuevo, a pesar de que nos acercamos a las elecciones y a pesar de que tenemos mucha gana de que suenen de una vez en las calles y en las plazas los gritos de los tumultuosos clubes mestizos.

El señor Aspíllaga tiene, indudablemente, figura, nombre, gesto, traza y virtualidad de candidato. Pero todavía no lo es oficialmente. Ninguna asamblea, ningún comicio, ningún plebiscito lo ha consagrado. Es un candidato en ensayo. Es un candidato en gestación. Su periódico, por ejemplo, no lo llama candidato. Ni siquiera porque es su periódico.

Ustedes nos preguntarán:

–¿Y el señor Durand? ¿El señor Durand no es candidato también? ¿Por qué no declaramos candidato al señor Durand?

Y tendrán que convenir con nosotros, enseguida, en que tampoco el señor Durand es candidato efectivamente. Sabemos que quiere serlo. Sabemos que puede serlo. Pero sabemos, así mismo, que esto no basta para que lo sea. Para titular candidato al señor Durand necesitamos que una asamblea del partido liberal consagre su candidatura en el Restaurant del Parque Zoológico, entre efusiones del champaña, tropas del señor Urquieta, ironías del señor Lorente y Patrón y trajines del señor Pinzás.

Ustedes nos preguntarán luego:

–¿Y el señor Miró Quesada? ¿El señor Miró Quesada no es candidato también? ¿No dicen que en la sombra, con paso implícito, con voz confidencial y con palabra sigilosa se trabaja por él?

Y tendrán que convenir con nosotros, enseguida, en que tampoco el señor Miró Quesada es candidato. Su candidatura no constituye sino un proyecto. Es una candidatura que no puede aparecer sino después de que le hayan abierto camino. Es una candidatura que no puede abrirse camino

por sí misma. Es una candidatura que no puede correr los riesgos de una lucha azarosa. Y no porque al señor Miró Quesada no le guste mucho sino porque, como es cauto, redomado y prudentísimo, la quiere blanca, migada y en taza.

Ustedes nos preguntarán entonces:

–¿Y el señor Villarán? ¿El señor Villarán no es candidato también? ¿No anda por allí el partido nacional democrático recomendándolo, alabándolo y preconizándolo con todos los rimbombos de su retórica?

Y tendrán que convenir con nosotros, enseguida, en que tampoco el señor Villarán es candidato. De la candidatura del señor Villarán, lo mismo que de la del señor don José Carlos Bernales, se habla como de una fórmula de transacción. Para que surja una de las dos es preciso que surjan previamente dos candidaturas de combate. Una candidatura de las derechas y otra candidatura de las izquierdas. Dos candidaturas fuertes que representen la inminencia de un choque terrible, cruento y desquiciador. No puede haber transacción sin que haya antes lucha.

Ustedes nos preguntarán finalmente:

–¿Y los otros señores? ¿Y los otros señores cuyos nombres suenan como nombres de candidatos?

Y tendrán que convenir con nosotros, enseguida, en que tampoco los otros señores son candidatos. Se hallan más distantes de serlo que los cuatro señores que acabamos de nombrar. Más distantes que el señor Aspíllaga. Más distantes que el señor Durand. Más distantes que el señor Bernales. Más distantes que el señor Villarán.

Se afirma que cualquiera de ellos puede eliminar de repente a los demás si el destino lo decreta. Pero eso, precisamente, es muy expresivo. Se afirma que "cualquiera" de ellos. No se afirma que "uno", uno solo, uno determinado.

No tenemos, pues, a quién denominar candidato. No tenemos, por ende, a quién vivar en la calle sin peligro y sin zozobra.

El señor Pardo piensa, probablemente, que por eso no más es que los ciudadanos vivan al señor Leguía aunque se los lleven presos...

(En *El Tiempo*: Lima, 20–XI–1918)

VOCES

Momento electoral

Todas las preocupaciones de los ciudadanos son en la actualidad preocupaciones electorales. Todas giran alrededor de una votación, de una ánfora, de un escrutinio. Todas se relacionan con alguna candidatura. Y es que estamos en un momento totalmente electoral. Respiramos una atmósfera de mesa receptora de sufragios.

Acabamos de salir de los días de elecciones municipales y se nos vienen encima muy rápido los dos días de elecciones políticas. Y entre noviembre municipal y mayo político vamos a tener muchas notas electorales interesantes. Muchas, muchas, muchas.

Perezosa, remisa y negligente como de costumbre, nuestra ciudad se la ha pasado sin elecciones. Se ha contentado con asistir voluptuosamente a las elecciones de los distritos. Y con celebrar, desde el tendido, el triunfo unánime del señor don Pedro de Osma en el Barranco, del señor don Miguel Checa Eguiguren en Chorrillos y del señor don Juan de Aliaga en la Magdalena.

Pero esto no importa. Aunque no se realice en los comicios populares, la elección de alcalde tendrá siempre un proceso muy entretenido, muy sabroso, muy anecdótico. Originará una lucha y un forcejeo generosos y pródigos en episodios resonantes y animados.

Y la ciudad tendrá abundante y sustancioso.

Por lo pronto se sabe que hay dos candidatos. Se sabe que uno es don Juan Durand y que el otro es el señor don Manuel Irigoyen Canseco. Se sabe, en un palabra, que existe la seguridad de que habrá combate.

No en balde la alcaldía es una posición política. Una posición de mayor importancia que nunca, ahora que se acercan las elecciones presidenciales. Para un candidato tiene gran trascendencia hablar al pueblo desde los históricos balcones de la Municipalidad.

El partido liberal, por eso, se afana en que la alcaldía sea para el señor

Juan Durand. Él –dicen los liberales– es el candidato del partido liberal. El señor Durand presenta su candidatura sobre la base de los votos que dispone el partido liberal en el Concejo.

Y agregan:

–¿Por qué no exhiben también los otros partidos un candidato propio? ¡A ver ese partido civil que cree aún en su hegemonía y en su superioridad! ¡A ver ese partido nacional democrático que mete tanta bulla con sus manifiestos eventuales! ¡A ver ese partido demócrata que pretende restaurar en la Avenida de los Descalzos las tradicionales legiones del pierolismo! ¡A ver ese partido constitucional que con la espada de La Breña en la mano atemoriza y desasosiega al señor Pardo!

Se oyen, cautos, sagaces y expertos, los pasos de la candidatura del señor don Manuel Irigoyen Canseco que, sin que nadie la sienta y sin que nadie la perciba, se capta todas las voluntades livianas y accesibles.

Y los liberales buscan entonces al señor Aspíllaga para preguntarle:

–¿El señor Irigoyen Canseco es el candidato del partido civil?

–Pero el señor Aspíllaga, desconcertado por el ímpetu de la interrogación, no les responde sino esto:

–Yo no sé nada, señores. Yo no sé nada del partido civil. Yo no sé sino que soy el Presidente de su Junta Directiva. ¡Y su candidato a la presidencia de la República!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–XI–1918)

VOCES

El gabinete

Sabemos que muy pronto, dentro de dos, tres o cuatro días, tendrá que ser resuelta la crisis ministerial; pero no sabemos hasta ahora cómo va a ser resuelta. Y lo mismo que a nosotros le ocurre tal vez al señor Pardo. Sabe el señor Pardo que de hoy a mañana tendrá que tomar una determinación; pero no sabe hasta ahora cuál va a ser esa determinación. No sabe, sobre todo, si por ser una determinación suya será también una determinación eficaz.

No existe sino una certidumbre: la certidumbre de que el señor Tudela y Varela necesita marcharse cuanto antes a los Estados Unidos. Y de que ha alistado ya sus maletas. Y de que ha tomado ya su pasaje. No hay sino que mirar al señor Tudela y Varela para comprender que está con el pie en el estribo.

Todo lo demás es inseguro.

Parece que el señor Maúrtua reemplazará al señor Tudela y Varela en la presidencia del consejo. Es, por lo menos, lo que se dice en los círculos políticos. Es lo que el público cree espontáneamente. Es lo que en el Palacio de Gobierno se espera.

Pero, naturalmente, no faltan quienes se fijan en que la renovación ministerial se halla vinculada en esta oportunidad al problema de la sucesión del señor Pardo. Y en que no es fácil que a un estadista le guste encargarse de la organización de un gabinete cuyo porvenir está sujeto a las fluctuaciones de la política electoral.

Se teme, por esto, que la crisis se complique y se enrede.

Además varias otras circunstancias se coaligan para dificultar su solución rápida y estable. Son las que se derivan de la gravedad y la urgencia de las cuestiones de alto interés nacional que embargan obligadamente la atención del gobierno. Estas circunstancias exigen que se encargue del manejo de los negocios públicos un estadista competente

sagaz y autorizado.

Acontece, pues, algo muy trascendental. Acontece algo que no sólo es muy trascendental sino tal vez muy nuevo entre nosotros. Acontece que para ocupar la presidencia del consejo de ministros del Perú se necesita hoy, gracias a los acontecimientos universales, capacidad, inteligencia y preparación.

En otros tiempos no se consideraba indispensables estas condiciones. No se les consideraba precisas. No se les consideraba siquiera útiles. Se les consideraba, más bien, superfluas. Y algunas veces se les consideraba peligrosas.

Ahora nos encontramos delante de un problema muy serio y oscuro: el problema económico. Un problema conectado con el magno proceso de la paz. Y nos encontramos delante de otro problema muy serio y oscuro también: el problema internacional. Un problema conectado igualmente con el magno proceso de la paz.

Y nos encontramos, por añadidura, con que los conflictos de la política doméstica obstruyen el buen estudio y la serena resolución de esos problemas.

Ciertos intereses electorales reclaman, por ejemplo, un gabinete político destinado a interpretarlos y servirlos activamente. Es cierto que esos intereses no han logrado unificarse y cohesionarse. Lo cual constituye una coyuntura que habilita al señor Pardo para resolver la crisis prescindiendo de ellos.

Pero es cierto, así mismo, que pueden modificarse y cohesionarse cualquiera de estos días y que pueden entonces resultar mal avenidos con el gabinete que suceda al del señor Tudela y Varela.

Total; un rompecabezas.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–XI–1918)

VOCES

Cuatro, siquiera cuatro

El partido nacional democrático se había sistematizado, como ustedes recordarán, en la aspiración de un concierto de las diversas fuerzas políticas. Pedía urgentemente, en sus encíclicas y pastorales, que se reuniesen en una asamblea todos los partidos. El partido civil. El partido demócrata. El partido constitucional. El partido liberal. El partido nacional democrático. Y el partido leguiísta. Todos los partidos. Todos, todos, todos.

–¡Concierto nacional! –gritaban en las calles los oradores del futurismo–. ¡Concierto nacional! ¡Concierto, concierto, concierto!

Y cuando se les observaba siquiera:

–Está bien. Venga el concierto de todos los partidos. Pero los partidos no son sino cinco. El sexto partido no existe. No existe porque el leguiísmo no constituye un partido.

Los oradores del futurismo se soliviantaban:

–¡No puede haber concierto nacional sin el leguiísmo! ¡Nada importa que el leguiísmo no sea un partido! ¡Para que haya concierto se necesita considerarlo como tal!

Poco a poco, en la intimidad de las conversaciones y de las tertulias, comenzaron a ceder terreno:

–Bueno. No pensemos en el leguiísmo. Convengamos en que los partidos no son sino cinco. Pero hagamos la convención con esos cinco partidos.

Sólo que esto no lo dijeron en voz alta. Lo dijeron a la sordina. Lo dijeron en las conferencias privadas. Aparentemente su ideal era el mismo siempre: el concierto nacional. La liga de los partidos. La unificación del sentimiento político. La conciliación, la transacción y la concordia.

Y ahora, señores, estamos delante de un cambio total. El partido nacional democrático quiere siempre el concierto. Pero no exige ya que sea

un concierto de todos los partidos. Dice que de cuatro partidos "por lo menos". Pero dice siempre que de cuatro. Cuatro no más, Cuatro únicamente. Cuatro tan sólo.

No agrega, por supuesto, cuáles pueden ser esos cuatro partidos. Se lo callan. Piensan a solas que pueden ser, verbigracia, el partido civil, el partido demócrata, el partido nacional democrático y el partido liberal. O también, el partido civil, el partido demócrata, el partido nacional democrático y el partido constitucional. El partido eliminado resulta, en un caso, el partido constitucional y, en otro caso, el partido liberal.

Y para ambos casos los futuristas tienen organizados sus argumentos. Están resueltos a sostener que el partido liberal y el partido constitucional carecen de significación, de proselitismo y de autoridad. Sobre todo el partido liberal. Porque mientras al partido constitucional no le tienen ojeriza alguna, al partido liberal le guardan una aversión instintiva.

No exageramos en un ápice, por otra parte, las proporciones del cambio.

Es el señor don José de la Riva Agüero quien, interrogado por los periodistas a la salida del gabinete del señor Pardo, les ha declarado que el partido nacional democrático desea que a la convención concurran por lo menos cuatro partidos.

Una declaración que había llevado escrita en un memorándum con toda la precaución de un político cauto que no quiere que sus palabras sean desfiguradas por los cronistas...

(En *El Tiempo*: Lima, 23–XI–1918)

VOCES

Candidato augusto

El doctor Durand está viviendo el período más intenso de su historia política. Probablemente ustedes lo ponen en duda. Pero es porque ustedes no ven al doctor Durand a la cabeza de una montonera emponchada y trasandina, ni en el trajín clandestino y sigiloso de una conspiración, ni en ninguna andanza parecida y sonora. Es porque ustedes no se fijan en el rol que tiene el doctor Durand en la actualidad nacional.

Nosotros no nos engañamos. El momento es, efectivamente, muy emocionante para el doctor Durand y sus legionarios jacobinos. El semblante, el gesto, la mirada, la frase, la sonrisa y el paso del doctor Durand lo vienen revelando desde hace mucho rato.

Observen ustedes la posición del partido liberal ante el problema de la sucesión del señor Pardo.

El señor Pardo no necesita sino el "sí" del partido liberal para buscarle una solución cualquiera a ese problema. Una solución que no sería, probablemente, una solución buena. Pero que sería de todas maneras una solución.

Cazurro, redomado y sagacísimo, el partido liberal no se niega, por supuesto, a colaborar con el señor Pardo en pro de una solución conveniente a los intereses del gobierno. Pero exige que sea una solución fuerte. Y que lo sea por sí sola, sin su concurso, sin su cooperación, sin su auspicio.

El señor Pardo le presenta hoy una fórmula. Y le pondrá sus excelencias. Y le enaltece sus excelencias. Y le enaltece sus probabilidades de éxito venturoso. Y le sostiene que con el favor del partido liberal su victoria está asegurada.

Pero el partido liberal mueve la cabeza:

–Esa fórmula no. Es una fórmula anémica. Es una fórmula inconsistente. ¡A ver otra!

Y mañana, en presencia de otra fórmula análoga, vuelve a mover la

cabeza:

–Esa fórmula no. Es una fórmula anémica. Es una fórmula inconsistente. ¡A ver otra!

Murmuran los civilistas, espoleados por sordas ojerizas, que el partido liberal se imagina que de esta suerte el señor Pardo va a concluir proponiéndoles una fórmula póstuma y definitiva: la candidatura del doctor Durand a la Presidencia de la República. Y, alrededor de esta presunta esperanza del partido liberal, organizan un millón de comentarios malévolos.

Pero el partido liberal se sonríe. Le basta con saber que es en estos momentos el partido del cual depende la concentración de las fuerzas políticas gubernamentales que el señor Pardo ambiciona. Que lo es por varios considerandos. Primero, porque la candidatura del señor Aspíllaga tiene totalmente neutralizada la acción del partido civil. Segundo, porque el señor Pardo no puede conseguir para esa candidatura la adhesión del partido nacional democrático.

El doctor Durand piensa, por ende, que la llave de la política gubernamental está en sus manos. Y no le importa que no pueda usarla en su servicio. Se conforma con no ponerla al servicio de nadie.

Mientras tanto sus parciales, ufanos y jocundos, circulan por las calles de la ciudad derramando afirmaciones y guiños optimistas.

Y el señor don Juan Durand cuenta con tono de confidencia risueña:

–El partido liberal no tiene candidato todavía. Pero tiene un "antojo". El "antojo" de que su candidato se llame Augusto.

Todo para que le pregunten:

–¿Augusto Leguía, verbigracia?

Y para contestar entonces:

–¡Augusto Durand, más bien!

(En *El Tiempo*: Lima, 24–XI–1918)

VOCES

Todos, menos uno

Todavía no hemos concluido de celebrar la paz universal. Nos parece tan grande y tan solemne esto de que se haya acabado la guerra que no sabemos aún cuándo le vamos a poner punto final a la fiesta. No queremos pensarlo siquiera. Deseamos demostrar que ningún pueblo de la tierra nos aventaja en alegría y entusiasmo.

El programa de los faustos de la paz llegó anoche a su número de etiqueta. El país se puso frac para comer en el Restaurant del Parque Zoológico y para tomar una copa de champaña por los aliados gloriosos. Y por sus personajes máximos y sumos. Por el presidente Wilson. Por Lloyd George. Por Clemenceau. Por Gabriel D'Annunzio. Por el mariscal Foch. Y, de paso, por el señor Cornejo.

Asistimos a un banquete estupendo.

Concurrencia innumerable y eminente; comedor suntuoso y resplandeciente; adorno exquisito y opulento; iluminación copiosa y aladinesca; música ilustre y afamada: romanzas, coros, ballets; armonioso discurso de ofrecimiento del señor Antonio Miró Quesada; cordial discurso de agradecimiento del ministro de Italia señor Agnoli; vítores a la democracia, a la justicia y a la libertad; apoteosis, etc., etc., etc.

Vimos sentados en torno de una mesa –que no en balde era una "U"– a todos los hombres conspicuos y grandes de la ciudad. A todos. A todos absolutamente. A los que nos gobiernan y a los que no nos gobiernan. A los amigos y a los adversarios del señor Pardo. A los beligerantes y a los neutrales.

Y en todos se detuvo un instante nuestra mirada solícita, acuciosa y servicial.

Allí estaba, gobernando la fiesta con su autoridad orgánica de gentleman, de millonario, de azucarero y de presidente del Club Nacional el señor Antero Aspíllaga, cuyo nombre –según don Pedro de Ugarriza– debe ser

siempre, por razón de jerarquía alfabética, el primero que pronunciemos. Allí estaba, insinuando con sus mutis y sus silencios cuanto callaban sus palabras, el señor don Antonio Miró Quesada, en quien todavía sorprendemos gestos furtivos de candidato a la Presidencia de la República. Allí estaba, derramando su alegría de admirador sistemático de la revolución francesa, de Danton y de Rouget de l'Isle, el señor don Augusto Durand que tiene aún, de vez en cuando, un alma incandescente de jacobino. Allí estaba, captándose más de un espíritu inteligente y comprensivo con su sereno continente de sabio, el señor don Javier Prado, nuestro profesor de energía. Allí estaba, transpirando aún el fervor de sus campañas aliadófilas, el señor don Mariano H. Cornejo, honra y prez de la oratoria peruana. Allí estaba, destacándose y sobresaliendo como de costumbre, el gran ministro bolchevique señor don Víctor M. Maúrtua, que tiene siempre para todas las cosas nacionales, inclusive para la oratoria del señor Cornejo, una frase traviesa de "mataperro". Allí estaba, singularizándose por sus modales, sus quevedos y sus discreciones, el señor don José Carlos Bernales, gerente y senador esclarecido. Allí estaba, exhibiendo orgullosamente su insuflamiento de estadista joven, el señor don Francisco Tudela y Varela, que, como bien sabemos, continúa resuelto a hacernos la merced de hablarle en nuestro favor y beneficio a Mr. Wilson.

Allí estaban todos los hombres representativos y figurativos de la política, del gobierno, del parlamento, de la diplomacia, de la universidad y de la prensa.

No faltaba sino uno. Uno no más. Uno tan sólo: el señor Pinzás.

El señor Pinzás se había quedado en la puerta del Zoológico, con las manos enfundadas en los bolsillos del pantalón, diciéndole a todo el mundo:

–¡Pido que quede constancia de que yo no entro! ¡Yo sigo siendo germanófilo!

(En *El Tiempo*: Lima, 25–XI–1918)

VOCES

Otro intermedio

El debate de La Brea y Pariñas tiene muy mala suerte. El Gobierno, el Parlamento y la barra están igualmente interesados en que concluya cuanto antes. Pero es inútil. La mano del destino lo ataja de trecho en trecho con una hostilidad implacable y tosca.

Cerramos los ojos para rememorar los cuatro capítulos de su historia. Y comprobamos que así es. Que, como se dice en criollo, "no está de Dios" que este debate concluya.

El primer capítulo fue acaso el más sonoro. El señor Cornejo denostó la transacción en nombre de la ley, de la ciencia, de la moral, del bien y del coloso de Rhodas. El señor Urquieta estuvo a punto de gritar dramáticamente que para aprobarla tendría el congreso que pasar sobre su cadáver. Y, de repente, sobrevino el fin de la legislatura. Terminó el capítulo con la misma inoportunidad teatral de un capítulo de folletín.

Hubo un año larguísimo de tregua. Y de improviso el Senado reanudó el debate con ánimo resuelto de concluirlo. Era inaplazable que nos arregláramos con la Standard Oil. El señor Le Sueur andaba por aquí ajochándonos con toda la energía de que es capaz un abogado sajón. Estábamos en peligro de quedarnos a lo mejor sin petróleo. Sin petróleo para nuestros tranvías. Sin petróleo para nuestra cocina. Sin petróleo para nuestras fábricas.

Y se sancionó la transacción en el Senado. En balde pronunció un nuevo discurso solemne y sacerdotal el señor Cornejo. Y en vano trece senadores, agarrados de las manos, votaron por el no. La transacción, en hombros de la mayoría del Senado, pasó a la colegisladora.

Pero la Cámara de Diputados no quiso ser menos que la Cámara de Senadores en estudiar la transacción con minuciosidad, paciencia y lentitud. Después de analizarla en las salas de las comisiones, cuando comenzó a faltar petróleo para los motores y los hornos, cuando comen-

zaron los industriales a llamar a las puertas del Ejecutivo y cuando comenzó el Ejecutivo a remitir al Parlamento las quejas de los industriales, se decidió la Cámara de Diputados a abrir el debate. A abrirlo no más. A abrirlo únicamente. Y a abrirlo cuando estaba muy cercano el fin de la legislatura.

Y llegamos al cuarto capítulo del debate. Se nos ocurrió, naturalmente, que por ser el cuarto iba a ser el último. Así nos lo aseguraban, por lo menos, cuantos comprendían que no se podía aplazar por más tiempo la solución del problema.

Los diputados de la izquierda vibraron en sus trincheras. El señor Salazar y Oyarzábal llamó al debate a los ministros de Relaciones, de Hacienda y de Fomento. Y se renovó el debate. El señor Peña Murrieta trató de aplastar la transacción de un solo puñetazo. El señor Fuchs propuso con voz persuasiva y argumentos sustanciosos que se expidiera una ley de carácter en vez de una ley de privilegio. Y el señor Barros, varón de recto entendimiento y de ponderado espíritu, examinó el problema en un discurso pulcro, pastoso y mesurado.

Mas el destino nos preparaba para ayer un golpe más.

El señor don Juan Pardo, con una entonación muy condolida, abrió la sesión con estas palabras:

–Vamos a suspender otra vez el debate de La Brea y Pariñas, señores diputados...

–Y ni siquiera pudo agregar:

–¡Es una lástima!

(En *El Tiempo*: Lima, 26–XI–1918)

VOCES

El destino avieso

El coronel Cateriano creía que iba a dejar el Ministerio de Guerra sin pasar por el trance de una nueva interpelación parlamentaria. Y tenía demasiada razón para creerlo. El gabinete estaba aguardando, con la dimisión en el bolsillo, que el señor Pardo resolviese la crisis. No había, pues, motivo para suponer que se le ocurriese a alguna de las Cámaras solicitar la asistencia del Ministro de Guerra a sus deliberaciones.

Eran muy grandes, por ende, la tranquilidad y el contento con que el coronel Cateriano veía aproximarse el término de su estada en el Ministerio de Guerra. Se refocilaba con la certidumbre de que no lo amenazaba ninguna llamada legislativa. Sólo una interpelación había turbado el sosiego de su labor ministerial. Y había salido de ella con ventura.

Pero el destino, coludido con los enojos chilenos, conspiraba contra la felicidad burocrática, honesta y recatada del coronel Cateriano. Y, anteayer, el señor Salazar y Oyarzábal fue su instrumento. Reluciente de solemnidad, de patriotismo y de cosmético, el señor Salazar y Oyarzábal se irguió en su escaño para formular esta demanda.

Pido que mañana venga el Ministro de Relaciones Exteriores.

Y para completarla así enseguida:

–Y pido que mañana venga también el Ministro de Guerra.

Y el señor Pinzás, dominado por las sugestiones de la atmósfera, no pudo contenerse:

–Yo me adhiero, señores diputados, al pedido del señor Salazar y Oyarzábal.

El anuncio de la llamada resonó inmediata y trágicamente en el marcial despacho del Ministro de Guerra. No era aguardado. No era sospechado. No era temido siquiera. El coronel Cateriano vivía muy dichoso con su satisfacción de haber unido el título de Ministro de Guerra a sus demás pundonorosos títulos de coronel del ejército.

Ante el anuncio intempestivo se preguntó con un gesto de desagrado infinito:

–¿Interpelaciones ahora? ¿Ahora que estoy con un pie en el ministerio y otro pie en mi hogar?

Y descargó el puño ilustre y denodado sobre un papel secante del escritorio.

No era para menos.

El coronel Cateriano se encargó del Ministerio de Guerra con muy poca gana de permanecer largo rato bajo el peso de sus responsabilidades. Aceptó el ministerio porque como soldado no podía negarse a prestarle a su patria un servicio eminente e indispensable. Lo aceptó con la condición tácita de que su presencia en el gobierno era accidental, interina y precaria. Lo aceptó sin comprometerse a solucionar graves problemas ni a practicar arduos estudios. Lo aceptó por razones de disciplina, de obediencia y de heroísmo profesionales.

Puede decirse , por consiguiente que desde que recibió en sus manos de soldado antiguo la cartera de Guerra empezó a pensar en el momento de depositarla en otras manos. En otras manos menos ilustres, pero más ambiciosas que las suyas.

Para lustre, gloria y decoración de su biografía, no hacía falta que fuese Ministro de Guerra por mucho tiempo. No hacía falta que fuese Ministro de Guerra en circunstancias trascendentales. No hacía falta que fuese Ministro de Guerra en obsequio a una necesidad pública. No hacía falta sino que fuese Ministro de Guerra. La faja ministerial, una faja primorosa con flecos de oro, bastaba para eterno timbre de la historia militar del coronel Cateriano.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–XI–1918)

VOCES

Ritmos de primavera

Salen del Palacio de Gobierno voces alborozadas. Dicen esas voces que el señor Pardo ha resucitado milagrosamente el proyecto de la convención. Dicen esas voces que cuatro partidos se hallan próximos a darle por fin candidato al gobierno. Dicen esas voces que esos cuatro partidos son el partido civil, el partido liberal, el partido nacional democrático y el partido demócrata. Y dicen esas voces que, por consiguiente, vamos a tener muy pronto un candidato de gesto sagaz, de orientación cordial y de programa conciliador.

Naturalmente la ciudad se sorprende.

Creía que el proyecto de la convención estaba muerto. Que era inútil pensar en revivirlo. Que ningún político y ninguna agrupación tenían la más pequeña fe en él.

Y exclama, moviendo desconfiadamente la cabeza:

–¡Todo no es sino un bluff! ¡Un bluff del gobierno!

Pero las voces de palacio se multiplican.

Insisten en que el señor Pardo ha arreglado eso de la convención que tan difícil parecía. Y nos presentan un porvenir muy claro y venturoso. Habrá convención. Asistirán a ella los civilistas, los liberales, los demócratas y los nacionales democráticos. No asistirán los constitucionales ni los leguiístas; pero el gobierno les concederá generosamente la noble merced de sus garantías electorales. Sucederá al gabinete del señor Tudela y Varela un gabinete de coordinación nacional. Vendrá luego la proclamación de un candidato nacional a la Presidencia de la República. Y todos seremos felices en el Perú. Todos menos el señor Leguía.

Un optimismo sin límites.

Y no hay para tanto. No hay sino que el señor Pardo ha conseguido que el señor don Isaías de Piérola discuta en su despacho con los jefes de los partidos de la derecha el tema de la convención. Que lo discuta

únicamente.

No ha conseguido, en cambio, que desaparezca uno solo de los intereses contrarios a su proyecto. No ha conseguido, por ejemplo, que el señor Aspíllaga se convenza de que su realización puede serle favorable y plácida. Ni ha conseguido que los liberales lo miren con amor y solidaridad. Ni ha conseguido que los nacionales democráticos abandonen su convencimiento de que los partidos de la convención deben ser cuatro, pero cuatro "por lo menos".

La ciudad, perspicaz, cauta y avizora, lo comprende, lo sabe y lo siente muy bien. Y en consecuencia se sonríe del regocijo del gobierno. Está convencida de que el resultado de tanta agitación y de tanto trajín y de tanta tertulia no será, precisamente, la convención, sino una sonora reunión de los jefes de cuatro partidos en el gabinete del señor Pardo y una secuela de negociaciones ociosas y estériles, destinadas a proporcionarle motivo ameno aunque transitorio a la travesura y al humorismo metropolitanos.

Y, por ende, nadie se alarma con la alegría del gobierno. Todos, absolutamente todos, convienen en que es una alegría infantil y candorosa. Una alegría de primavera. Y una coyuntura para una nueva pastoral del señor don José de la Riva Agüero. Si Dios no dispone otra cosa...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–XI–1918)

VOCES

Idas y venidas

Siguen afirmándonos con la palabra, con el ademán y con la mirada que estamos en el umbral de la convención. Una convención que no va a ser, por supuesto, la convención universal que en días menos conturbados y febriles nos recomendaran el señor don José Carlos Bernales primero y el señor José de la Riva Agüero. Pero va a ser siempre una convención de cuatro grandes partidos.

Y, sin embargo, continuamos moviendo incrédulamente la cabeza. Nos piden que nos fijemos en que el presidente del partido nacional democrático entra a Palacio. Y que nos fijemos en que en ese mismo instante sale de Palacio el presidente del partido demócrata. Y que nos fijemos en que los presidentes del partido civil y del partido liberal se mantienen, por su parte, en contacto permanente con Palacio. Todo en vano. No nos impresiona en lo menor el optimismo verbal de los hombres del gobierno.

Es que anda en lenguas el proceso de estas decisivas y finales negociaciones en pro de la convención.

El señor Pardo, después de su conferencia con el general Cáceres, comprendió que era impracticable una convención de todas las agrupaciones políticas. Impracticable porque el gobierno no quería garantizar lealmente su neutralidad. Impracticable porque los partidos de la izquierda no querían ni podían aceptar el compromiso previo y fundamental de una transacción obligatoria. Pensó el señor Pardo, por ende, que había que intentar la reunión de una asamblea unilateral. Una asamblea de los partidos de la derecha: el partido civil, el partido liberal y el partido nacional democrático. Para esta asamblea consideraba asegurado el concurso incondicional de los civilistas y los liberales. No tenía que buscar, pues, sino el concurso de los futuristas.

Y llamó entonces al señor José de la Riva Agüero para conocer íntegra y cabalmente su concepto sobre la convención.

El señor de la Riva Agüero le dijo al señor Pardo casi lo mismo que le había dicho a la república en sus pastorales. Con menos fervor, con menos retórica, con menos romanticismo. Pero casi lo mismo de todas maneras. Que la convención debía ser un concierto de todas las agrupaciones. Una coordinación del sentimiento nacional.

Sólo que, asediado por el señor Pardo, pronunció una frase que era una concesión grave:

–Yo exijo que concurran a la convención cuatro partidos por lo menos.

Y el señor Pardo la recogió satisfecho:

–¡Cuatro partidos! ¡Muy bien!

Subrayó el señor de la Riva Agüero su aparente taxativa:

–Cuatro partidos por lo menos. Por lo menos cuatro partidos.

–Pero el señor Pardo, convencido de que lo sustancial era la cifra y no las palabras que la condicionasen, repitió su exclamación:

–¡Cuatro partidos! ¡Muy bien!

Y, sin retardo, solicitó del señor Piérola el favor de una entrevista. Sólo el partido demócrata podía permitirle llegar a la cifra trascendental. Trascendental y mínima. Mínima para el señor Riva Agüero y máxima para el señor Pardo.

El señor Piérola le habló al señor Pardo en la forma que conocemos. Le pidió al señor Pardo que el partido demócrata nombrase los delegados que debían discutir con los delegados de los otros tres partidos las bases de una convención. Y el señor Piérola le dijo que esto tenía que resolverlo la directiva demócrata. Y la directiva demócrata resolvió lo que también conocemos. Se solidarizó con las declaraciones de su jefe y lo autorizó para concurrir a una conferencia con los jefes de esos partidos; pero se negó a efectuar el nombramiento de delegados.

El acuerdo de la directiva demócrata no satisfizo, naturalmente, al señor Pardo. Solicitó otra vez del señor Piérola que el partido demócrata designase sus delegados. Pero la directiva demócrata persistió en su negativa. Y el señor Piérola escribió una carta al señor Pardo expresándole que la directiva demócrata "mantenía su acuerdo". El señor Pardo, porfiado sistemático, insistió nuevamente. Y nuevamente el señor Piérola le contestó que trasmitiría su demanda a la directiva.

Todo no pasa, pues, hasta ahora sino de idas y venidas.

Y aunque la directiva demócrata nombrase sus delegados, muy poco ganaría el señor Pardo. Porque ese nombramiento no significaría sino que el partido demócrata aceptaba algo que no puede rechazar: discutir

las bases de una convención. Y para que haya convención no se necesita que los partidos discutan sus bases. Se necesita que las acuerden.

Y esto es lo difícil.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–XI–1918)

VOCES

Otro fracaso

Teníamos razón para recibir con incredulidad las afirmaciones optimistas de que la convención estaba, por fin, en camino. Teníamos razón. Otra vez comienzan a palpar los hombres del gobierno la imposibilidad de que haya convención. Así no sea, por supuesto, una convención universal. Así sea tan sólo una convención de cuatro partidos. O de tres.

El señor Pardo acaba de tropezar tres veces con un obstáculo grande: la negativa del partido demócrata a nombrar los delegados que deben concurrir en su representación al debate de las bases de la asamblea proyectada. Tres veces le ha pedido el señor Pardo al partido demócrata este nombramiento. Y tres veces se lo ha negado el partido demócrata. Lo cual demuestra un ánimo muy porfiado y tesonero en el señor Pardo y una firmeza muy sólida y maciza en el partido demócrata.

Cuando el partido demócrata resolvió subordinar la designación de sus delegados a los resultados de la conferencia de los jefes de los partidos en el despacho presidencial, el señor Pardo creyó que se trataba de una coquetería, de una aprensión o de una puerilidad cualquiera.

Y llamó al señor Piérola para rogarle:

–Están bien todos los acuerdos de los demócratas. Pero yo le pido a usted que modifiquen uno. Uno solo. El que se refiere a la designación de los delegados. Es necesario que esa designación sea inmediata.

Pero el señor Piérola no pudo complacer al señor Pardo. Se limitó a recordarle que era el jefe de un partido demócrata. Y que el jefe de un partido demócrata tenía que sujetarse a la opinión y al dictamen de la mayoría de sus correligionarios.

Persistió el partido demócrata en su decisión y persistió el señor Pardo en su demanda. Y persistió nuevamente el partido demócrata. Y acaso el señor Pardo, con la tercera declaración de los demócratas sobre su escritorio, tuvo un instante en que quiso persistir otra vez.

Ustedes pensarán, quién sabe, que esto no reviste una importancia sustantiva. Ustedes se preguntarán, tal vez, si esto no constituye, exclusivamente, un capricho trivial del señor Pardo frente a un capricho trivial del partido demócrata. Nosotros no nos oponemos a que ustedes se pregunten esto y piensen aquello.

Pero ustedes convendrán con nosotros en que el señor Pardo es, en todo caso, el responsable de que el público se imagine que su empeño de que el partido demócrata no reserve ni condicione la designación de sus delegados es un empeño de mucha entraña. Y de que se lo imagina, al mismo tiempo, el partido demócrata.

Y ustedes convendrán con nosotros, además, en que la gestión del señor Pardo ha empezado con muy mala estrella, en que el señor Pardo no ha conseguido, como se aseveraba, la adhesión definitiva del partido demócrata a su proyecto y en que es inevitable el fracaso final de la tentativa.

Absolutamente inevitable.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–XI–1918)

VOCES

Días febriles

Atravesamos una época de conflagración y de enredo. El comentario público pasa de un problema intrincado a otro problema más intrincado todavía. Y todo suena en él a incertidumbre y duda. Incertidumbre y duda cuando toca el tema de la renovación ministerial. Incertidumbre y duda cuando busca el horizonte diplomático. Incertidumbre y duda cuando sondea el porvenir electoral. No existe para el comentario público una sola perspectiva clara y nítida. Todos sabemos, por ejemplo, que el gabinete del señor Tudela y Varela se halla con un pie en el Palacio de Gobierno y con otro pie en la calle. Los ministros han renunciado ante el señor Tudela y Varela. El señor Tudela y Varela ha elegido el barco que debe llevarlo a representarnos ante el presidente Wilson. Y, sin embargo, nadie sabe hasta ahora con seguridad cómo va a ser el nuevo gabinete. Nadie sabe positivamente si va a ser un gabinete excepcional o un gabinete ordinario, un gabinete solemne o un gabinete modesto, un gabinete sonoro o un gabinete silencioso.

Nadie lo sabe.

Abundan quienes se imaginan que va a ser un gabinete organizado por un vocal de la Corte Suprema. Y la conferencia del grave y reposado presidente del más alto tribunal de la república les hace pensar que no se engañan. Pero tampoco pueden envanecerse sino de tributar el más fiel acatamiento a la tradición peruana de la autoridad suma y máxima de los vocales de la Suprema tan glosada y aderezada por el doctor Lorente y Patrón y el doctor Caravedo, nuestros dos ilustres folkloristas.

Y lo mismo que nos acontece con la renovación ministerial nos acontece con la sucesión del señor Pardo. No tenemos en la mano nada estable, nada firme, nada duradero. Estamos convencidos de que la convención es imposible. Pero tenemos conocimiento de que el señor Pardo se prepara a reunir en su despacho a los jefes de partido para decirles

una vez más que la convención es indispensable para que la república tenga el presidente que merece.

Una voz nos asegura:

–¡La ineficacia de esa reunión está descontada!

Y otra voz la corrige:

–Pero puede ser que de esa reunión salga la solución de la crisis ministerial.

Una nos cuenta:

–El doctor Durand es positivamente candidato a la presidencia de la república!

Y otra voz la desnaturaliza:

–Pero también lo es el señor Aspíllaga.

Una voz nos refiere:

–¡El señor Maúrtua es el organizador del gabinete!

Y otra voz la enmienda:

–Pero el señor Maúrtua lo niega.

Y, así, no sabemos a que atenernos respecto de cosa alguna.

Y no podemos más que sonreírnos de una aseveración socarrona del doctor Lorente y Patrón:

–Yo declaro, en el alto nombre de la ciencia y en el esclarecido nombre del partido liberal, que el bloque es el médico chino del proyecto de la convención. Y que no necesita hacer otro diagnóstico sobre el estado de este proyecto.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–XII–1918)

VOCES

Candidato evidente

No tenemos candidato del gobierno a la Presidencia de la República. No lo tenemos todavía. No lo tenemos ni con el timbre de candidato de convención ni con el timbre de candidato de coalición ni con el timbre de candidato de "entente". Es más aún: seguimos muy lejos de tenerlo. Pero tenemos, mientras este candidato llega, un candidato de partido: el candidato del partido liberal. El doctor Augusto Durand.

El partido liberal, allí donde ustedes lo ven, quiere darse el lujo de un candidato propio. Y su candidato, allí donde ustedes lo ven también, es el único candidato del partido que se mueve actualmente en las filas del gobierno.

–¿El señor Aspíllaga, no es también un candidato de partido? –nos preguntarán ustedes.

Y nosotros les contestaremos:

–Todavía no. El señor Aspíllaga es un candidato; pero no es un candidato de partido. Es, por supuesto, el primero de todos los candidatos actuales y venideros. El primero por razón de antigüedad. El primero por mandato del alfabeto. El primero por ser quien es. Pero no es un candidato de partido. Fácilmente podemos demostrarlo. Dentro del partido civil, que es el partido que preside el señor Aspíllaga, existen tres presuntos candidatos. El señor Villarán. El señor Miró Quesada. El señor García y Lastres. Tres presuntos candidatos en cuyo nombre se desenvuelven o se han desenvuelto trascendentales trabajos y persistentes tanteos. Y dentro del partido liberal, que es el partido que preside el doctor Durand, no ocurre lo mismo. El candidato del partido liberal es el doctor Durand. Y no aspira a serlo ninguna otra persona. Ni siquiera, por ejemplo, el señor Balta que en eso de aspirar no se queda corto nunca. El señor Aspíllaga no puede asegurar que el partido civil lo proclamará su candidato cuando se le antoje. El doctor Durand, en cambio, puede asegurarlo respecto de su

partido. La diferencia es, pues, muy grave y muy señalada.

Y ustedes no podrán menos que reconocer que nos hallamos en lo cierto.

Acaso nos preguntarán por no dejar de preguntarnos algo:

–¿Y en verdad es candidato el doctor Durand?

Y entonces nos ahorraremos una respuesta de palabras. Nos limitaremos a mostrarles al doctor Durand que, ufano, jocundo y risueño, pasa en su automóvil–coupé. Y a pedirles con el ademán que nos digan si el semblante no es de candidato y si el automóvil–coupé del doctor Durand no es un automóvil–coupé de candidato.

El doctor Durand es candidato indudablemente. Así lo negase el gobierno, así lo negasen los periódicos, así lo negasen los vocales de la Corte Suprema, así lo negasen todas las instituciones y todos los hombres respetables de la república, así lo negase el mismo doctor Durand, no dejaría de ser cierto que es candidato.

No hay sino que poner los ojos en los liberales para comprobarlo. Todo indica en los liberales que el partido liberal es un partido con candidato suyo, muy suyo, solemnemente suyo. Todo, todo, todo. La sonrisa contumaz del señor don Juan Durand. La actividad jadeante y zalamera del señor Pinzás. El incorregible afán de rejuvenecimiento del señor Balbuena. El discreteo sabio y eficaz del señor Curletti. El humorismo preclaro del señor Lorente y Patrón. El jipijapa huachafoso del señor Urquieta. El sereno continente de hombre de peso del señor Diez Canseco. La candidatura del señor Aníbal Maúrtua a la diputación de una provincia nonata. Y unos gemelos de quinto de libra, tras de los cuales anda enamorado el señor Chaparro.

Todo, todo, todo.

Además, naturalmente, de las cartas y telegramas que recomiendan la candidatura del doctor Durand al proselitismo provinciano del partido. O sea al proselitismo de las aventuras a mano armada. Y de las montoneras legendarias.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–XII–1918)

VOCES

Gran conferencia

Amanecemos en la antesala de una gran conferencia. Se van a reunir hoy en el despacho presidencial, citados por el señor Pardo, los jefes de partido. El Sr. Pardo les va a hablar de la patria bien amada, del presente azaroso, del porvenir incierto y de la concordia nacional. Y va a pronunciarles en seguida el panegírico de la convención proyectada.

La hora debía ser, pues, de enorme expectación. De suma expectación. De anhelante expectación. De universal expectación. Las gentes debían haberse pasado la noche en vela bajo los balcones del Palacio de Gobierno. Los periódicos debían haber publicado ediciones extraordinarias rebosantes de conjeturas, de vaticinios, de agüeros y de reportajes. Y la ciudad entera debía sentirse con el alma en un hilo.

Y debía oírse religiosamente el aviso del magno y solemne acontecimiento:

–¡El Presidente de la República va a solicitar el concurso de todos los partidos para salvar a la República! ¡Va a pedirles abnegación, heroísmo, renunciamiento y buena voluntad! ¡Va a conjurarlos a la unión, a la cordialidad, a la armonía y al concierto!

Pero no ocurre nada de esto.

Existe una gran tranquilidad pública.

Los periódicos no le han dedicado al anuncio de la reunión sino unas cuantas líneas informativas. No ha habido desasosiego. No ha habido nerviosidad. No ha habido zozobra. Las gentes han dormido anoche a pierna suelta.

Apenas si de rato en rato ha sonado una pregunta:

–¿Y concurrirá a la reunión el general Cáceres?

Y otra pregunta más:

–¿Y concurrirá el señor Ganoza?

Y una respuesta:

–Concurrirán los dos.

Después, comentarios tibios, suspicacias risueñas y ademanes despreocupados.

Y a veces una pregunta ingenua:

–¿Y saldrá de esta entrevista alguna solución?

Una pregunta que no encuentra respuesta en ninguna parte. Ni siquiera en el Palacio de Gobierno. Ni siquiera en el gabinete del señor Pardo.

Y es natural. Las gentes no ponen en duda la influencia, la captación y la autoridad de la palabra del Presidente de la República. Pero tampoco las creen capaces de hacer un milagro. Y un milagro, un milagro muy grande, sería que de la noche a la mañana se unificaran y asociaran todos los intereses, aspiraciones y expectativas que dividen actualmente a los elementos políticos.

Un milagro que no aguarda el señor Pardo del cielo próvido, misericordioso y caritativo.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–XII–1918)

VOCES

Todos felices

No existe en la ciudad quién se duela de la muerte de la idea de la convención. No existe quién invite a los funerales. No existe quién escriba un epitafio. No existe quién organice una corona fúnebre. Parece que la hora no es de duelo sino de ventura. Las gentes no suspiran. No se enjugan una lágrima. No visten de luto.

Apenas si, momentáneamente, los jóvenes y románticos políticos del partido nacional democrático se quejan de que los partidos hayan tenido tan poca voluntad para concertarse, unificarse y abrazarse al conjuro de la palabra del señor Pardo. Apenas. Esos mismos jóvenes románticos políticos no pueden mantenerse graves y dramáticos más de un minuto. Y, después de una lamentación, resultan sonriéndose. Y si se les hace cosquillas sueltan la carcajada.

En los demás partidos la dicha es completa.

Algunos miembros del partido civil –el señor Miró Quesada y el señor Villarán– no se conforman con el desahucio de una fórmula que era para ellos una almáciga de expectativas. Pero no son sino algunos. El presidente del partido civil no comparte su sentimiento. Y en un partido la impresión del jefe es siempre la impresión que domina, la impresión que gobierna y la impresión que manda. Por lo menos es la impresión que palpita.

Los partidos están, pues –salvo una que otra excepción aislada–, satisfechos de que el diablo haya cargado con la iniciativa de una asamblea.

Los civilistas tenían verdaderas ganas de concurrir a la convención. Temían que en una convención no se reconociera y acatara su hegemonía. Lo temían a pesar de que la candidatura del señor Miró Quesada era una candidatura civilista. Lo temían a pesar de que la candidatura del señor Villarán era una candidatura civilista.

Los liberales deseaban con todo su corazón que no hubiese asamblea ni concierto alguno. Se burlaban de los manifiestos del presidente del partido

nacional democrático. Y celebraban oficialmente la frase del ilustre alienista doctor Lorente y Patrón de que más que manifiestos parecían pastorales. No en balde estaban seguros de que la candidatura que surgiese de la convención no sería, por ningún motivo, la candidatura del doctor Durand.

Los leguiístas declaraban categóricamente que la convención no les asustaba.

Tenían decidido no asistir a ella de ninguna manera. Su candidato no podía ser sino un candidato del pueblo. Un móvil doctrinario les prohibía el más mínimo contacto con asamblea convencional alguna.

Sin embargo, patriótica, democráticamente, les habría disgustado que la convención se efectuase.

Los demócratas eran partidarios fervorosos del sufragio libre. Eran demócratas fundamentalmente. Sabían que esto de las convenciones universales no era democrático. Que era, más bien, una invención criolla. Y se enloquecían por traer abajo la iniciativa del señor Pardo en el nombre de Dios, de la Patria y de la Declaración de Principios.

Y los constitucionales tampoco simpatizaban con la convención proyectada. Habían dicho que no discutirían siquiera sus bases mientras no aceptase el gobierno dos condiciones trascendentales. Pero no habían dicho que se comprometían a concurrir a la convención si el gobierno aceptaba esas condiciones. Habían dicho únicamente que sólo en el caso de que las aceptase considerarían posible y natural hablar de la convención. Y, además, habían sostenido que el mejor camino del señor Pardo era resolverse a respetar el voto ciudadano.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–XII–1918)

VOCES

Los dos candidatos

Para muchos personajes peruanos el desahucio de la idea de la convención ha sido grato y plácido en demasía. Pero para el señor Aspíllaga y el señor Durand más que para ninguno. El señor Aspíllaga y el señor Durand han entrado en el más venturoso período de su historia política en el instante en que la idea de la convención cayó herida de muerte a los pies del señor Pardo.

Y es que el señor Aspíllaga y el señor Durand son candidatos a la Presidencia de la República. Candidatos de partido. Candidatos de combate. Candidatos que, en consecuencia, no podían dominar en la convención. En la convención la atmósfera no podía ser favorable sino para un candidato transaccional. Para un candidato "de situación". La convención estaba destinada, precisamente, a eliminar del terreno a los candidatos de combate. Por consiguiente, el señor Aspíllaga y el señor Durand miraban en la convención no el principio sino el término de sus candidaturas. Tenían el convencimiento de que sus candidaturas se extinguirían en el umbral mismo de esa asamblea.

Ahora, frustrada definitivamente la convención, sus candidaturas son las únicas que emergen de las filas del gobierno. Una como candidatura del partido civil. Y otra como candidatura del partido liberal. El problema consiste hoy en saber cuál de ellas logrará quedarse sola. Y hasta este instante nadie lo sabe con exactitud. El partido civil cree que su candidato es el más fuerte. Y el partido liberal cree lo mismo del suyo. El partido civil lo afirma con la mano puesta sobre su dinero, su hegemonía y su autoridad. Y el partido liberal lo asegura con la mano puesta sobre la leyenda de sus revoluciones, de sus montoneras y de sus aventuras.

Ambos candidatos pasan por la calle rebosantes de fe y de optimismo.

El señor Aspíllaga parece rejuvenecido. Es más candidato que nunca. Su continente y su ademán son el continente y el ademán de un futuro

Presidente de la República. Su automóvil va regando felicidad por las calzadas. Y, probablemente, en su vasto latifundio la caña se ha tornado más dulce, en sus jardines las flores han cobrado mayores bellezas y en su stud los caballos de carrera han cabriolado locos de contento.

No existe un aspillaguista que no lo proclame con la faz más risueña y resplandeciente.

–¡El señor Aspíllaga –gritan los aspillaguistas– es desde el sábado el seguro sucesor del señor Pardo!

–¿Irremediablemente? –les preguntan las gentes de la oposición.

–¡Irremediablemente! –responden ellos sin percibir siquiera la socarronería de la palabra.

Y otro tanto acontece con el señor Durand.

El señor Durand no se alarma con el regocijo del señor Aspíllaga. Cree que el señor Aspíllaga deposita una confianza exagerada en los timbres y en los prestigios de su civilismo, de sus millones, de su aristocracia y de su hacienda. Y piensa que más eficaz que todos los cimientos de la candidatura civilista son los cimientos de la candidatura liberal: un partido de acción disciplinada y unánime.

Pero, al mismo tiempo, un partido sin latifundio de caña, sin flores maravillosas y sin caballos de carrera...

(En *El Tiempo*: Lima, 10–XII–1918)

VOCES

Crisis penosa

Volvemos a amanecer sin gabinete. El señor Tudela y Varela se embarcó ayer. El vapor que conduce a Panamá su ilustre persona, su continente doctoral, su majestuosa gravedad, su sonoro nombramiento y su diccionario anglo–español se halla a la fecha muy lejano. Y estamos seguros de que ya no es nuestro Ministro de Relaciones Exteriores sino nuestro ministro plenipotenciario en Washington. Pero, sin embargo, volvemos a amanecer sin gabinete.

Como en este país todos somos muy nerviosos, nos fastidiamos, nos soliviantamos y nos aburrimos con esta demora en renovar el gabinete.

Y preguntamos a gritos:

–¿Qué pasa? ¿Por qué no se soluciona de una vez la crisis? ¿O ésta es una crisis crónica?

Y, por supuesto, no nos falta razón para impacientarnos.

Esta crisis parece, evidentemente, una crisis interminable. Hace más de un mes que un suelto del decano la descubrió con tono inocente y despreocupado. Y su historia consta, por eso, de varios capítulos.

Su punto inicial fue el anuncio del nombramiento del señor Tudela y Varela. Los cinco compañeros del señor Tudela y Varela comprendieron que, publicado ese anuncio, su condición era la de cinco ministros interinos. Y se apresuraron a renunciar. Mas el instante no era propicio para la organización de otro gabinete. Era, por el contrario, adverso. Y el señor Pardo hubo de sujetar a los ministros en Palacio. Los ministros escondieron su dimisión. Se resignaron a aguardar asimismo, que se decidiese la suerte de la proyectada convención a la cual, si los partidos se ponían de acuerdo, se hallaba vinculada la renovación ministerial.

Pero el viaje del señor Tudela y Varela urgía demasiado. Era inaplazable que un personaje de importancia nos representara ante el presidente Wilson. Había que contrarrestar intensamente la propaganda diplomática

de Chile. El señor Tudela y Varela tenía que tomar el primer vapor que saliera para Panamá.

Y vino, forzosamente, la renuncia del gabinete. Vino antes de que el congreso se hubiera acabado. Y antes de que en la sala de sesiones del consejo de ministros hubiera fracasado para siempre la coordinación de los partidos. Hubo, pues, que buscar el modo de que el señor Tudela y Varela, presidente del ministerio y ministro de relaciones exteriores se marchara y de que los demás ministros se quedaran. El insigne facultativo, fotógrafo, chauffeur y juez de Acho doctor Flórez tuvo que acoplar a su pesado cargo de Ministro de Justicia los cargos del señor Tudela y Varela.

Hoy que no hay que esperar que el congreso concluya, tampoco hay que esperar que se defina lo de la convención.

Pero todavía no se resuelve la crisis. La crisis continúa allí en el Palacio de gobierno.

Nos aseguran a voces:

–¡Ahora sí se solucionó! ¡Ahora sí! ¡Ahora sí!

Y nosotros, perdida ya la fe en la posibilidad de que algún día se arregle, bostezamos con todo nuestro cansancio de espectadores soñolientos...

La circunstancia de ser un hermano del Presidente de la República el presidente de la Cámara, ha debido determinar a la presidencia a proceder con toda celeridad en presentar el proyecto. Sólo de esta manera no se habría sospechado que ocultando el proyecto se servían los intereses del gobierno, opositor sistemado e intransigente de todo mejoramiento a los empleados públicos.

Tal vez sí habría sido plausible que en este caso la presidencia de la Cámara no se pegase estrictamente al reglamento. El aumento a los empleados es un acto de alta justicia. Y la justicia, en este caso ni en ninguno, puede ser, dentro de un criterio de alta moralidad, entorpecida por un trámite perfectamente burocrático.

Más daño se ha hecho al país retrasando la aprobación del proyecto de aumento a los empleados públicos que bien puede hacérsele cumpliendo las prescripciones reglamentarias. A la república no aprovechará en ninguna forma el escrúpulo exagerado del presidente de la Cámara por cumplir el reglamento en determinadas circunstancias. Y contrasta más este procedimiento de la mesa en el asunto de aumento a los empleados cuando, como es sabido, no siempre el actual presidente cumple estrictamente el reglamento.

Hemos dicho todo lo anterior en el supuesto de que efectivamente haya

llegado tarde a la Cámara de Diputados el proyecto aprobado por los senadores. Palpable era el sentimiento de la Cámara. Todos los representantes estaban propicios a dar su voto aprobatorio y a dispensar al proyecto de todo trámite. La retención, pues, en la presidencia ha determinado la postergación indefinida.

Todos estos hechos nos hacen creer que el pardismo se mantiene firme en su propósito de no mejorar en ninguna forma a los empleados públicos. Claro está que esta resolución no se relaciona sino con los servidores idóneos y modestos. A sus favoritos, a sus allegados y parientes, les distribuye a destajo toda clase de prebendas y regalías.

El país tiene que apreciar debidamente estos hechos y acumular la responsabilidad de ellos a las muchas que pesan sobre el pardismo. Durante estos cuatro últimos años de gobierno pardista parece que se ha dedicado primordialmente la labor gubernamental a hacer cada día más difícil la vida de las clases pobres. Sólo así puede explicarse su oposición sistemada e intransigente a todas las medidas propuestas para abaratar las subsistencias y, en general, para mejorar, efectivamente, la vida del pueblo.

(En *El Tiempo*: Lima, 11-XII-1918)

VOCES

Solf, descartado

No sabemos hasta ahora quién va a ser Ministro de Relaciones Exteriores. Pero sabemos, sin embargo, una cosa; que cualquiera de nuestros internacionalistas eminentes puede serlo. Aunque se halle desconectado de la política, de los partidos y del gobierno. Aunque sea mucha su gana de no abandonar su tranquilidad y de no romper su sosiego. Aunque algún motivo personal se obstine en alejarlo del poder y la notoriedad. No en balde el país atraviesa una hora grave y crítica. Ningún peruano ilustre y apto tiene derecho para negarle al país su esfuerzo si el país lo considera indispensable.

Pero existe una excepción.

Una excepción única. Una excepción que anunciada así, de buenas a primeras, tiene que chocarles a ustedes. Sobre todo en cuanto se enteren de que esta excepción es el señor Solf y Muro.

Ustedes, seguramente, no se la explican. No alcanzan a explicársela a costa de ningún quebradero de cabeza. Y exclaman:

–¡Eso no es posible! ¡Eso no es exacto! ¡Tal vez el señor Pinzás, germanófilo irreductible, esté inhabilitado para desempeñar la cancillería en las presentes emergencias! ¿Pero el señor Solf y Muro? ¡No es cierto! ¡No es posible!

Y, sin duda alguna, no es poca la razón de ustedes para protestar de esta suerte.

El señor Solf es un perfecto hombre de Estado.

Es un catedrático esclarecido. Es un parlamentario pulcro. Es un político amable. Es un abogado insigne. Es un ciudadano modelo. Y, además, posee un espíritu exento de arrebatos, de pasiones, de violencias, de destemplanzas. Como gobernante, como legislador y como profesional, se ha distinguido siempre por su moderación, por su prudencia y por su mesura.

Ninguna lucha partidarista ha atraído enojos, vituperios ni malquerencias sobre la figura política del señor Solf. Y es que el señor Solf no ha sido nunca un extremista. No le ha gustado jamás la extrema derecha ni la extrema izquierda. Casi siempre ha preferido el centro. Por eso en la época de la conflagración leguiísta–bloquista el señor Solf se declaró neutral. Y, junto con dos o tres diputados tan ecuánimes y apacibles como él, se aisló en el bloque chico.

Muchas son, pues, las condiciones de discreción, de cultura, de cautela y de sagacidad que capacitan al señor Solf para la diplomacia. Tantas que es muy justo que las gentes se sorprendan de que nosotros aseguremos que el señor Solf no está en la misma inminencia que nuestros otros internacionalistas.

Y sin embargo, la excepción es cierta.

Insistimos en afirmarlo categóricamente:

–El señor Solf no puede ser ministro de relaciones exteriores.

Nos asedian mil preguntas curiosas y anhelantes:

–¿Se cree, acaso, que es aún muy joven?

–¿Se cree, tal vez, que es demasiado adicto al doctor Prado y Ugarteche?

–¿Se cree, quién sabe, que es imperialista?

Movemos negativamente la cabeza. El señor Solf es joven; pero no tanto. Es adicto al doctor Prado y Ugarteche; pero sin ser contrario al señor Pardo. Y no es imperialista. Profesa el mas fervoroso amor a la justicia, a la solidaridad y al derecho. Alienta las mas austeras convicciones democráticas.

Mas, a pesar de todo, no puede ser Ministro de Relaciones Exteriores. No puede ser, no puede ser, no puede ser. Tiene un impedimento tremendo. Nada menos que su apellido: Solf.

El apellido no le permite al señor Solf llegar al Ministerio de Relaciones Exteriores en esta ocasión solemne y magna. El apellido solamente. No es que el señor Solf haya heredado de su ascendencia alemana tendencias imperialistas ni abolengos autocráticos. Es que se apellida Solf. Y Solf se apellida también el actual canciller alemán. Y no es dable que el canciller peruano se apellide de la misma manera que el canciller alemán. No es dable. A la república norteamericana, de la cual esperamos todo beneficio y toda merced, le daría muy mala espina. Mr. Lansing se imaginaría que el canciller peruano era pariente del canciller alemán. Y Mr. Wilson se escamaría igualmente. A pesar de ser Mr. Wilson. Y a pesar de que a nuestro amigo Clovis, por ejemplo, no le parecería propio de Mr. Wilson

eso de escamarse.

El acontecimiento, es sin duda alguna, muy interesante.

El señor Solf resulta descartado de toda probabilidad de ser canciller únicamente por apellidarse Solf. Su apellido es un obstáculo insuperable. Su apellido no más. El lápiz taimado del destino ha querido darse el gusto de tarjarlo traviesamente de una lista en la cual lo habían colocado sus merecimientos, excelencias y prestancias. Y lo ha tarjado en el nombre de un sincronismo curioso. Lo ha tarjado murmurando:

–Solf, no puede ser.

Y el señor Pardo ha tenido que repetir lo mismo:

–Solf, no.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–XII–1918)

VOCES

Gripe maligna

Hoy debía haberse solucionado la crisis ministerial. Y mañana debía haber jurado el gabinete. Mañana a las cuatro de la tarde. Pero la gripe, que con todo se mete, se ha metido también con la renovación del ministerio. Terminará por eso la semana sin que el señor Pardo reemplace a los ministros dimisionarios. La responsabilidad es de la gripe. Únicamente de la gripe.

Parecerá raro que la gripe detenga un cambio de gobierno. Pero así es. La gripe es capaz de cualquier osadía. Y actualmente es más poderosa y más fuerte que el señor Pardo.

El señor Pardo, por ejemplo, necesita oír el dictamen del señor Aspíllaga, presidente del partido civil.

Y de la casa del señor Aspíllaga le avisan:

–El señor Aspíllaga está con la gripe.

Necesita, así mismo, consultar la opinión del señor Miró Quesada, presidente del Senado.

Y de la casa del señor Miró Quesada le comunican:

–El señor Miró Quesada está con la gripe.

Y así sucesivamente.

Casi todas las personas a quienes el señor Pardo busca, llama y solicita para resolver la crisis están con la gripe. La gripe las tiene en cama. La gripe las sustrae a la política. La gripe las aleja de Palacio. Y, cuando la gripe las deje salir a la calle, el señor Pardo las va a recibir con mucha aprensión y mucha grima por miedo a un contagio impertinente y taimado.

Es para desesperarse.

–¿Nunca se acabará esta crisis? –se pregunta impaciente la ciudad.

Y levanta los ojos al cielo.

Se conformaría y se sosegaría un poco la ciudad si hubiera, por lo menos, abundancia de conjeturas sobre la composición del gabinete. Pero

ni siquiera hay esto. No se sabe todavía si se ha encargado a alguien la organización del ministerio. Y apenas si se oye hablar de uno que otro candidato a ministro.

Se ignora, sobre todo, de dónde va a surgir el Ministro de Relaciones Exteriores. No se señala con firmeza ningún nombre. No se pone la mirada en ninguna reputación. Se cuenta que el señor Pardo ha pensado ya en un internacionalista consagrado, ya en un internacionalista novísimo.

De rato en rato pasa por la calle un rumor. Pero es un rumor ininteligible. No se perciben sus sílabas. Se adivina que son las sílabas de un apellido. Y que este apellido es el apellido de un candidato a la cancillería. Pero no se adivina más. Y entonces cada uno traduce el rumor a su antojo.

Uno afirma:

–¡Seoane! ¡El rumor dice que Seoane!

Y otro asevera:

–¡Gazzani! ¡El rumor dice que Gazzani!

Y otro jura:

–¡Polo! ¡El rumor dice que Polo!

Y nadie está de acuerdo con los demás.

Existe, sin embargo, un candidato persistente y tenaz a un ministerio, que unas veces es el de Guerra y otras veces el de Gobierno. Este candidato es el coronel Zapata. A la gente se le ha ocurrido que el coronel Zapata va a ser ministro en esta ocasión. Que va a ser ministro de toda suerte. Y el coronel Zapata ha empezado a recibir muchos anticipos del besamanos.

Sería muy triste que no pasara de los anticipos...

(En *El Tiempo*: Lima, 13–XII–1918)

VOCES

Candidato enfermo

Nada hay cabal en este mundo. Menos aún en este país. El señor Aspíllaga, por ejemplo, podría ser en la actualidad un hombre venturoso. Su candidatura marcha sobre los rieles del civilismo. El proyecto de una convención no la amenaza ya. Y se desvanece definitivamente toda posibilidad de otra candidatura civilista. El señor Villarán vuelve a contraerse a sus sosegadas e intelectuales especulaciones de maestro y abogado. El señor Miró Quesada esparce con sus silencios la noticia de su desinterés. El señor García y Lastres gesticula su desgano. Por consiguiente todo se torna risueño y grato para el señor Aspíllaga dentro del partido civil. Cualquiera de estas tardes de verano puede reunirse en el General de Santo Domingo una asamblea civilista destinada a consagrar y sacramentar la candidatura del señor Aspíllaga.

Pero nada hay cabal en este mundo.

El señor Aspíllaga tiene un impedimento para ser absolutamente dichoso. Un impedimento prosaico, vulgar y plebeyo. Un impedimento impertinente, irrespetuoso y taimado. Un impedimento físico e invencible. Y es la gripe.

El día de la conferencia de los jefes del partido el señor Aspíllaga abandonó el Palacio de Gobierno con la más legítima certidumbre sobre su calidad de candidato del partido civil.

Abnegada e hidalgamente se había brindado a colaborar a cualquier arreglo grato a los ojos de la patria. Pero había sido imposible todo entendimiento. Y se habían esfumado las últimas esperanzas de una conciliación de los intereses partidaristas. El porvenir se le presentaba, pues, de perlas al señor Aspíllaga. Y, por eso, el señor Aspíllaga sintió que pasaba por su ánima, por su corazón, por su persona y por su traje un soplo de felicidad y de bienaventuranza.

No sabía el señor Aspíllaga que lo asechaba una indiscreta y maligna

influenza. Como el señor Aspíllaga confía en la buena fe de los hombres y confía, así mismo, en la buena fe del destino, no sólo no cree capaz al destino de una deslealtad. No lo cree capaz siquiera de una descortesía.

Y, así, hubo de sorprenderle mucho que, al regresar a su casa, un malestar repentino y acerbo se apoderara de su cuerpo. Y, aunque sentía la necesidad de mostrarse a las miradas de sus conciudadanos resplandeciente y victorioso, tuvo que abstenerse de toda protesta. Su buena crianza, su gentileza y su cortesanía tradicionales no le permitían recibir de mala manera a la grosera enfermedad que, tan sin aviso y en tan inaparente coyuntura, cometía la arbitrariedad de hospedarse en su organismo. El señor Aspíllaga no quiso contrariar en lo más mínimo a la molestosa enfermedad. Y se metió en cama para que prosperara a su gusto y regalo.

Por esto, los días transcurridos desde el sábado pasado no han sido para el señor Aspíllaga todo lo plácidos, dulces y cordiales que debieron ser. El señor Aspíllaga no ha podido salir a la calle hasta ayer. No ha podido visitar antes a sus amigos. No ha podido revistar a sus partidarios. Su éxito lo ha habilitado para circular triunfalmente por las calles. Pero la enfermedad lo ha sujetado hasta ayer dentro de su señorial residencia. Sólo ayer se ha restituido el señor Aspíllaga al movimiento metropolitano. Y no lozano, rozagante y luminoso, sino pálido, flaco y desvaído.

Y es que nada hay cabal en este mundo.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–XII–1918)

VOCES

Desde el "Ucayali"

Al señor Tudela y Varela, conato de embajador criollo, no le ha gustado salir del Perú sin que su nombre sonara en un reportaje.

Los periodistas limeños, despreocupados y perezosos, no tuvieron la solicitud ni la zalamería de brindárselo. Creyeron probablemente que el señor Tudela y Varela no era capaz de malgastar una palabra. Se lo imaginaron hermético y misterioso. Y el señor Tudela y Varela habría dejado las aguas del Perú exento de todo homenaje de la curiosidad periodística, si los periodistas de Trujillo no hubieran sabido comportarse mejor que los periodistas limeños.

El reportaje, pues, no pudo ser en la ciudad, ni en el tranvía eléctrico, ni en el Callao, ni en la lancha automóvil, ni en la escala del barco. No pudo ser sino en Salaverry. Pero acaso así tuvo un sabor más interesante y original para el grave y trascendental viajero.

Demandado para el reportaje, el señor Tudela y Varela se irguió seguramente, con toda su majestad de futuro embajador.

Y sonrió, rebosante de contento, cuando llegó tímidamente a él la primera pregunta política. Era esa la pregunta que ansiaba. Era esa la pregunta destinada a proporcionarle la coyuntura indispensable para que los pueblos peruanos lo oyesen. Era esa la pregunta acertada, la pregunta eficaz, la pregunta pertinente, la pregunta oportuna.

Era esa la pregunta que apetecía para soltar una frase inofensiva e inocente:

–La situación es incierta. No existe un candidato unánime.

Y para soltar, luego, una frase expresiva:

–Todo depende de los constitucionales.

Y para soltar, a renglón seguido, una frase culminante y sensacional:

–Si se realizase la convención sería viable la candidatura del señor Miró Quesada.

Y para soltar, batiéndose en retirada, una frase escurridiza:

–¿El viaje del señor Leguía? No sé nada del viaje del señor Leguía. No sé del señor Leguía sino que su candidatura es la que produce más ruido.

Una frase de diplomático sagaz, cauto y discretísimo.

Pero las gentes, por supuesto, no se han detenido en esta frase. Las gentes se han ido al bulto. No le han hecho caso al engaño. Y para ellas el bulto ha sido este:

–Si se realizase la convención sería viable la candidatura del señor Miró Quesada.

Han abundado los comentarios:

–¡Estos bloquistas no cambian! ¡Siguen siempre muy redomados y cazurros! ¡Miren ustedes cómo hablan!

¡Si se realizase la convención sería viable la candidatura del señor Miró Quesada! ¡Como quien no quiere la cosa sueltan en cancha la candidatura del señor Miró Quesada! ¡No se acuerdan del señor Aspíllaga! ¡No se acuerdan sino de la candidatura del señor Leguía!

¡Y eso porque es la que produce más ruido!

Y no hay quien no haya repetido cien veces, midiéndolos y pulsándolos, los términos del señor Tudela y Varela:

–¡Si se realizase la convención! ¡Sería viable!

Y toda la ciudad ha soltado la carcajada cuando el doctor Durand, caudillo y candidato de los liberales, los ha glosado resueltamente:

–¡Si se realizase la convención!... ¡Pero como no se realizará!

(En *El Tiempo*: Lima, 15–XII–1918)

VOCES

Perfecto secretario

Los dos novísimos secretarios del partido liberal, el doctor Curletti y el doctor Lorente y Patrón, tienen ya relieve sobresaliente en el gobierno de esa agrupación. Sus correligionarios miran en ellos a dos facultativos eminentes, talentosos y cultos. Conocen y comparten el afecto que la ciudad les profesa. Y admiran las cualidades de su espíritu moderno.

Pero sólo en el doctor Curletti encuentran tipo de secretario.

El doctor Lorente y Patrón es una persona sin gravedad, sin solemnidad y sin reserva. Es, por el contrario, enemigo de toda gravedad, de toda solemnidad y de toda reserva. No se compadece con sus modalidades psicológicas ni con sus tendencias doctrinarias la política secreta. Y, además, su calidad orgánica de alienista, no le permite tratar a una persona sin observar y diagnosticar su condición mental.

El doctor Curletti, en cambio, es un varón provisto, además de muchas preciosas excelencias, de la seriedad y circunspección indispensables para captarse el respeto de los hijos del país. No es que el doctor Curletti no sonría, no es que el doctor Curletti no bromee, no es que el doctor Curletti no haga chistes. Es que cuando el doctor Curletti sonríe, bromea o hace un chiste no se excede en su tono, medida y prudencia. Parece que cumpliera una función facultativa. Parece que expidiera una receta.

Los liberales están seguros de que el doctor Curletti se cubrirá de gloria en la secretaría del partido. Y no se equivocan. El doctor Curletti es un dechado pluscuamperfecto de secretarios expertos y sagaces. Es, sobre todo, el secretario que al partido liberal le hacía falta. No porque el partido liberal carezca de hombres hábiles y cautos, sino porque los hombres del partido liberal no se han asimilado todavía los hábitos y aptitudes de los políticos profesionales. Son, generalmente, hombres demasiado francos y espontáneos. No han envidiado nunca las prestancias de los civilistas y, por consiguiente, no se han dado nunca maña para adquirirlas. No pro-

vienen de una escuela de sutiles confabulaciones cortesanas. Provienen de una escuela de tremendas aventuras revolucionarias.

Un partido de esta estructura estaba expuesto, indudablemente, a las asechanzas de los políticos duchos y redomados. Necesitaba por esto un secretario de vista perspicaz y aguda. Un secretario que dominara, por mera especulación experimental, la estrategia especiosa y cazurra de la política. No para fines de ofensiva, totalmente contrarios a sus honestas orientaciones, sino para fines de defensiva. El partido liberal no debe fraguar una intriga ni un ardid maquiavélicos; pero debe saber defenderse de cualquier intriga y de cualquier ardid. Y esta es la misión del doctor Curletti.

El doctor Curletti es, para el caso, una persona cordial. Es, por añadidura, una persona persuasiva, comedida e insinuante. Jamás corre el riesgo de que una actitud suya suscite un error, encienda una cólera o provoque una violencia. Sugestiona y convence a sus interlocutores sin que sus interlocutores lo perciban. Y, luego, tiene mucho ojo clínico para analizar con una simple mirada de soslayo un problema, una intención o una perspectiva políticas.

Ahora, por ejemplo, no nos es preciso sino fijarnos en un movimiento, en un ademán, en un gesto del partido liberal, para comprender que el doctor Curletti comienza a dejarse sentir en él. Y para saber que el doctor Durand, leader, caudillo y candidato de los liberales cuenta con un secretario que brilla mucho en los anales y en los fastos de su famosa legión jacobina.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–XII–1918)

VOCES

El Niño Goyito

Todas las gentes de este país han leído, seguramente, "El Niño Goyito". Por lo menos tienen noticia de su existencia. Y, por ende, saben que "El Niño Goyito" es un capítulo de psicología limeña. Saben que es una página ilustre de la literatura criolla. Saben que la escribió don Felipe Pardo y Aliaga, ingenioso hidalgo de las letras nacionales, hacedor de donosas letrillas y abuelo del señor Pardo que nos manda. Y saben, en fin, todo lo que de "El Niño Goyito" es posible saber.

Bueno.

Pero no saben que el señor Pardo que nos manda, nieto de don Felipe Pardo y Aliaga y como tal heredero legítimo y directo de su espíritu, halla un parecido, que no se nos alcanza cuál puede ser, en uno de los personajes eminentes de la política. En un jefe de partido. En un caudillo de jóvenes doctos y talentosos. En el señor don José de la Riva Agüero.

Abundarán quienes piensen que ésta es una mentira irrespetuosa y osada. Una mentira temeraria y malévola. ¡Qué vamos a hacer! Nadie está a cubierto de una suspicacia. Y mucho menos los que nos entretenemos en zurcir cotidianamente una desabrida miscelánea política.

Podemos jurar que no mentimos. Que no calumniamos al Presidente de la República. Que en efecto, el Presidente de la República cree que el señor Riva Agüero se parece en algo al "Niño Goyito". En algo que, por supuesto, ignoramos.

Contaremos una anécdota recientísima.

Conversaba el señor Pardo en su gabinete con dos personas de su amistad. Era bueno su humor, alegre su frase y plácido su gesto. Y le anunciaron de repente, con la ceremonia del caso, la visita trascendental del presidente del partido nacional democrático. Allí, en la antesala, estaba el señor Riva Agüero. Acudía donde el jefe del estado para auxiliarlo en la contemplación del problema presidencial. Y, sin embargo, el señor

Pardo dijo risueñamente:

–Que pase el Niño Goyito.

El señor Pardo se permitía denominar Niño Goyito a un jefe de partido, a un esclarecido catedrático, a un historiador erudito, a un comentador afamado del Inca Garcilaso, a un miembro conspicuo de la Academia Peruana, a un ciudadano que, bajo el gobierno del señor Leguía, sufrió una prisión memorable.

–Que pase el Niño Goyito.

La denominación es, sin duda, muy atrevida. No sólo no lo discutimos: lo afirmamos. Lo afirmamos descontentos de que el señor Pardo se exprese con tan poca circunspección de un peruano insigne. Pero, de toda suerte, es del señor Pardo. Es auténticamente del señor Pardo.

Ocurre, según nos cuentan, que el señor Pardo no parece a veces una persona seria. No parece lo que entre nosotros se llama una persona seria. Olvidando que es el Presidente de la República –el primer magistrado de la nación como aquí se dice reverentemente– suele aventurarse en la festiva empresa de un chiste, suele solidarizarse con una murmuración, suele repetir un mote, suele vincularse con una travesura verbal de cualquier especie. Le gusta interrumpir su gravedad, de vez en cuando, con paréntesis risueño.

Y esto no está bien. Particularmente en el caso que nos ocupa. El señor Pardo carece de motivo ostensible para atribuir al señor Riva Agüero similitud con el "Niño Goyito" de don Felipe Pardo y Aliaga. Y, además, no ha debido hablar de esa similitud sin expresar las razones subjetivas y personales en que la asienta.

A menos que no lo haya hecho en su calidad de Presidente de la República sino en su calidad de nieto de don Felipe Pardo y Aliaga.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–XII–1918)

VOCES

Por fin

Por fin amanecemos con gabinete. Por fin, señores. Por fin. Ahora sí no lo podemos poner en duda. Los compañeros del señor Tudela y Varela se han marchado de Palacio. Y el señor don Germán Arenas ha organizado el nuevo ministerio. No nos consta que lo haya organizado él mismo. Únicamente sabemos que el gabinete ha sido organizado ya. Y que es el señor Arenas quien ha debido organizarlo.

El señor Arenas no necesita que los periodistas lo presentemos al público. No necesita siquiera que publiquemos su retrato. Es demasiado conocido por todos los peruanos. No existe quien no esté enterado de que el señor Arenas es una persona de confianza para el señor Pardo, aunque, por uno de esos caprichos en que abunda el destino, no sea, al mismo tiempo, una persona de confianza para el país. No existe quien no esté enterado de que el señor Arenas es hoy miembro de la directiva civilista y que ayer fue miembro de la directiva liberal. No existe quien no esté enterado de que el señor Arenas es abogado, única cosa que probablemente ha sido siempre, sin tregua y sin interrupción alguna. No existe quien no esté enterado de que el señor Arenas ha sido ministro del señor Pardo en su primer y en su segundo período. No existe quien no esté enterado, en una palabra, de cuanto del señor Arenas es dable estar enterado.

Además el señor Arenas es un político de aquellos a quienes no se puede presentar, retratar ni definir fácilmente. El país sabe que el señor Arenas ha tenido constante y conspicua figuración. Pero el país no sabe por qué la ha tenido. Nadie le dedica al señor Arenas un ditirambo. Pero nadie le dedica una invectiva. Probablemente acontece que el señor Arenas carece de toda originalidad buena y de toda originalidad mala.

Para provocar un comentario del público exclamamos en una esquina:

–¡El señor Arenas, presidente del gabinete!

Y el público nos pregunta:

–¿Y qué? ¿Tienen ustedes algo que alegar contra el señor Arenas?

Soltamos, maquinal e inconscientemente, lo primero que se nos ocurre:

–Nosotros nada. Pero las demás gentes sí. Aseguran, por ejemplo, que el señor Arenas es un político que se ha contradicho mucho. ¡Que se ha contradicho a cada rato! ¡Que se ha contradicho, caramba, como nadie!

Y entonces el público nos grita esto:

–¡Eso no es cierto! ¡Eso, es una mentira! Eso, es una calumnia! ¡El señor Arenas no se ha contradicho nunca!

Y acaba tomándonos el pelo con voz risueña y perversa:

–El señor Arenas no se ha contradicho nunca por una sencilla razón: porque nunca ha dicho nada. Es uno de estos estadistas que pasan por el Gobierno, por el Congreso y por el mundo sin decir nunca nada. Y que, por eso, nunca pueden contradecirse.

Pero no vale la pena hablar de esto. Valdría la pena, tal vez, hablar mucho y muy largamente de cómo ha llegado en esta ocasión el señor Arenas a la presidencia del consejo. Y no es necesario. El país lo conoce en su esencia y en su detalle.

El señor Pardo quiso un gabinete presidido por un magistrado de la Corte Suprema. Y llamó al señor Barreto. Pero el señor Barreto no aceptó su invitación. Quiso, luego, un gabinete presidido por un magistrado de la Corte Superior. Y pensó en el señor Muñoz. Pero el señor Muñoz le zafó el cuerpo. Quiso, a renglón seguido, un gabinete presidido por un personaje primario de la directiva civilista. Y reparó en el señor García y Lastres. Pero el señor García y Lastres le hizo la más fea de sus morisquetas intermitentes. Después de tantos reveses acabó queriendo un gabinete presidido por una persona de su confianza. Entonces se acordó del señor Arenas. Y ordenó:

–¡Que busquen a Arenas! ¡Arenas es mi hombre!

Y, se volvió enseguida al señor Aspíllaga, jefe de los civilistas, y al señor Durand, jefe de los liberales, para interrogarlos:

–¿Qué les parece Arenas?

El señor Aspíllaga y el señor Durand se encogieron de hombros verbalmente:

–¿Arenas? Bueno, pues...

(En *El Tiempo*: Lima, 18–XII–1918)

COSAS DEL DIA

Carteras de viaje

¡Buen viaje le dé Dios!

Porque ya no cabe duda de que el señor Pardo está haciendo sus preparativos para la marcha. Por lo pronto ya tiene listas las maletas. O las "carteras" como se dice en la jerga palatina. Se conoce que la cosa apura que es una barbaridad. Y eso que estamos a ocho meses de distancia.

Si el señor Pardo tuviera que formar gabinete en el mes de julio próximo, nos moriríamos con la sorpresa que habría de darnos.

La opinión sobre el gabinete es unánime:

–¿Qué opina usted del gabinete?

–Yo no opino del gabinete: lo "desopino". Es un ministerio absolutamente desopinado.

–¿Por qué ha sido solicitado el señor Arenas?

–Pardo se habría dicho: "entre cal y arena", y ha nombrado a Arenas. Sólo que este señor Arenas va a dirigir las elecciones presidenciales ni más ni menos que en 1908, en el anterior período de Pardo. Y todo pasará igual.

–¿Porque saldrá elegido Leguía?

–Por eso y porque será ministro el día 1º de mayo. Y Durand está en Lima.

–Pero ahora está bien con Pardo.

–¡Hombre! Yo no le digo a usted que esta vez Durand salga para Chosica como en la oportunidad pasada. Con los años los métodos se modifican. Pero Durand, que ha estudiado los usos y costumbres del civilismo, se cuidará de aplicarlos a las prácticas y sistemas liberales. Creo que cualquier día de estos tendremos un sonado despertar. Cuando el doctor Durand está sonriente por algo será. Y cuando el doctor Balbuena no ha querido ir al ministerio será porque algo ha olido. El doctor Balbuena tiene buen olfato. Además, crea usted en los adagios de las viejas. A la tercera va la vencida. Al señor Arenas lo han sacado dos veces del ministerio con todas las agravantes de ley, "como se pide", que diría un

mocito criollo. Y... lo que dicen las viejas: a la tercera va la vencida.

–¿Y el Ministerio de Relaciones?

–¡Lo siento por García! Es un buen amigo. Un joven muy simpático, muy inteligente y muy modesto. Ojalá no le dé la pantorrilla por no volver al archivo de trámites, a su empleo que servía divinamente. García debía haber ido al Ecuador. ¡Pero García de canciller!... ¡Lo siento por García!

–¿Y Escardó en Hacienda...?

Ya sabe usted su teoría: "rieles, rieles y adentro".

–¿Va a marchar, pues, el ministro como sobre rieles?

–O se va a ir sobre rieles el ministerio...

–¿Y el de Guerra? De ése nada tendrá usted qué decir. La opinión general...

–La opinión general es que el señor Zuloaga es... general. Y nada más.

–Hablemos del señor Vinelli.

–No me gusta hablar del señor Vinelli. Cuando hablan de él se resiente. Luego tiene muchos amigos en la oposición que rompen lanzas a su favor. Hay uno que pierde el juicio y, como un loco, nos samaquea de las solapas y nos grita: "No me toquen ustedes a Vinelli. Vinelli es una admirable persona. Vinelli no es un político; Vinelli es un estupendo farmacéutico". Ya ve usted. No puedo hablar de Vinelli. Pero en todo caso creo que está bien en el Ministerio de Fomento. Él mismo lo ha dicho hace pocos momentos. Un amigo le preguntó: "¿Cómo le va Vinelli en el ministerio?" Y contestó: "Estoy bien, muy bien..." ¿Quién lo desmiente?

–¿Y el de Justicia?

–Ese es el orgullo de los liberales. El señor Pinzás dice que le habían solicitado, pero que ha cedido el puesto a Cornejo, para que tengan que hablar de los ministros liberales. El ministro liberal es lo mejorcito de esa hornada ministerial.

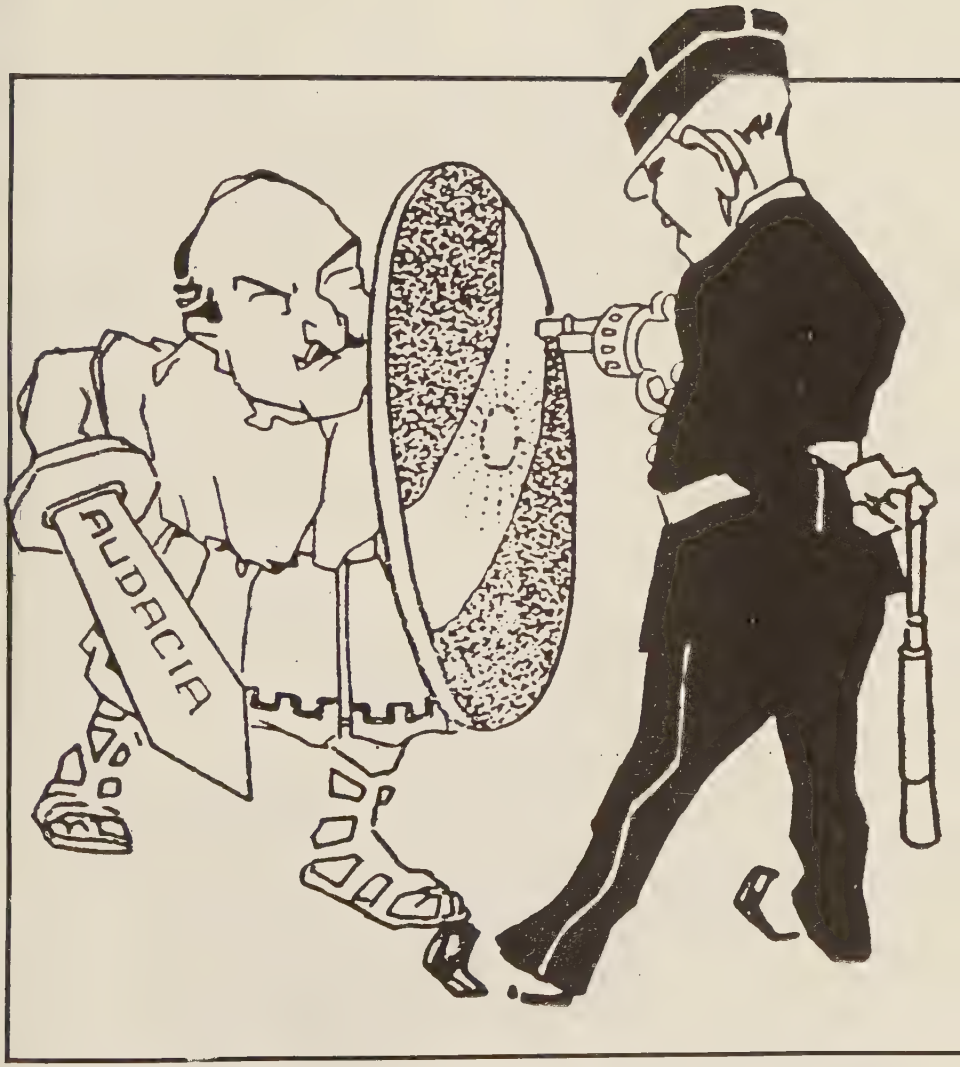
–¿Será mejor que el doctor Flórez?

–Bueno, por lo pronto Flórez le lleva chico en que tiene automóvil propio, y varias máquinas de fotografía.

–Total...

–Total, que el señor Pardo se ha buscado un gabinete como para él solo. Es el gabinete de un hombre que se va. Y que se va sin dejar apoderado. Por eso las carteras de viaje. Deben ponerles broches de seguridad si no quieren perder los papeles...

(En *El Tiempo*: Lima, 19–XII–1918)



El revoltoso Dr. AUGUSTO DURAND en una interpretación de Alcántara Latorre.

El tribuno MARIANO H. CORNEJO caricaturizado por Holguín.

VOCES

El ministro bolchevique

Ya no es Ministro de Hacienda el señor Maúrtua. Pero es siempre el señor Maúrtua. Es siempre un personaje sustantivo y principal de la República. Es siempre un maestro de ciencias sociales. Es siempre un pensador altísimo y sustancioso. Es siempre uno de los "ases" del Parlamento. Con él no pasa lo que con tantos otros personajes que cuando dejan de ser ministros parece que dejaran de ser todo. Con él no pasa eso. El Ministerio de Hacienda no era para él un plinto, un dosel, un adorno ni una decoración. Era antes bien un embarazo, una ligadura y una pantalla. La figura, el pensamiento y la palabra del señor Maúrtua no ganaban luminosidad en el ministerio: la perdían.

No pensaron nunca las gentes que el señor Maúrtua saliera del Ministerio de Hacienda tan silenciosamente. Las gentes se imaginaron siempre que el señor Maúrtua estaba obligado a abandonar el gobierno de un modo ruidoso. Y, por ese motivo, más que por ningún otro, ovacionaron al señor Maúrtua el día en que se echó a cuestas la dirección de las finanzas nacionales. El señor Maúrtua tenía que ser, sobre todo, un ministro sensacional. Sensacional en su gestión, en sus discursos; sensacional en sus proyectos, sensacional en su salida. El último número de su programa era, necesariamente, una salida resonante. Así lo exigía por lo menos la expectativa voluptuosa de las gentes.

El señor Maúrtua fue, como bien se sabe, un ministro sensacional. Tuvo pendientes de él muchas veces las miradas del país. Cada presentación suya en el Parlamento constituía un acontecimiento extraordinario. La anunciaban, rodeándola de augurios, los periódicos. La esperaban, ávidas de espectáculo, las multitudes. El público en masa decía que el señor Maúrtua era un orador que se arrimaba mucho, que toreaba entre los cuernos, que era casi tan emocionante como Belmonte. Sabía que el señor Maúrtua lo sorprendía en cualquier ocasión con un arranque donoso, con una idea original, con una frase estupenda. Circulaba de repente esta predicción: –Mañana cae Maúrtua–. Y al día siguiente el señor Maúrtua

alcanzaba su mejor triunfo parlamentario. La mayoría enloquecía aplaudiéndolo. La minoría, belicosa y acérrima de vez en cuando, concluía felicitándolo. Y la barra –eternamente hostil a los gobiernos y eternamente adicta a las oposiciones– se entusiasmaba por primera vez en su larga y bulliciosa historia con las palabras de un ministro. Un discurso del señor Maúrtua no era para la barra el discurso de un ministro. Era el discurso de un líder de la oposición.

Hubo un día en que se creyó que el señor Maúrtua se iba a ver en un trance apurado no obstante su talento, no obstante su sagacidad y no obstante su dialéctica. Fue el día en que la Cámara de Diputados acordó su concurrencia al debate de La Brea y Pariñas. Predominó entonces la opinión de que el señor Maúrtua renunciaría. Y se supuso que estaba encerrado dentro de un dilema: o renunciaba o caía. Pero vino la tarde del debate. Y el señor Maúrtua entró en la Cámara con una cara muy risueña de mataperro. No había renunciado. Después de pensarlo largamente había resuelto no renunciar. Había considerado que, si renunciaba, unos pensarían que se comportaba con poca lealtad con el gobierno y otros pensarían que deseaba "réclame", aplauso y popularidad. Al saberlo las gentes gritaron en coro –¡Entonces cae!–. Sin embargo no fue así. El señor Maúrtua no cayó. No aceptó solidaridad alguna con la transacción de La Brea y Pariñas. Pero tampoco arremetió contra ella. No se vinculó con el criterio de la mayoría. Pero tampoco rompió lanzas contra ella. Dio a entender que esta era empresa de la minoría. Y atravesó el debate, sin incidir en ninguna actitud parcial y sin exponerse a ninguna contaminación.

Así, sin buscar coyuntura para una dimisión teatral y estruendosa, llegó el señor Maúrtua al instante de la crisis. Cumplió su programa de ministro sensacional en todos sus números menos en el último. En el de la salida.

El Ministro de Hacienda ha dejado una pena en su ánima. Pero no es la misma pena del público. No es la pena de no haber salido con estrépito y con brillo. Es la pena de no haber podido servir al país y a su doctrina con la eficacia y la fortuna que anhelaba. Es la pena de no haber obtenido mejor suerte en su política de abaratamiento. Es la pena de no haber logrado comprometer la gratitud del pueblo. Es la pena de un estadista de noble doctrina, de eminente espíritu y de preparación moderna y científica que ha tenido que actuar, incómodo e inadaptado, dentro de un gobierno civilista y no dentro de un gobierno bolchevique.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–XII–1918)

VOCES

Pisco, predilecto

Pensaban las gentes de esta tierra –que piensan siempre muchas tonterías– que el señor don Arturo Pérez Figuerola se hallaba muy a gusto en su conspicuo puesto de Director de Fomento. Pensaban que el señor Pérez Figuerola no cambiaría jamás su sosegada condición burocrática de Director de Fomento con la inestable y precaria condición política de ministro del ramo. Pensaban que el Sr. Pérez Figuerola tenía como ambición máxima de su alma de funcionario adiposo y metódico una jubilación gloriosa con el siguiente programa: agradecimientos, recompensas y honores del gobierno y del parlamento; banquete universal y solemne en el Restaurant del Parque Zoológico; almuerzo criollo e íntimo en el Romito de Caprera con estudiantina, pisco, cantos nacionales y desafíos de "sapo" y "bochas"; homenajes hiperbólicos de la prensa, biografías con retrato, una "hora actual" de Clovis y un soneto apologético de un subalterno aficionado a la literatura y a la guitarra acogido en "Campo Neutral"; medalla de oro de la Municipalidad de Lima; de la Sociedad de Minería, de la Sociedad de Agricultura, de la Asamblea de las Sociedades Unidas y del Cuerpo General de Bomberos; función de gala en el teatro Colón; medallas, tarjetas, condecoración del gobierno sueco, discos de celuloide, discursos, apoteosis final.

Esta creencia pública no indicaba, por supuesto, una estimación escasa o indebida de los merecimientos, excelencias, títulos y virtudes del señor Pérez Figuerola. Eso no, por ningún motivo. Indicaba tan sólo un singular afecto de las gentes al señor Pérez Figuerola.

No había persona que, amando de veras al señor Pérez Figuerola, desease verlo envuelto por las mareas políticas. Y, además, el señor Pérez Figuerola no daba motivo ni coyuntura para que se le sospechase alguna inclinación a la política. No figuraba en ningún partido. No tenía concomitancias con ningún caudillo. No estaba vinculado a ninguna

causa. Como buen cultor de la cocina criolla no simpatizaba con más causa que con la popular y pintoresca "causa" que tan golosos entusiasmos provoca entre los prosélitos del menú nacional.

El Sr. Pérez Figuerola era para la República, por otra parte, un prototipo de funcionario público. Era la flor y nata del personal administrativo. Era un dechado de la burocracia. Su espíritu ecuánime y sagaz, sus hábitos ordenados y apacibles, sus ideales mesurados y discretos, sus costumbres burguesas y tranquilas, su virtualidad y su materialidad de "hombre, de peso", hacían de él un modelo y un espejo de directores de ministerio.

Pero resulta ahora que el señor Pérez Figuerola anhelaba trocar su calidad de burócrata por la calidad de legislador. Quería ser diputado. Andaba poseído íntimamente por la aspiración de ocupar un escaño en el Parlamento. De tanto tratar con sus amigotes de las Cámaras, de tanto leer el diario de los debates, de tanto constatar la autoridad de su tocayo el señor don Manuel Benardino Pérez, había sacado una extraña nostalgia parlamentaria.

No mentimos.

El señor Pérez Figuerola acaba de marcharse a Pisco para disputarle la diputación en propiedad por esa provincia al señor don Roger Luján Ripoll, periodista, abogado y poeta. Y a esta hora el señor Pérez Figuerola, cargado de conceptos de funcionario administrativo, y el señor Roger Luján Ripoll, ataviado con las galas de su lirismo, recorren la noble e ilustre provincia de Pisco, cada uno por su lado, resueltos a conquistar en toda forma la realización de sus amores y de sus pensamientos...

(En *El Tiempo*: Lima, 22-XII-1918)

VOCES

Quebraderos de cabeza

El momento es grave. Tenemos de un lado el viaje del señor Leguía. Tenemos de otro lado la circular del señor Álvarez Sáez comunicándole al país, a nombre del señor Pardo, el fracaso de la convención. Tenemos de otro lado la urgencia de que se defina de una vez la condición de la candidatura del señor Aspíllaga. Y comenzamos a fijarnos seriamente en que estamos en los últimos días del mes de diciembre y en que, por ende, se nos vienen encima los días de las elecciones.

El gobierno desea mostrarse sereno. Sereno, tranquilo y ecuánime como diría el señor Aspíllaga. Pero no puede conseguirlo. Se le adivina en el semblante demasiada inquietud, demasiada desazón y demasiada zozobra. Y es que se halla en la necesidad de buscarle enseguida una solución cualquiera al problema presidencial.

Pretende el gobierno que todos sus amigos, afines y colaboradores rodeen a una sola candidatura. Esta candidatura es la del señor Aspíllaga. Es la del señor Aspíllaga por varios motivos. Primero, porque el señor Aspíllaga es un gentil hombre dueño de muy preciosas excelencias y de muy sonoros millones. Segundo, porque el señor Aspíllaga es la persona en quien el señor Pardo ha puesto todas sus complacencias. Tercero, porque el señor Aspíllaga es el civilista más resuelto a aspirar notoria y denodadamente a la Presidencia de la República.

Pero los amigos, afines y colaboradores del gobierno se resisten a satisfacer el deseo del gobierno. Y no se debe su resistencia a que la candidatura del señor Aspíllaga les sea particularmente antipática. Se debe a que ninguna candidatura puede armonizar y concertar fácilmente sus pareceres, sentimientos e intereses.

El gobierno les ha preguntado mil veces a los partidos gubernamentales:

–¿No quieren ustedes al señor Aspíllaga?

Y, como no le han respondido, les ha pedido sin más ni más otro

candidato:

–Bueno. Si no quieren ustedes al señor Aspíllaga diganme a quien quieren. ¡Díganmelo con franqueza!

Y los partidos gubernamentales han continuado mudos.

El gobierno no ha podido, pues, continuar incierto e irresoluto. Ha concluido decidiéndose por el señor Aspíllaga. Y ha llamado entonces a los partidos gubernamentales. Pero ya no para preguntarles si querían al señor Aspíllaga sino para anunciarles de hecho que era preciso que lo quisiesen.

Y aquí está lo difícil, aquí está lo intrincado, aquí está lo terrible.

Los civilistas no se animan mucho a oponerle a la candidatura del señor Leguía la candidatura del señor Aspíllaga. No se animan mucho a echarse a la calle del medio. Miran con susto, con temor y con grima la candidatura del señor Leguía. Y hasta revelan ganas de dejarle libre el paso. Sólo el señor Aspíllaga y sus adictos están dispuestos a la lucha y a cargar con todas sus responsabilidades, riesgos y peligros.

Y los liberales, encogiéndose risueñamente de hombros, le declaran al señor Pardo:

–¿Qué podemos hacer nosotros por usted? ¡Qué podemos hacer nosotros si los civilistas tienen tanto miedo!

(En *El Tiempo*: Lima, 23–XII–1918)

VOCES

Carrilano siempre

No crean ustedes que la presencia del señor Escardó y Salazar en el Ministerio de Hacienda indica un cambio de programa, de doctrina y de tendencia en ese grande y buen amigo de los ferrocarriles. El señor Escardó y Salazar no ha ido al Ministerio de Hacienda para quebrarse la cabeza con los problemas de las subsistencias, con los problemas del comercio, ni con los problemas de la tributación. El señor Escardó y Salazar ha ido al Ministerio de Hacienda para abrirle camino a su política ferrocarrilera. Resulta, en buena cuenta, un Ministro de Fomento encargado interinamente del Ministerio de Hacienda.

El señor Escardó y Salazar entró la vez pasada en el gobierno con el objeto de hacer ferrocarriles. Esta era su orientación sustantiva, cardinal, única casi. No quería el señor Escardó y Salazar que se le hablase de recursos, de créditos, ni de nombramientos. No quería que se le hablase sino de ferrocarriles. Se había sistematizado en esta frase:

–¡Rieles y adentro y adentro!

El progreso del Perú era, a juicio del señor Escardó y Salazar, una obra de carrilano. Y él estaba resuelto a ser ese carrilano. No sin contradicciones. Cortaba enérgicamente todo conato de refutación con su frase famosa:

–¡Rieles y adentro y adentro!

Pero luego se enteró de que para tender rieles no bastaba ser Ministro de Fomento. No bastaba ser carrilano. Él, por ejemplo, deseaba construir muchos ferrocarriles; pero tropezaba con una dificultad que no estaba en su mano remediar: no había plata. Mal de su agrado, tuvo que vetar una ley ferrocarrilera que creaba una partida ferrocarrilera superior a las débiles fuerzas del Estado. Y, a renglón seguido, hubo de abandonar el gobierno. Y anduvo a punto de marcharse del país.

Abundaron, por eso, quienes se asombraron últimamente de que el señor Escardó y Salazar hubiese aceptado un ministerio:

–¿El señor Escardó y Salazar, ministro otra vez? –exclamaron–. ¡No puede ser! ¡El señor Escardó y Salazar se halla muy desencantado! ¡Desencantado del gobierno! ¡Desencantado del congreso! ¡Desencantado del pueblo! ¡Desencantado del partido nacional democrático! ¡Desencantado de todo! ¡Se halla dolorosamente convencido de que aquí no es posible construir ferrocarriles! ¡Y de que, por consiguiente, estamos perdidos!

Y es que se ignoraba una cosa.

Se ignoraba que el señor Escardó y Salazar no podía asumir nuevamente el Ministerio de Fomento; pero sí el Ministerio de Hacienda. En el Ministerio de Fomento no encontró la plata necesaria para hacer ferrocarriles. En el Ministerio de Hacienda podía encontrarla. Por lo menos podía buscarla.

Resplandeciente de optimismo, lo dice ahora el señor Escardó y Salazar a las gentes que acuden a felicitarlo:

–¡Yo soy el mismo de antes! ¡Siempre carrilano! ¡Carrilano siempre!

(En *El Tiempo*: Lima, 24–XII–1918)

VOCES

Candidato civilista

No hay plazo que no se cumpla, señores.

Gentes malévolas y acontecimientos hostiles, ora con este pretexto, ora con aquella coyuntura, venían retardando la designación del señor Aspíllaga como candidato del partido civil a la Presidencia de la República. No osaban combatirla explícita y paladinamente. Pero la postergaban, la diferían, la alejaban. Y rogaban a Dios que la evitase.

El proyecto de la convención era el arma que el destino había colocado en las manos sutiles, expertas y especiosas de los civilistas contrarios a la candidatura del señor Aspíllaga. Ese proyecto servía, de un lado, para detener la proclamación de esta candidatura por el civilismo y servía, de otro lado, para procurar el surgimiento de una candidatura empujada por otros partidos. Mientras se pensaba en la convención, mientras se trabajaba por ella, mientras alrededor de sus perspectivas tejían su red los agüeros de las muchedumbres, el señor Aspíllaga no podía formalizar su candidatura. Tenía que recatarla, tenía que esconderla, tenía que taparla. Y, además, estaba obligado, a fuer de caballero, de hijodalgo y de gentilhombre, a patrocinar lealmente cualquiera tentativa en pro de la convención. Y a declarar que la convención le parecía el mejor medio de resolver el problema presidencial. El mejor y el único.

El señor Aspíllaga, por otra parte, no quería mostrar la más pequeña impaciencia. Confiaba con toda el alma en la buena fe de los políticos, en la buena fe del gobierno, en la buena fe de los partidos, en la buena fe de todo el mundo. Y esperaba, esperaba, esperaba.

De rato en rato, cuando se cansaba de una posición, se ponía de pie, se paseaba de un lado a otro y dejaba que se le escapase un gesto discretísimo de interrogación.

Y entonces le pedían que tuviese un poco más de calma:

–¡Falta aún otra tentativa!

Y tenía que tomar asiento otra vez.

Pero no hay plazo que no se cumpla. Y el plazo del señor Aspíllaga era como todos los plazos. Un plazo que algún día –aunque fuese el día del juicio final– había de cumplirse.

Ese gran día fue el de ayer.

El señor Aspíllaga reunió ayer a la junta directiva del partido civil para decirle con la voz, con la mirada y con el ademán que el proyecto de la convención estaba inhumado. Que el gobierno le había puesto ya un epitafio amistoso. Que no era posible volverse a ocupar de él. Y que, por consiguiente, no cabía más que elegir enseguida un candidato.

Y la junta le contestó con un tono muy galante y muy risueño:

–Bueno, pues. Usted es nuestro candidato. Usted, señor Aspíllaga.

Y le hizo una venia.

La noticia salió a la calle inmediatamente. Don Pedro de Ugarriza, iniciador, abanderado, heraldo, empresario, faraute y propagandista de la candidatura del señor Aspíllaga, la comunicó por teléfono a todas las gentes de la ciudad. Y la dió como un aguinaldo.

Como un divino aguinaldo para los niños buenos...

(En *El Tiempo*: Lima, 25–XII–1918)

VOCES

Magister dixit

Alegrémonos de todo corazón. Alegrémonos no sólo porque es Pascua de Navidad y porque el cielo nos ha alcanzado, a guisa de aguinaldo, la tardía merced de la proclamación de la candidatura del señor Aspíllaga. Alegrémonos también por algo muy trascendental. La ciudad entera relee, comenta y considera en estos instantes un documento que no es un ocasional documento político sino un profundo documento intelectual. Un documento que no es la reticente carta de un caudillo sobre la convención de los partidos, que no es la altisonante proclama de un jefe de grupo a su proselitismo, que no es el gárrulo manifiesto de un candidato, que no es la tropical diatriba de un panfletario criollo. Un documento que no es sino esto: la memoria del Rector de la Universidad, doctor don Javier Prado.

El doctor Prado, sabio, docto e ilustre varón, acaba de hablarnos con la altura, la profundidad y el idealismo que acostumbra. Y, a pesar de que la nochebuena se apodera de nuestro espíritu, a pesar de que los nacimientos cautivan nuestra mirada y a pesar de que la política ocupa nuestra actividad, su palabra sustanciosa, esclarecida y noble ha sabido captarse nuestra atención. La hemos escuchado devota y amorosamente. Y la hemos valorado en todo su mérito, en toda su trascendencia y en toda su sazón y oportunidad.

Así es siempre el doctor Prado.

Cuando más nos absorben los sugestivos y transitorios acontecimientos domésticos, cuando más nos interesa algún ocasional problema, cuando más nos sacude una pasión veleidosa y precaria, solemos acordarnos del doctor Prado para quejarnos y dolernos de que no figure ni se mueva en el escenario de la política criolla. Nos preguntamos entonces qué es de su vida. Dirigimos los ojos a su grande y solariega mansión de hombre de estudio. Y lo contemplamos en la paz grave y austera de su museo y de su biblioteca.

Y, de vez en cuando, nos disgustamos de que el doctor Prado no se parezca a los otros políticos, nos disgustamos de que no se agite y maniobre como ellos, nos disgustamos de que no cultive como ellos el gesto teatral y la "posse" sonora y nos disgustamos de que como ellos no sienta la nostalgia perenne de la aclamación ardorosa de las muchedumbres.

Pero el doctor Prado no nos hace caso.

Enamorado del estudio, engolfado en la especulación mental, conducido por su doctrina, persiste en su labor circunspecta, paciente y elevada de maestro y pensador. No busca el dulce aplauso de las multitudes. No envidia los triunfos de los retóricos del parlamento y del tablado. Trabaja sin descanso; pero trabaja a su modo. Sin ruido, sin decoración, sin alarde, sin vanagloria.

Un discurso suyo nunca es un discurso que solivianta, que inflama ni que enardece a las gentes. Es un discurso hondo, sencillo y jugoso que no produce excitaciones ni arrebatos de los nervios; pero que repercute intensamente en la conciencia.

El discurso de anteayer ostenta los timbres de tal abolengo. En vez de una pieza ceñida a las normas rutinarias y automáticas de las memorias oficiales, es una pieza de encumbrado valor filosófico que le señala orientación, rumbos y deberes a la nacionalidad. Es, como diría el gran líder del socialismo peruano señor Maúrtua, un discurso panorámico.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–XII–1918)

VOCES

Problema y problema

El señor Aspíllaga, es, definitivamente, el candidato del civilismo a la Presidencia de la República. Y es, sobre todo, el candidato del señor Pardo. Bueno. Pero resulta que esto no basta para la felicidad, la ventura y el contento del rico, galante y gentil pontífice del civilismo. El señor Aspíllaga necesita también ser el candidato del partido liberal. Le urge, por consiguiente, que el señor Durand renuncie en su obsequio a sus aspiraciones y posibilidades. Y que el partido liberal se asocie, solidarice y mancomune con el partido civil.

Esto, a primera vista, parece más o menos sencillo y acontecedero. En primer lugar porque el partido liberal comparte con el partido civil las labores del gobierno. En segundo lugar porque el partido liberal desea de veras portarse leal y abnegadamente con el señor Pardo. Y en tercer lugar porque el partido liberal no quiere romper sus vinculaciones con el gobierno ni el gobierno quiere romper sus vinculaciones con el partido liberal. Un pacto entre enemigos o entre extraños es, sin duda, muy difícil. Un pacto entre aliados y concomitantes no lo es.

Pero a veces no se puede llevar uno de las apariencias. Aunque las apariencias guarden la mayor armonía con la lógica. En este caso por ejemplo, ese entendimiento de los civilistas y los liberales que a primera vista parece fácil, en realidad no es muy practicable. Los liberales se dan cuenta de los riesgos de acompañar al señor Pardo y al civilismo en el sostenimiento de la candidatura del señor Aspíllaga. Y se dan cuenta además, de la poca gana con que el civilismo acomete esta empresa.

Los liberales miran al civilismo amarrado irreparablemente a la candidatura del señor Aspíllaga. La proclamación de esta candidatura ha eliminado, en efecto, la probabilidad de otra candidatura civilista. Ha eliminado la probabilidad de la candidatura del señor Miró Quesada. Ha eliminado, en una palabra, la probabilidad de una candidatura bautizada en

el nombre de la concordia y de la conciliación. Los liberales lo saben muy bien. Y considerándolo sonríen por dentro.

Y los civilistas, mientras tanto, se desesperan.

Unos, los que se muestran resueltos a seguir la suerte del señor Aspíllaga, piensan que si los liberales no se suman a ellos son dignos del mayor vituperio. Otros, los que no simpatizan con la candidatura del señor Aspíllaga, se preguntan cómo va a ser posible que los civilistas se metan sin compañía alguna en una aventura tan temeraria como la de presentarle batalla al señor Leguía con la efigie del presidente del partido civil en las manos.

Y hasta se murmura que, si los liberales se resisten a adherirse al señor Aspíllaga, algunos civilistas dirigentes no trepidarán para hablarles así a sus partidarios:

–¿A dónde se nos quiere llevar? ¿Acaso se pretende que, en estos momentos que reclaman unificación y armonía, el partido civil se enfrente solo a los demás partidos? ¡Eso no es sensato! ¡Eso no es prudente!

Si así ocurriera, la candidatura del señor Aspíllaga, socavada y minada sordamente, caería muy pronto.

Pero no sería posible que sobre sus ruinas surgiera otra candidatura civilista. No sería prudente ni sería posible de ninguna manera. Y esto es, probablemente, lo que los liberales advierten.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–XII–1918)

VOCES

Canta y Pallasca

Dos ilustres provincias de la república –Canta y Pallasca– tienen puestos los ojos en el doctor Lorente y Patrón. Ambas provincias conocen cabal y detalladamente los merecimientos, gracias y excelencias del eminente médico, travieso psicólogo, afamado folklorista y novísimo secretario del partido liberal. Ambas provincias desean que nuestro grande y buen amigo las represente en la Cámara de Diputados. Ambas provincias se muestran igualmente enamoradas de él.

El doctor Lorente y Patrón se halla, pues, en una condición única. Acaba de aparecer en la escena política. Acaba de inocular la savia de su pensamiento joven y moderno en el partido liberal. Y ya cuenta con una credencial segura de diputado. Sus correligionarios y admiradores de Pallasca y de Canta se la ofrecen al mismo tiempo. Sobre su escritorio de alienista y político fraternizan amontonados los telegramas de Pallasca y Canta.

El caso es excepcional. No es frecuente que dos provincias coincidan en sus amores electorales. Si el doctor Lorente y Patrón tuviera psicología de criollo se enorgullecería y se insuflaría. Comenzaría a hablar con solemnidad y estiramiento. Se investiría de la mayor gravedad y de la mayor trascendencia. Y se sistematizaría en el uso del chaqué y el hongo.

Pero ocurre, así mismo, que el caso trae aparejados a sus motivos de complacencia otros muchos motivos de preocupación y de quebradero de cabeza para el doctor Lorente y Patrón. El doctor Lorente y Patrón no puede aceptar los favores de las dos provincias. No puede prolongar las dulzuras y los contentos frívolos de un flirt simultáneo. Se halla en la situación de una dama cortejada por dos galanes ansiosos de formalizar rápidamente el noviazgo. Y surge para él un dilema sentimental: Pallasca o Canta. Canta o Pallasca.

Sus amigos se lo preguntan a cada rato:

–¿Canta o Pallasca? ¿Pallasca o Canta?

Y el doctor Lorente y Patrón no sabe coordinar aún los términos de su respuesta.

Piensa un instante en Pallasca.

Y recorre mentalmente su historia. Se fija en que Pallasca es una provincia de muy buena sombra. El señor Tudela y Varela –ese señor Tudela y Varela que tanta suerte ha tenido en su carrera política– era diputado por Pallasca. Como diputado por Pallasca ingresó en el Parlamento donde acabó un día transformado en leader. Comenzar de diputado por Pallasca puede significar, pues, la posibilidad de concluir de embajador en los Estados Unidos. Y de candidato a la Presidencia de la República. El doctor Lorente y Patrón lo medita con aire serio.

Y piensa otro instante en Canta.

Canta es una provincia de mucha fama. Es una provincia de índole bravía, de ánimo denodado y de temperamento combativo. Es, además, una provincia dividida por dos inconciliables corrientes electorales. Adueñarse del afecto de esa provincia, crear en ella un proselitismo fervoroso y unificar su sentimiento constituiría una empresa grata al espíritu del doctor Lorente y Patrón que, no en balde, es un espíritu batallador de socialista.

En ambas provincias la lucha presenta, pues, señalados atractivos y extraordinarias sugestiones. Si el doctor Lorente y Patrón se llevase de nuestro consejo lanzaría en ambas, su candidatura. Y, probablemente, si se llevase de sus inclinaciones a la aventura y a la audacia, también lo haría.

Pero tiene que portarse como un hombre serio, circunspecto y prudente. Tiene que sujetarse al dictamen del partido. Tiene que respetar las conveniencias de su política general. Y tiene que elegir el camino más llano, más recto y más seguro...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–XII–1918)

VOCES

El senador secretario

El señor González, senador por el Cuzco y secretario del Senado, es casi el hombre del día. No en balde una esquela suya ha reunido, bajo la presidencia del señor Miró Quesada, sin convocatoria del señor Pardo, a la Cámara de Senadores. No en balde una esquela suya ha originado una ruptura de relaciones diplomáticas entre el señor Miró Quesada y el Ministro de Relaciones Exteriores señor García. No en balde una esquela suya ha ocasionado un debate parlamentario clandestino y tremendo. No en balde una esquela suya ha colocado en un amargo y hosco trance al gabinete del señor Arenas. No en balde, en fin, una esquela suya ha sacudido y conflagrado de improviso la actualidad política.

Aunque el señor González es cusqueño, el público metropolitano no necesita que se lo presentemos con elogiosa frase y amistoso gesto. Ni necesita que publiquemos su retrato. Y es que el señor González ha sabido convertirse rápidamente en un personaje familiar e íntimo para el público metropolitano. Es que el nombre del señor González no ha dejado de sonar en ningún debate, en ninguna confabulación, en ningún suceso parlamentario desde el día en que el señor González llegó a la ciudad con la nostalgia de las sierras, de sus picos ásperos y de sus llamas acuciosas en sus perspicaces ojos de quechua redomado.

El señor González posee, por supuesto, muchas condiciones de político. Su espíritu es un espíritu simpático y zalamero. Su palabra es una palabra comedida y solícita. Su porte es un porte caballeresco y agradable. Y, además, el señor González es dueño de una vivacidad de chinchilla, de un entusiasmo de colegial, de una tesonería de filatélico y de una actividad de "santarrosita".

Pertenece a esa jerarquía de peruanos que se meten por el ojo de una aguja. No reposa. No se duerme. No descansa siquiera. No tiene mucha facundia ni mucha retórica ni mucho donaire; pero habla largamente sobre

cualquier tema. Baraja cualquiera situación. Refuta cualquier argumento. Contesta cualquiera lisura. Les pasa la mano a los periodistas. Les proporciona un dato y les oculta veinte. Les suministra chismes para sus misceláneas cotidianas. Es, en una palabra, lo que los criollos llamamos "una bala". Dicho sea con perdón suyo y del público.

Ocupa el señor González puesto principalísimo en la oposición. Se sienta en un escaño de la extrema izquierda. Y, por añadidura es leguiísta conspicuo. Pero, aunque su filiación es muy definida y su oposicionismo muy acérrimo, se distingue siempre por su cordialidad con todos los políticos. Es un leguiísta convencido, un leguiísta intenso, un leguiísta terrible; pero es un leguiísta que fraterniza con el señor Miró Quesada, que se colude con el señor Osores, que estima al señor Durand, que estrecha la mano del señor Aspíllaga, que coquetea con el señor de Piérola y que admira, con la admiración de todos los peruanos, los dones espirituales y mentales del señor Prado.

Debido a todas estas excelencias pese a su antigobiernismo es secretario de la Cámara de Senadores. Y debido a todas estas excelencias será próximamente senador propietario y perdurable por el departamento del Cuzco. Estamos convencidos de que alcanzará lo que se proponga alcanzar. Así sea el arzobispado.

Y lo mismo que nosotros opinan sus compañeros de la minoría, de la oposición y del leguiísmo, traviesos, malévolos y alegres basiliscos que para "empavarlo" le recuerdan una exclamación suya épica y famosa, que constará seguramente en su biografía:

–¡Chaqui champi!

(En *El Tiempo*: Lima, 29–XII–1918)

VOCES

Compás de espera

Esperamos varios acontecimientos sustanciosos.

Uno de esos acontecimientos es, naturalmente, la aparición de un manifiesto del partido nacional democrático. Se respira en la atmósfera política la inminencia de ese manifiesto. Luego, ese manifiesto no puede tardar. No sería raro que el señor Riva Agüero tuviese ya templados los bordones de su guitarra retórica. No sería raro que la directiva futurista hubiese ya concertado los términos de su declaración. El manifiesto no aguarda, probablemente, sino una buena coyuntura para salir a la calle. –¿Qué nos dirá?– se preguntan las gentes. –¿Qué nos dira de nuevo?– Y empiezan a desenvolver sus deducciones. –Recuerdan que en su primer manifiesto los nacionales democráticos solicitaban el concurso de todos los partidos para la convención, que en su segundo manifiesto acometían de hecho la empresa de organizarla y que en su tercer manifiesto desesperaban de la posibilidad de que se realizase y le achacaban al partido liberal la culpa del malaventurado tropiezo–. Y renuevan la pregunta. –¿Qué nos dirá el manifiesto?– Comprenden que el manifiesto será sustancialmente un documento elegiaco. Pero no se conforman con esto. Creen que no puede ser un documento inocuo. Que tiene que ser un documento de alguna miga.

Otro de los acontecimientos que esperamos es la definición categórica del pensamiento del partido liberal acerca de la candidatura del señor Aspíllaga. Según los aspillaguistas –en cuya vanguardia persiste denodadamente don Pedro de Ugarriza–, el partido liberal le ha dado ya el sí al candidato del civilismo. Pero, según las demás gentes, el partido liberal no le ha dado sí de ninguna naturaleza al señor Aspíllaga. Salvo que se lo haya dado anteayer, en cuyo caso no ha sido un sí valedero sino una broma de "inocentes". Además el doctor Durand es demasiado cauto y zahorí para sumarse violenta e irreflexivamente a una candidatura. Para

pronunciarse sobre ella tiene que aguardar, por lo menos, que sea una candidatura perfectamente cuajada. Y esto nada más que para pronunciarse sobre ella. Para pronunciarse sobre ella única y exclusivamente.

Otro de los acontecimientos que esperamos es la asamblea civilista destinada a ratificar la proclamación de la candidatura del señor Aspíllaga. Esa asamblea debía haberse efectuado ayer. Pero la necesidad de gestionar previamente la cooperación de los liberales, hizo indispensable su aplazamiento para el día de Pascua de Reyes. Se declaró alegremente que lo mejor que podía ocurrirle a una candidatura era nacer el día de Pascua de Navidad y ser consagrada el día de Pascua de Reyes. Y se agregó que la candidatura del señor Aspíllaga resultaría una perfecta candidatura de aguinaldo. Mas parece ahora que tampoco el seis de enero va a poder reunirse la asamblea civilista. Sencillamente porque el seis de enero van a encontrarse tal vez en el mismo estado que hoy las negociaciones con los liberales.

Otros acontecimientos secundarios esperamos también. Aparte de los acontecimientos imprevistos. Aparte de los acontecimientos previstos mal. Y aparte del cablegrama que nos avisará hoy la llegada del señor Leguía a New York...

(En *El Tiempo*: Lima, 30–XII–1918)

VOCES

Candidato demócrata

Parece que, aunque no lo confiese todavía, aunque lo niegue con la frase, aunque lo desmienta con el gesto, también el partido demócrata tiene su candidato a la Presidencia de la República. El partido demócrata, probablemente, no quiere que se diga que en estos instantes solemnes tuvieron candidato todos los partidos menos él. Y quiere poner, al lado del candidato civilista del partido civil, del candidato liberal del partido liberal y del candidato civilista del partido nacional democrático, el candidato demócrata del partido demócrata.

El candidato del partido demócrata no es, por supuesto, el señor don Isaías de Piérola, ni el señor don Guillermo 2o. Billinghurst, herederos dinásticos del proselitismo de dos ilustres demócratas peruanos. Es un personaje de más larga figuración. Es un personaje de mayor "peso". Es el señor don Pedro de Osma.

Una voz persistente nos lo sopla:

–El señor Osma, candidato.

Y nos lo vuelve a soplar:

–El señor Osma, candidato.

Y nos lo sopla otra vez:

–El señor Osma, candidato.

Hasta que maquinalmente comenzamos a repetir la frase errante:

–El señor Osma, candidato.

Que así, en lenguas de la ociosidad metropolitana, es como suena el candidato demócrata. Es como suena desde hace mucho tiempo con intermitencia más o menos señalada y más o menos sintomática. Es como suena casi desde que se reorganizó el partido demócrata en la Alameda de los Descalzos al son de un tambor del noventaicinco.

Ahora, naturalmente, suena más que nunca.

Piensan los pierolistas, según las versiones callejeras, que la coyuntura

es excelente para un candidato demócrata. Y es que creen, cual el señor Corbacho, que la historia se repite. La historia es para ellos en este caso la historia de las jornadas cívicas de 1912. Entonces, como ahora, era el señor Aspíllaga el candidato de los civilistas a la Presidencia de la República. Y entonces, como ahora, no era el candidato de todos los civilistas. ¿Y qué pasó entonces? Pasó que surgió intempestivamente un candidato demócrata. Un candidato plebiscitario. Un candidato de las muchedumbres. Un candidato cuyas legiones ciudadanas acaudilló, tumultuario y terrible, nuestro grande y buen amigo el Conde de Lemos.

Los pierolistas se refocilan saboreando esos recuerdos.

Y suelen exclamar:

–¡La historia se repite! ¡Tenemos otra vez de candidato al señor Aspíllaga! ¡La historia se repite!

Los asedia sutilmente, con semblante risueño e instancia sagaz, la curiosidad callejera:

–Esta bien. La historia se repite. Ya tenemos otra vez de candidato al señor Aspíllaga. Mas, ¿cuándo va a emerger el candidato demócrata? ¿Cuándo va a aparecer en las calles en hombros del pierolismo?

Pero, con mucha discreción, los pierolistas se escurren de puntillas.

Y solo de rato en rato sueltan prenda. Y dicen que el candidato demócrata contaría con una base firme, el apoyo de los partidos afines, demócrata y futurista. Y con otra base más: la popularidad histórica del grito de "viva Piérola". Y con otra base más: la tradicional consanguinidad de los demócratas con los liberales.

Y, ebrios de optimismo, se sonríen del señor Leguía...

(En *El Tiempo*: Lima, 31–XII–1918)

VOCES

Año nuevo

Nuestro ilustre camarada Abraham Valdelomar, escritor de la más noble prosapia, humorista de la más pura cepa y "palomilla" del más insigne linaje cuyas prosas, versos y mataperradas enaltecen y adornan la incipiente y pálida literatura nacional, dijo una vez en un artículo escrito para esta misma fecha, que la celebración del año nuevo era una insensatez de los hombres. Cada Año Nuevo –sostuvo– nos aproxima más a la muerte. Y con muy donosas razones probó el acierto de su teoría.

Pero sin embargo, no halló ella más prosélitos que nosotros que ya teníamos del "cumpleaños" –coyuntura propicia para los mayores desenfrenos criollos– juicio parecido al que Valdelomar tenía del "año nuevo".

No recordamos si, por ende, se le ocurrió a Valdelomar, en uno de esos geniales arranques de su donaire, quejarse de que el mundo no hubiera hecho caso de su reflexión y de su palabra. Aunque creemos de toda suerte que por lo menos estuvo tentado de acometer verbalmente con alguna diatriba de las suyas a las gentes de esta tierra que ni siquiera por ser sus paisanas habían sabido atenderle con solicitud y estimación.

–Zambos bellacos y cholos deshonestos –le habría gustado seguramente gritarles–, ¿cómo es posible que después de un artículo tan sustancioso y convincente como el mío no hayan suspendido ustedes su holgorio, refocilamiento, aspaviento y algazara? ¿Cómo es posible que hayan persistido ustedes en devorar tamales, en beber chicha "cabeceada", en quemar cohetes y bengalas y en otras sandeces del mismo linaje majadero? ¿Cómo es posible que se hayan empeñado en buscar siempre contentamiento y alegría en la gula, la borrachera, la concupiscencia y la holganza?

Mas, si no estamos seguros de que a Valdelomar le causara sorpresa, real o fingida, la indiferencia con que el público recibió su doctrina, estamos seguros totalmente de que no valió ésta para que cambiara en lo más mínimo el criterio de la república sobre el año nuevo.

En aquel año nuevo, por ejemplo, el señor don Manuel Bernardino Pérez estrenó una camisa de motitas, un chicago de paja y una corbata color lúcuma; el conspicuo parlamentario huanuqueño señor Pinzás se aprovisionó pública y copiosamente de panetones, sonajas y globos con pito; el obeso funcionario señor don Arturo Pérez Figuerola guisó con sus golosas manos de cocinero ocasional un notable "arroz con pato" que marcó época para los gastrónomos de su intimidad; el esclarecido diputado por Aymaraes y juez de paz de cualquiera de los distritos urbanos, señor Luis A. Carrillo, "cambió aros", por duodécima vez en su historia, con una arcangélica dama del Chirimoyo; el señor Salazar y Oyarzábal agasajó con una champañada a un grupo de leguiístas acendrados admiradores de su talento, de sus achaques y de su fama; el señor J.A. de Izcue publicó diecisiete sonetos en el decano y se puso en el ojal su condecoración francesa; y otros muchos mortales dieron análogas o distintas muestras de alborozado acatamiento a la fecha.

Hoy, tres años después de aquel "año nuevo", la obligación de escribir un artículo más o menos adecuado y más o menos "huachafo" para la voluminosa edición de gala de este diario nos hace pensar en el olvidado artículo del Conde de Lemos. Y es que probablemente el Conde de Lemos se hallaba en el mismo estado de ánimo en que nosotros nos hallamos ahora cuando se le ocurrió denostar en él al "año nuevo". Es que, probablemente, también apremiaba en ese instante al Conde de Lemos la necesidad de elegir un tema relacionado con la fiesta que saca hoy de quicio a las gentes. Es que, probablemente, gobernaba de igual manera al Conde de Lemos el deseo de llenar a prisa las cuartillas para marcharse a la calle y asociarse al ingenuo, absurdo y estruendoso regocijo de la muchedumbre.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –I–1919)

VOCES

Los liberales dirán

Esas negociaciones entre el partido civil y el partido liberal no prosperan. Y no se crea que es por culpa de los delegados liberales. No se crea tal cosa.

Los delegados liberales no le ponen, naturalmente, muy buena cara a la candidatura civilista del señor Aspíllaga; pero tampoco quieren portarse con ella descortésmente. La culpa es de los delegados civilistas. Es de ellos principalmente. Los delegados civilistas hablan en el nombre del señor Aspíllaga; pero no parece, en verdad, que trabajaran de veras en su servicio y obsequio. No parece. No parece, sobre todo, que supieran, como saben, que esas negociaciones tienen con el alma en un hilo al hidalgo y gentil candidato de la calle San Pedro.

Los delegados civilistas están convencidos de que el partido liberal no desea solidarizarse con el señor Aspíllaga, pero no desea, asimismo, negarle su solidaridad. Y, sin embargo, se conducen como si no lo advirtieran. En vez de envolver y acorralar a los delegados liberales para sacarles una declaración rápida, les permiten escurrirse, escabullirse, callarse. Más aún: se lo facilitan.

Y, por eso, vemos hasta ahora a los delegados liberales contentos, sonrientes y ufanos. Por eso los vemos decirle furtivamente al señor Aspíllaga con un guiño, con una sonrisa o con un ademán:

–Mire usted, señor Aspíllaga, que no somos nosotros los que conspiramos contra su candidatura. Mire que son los delegados del partido civil. Mire que son los delegados que usted nos ha mandado. Mire que son los delegados que nos hablan en su nombre.

No andan escasos de razón.

Efectivamente, los delegados civilistas no actúan con la diligencia ni la habilidad del caso. Todo lo contrario. Se dirigen a los delegados liberales en la forma menos diplomática, menos discreta, menos experta. Como si

procuraran su negativa.

Sus palabras, sus modos y sus miradas les declaran a los liberales, más o menos, esto:

–Suponemos que ustedes se habrán dado cuenta de que deben cooperar incondicionalmente al triunfo de un candidato del partido civil. Así se lo exige a ustedes su lealtad. Así se lo exige a ustedes su patriotismo. Ustedes comprenden que no puede surgir un candidato suyo. Y comprenden, mejor todavía, que no puede surgir apoyado por el partido civil.

Y, claro, los liberales contestarán:

–Ciertamente. Estamos dispuestos a sacrificarnos.

Se oye entonces una notificación agresiva de los civilistas.

–Bueno. Y no sólo va a ser para nosotros la presidencia. Van a ser para nosotros también las vicepresidencias.

Y los liberales se sonríen:

–Muy bien. Precisamente nosotros habíamos decidido no pedir ni aceptar ninguna vicepresidencia. Que la presidencia y las vicepresidencias sean para el partido civil. No solicitamos nada para nosotros. Somos capaces de la mayor abnegación y del mayor desinterés.

Y, luego, los civilistas y los liberales se quedan mirándose las caras. Los civilistas se levantan a continuación, y se despiden. Ni más ni menos que si se hubieran puesto de acuerdo con los liberales. Y los liberales vuelven a sonreírse.

Después, un gran silencio.

Y, cuando el señor Aspíllaga los interrumpe para preguntar qué hay de nuevo, los civilistas se encogen de hombros y exclaman:

–Los liberales dirán...

(En *El Tiempo*: Lima, 3–I–1919)

VOCES

Espectadores no más...

Tampoco quieren mancomunarse con el señor Aspíllaga los nacionales democráticos. Tampoco. Y su negativa no es la negativa diplomática y sagaz de los liberales. Es una negativa rotunda, enérgica, altisonante.

Una negativa así:

–¿Nosotros con el señor Aspíllaga? ¡Jamás!

No se la esperaba el gobierno. No se la esperaba el civilismo. No se la esperaba, naturalmente, el señor Aspíllaga. No se la esperaba siquiera el público. Verdad que los nacionales democráticos habían tramado desde el principio contra la candidatura del señor Aspíllaga. Pero esto no es bastante. Muchos civilistas habían tronado contra la candidatura del señor Aspíllaga. Más que los nacionales democráticos. Y, sin embargo, habían concluido conformándose con esa candidatura. Y proclamándola. Y recomendándola. Y empujándola.

Y, por eso, el gobierno había confiado en que a la postre amainara la oposición de los nacionales democráticos a la candidatura del señor Aspíllaga. Esta oposición había sido mirada siempre por él como una oposición más reductible que la de los liberales. Tanto que no había creído que fuese indispensable una negociación oficial del civilismo para eliminarla.

Pero los nacionales democráticos son muy "cundas". La candidatura del señor Aspíllaga les parece inconsistente y quebradiza. Y la candidatura del señor Leguía, en cambio, les parece arrolladora e invencible. Y comprenden que es tarde para pensar en una candidatura de transacción.

Uno de los oradores del futurismo, el señor Víctor Andrés Belaúnde exclama desolado:

–¡El partido nacional democrático debe "balconizarse"! ¡Nos damos cuenta de que es una lástima! ¡Pero, qué vamos a hacer!

Y lo rodean entonces voces que lo hostilizan:

–Quiere decir que el partido nacional democrático, que es un partido de juventud, que es un partido de acción, que es un partido de idealismo, no sabe luchar! ¡Quiere decir que el partido nacional democrático se abstiene!

Y el señor Belaúnde apenas puede defender a su partido con una frase de don Nicolás de Piérola:

–¡Abstenerse es obrar!

Esta abstención no les agrada mucho a las gentes. Anhelarían las gentes que todas las agrupaciones políticas tomaran parte en la pelea. Que se formaran dos grandes bandos. Que se organizaran de un lado las fuerzas del gobierno y de otro lado las fuerzas de la oposición. Que ningún ciudadano se quedase fuera de la línea de fuego.

Y ven que no va a pasar nada de esto.

El partido liberal se abstiene de auspiciar candidatura alguna. El partido nacional democrático se abstiene también. Y a lo mejor el gobierno resuelve abstenerse igualmente.

El único que no se abstiene es el señor Leguía.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–I–1919)

VOCES

Una mudanza

El señor Torres Balcázar está "mudándose". Una legión de cargadores, de pelo ensortijado y de traza billinghurista, fervorosos partidarios suyos, traslada actualmente los muebles, chivaletes, cajas, tipos, máquinas, papeles y cachivaches de su tipografía a una casa de esta misma calle y de esta misma acera. La casa de la calle de Lártiga, en cuyo umbral se paraba consuetudinariamente, en mangas de camisa, el gran ciudadano, va a ser abandonada para siempre por el obeso, redondo y socarrón personaje que le ha dado tanta fama. No volverán a juntarse en ella bajo el auspicio del señor Torres Balcázar, el señor Miguel Grau, el señor Jorge Prado y sus otros contertulios cotidianos.

Nosotros, naturalmente, asistimos con mucho gusto a esta mudanza. Nos place, sobremanera, ver al señor Torres Balcázar en la calle y en la acera donde tiene su hogar este diario bolchevique y donde tienen su casona solariega los ilustres señores Prado y Ugarteche, grandes y buenos amigos nuestros y de todos los hombres de buena voluntad y claro discernimiento. Y suponemos que al señor Torres Balcázar le contente, también, ser vecino de nosotros.

El señor Torres Balcázar, rozagante y alegre, se detuvo ayer en la puerta de esta imprenta para comunicarnos familiarmente su traslado:

–Me "mudo" –nos dijo–. Me mudo de la calle de Lártiga a la calle del General La Fuente. ¡Cambio la vecindad del señor Riva Agüero, jefe del partido futurista, por la vecindad del doctor Javier Prado, profesor de energía y maestro de la juventud, y por la vecindad de ustedes, periodistas amados!

Y nosotros le contestamos a gritos:

–¡Entonces esta calle se inmortaliza definitivamente! ¡Entonces esta calle se convierte en una calle legendaria! ¡Entonces en esta calle se reconcentra la opinión nacional! ¡Entonces esta acera es una acera histó-

rica! ¡Con los señores Prado y Ugarteche en la extrema derecha! ¡Con nosotros en la extrema izquierda! ¡Y con usted en el centro!

Mas el señor Torres Balcázar tuvo enseguida una salida de "mataperro":

–Bueno. Pero a mi no me regocija tanto la vecindad de los señores Prado y de ustedes como otra vecindad más cercana. Reparen ustedes en mis dos colindantes inmediatos. ¡Estoy entre dos sombrereras! ¡Y un hombre a quien el destino coloca entre dos sombrereras debe declararse venturoso! ¡Siquiera por galanteria!

Y esto nos apenó un tanto. No porque nosotros no seamos psíquicamente tan "palomillas" como el señor Torres Balcázar. Sino porque habíamos tomado en serio la exaltación de nuestra calle. Y porque, claro, nos soliviantaba que el señor Torres Balcázar, burlón y travieso incorregible, no participase de este sentimiento.

Pero el señor Torres Balcázar nos quitó de encima toda preocupación con un abrazo formidable y cordial de oposicionista gordo y convicto.

Y al despedirse nos dijo criollamente:

–Buenas tardes, vecinos.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–I–1919)

VOCES

Esperando el pacto...

Los liberales tienen detenido el desarrollo de la candidatura del señor Aspíllaga. Los civilistas no se animan a cargar solos con ella. Y los liberales, convencidos de que es muy oscuro el porvenir de la aventura civilista, rehúyen su colaboración. Se hallan dispuestos a no hostilizar la candidatura del señor Aspíllaga. Pero no se hallan dispuestos a patrocinarla.

Las negociaciones se desenvuelven pesadas y baldías. Los civilistas han cambiado un tanto de tono, pero nada más que de tono. Usan de mayor cortesanía y sagacidad en sus palabras y en sus ademanes. Se muestran más cordiales y zalameros. Ponderan la necesidad de que el partido civil y el partido liberal sigan solidarizados. Mas no abandonan su convencimiento arrogante y vanidoso de que no debe discutirse siquiera su derecho, su capacidad y su aptitud para prolongar su señorío. El poder es de ellos. Y debe ser para ellos. Los liberales no pueden tener más aspiración legítima que esta: conservar las posiciones que han adquirido a la sombra de la hegemonía pardista.

Y, por consiguiente, no se percibe probabilidades de pacto. Los propios parciales del señor Aspíllaga, que en un principio depositaban la más absoluta confianza en el buen éxito de las negociaciones, dudan y recelan ahora. Lo indica, entre otros síntomas, el aplazamiento de la asamblea destinada a consagrar la proclamación del candidato.

Esa asamblea debía haberse reunido hoy. Los señores Aspíllaga habían trabajado activamente para que resultase muy bonita y resonante. Se habían preocupado de todos los detalles indispensables para que más que apariencias de acto político tuviese apariencias de fiesta social. Y no habían querido que se efectuase en el General de Santo Domingo sino en el Hotel Maury. El General de Santo Domingo era, en verdad, el local histórico de las asambleas civilistas; pero era, al mismo tiempo, un local

de malos recuerdos para el señor Aspíllaga. En ese local nació su pasada candidatura. Y el día de hoy les había parecido a los señores Aspíllaga un día precioso. Un día sin la alegría huachafa de los días domingos y sin la actividad plebeya de los días de trabajo. Un día sin pasacalles, sin toros, sin gaoneras y sin estocadas –según opinaba el bullicioso aspillaguista don Pedro de Ugarriza, amigo de Belmonte y confidente de Gaona.

Pero el taimado destino no consiente que se cumpla puntualmente el programa del señor Aspíllaga. El día de Pascua de Reyes transcurirá sin que se bautice solemnemente la candidatura del rico gentil hombre. Los Reyes de Oriente no tendrán, fuera del Niño Dios, a quién ofrecer el presente religioso de sus resinas, de sus metales y de sus perfumes.

Y es que el partido civil no desea acometer la empresa de atravesarse en el camino del señor Leguía sin la certidumbre de que no estará solo en ella. Muchos civilistas dicen que la ocasión no es oportuna para una actitud intransigente. Preconizan, a la sordina, paz y conciliación. Y miran en el calendario –con grima y desazón– cómo se acorta el plazo que los separa de la llegada del señor Leguía...

(En *El Tiempo*: Lima, 6–I–1919)

El expresidente GUILLERMO BILLINGHURST envuelto en sus recuerdos en un apunte de Alcántara Latorre.

LEGUÍA según expectativas contradictorias en sendos apuntes de Alcántara Latorre.

VOCES

Política procelosa

Seguimos sin esa certidumbre. Todo es inseguro, todo es inestable, todo es precario. Un día creemos a pie juntillas una cosa y al siguiente día la ponemos en duda. Los acontecimientos no nos permiten confiar en nada ni en nadie.

Nos convencemos, por ejemplo, de que el señor Aspíllaga es el candidato formal, definitivo y heroico del gobierno y del civilismo. Nos convencemos de que enseguida va a reunirse la asamblea encargada de declararlo. Nos convencemos de que los contendores son el señor Aspíllaga y el señor Leguía. Nos convencemos de que quien no está con el señor Aspíllaga está contra el señor Aspíllaga. Y, súbitamente, tenemos que vacilar. Se posterga la asamblea. La reticencia de los liberales suscita profundas alarmas. Y el civilismo se pregunta a hurtadillas si no sería mejor una transacción. Detrás del señor Aspíllaga, optimista y venturoso, se hacen señas los hombres del gobierno. Tenemos que vacilar.

Y así es todo.

Se nos asegura que el partido liberal no desea ya que el señor Durand suceda al señor Pardo. Y a nosotros nos parece que se nos dice la verdad. Vemos, además, que los liberales les juran a los candidatos que no se oponen a la candidatura del señor Aspíllaga. Que no se adhieren a ella; pero que tampoco la combaten.

Exclamamos crédulos: –¡Así debe ser! Pero, mientras tanto, resulta que los liberales proceden con mucha estrategia. Hablan, opinan y obran tácticamente. Y no abandonan todavía la idea de la candidatura del señor Durand. Por el contrario, la contemplación de la anarquía civilista los induce a permanecer secretamente aferrados a esa idea. Y a la idea suplementaria de una candidatura de sorpresa.

Y esto no nos ocurre con los liberales no más.

También de los demócratas se nos afirma que no aspiran a la presidencia

de la república. Y que van a publicar un manifiesto tremendo en el santo nombre de Dios, de la Patria y de la Declaración de Principios. Y que en ese manifiesto van a declarar bien claro que no son amigos del señor Aspíllaga ni del señor Leguía. Que marchan por su cuenta. Que no anhelan sino el bien de la república. Que son un dechado de abnegación y de desprendimiento. Etcétera, etcétera, etcétera. Pero, luego, se nos cuenta que el manifiesto constituirá un tanteo. Los demócratas –se nos agrega– no pierden la esperanza de ser a la postre los empresarios y conductores de una candidatura de última hora que despeje el terreno al grito de "¡Viva Piérola!".

No sabemos, pues, a qué atenernos.

Ora se asevera que el partido civil no puede hacer más que ratificar en el Hotel Maury la proclamación de la candidatura del señor Aspíllaga. Ora se asevera que el aplazamiento de la asamblea proviene de sutiles y porfiadas maquinaciones de los civilistas hostiles a esa candidatura.

Por muy grande que sea nuestra fe en la candidatura del señor Apíllaga, no podemos evitar que flaquee. Para que no flaquease tendría que ser mucho más grande aún. Tan grande como la del señor Aspíllaga.

Y eso no es posible.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–I–1919)

VOCES

Arenga demócrata

No sólo se anuncia un manifiesto de los futuristas. Se anuncia también un manifiesto de los liberales. Y se anuncia, sobre todo, un manifiesto de los demócratas. El manifiesto de los demócratas, según las versiones callejeras, viene hacia nosotros como un tren. No hay medio de detenerlo. Y apenas si hay posibilidad de que se descarrile.

El manifiesto de los demócratas no es, por supuesto, un manifiesto inesperado. Es, antes bien, un manifiesto de abono. Los demócratas tenían, lo mismo que los futuristas y que los liberales, un programa electoral. Ajustaban exactamente a este programa sus pasos, sus actitudes y sus palabras. Y no se salían de él por nada del mundo. Pero ahora, les pasa con su programa idéntica cosa que a los futuristas y a los liberales con el suyo. No pueden cumplirlo. Y, claro, se ven obligados a cantarle un responso. Y a cruzarse de brazos en espera de lo sorpresivo, de lo insólito, de lo repentino.

Sabemos que va a haber en el manifiesto, naturalmente, entonación de proclama. El señor don Isaías de Piérola no va a aleccionar a los ciudadanos. Va a arengarlos en el nombre de Dios y la Patria. Porque no es posible que el señor don Isaías de Piérola se olvide de invocar a Dios y la Patria. Aunque el señor Pardo, que no sabe a veces ser un gobernante circunspecto, vuelva a hacerle huesillo a hurtadillas.

Y sabemos algo más.

Sabemos, verbigracia, que el señor de Piérola va a ponerle otra vez en la frente al partido demócrata su lema de combate:

–¡Voto libre!

Y sabemos, por ende, que esto es lo que no va a contentar a la gentes. Las gentes no quieren que les hablen abstractamente del voto libre. Están convencidas de que eso del voto libre no es verdaderamente hacedero en el Perú. Y de que es casi siempre una frase convencional. Nadie pone en

duda que los demócratas la pronuncian seriamente. Nadie pone en duda que la pronuncian devotamente. Pero ello no basta para que las gentes se emocionen escuchándola. Las gentes no desean que se mencione principios sino que se mencione nombres propios.

Y, si nos atenemos a un rumor que nos trae el viento, el señor de Piérola lo advierte perfectamente. Porque ocurre, si creemos el rumor, que el señor de Piérola se propone preceder su arenga democrática de una exposición sensacional. La exposición de todas las conferencias y negociaciones políticas en que ha tomado parte durante los últimos meses de trajín partidarista.

El señor de Piérola, como ustedes recuerdan, es un declarado enemigo de la política secreta. Aborrece las reservas y las mentiras diplomáticas. Gusta de hablar en voz alta. Y de aquí proviene su proyecto de asombrar al país con un documento emocionante que cuente todas las conspiraciones de la política. Que eche al agua a los partidos y a sus leaders.

El público nos pregunta con una ansiedad golosa:

–¿Realizará su proyecto?

Y nosotros no podemos darle una respuesta definitiva. Depositamos mucha confianza en la firmeza y el empuje del señor de Piérola para llevar a cabo lo que se le antoje. Pero comprendemos que el señor de Piérola, a pesar de ser el señor de Piérola, se halla sujeto al Destino...

(En *El Tiempo*: Lima, 8–I–1919)

VOCES

Vacilante e irresoluto

El señor Maúrtua se encuentra pensativo. El gobierno ha acordado enviarlo a La Haya; y, como es de práctica en estos casos, se ha dirigido a la Reina de Holanda preguntándole si el señor Maúrtua es una persona grata para el gobierno holandés. Y desde entonces mil preguntas ansiosas tienen asediado al gran bolchevique: –¿Nos deja usted señor Maúrtua? ¿Nos deja usted en este instante de enseñoreamiento del socialismo? ¿Nos deja usted tan pronto? –El señor Maúrtua no sabe qué responder. Hay días en que amanece con la resolución inquebrantable de marcharse a La Haya. Y hay días en que amanece con el propósito firme de quedarse entre nosotros.

–Aceptar la representación en La Haya –piensa a veces el señor Maúrtua– es aceptar el destierro.

Y enseguida reúne en cónclave a sus contertulios cotidianos del Club Nacional para someterse a su amistoso dictamen y a su noble discernimiento. Y oye la opinión del señor don Manuel Vicente Villarán, del señor don Manuel Augusto Olaechea, del señor don Pedro Dávalos y del señor don Carlos Velarde. Y discute ardorosamente sus razones. Y contradice las del señor Dávalos.

–¡Este don Perico quiere "cabulearme"! ¡Este don Perico Dávalos!

Y, después de consultar a su consejo, continua irresoluto.

Las noticias que circulan sobre el señor Maúrtua son, por eso, distintas. Unas veces se cree inevitable su viaje a La Haya. Otras veces se le considera dudoso. Y las gentes, naturalmente, se impacientan.

Pero es que las gentes no estudian la situación del señor Maúrtua. Las gentes tienen una noción superficial de las cosas. Las gentes ignoran lo que pasa en el ánima del señor Maúrtua. Ignoran que no ocurre sino que el señor Maúrtua siente en algunas ocasiones la necesidad de irse y el deseo de quedarse y, en otras ocasiones, la necesidad de quedarse y el deseo de irse.

El señor Maúrtua, al restituirse al país hace cuatro años, adquirió el anhelo de no abandonarlo más. Una serie de fervores patrióticos, se apoderó de su espíritu. Los sentimientos de la familia, del suelo y de la tradición eclosionaron en él. Y pensó que no debía prolongar su vida nómade de diplomático. En la Universidad, en el Parlamento y en la Prensa ostentó un afán indisciplinado pero intenso de lucha y de trabajo. Echó a todos los vientos los gérmenes de su doctrina maximalista y revolucionaria. Arremetió contra todas las costumbres contra todas las instituciones, contra todas las leyes y contra todos los hábitos criollos. Y, dirigido por el mismo impulso, llegó al Ministerio de Hacienda. Al Ministerio de Hacienda que había de ser para él una fuente de decepciones, de desencantos y de desabrimientos.

Es por tales motivos que hoy el señor Maúrtua no se prepara con entusiasmo ni con placidez para su viaje a La Haya. Es por tales motivos, que se muestra vacilante y preocupado. Es por tales motivos que duda y se desconcierta.

El público, mientras tanto, acaba persuadiéndose apenado de que el señor Maúrtua se va sin remedio.

A pesar de que el señor Cornejo antiguo y recalcitrante candidato para representación del Perú en La Haya, conserva una esperanza que propala a gritos:

–¿Maúrtua, plenipotenciario en La Haya? ¡No es cierto todavía! ¡El gobierno aún no ha nombrado a Maúrtua! ¡El gobierno no ha hecho más que preguntarle a la Reina Guillermina si Maúrtua es una persona grata para ella! ¡Y la Reina Guillermina va a contestar seguramente que no! ¡Y que el único personaje peruano que posee méritos suficientes para ir a La Haya soy yo!

(En *El Tiempo*: Lima, 9–I–1919)

VOCES

Candidato siempre

El señor Aspíllaga, pontífice del partido civil, se halla empeñado en probarnos que no sólo es un gentilhombre atildado, un dandy pluscuamperfecto, un caballero intachable y un latifundista millonario. Se halla empeñado en probarnos que es también un hombre de carácter. Anhela tal vez que sus panegiristas le otorguen el famoso título de profesor de energía.

Creían las gentes que el desaliento más profundo e irreparable se había adueñado del ánimo del señor Aspíllaga. El señor Aspíllaga –pensaron– tiene que molestarse mucho de que los liberales le nieguen su cooperación y de que los civilistas no se muestren verdaderamente resueltos a sucumbir o vencer con él. Y dieron como acordado el desistimiento del señor Aspíllaga.

Pero es que las gentes no conocían bien al señor Aspíllaga. Ignoraban que el señor Aspíllaga es capaz de cualquier heroísmo, de cualquier denuedo y de cualquier antojo. Recién ahora lo están palpando desconcertadas, absortas y perplejas.

El señor Aspíllaga no se rinde. Y no se rinde porque no tiene a quien rendirse. El señor Aspíllaga, como es natural, no puede eliminar su candidatura en obsequio a la candidatura del señor Leguía. Eso nunca. El señor Aspíllaga no podría eliminar su candidatura sino en obsequio a otra candidatura civilista o, mejor dicho, a otra candidatura gubernamental. Y ya es tarde, demasiado tarde, para que surja otra candidatura de esta clase.

La candidatura del señor Aspíllaga sigue, pues, en pie, temeraria y majestuosa.

El gobierno se arredra ante las oscuras y nebulosas perspectivas del combate. El civilismo se echa atrás. El partido nacional democrático se cruza de brazos en su balcón de neutral. Y el partido liberal se atrinchera también en su anhelo de autonomía.

Pero nada de esto, que tanto preocupa y conmueve sacude y desasosiega al público, le importa un ardite al señor Aspíllaga.

Los aspillaguistas preguntan:

–¿Acaso existe otro candidato civilista?

Y, por supuesto, les contestan:

–No existe.

Y los aspillaguistas dan rienda suelta en seguida a su optimismo:

–¿No existe otro candidato civilista? ¿El señor Aspíllaga es el candidato del civilismo? ¿Es al mismo tiempo, el candidato del señor Pardo? ¡Entonces no cabe la menor duda, no cabe la menor vacilación, no cabe la menor incertidumbre! ¡El señor Aspíllaga será el sucesor del señor Pardo! ¡Basta que lo quiera la gente adinerada, la gente aristocrática, la gente representativa, la gente que se abona a palco y que circula por las calles en "limousine"!

Y es que esta es, sin duda alguna, la convicción del señor Aspíllaga.

El señor Aspíllaga no se fija en que en el campo oposicionista se yergue otro candidato. Se fija, únicamente, en que en el campo gubernamental no se yergue más candidato que él. Lo que proviene del campo oposicionista no es merecedor de su atención. El señor Aspíllaga vive seguro de que los hombres de buen discernimiento y noble razón del campo oposicionista acabarán acercándose a él. Y para esa oportunidad reserva sus más finas, acendradas, solícitas y delicadas gentilezas.

Su calidad de candidato del civilismo, de candidato del señor Pardo y de candidato de don Pedro de Ugarriza le basta, por ahora, para sentirse venturoso y fuerte.

Y para reírse de los agravios osados de la política criolla...

(En *El Tiempo*: Lima, 10–I–1919)

VOCES

Neutralidad risueña

Los liberales manifiestan que no tienen candidato a la presidencia de la república. No favorecen la candidatura del señor Aspíllaga; pero no la combaten. Y tampoco favorecen, por supuesto, la candidatura del señor Leguía. Se declaran neutrales. Se cruzan de brazos ante la lucha presidencial. Se "balconizan", como dice el señor don Víctor Andrés Belaúnde.

Esto es, además, lo que cree el señor Aspíllaga, con cuya suerte los liberales no han querido solidarizarse ni mancomunarse. Esto es lo que cree también el señor Pardo. Esto es, asimismo, lo que cree el partido civil. Los liberales –piensan el señor Aspíllaga, el señor Pardo y el partido civil– deseaban que el candidato saliese de su seno. Como no ha podido ser así, se abstienen de secundar a candidato alguno. Se abstienen totalmente de intervenir en la solución del problema de la sucesión del señor Pardo.

Pero el público duda.

El público, que es muy malicioso, muy suspicaz, muy avisado y muy cazurro, no fía en la neutralidad del partido liberal.

–Esa neutralidad –afirma– no es posible. La lucha presidencial –agrega– tiene en esta emocionante oportunidad proporciones extraordinarias. Ningún partido político importante logrará mantenerse al margen de ella. Y menos que todos el partido liberal. El partido liberal cuenta con cuarenta representantes a Congreso, con intensa participación en el manejo de los negocios públicos y con dos conspicuos socialistas, el doctor Curletti y el doctor Lorente, en su Junta Directiva. Y bien, un partido dueño de tales elementos no puede ser en las presentes circunstancias un partido prescindente.

Se molestan entonces los aspillaguistas:

–¡Sin embargo, así es!

Mas el público, avizor y redomado, expone moviendo la cabeza.

–Claro que al partido liberal le conviene esta declaratoria de neutrali-

dad. Pero esta declaratoria debe ser estimada en su verdadero alcance. Nada le exige al partido liberal una inmediata beligerancia en pro ni en contra del señor Aspíllaga. El partido liberal necesita guardar una actitud de expectativa. Aseguran las gentes que estamos en una hora de aspiraciones máximas. Y la aspiración máxima del partido liberal es la presidencia del doctor Durand. Ahora bien. ¿Acaso la candidatura del señor Aspíllaga posee las condiciones precisas para desahuciar la posibilidad de la candidatura del doctor Durand? Los liberales sostienen que no. Que no, que no y que no. Y, por eso, tienen un gesto. Izan bandera neutral. Pero sólo la izan por el momento.

Y entonces son los liberales los que protestan:

–¡Nuestra neutralidad es sincera! ¡Completamente sincera!

Y se ponen serios.

Pero se les adivina una sonrisa interior. Una sonrisa que justifica las suposiciones del público. Una sonrisa que se burla de la credulidad de los aspillaguistas. Una sonrisa, en fin, que indica que la candidatura del doctor Durand continúa germinando sigilosa y subterráneamente...

(En *El Tiempo*: Lima, 11–I–1919)

VOCES

El maximalismo cunde

El instante es de ansiedad, de agitación y de desasosiego para los bolcheviques. Llegan de Buenos Aires los ecos de una formidable y truculenta huelga revolucionaria. Nos avisan de Santiago que han aparecido allá los primeros síntomas del contagio. Y asistimos en Lima y en el Callao a una gran conflagración obrera. Se hallan en huelga los tejedores y los panaderos. Nos amenazan muchas huelgas más. Y se prepara, finalmente, un paro general. Un paro general que comenzará mañana mismo.

–¡El maximalismo prende en Sudamérica! –exclaman soliviantados los bolcheviques.

Y hasta el señor Curletti, socialista moderado y prudentísimo, se sale de sus casillas, se colude con el comité bolchevique, se mezcla con los huelguistas y les habla de esta guisa:

–Hijitos míos, los capitalistas son aquí más desmandados y concupiscentes que en parte alguna. Esquilman, maltratan y oprimen a sus trabajadores. Los tratan con palabras descomedidas y gestos procaces. No cuidan de su salud, ni de su higiene ni de su recreo. No los miran como a hombres libres y dignos. ¡Qué lisura, hijitos míos! Ustedes deben, por eso, organizarse. Y yo debo, por eso, aconsejarlos.

Los demás socialistas andan preocupados y frenéticos. El señor Luis Ernesto Denegri, uno de los conductores de la huelga, vive en permanente atrenzo de conferencia doctrinaria. El señor Sebastián Lorente y Patrón irrumpe constantemente en nuestra oficina para recordarnos con justicia que fue él uno de los iniciadores del comité de propaganda socialista. El señor Alberto Secada, ciudadano ilustre y ácrata orgánico, considera llegada la hora de la revolución social. Y el señor Luis Ulloa se apresta para encabezar a las muchedumbres tumultuarias.

Suena constantemente el timbre de nuestro teléfono para que algún bolchevique nos pregunte:

–¿Qué se sabe de los maximalistas argentinos? ¿Ya se adueñaron totalmente de Buenos Aires? ¿Ya constituyeron el gobierno del pueblo? ¿Ya amarraron al general Dellepiane? ¿Ya dominaron? ¿Ya vencieron?

Y no conseguimos ni una noticia sobre la política doméstica. Las gentes no se ocupan sino del maximalismo. Y de las huelgas argentinas. Y de las huelgas chilenas. Y del paro inminente. Y del enseñoreamiento del socialismo.

Atajamos por ejemplo al señor Balbuena para reportearlo sobre la ruptura de las negociaciones entre civilistas y liberales.

Y el señor Balbuena se defiende de nosotros con las manos:

–¿Qué es eso de los civilistas y los liberales? ¿Qué es eso de las negociaciones? ¿Qué es eso de la ruptura? ¿Qué es eso, periodistas y amigos amados? ¡Hoy no se debe hablar sino de las reivindicaciones sociales! ¡No se debe hablar sino de la huelga maximalista de Buenos Aires! ¡No se debe hablar sino del próximo congreso socialista americano!

Y en todas partes nos encontramos con las mismas frases, con los mismos sentimientos, con los mismos fervores.

El señor Maúrtua, líder por antonomasia del socialismo peruano, se dirige a nosotros consternado:

–¡Jóvenes amigos! ¡Yo no tengo más remedio que marcharme a Europa! ¡No puedo negarle a mi país los servicios que me pide! ¡Estoy obligado a defender su causa y a interpretar su sentimiento en el congreso de la paz! ¡Pero yo, jóvenes amigos, no quisiera marcharme! ¡Yo siento la necesidad de tremolar una bandera roja!

(En *El Tiempo*: Lima, 12–I–1919)

VOCES

Un paréntesis

El Destino, sumo ordenador de todas las cosas, nos ha hecho vivir una semana interesante. Semana que nosotros, gentes de espíritu inquieto y múltiple, hemos calificado con distintos calificativos. Semana que ha sido para nosotros, por ende, unas veces semana marcial, otras veces semana bolchevique, otras veces semana trágica y otras veces semana de vacaciones. Semana de vacaciones nos ha parecido, naturalmente, en los instantes de señorío y hegemonía de nuestras intermitentes inclinaciones a la pereza y a sus regalos.

Esta semana de paréntesis no ha sido una semana de siete días justos. Ha sido una semana un poco más larga que las demás semanas de la historia. Ha sido más o menos una semana con epílogo. Una semana con estrambote.

Amanecimos un día con una huelga general en la ciudad y en el puerto. Y, por supuesto, nos sentimos presas de un entusiasmo religioso. Asistíamos, según el doctor Curletti, amado amigo nuestro, fervoroso socialista y ponderadísimo secretario de los liberales, al principio de la revolución social. Contemplábamos un espectáculo solemne. Comenzaba de improviso la solidaridad de las clases trabajadoras. Germinaban las simientes de las reivindicaciones venideras. No era posible ponerlo en duda.

Buenos, leales y románticos bolcheviques, nos imaginamos que nos hallábamos en una hora de jornadas populares, de banderas rojas, de arengas maximalistas y de oradores tumultuarios. Pero no nos asustábamos. Conocedores de la discreta índole, de la blanca psicología y de la sosegada naturaleza de nuestro pueblo, sabíamos que no teníamos por qué temer de él demasías temerarias. Su naciente socialismo no era bastante para llevarlo a las barricadas. Sus ardimientos no podían, pues, pasar de un homenaje callejero a las ocho horas.

Bajo el dominio de este convencimiento nos echamos tranquilamente

a las calles. Nos confundimos con los huelguistas. Anduvimos tentados de pronunciarles un discurso inocentemente fogoso. Buscamos en balde una bandera roja. Y regresamos luego a la imprenta a escribirle una loa a la solidaridad obrera.

Pero el Destino nos reservaba una sorpresa.

El gobierno no participaba de la impresión de las gentes. No creía que la huelga era una huelga tranquila y pacífica. Creía que era una huelga revolucionaria. Creía que era una huelga maximalista. Creía que era una huelga como la de Buenos Aires. Y resolvía tomar medidas tremendas. Colocaba a la ciudad bajo el imperio de la autoridad militar. Constituía en cada plazuela un campamento. Turbaba la apacibilidad de los suburbios lejanos con el trote dramático de las patrullas. Llenaba de pavores y de grimas a las medrosas gentes metropolitanas. Y, cruelmente, mandaba a esta imprenta a sus autoridades para que la clausurasen.

Algo terrible.

Se abrió para nosotros un paréntesis durante el cual decíamos en las esquinas, en el café y en el teatro lo que no nos dejaban decir en el periódico. Un paréntesis durante el cual nos reconfortaban un día las atentas, sagaces y oportunas palabras de solidaridad del decano y nos asustaba enseguida el paso estruendoso de los soldados, los caballos y los sables del coronel Arenas. Un paréntesis durante el cual nuestra vida fluctuaba entre los honestos goces del descanso y las aburridas esperas de una querella judicial.

El paréntesis no ha sido muy largo. El Destino no ha querido prolongarlo mucho. Y ahora, después de habernos pasado los días pensando en todo lo que íbamos a escribir sobre esta semana, se nos ocurre que no vale la pena comentar una semana que ha pasado. Que ha pasado para siempre. Que no ha sido sino la primera semana de una serie sensacional. Y que no ha dejado más recuerdo en las almas que el recuerdo cinematográfico del glorioso capitán que ha añadido a su historia de héroe la persecución de Patiño Zamudio y la persecución de Norka Rouskaya, nuestro bizarro Dellepiane criollo, el coronel Arenas.

(En *El Tiempo*: Lima, 23-I-1919)

VOCES

"Yo soy aquel..."

Somos los mismos. Los mismos que en otro diario, de cuyo nombre no queremos acordarnos, nos reíamos de los políticos de la calle y de los políticos de la casa. Los mismos que le poníamos cómicas apostillas al diario de los debates. Los mismos que comentábamos con ingenua travesura los carpetazos de la mayoría automatizada y los gritos de la minoría acéfala. Los mismos que engrandecíamos solemnemente la noble fama del ilustre parlamentario criollo, don Manuel Bernardino Pérez. Los mismos que teníamos a mucha y muy grande honra llamarnos risueñamente bolcheviques. Somos los mismos.

Los que están ahora lejos de nosotros no quieren creerlo. Murmuran que no es cierto: que no somos los mismos. Pero es que jamás supieron cómo éramos nosotros. Creyeron siempre que éramos como ellos. Y a nosotros, por supuesto, hasta en nuestros instantes de más cristiana y evangélica humildad, nos hizo muy poca gracia esta creencia.

A la casa y al periódico que hospedaron, hasta hace tres meses, nuestra palabra y nuestro pensamiento nos llevó esta sana y buena inquietud que de nosotros vive señoreada. Eramos entonces más jóvenes que ahora. Y decir que éramos más jóvenes es decir que éramos más ilusos. Nos sedujo la idea de acometer una empresa denodada y atrevida. Nos poseyó el convencimiento de que habíamos nacido para la lucha. Nos pareció muy bien eso de escribir como nos viniese en gana.

Pero muy pronto sentimos, consternados y tristes, que en esa casa y en ese periódico no podíamos vivir a gusto. Comprendimos, poco a poco, que nuestro hogar no era ése. Pensamos que allí nos faltaba oxígeno, nos faltaba luz y nos faltaba todo contentamiento. Procuramos, como el poeta de las flores del mal, formarnos con nuestras ideas y nuestros ensueños una tibia y grata atmósfera propia. Mas fue en balde. Desde ese instante anduvimos en lucha con nosotros mismos. Nuestra abulia y nuestra pereza

nos sujetaban y aprehendían. Adormecían nuestras ansias de independencia. Prolongaban nuestra solidaridad con gentes y con actitudes malavenidas con nuestro temperamento.

Hasta que llegó un día en que esta sana y buena inquietud consiguió libertarnos. Un día en que, convencidos de que esa casa no era nuestra casa y ese periódico no era nuestro periódico, cerramos la máquina de escribir acuciosa, disciplinada y colaboradora que tan fidelísimamente nos sirviera, y cogimos nuestro sombrero. Un día que nosotros habríamos querido que fuera un día vulgar, pero que el Destino resolvió que fuera un día ruidoso.

Quienes no habíamos podido ser amigos de la persona, del arte y de la gracia de Norka Rouskaya sin escándalo y sin estrépito, y quienes por un simple artículo de semanario nos habíamos echado encima terribles enojos, violentas ojerizas y desmesuradas responsabilidades, no podíamos abandonar una imprenta desapercibida y silenciosamente. Nuestra renuncia no podía ser sólo una renuncia. Tenía que ser una ruptura. Y no podía ser únicamente una ruptura. Tenía que ser un cisma. Y tenía que ser un cisma sonoro.

Por eso escribimos ahora desde esta columna. La columna es otra. El diario es otro. La imprenta es otra. La oficina es otra. Y hasta la máquina de escribir, a pesar de ser muy "Underwood" muy norteamericana y muy solícita, es también otra.

Pero nosotros somos los mismos. Los mismos siempre. Y aquellos que pretenden negarlo, parecen, en cambio, ¡qué mudados!, ¡qué distintos! Y son, sin embargo, los mismos igualmente...

(En *La Razón*: Nº 1; Lima, 14–V–1919. Y en *Buelna*: Nº 4–5, pp. 44–45; México, 1º –III–1980)

VOCES

Vísperas de mucho

Vamos a asistir a unas elecciones emocionantes. Subsiste el convencimiento de que estas elecciones no van a solucionar el problema presidencial. Que sólo van a preparar su solución. Pero no importa. Van a ser, de toda suerte, unas elecciones emocionantes.

Todos los candidatos visibles acudirán a ellas. Todos los candidatos visibles y algunos de los candidatos invisibles. ¿Para qué? –nos preguntará el lector–. ¿No hemos convenido en que la validez de esas elecciones será convencional? Y nosotros le responderemos que sí. Pero que, precisamente, por eso enciende más expectativas y crea más candidatos. No hay político que no piense en estos instantes en la posibilidad de un batacazo.

Mañana y pasado mañana habrá en las ánforas receptoras más diversidad de votos que nunca. Los ciudadanos tendrán delante muchos candidatos. Podrán escoger el suyo en una lista larga y variada en la que habrá candidatos para todos los gustos, candidatos de todos los matices, candidatos de todas las fisonomías. Nadie hallará, pues, un pretexto para quedarse sin sufragio. Y, sobre todo, los candidatos se pintarán solos para llevar a sus amigos a las ánforas.

Los candidatos visibles hasta ahora son cuatro. El señor Leguía, candidato revolucionario. El señor Aspíllaga, candidato civilista. El señor de Piérola, candidato demócrata. El señor Bernales, candidato a secas. Y los candidatos invisibles son tal vez más. Cuentan por ejemplo, que existen personas encargadas de cuidar que mañana y pasado mañana haya votos para el señor Tudela. Que sean mil, que sean quinientos, que sean cien, que sean cincuenta, eso no importa. El número es lo de menos. Lo importante es que el nombre del señor Tudela y Varela figure en los escrutinios. Y puede ocurrir que otros personajes políticos tengan también sus votos. Puede ocurrir, verbigracia, que mucha gente, que mucha gente, aunque sea a trueque de enfadarlo, vote por nuestro ilustre señor don Javier Prado.

Puede ocurrir que los liberales, en vista de que su partido no ha presentado candidato propio, voten espontáneamente por su amado jefe, el doctor Durand. Puede ocurrir que los admiradores del moderado y sagaz espíritu del doctor Antonio Miró Quesada voten, platónicamente, por él. Puede ocurrir tanto, tanto...

Probablemente, pues, los electores serán más numerosos que en todas las elecciones pasadas. Es paradójico; pero es verdadero. La posibilidad de que en estas elecciones no se designe directamente al futuro mandatario, aviva el deseo de concurrir a ellas, de participar en ellas, de meterse en ellas. Es, sin duda alguna, que se siente ante ellas la misma tentación que ante una ruleta.

Sólo el partido nacional democrático no desea que sufraguen sus ciudadanos. Les ha recomendado la abstención. Y no en una pastoral de suntuosa retórica, sino en una lacónica orden del día. Pero esta recomendación es una ingenuidad de tan joven y bello partido de amables y verbosos teorizantes. El partido puede resolver la abstención de sus afiliados cuando no existen sino uno o dos candidatos y cuando este uno o dos candidatos merecen la misma repulsa de sus afiliados. Pero no puede resolver la abstención cuando existen tantos candidatos. Cuando los afiliados se hallan a merced de las sugestiones, lícitas naturalmente, de la amistad. Cuando la abstención es, por ende, impracticable. Y, sobre todo, cuando uno de los candidatos representa para los afiliados recuerdos comunes y glorias solidarias...cívicas.

(En *La Razón*: Nº 4; Lima, 17–V–1919)

VOCES

Por fin

Las elecciones han pasado. Han pasado entre los disparos, los gritos y los petardos de las muchedumbres, entre los galopes bizarros de la caballería, entre las arengas de los candidatos y los capituleros y entre los alaridos dramáticos del automóvil de la asistencia pública. El ejército ha recorrido las calles y ha acampado en las plazuelas. Don Isaías de Piérola ha conmovido a las gentes con un manifiesto rotundo y tundente. La votación ha sido rala, tibia y desganada. Y, mientras los leguiístas han celebrado su victoria en ella, el gobierno, solemnemente neutral en Lima, se ha lavado las manos. Y ha aguardado, socarrón, redomado, risueño y cazurro, los telegramas de las provincias.

Pero, tal como estaba previsto, son muy pocas las gentes que tienen la sensación de que existe ya presidente electo. Las gentes creen que esto no ha terminado todavía.

Gritan los leguiístas en las esquinas:

–¡Viva Leguía! ¡Viva el presidente electo!

Y convidan a los transeúntes a seguirlos:

–¡Vamos donde Leguía! ¡Vamos donde el presidente electo! ¡Vamos a felicitarlo!

Los transeúntes, incrédulos y taimados, se sonríen.

No quieren creer, por nada de esta vida, en eso de presidente electo. ¿Presidente electo? –se preguntan– ¿Presidente electo? –Y se responden: –¡Pero si estas elecciones tiene que filtrarlas primero la opinión pública! ¡Y, después de la opinión pública, la Corte Suprema! ¡Y, después de la Corte Suprema, el Congreso! ¡Después de tantas filtraciones no va a quedar de ellas casi nada!

Y es que, en verdad, los ciudadanos han estado muy traviesos en

estas elecciones. Primero se han entretenido en dualizarlas. Después se han entretenido en distribuir a prorrateo los sufragios entre todos los hombres ilustres de la república. No han querido que los votos se dividiesen entre los dos candidatos formalmente presentados. No. Han querido que, además de esos candidatos, además del señor de Piérola, además del señor Bernales, tuviesen votos los demás políticos de primera línea. El doctor Durand, caudillo y prócer del partido liberal. El doctor Javier Prado, maestro de maestros. El doctor Villarán, grande y "divino calvo" de nuestro flamenquismo. Todos los peruanos esclarecidos. Todos, menos el doctor Cornejo, olvidado en esta ocasión por la admiración nacional.

Los electores han querido ser los primeros en jugar con las elecciones. Ya que se iba a jugar con ellas, les correspondía, por lo menos, la preferencia en el turno. Y han jugado a la elección del señor Leguía. Han jugado con fuego –dicen los leguiístas–. Pero, de toda suerte, han jugado no más...

Hacia el Congreso

El telégrafo nos ha hecho conocer las insólitas aspiraciones electorales que matizan y decoran la actualidad política. Gentes sin significación, sin merecimiento, sin título alguno, tratan de introducirse en el Congreso. Creen, probablemente, que es la hora de las audacias y de los colmos.

Candidatos hay que no exhiben más título a la estimación ciudadana que el de su analfabetismo o el de su matonería. Y mientras la gente de valía se retrae, estos pretendientes osados se fabrican elecciones, simulan popularidades y organizan los papeles destinados a ganarles un asiento en la Cámara.

Casi en ninguna ocasión como en la presente, los hombres capaces y reputados de la república se han apartado tanto de la lucha política. En las elecciones para representantes no ha figurado ningún nombre verdaderamente ilustre. Los pocos que aparecieron en un principio desaparecieron rápidamente. Y hubo en sus desistimientos cierto tono de repulsa y de orgullo.

A este paso vamos a acabar, pues, de repente, con un parlamento compuesto por palurdos y por faites, al cual no querrá pertenecer ningún ciudadano mental, moral y físicamente aseado.

El orientalismo

Este es un país de orientalistas. La ciencia política consiste aquí en adivinar oportunamente quién va a ganar en una contienda política. El orientalismo no se equivoca jamás. Acierta siempre. Es en el panorama de la política criolla una aguja imanada que señala automáticamente el éxito.

Y bien. ¿Qué dice ahora ese orientalismo? ¿Hacia qué bando se inclina? Aunque las elecciones han pasado ya, el orientalismo continúa indeciso. Algunos orientalistas se han plegado al señor Leguía; pero son la menor parte y su leguiísmo es tímido e irresoluto.

Este es un gran síntoma. Si no hubiera otras manifestaciones de la incertidumbre de la actualidad, ésta de la indecisión del orientalismo sería decisiva.

Un periodista, excelente amigo nuestro, condensando en cuatro palabras esta indecisión, nos decía últimamente:

–Al lado del señor Leguía faltan los grandes sabuesos.

Y es la verdad.

(En *La Razón*: Nº 7; Lima, 20–V–1919)

VOCES

Los telegramas

Siguen llegando los telegramas de provincias. Telegramas de color de rosa para el señor Aspíllaga y telegramas de color de rosa para el señor Leguía. Según los leguiístas el triunfo ha sido, pues, para el señor Leguía. Según los aspillaguistas, ha sido para señor Aspíllaga. Los telegramas, se amontonan, faustos, optimistas, sobre las mesas de ambos candidatos.

Pero los resultados globales son todavía desconocidos. Y por mucho tiempo tienen que continuar siéndolo. La elección se ha dualizado en la mayor parte de las provincias. A la Corte Suprema le toca revisarla y sancionarla o anularla. Mientras la Corte Suprema no examine los procesos no se puede, por consiguiente, calcular aproximadamente las cifras decisivas.

Esto pone descontentas a las gentes:

–Pero entonces, ¿hasta que la Corte Suprema no lo diga no va a saberse quién ha obtenido la mayoría de los sufragios?

–Eso es.

–¡Pero los vocales no van a acabar nunca de estudiar los procesos! ¡Los vocales de la Suprema están muy viejos!

–No tanto.

–¿Y después de que la Corte Suprema sancione los procesos buenos y anule las elecciones malas? ¿Habrá que esperar algo aún?

–Habrá que esperar el dictamen de la comisión de cómputo.

–¿Y después del dictamen de la comisión de cómputo habrá que esperar algo más?

–Habrá que esperar el voto del Congreso.

–¡El voto del Congreso aprobando por mayoría de votos las elecciones del señor Leguía! ¡Y al día siguiente la entrega del mando! ¡Y al otro día la acusación al Sr. Pardo en la Cámara de Diputados!

Los leguiístas necesitan a todo trance saturar la atmósfera con la

creencia de que el señor Leguía ha triunfado. Para ellos esta es cuestión de vida o muerte. Si los leguiístas aceptan la discusión del triunfo del señor Leguía, el leguiísmo callejero se apagaría rápidamente. Dentro de dos meses, la candidatura del señor Leguía estaría tan sobada, tan gastada, que no tendría fuerzas para llegar a los umbrales del Congreso. Los leguiístas, pues, tienen que hacer del triunfo del señor Leguía una cuestión de fe. El señor Leguía ha ganado en las provincias lo mismo que en la ciudad. ¡Ha ganado, ha ganado y ha ganado!

Este es su único camino posible. Por él pueden llegar a dos metas distintas la captación de la voluntad del Congreso o la revolución reivindicadora. La primera meta es, naturalmente, la que más seduce a casi todos los leguiístas, que pese a su retórica truculenta, en el fondo son gente pacífica. Pero es, al mismo tiempo, una meta demasiado difícil. Puede ocurrir muy bien que cuando el Congreso se reúna, el leguiísmo del ambiente metropolitano se haya enfriado totalmente. Y que entonces se haya perdido, por ende, la esperanza de llegar a la otra meta...

(En *La Razón*: Nº 8; Lima, 21–V–1919)

VOCES

La embajada

El correo arequipeño nos cuenta mil sustanciosos detalles de la visita del general Canevaro a la noble e ilustre tierra de Percy Gibson y Atahualpa Rodríguez. Y el público se refocila con todos y cada uno de ellos. Nada alboroza al público tanto como eso de que la misión leguiísta que preside el viejo militar se titule a sí misma embajada. El correo arequipeño no la llama de otra suerte. En este párrafo habla del recibimiento de la embajada, en aquél habla del saludo de la ciudad a la embajada, en el de más allá habla de las declaraciones de la embajada. Las crónicas sociales de la prensa arequipeña no se ocupan más que de la embajada, de la embajada y de la embajada.

El público metropolitano experimenta la más festiva sorpresa:

–Conque el general Canevaro ha ido a Arequipa de embajador del señor Leguía! ¡Conque el general Canevaro ha tomado en serio su papel de embajador! ¡Conque el señor Tudela y Varela no es entonces el único embajador que tenemos los peruanos!

Y desde la torre de Cachendo llega el eco de un grito marcial del general Canevaro:

–¡Claro que soy embajador! ¡Embajador como Tudela y Varela! ¡Embajador como Saguier! ¡Embajador como Bunsen!

Y llega después el eco de una ovación.

Este es, sin duda alguna, un acontecimiento que sazona deliciosamente la actualidad criolla. Las generaciones venideras lo comentarán y lo celebrarán con regocijo. Y es que es un acontecimiento que consagra y canoniza el derecho del general Canevaro a la más sabrosa inmortalidad.

La embajada leguiísta es, naturalmente, una embajada sin honores oficiales. Las autoridades de Arequipa no la han festejado, ni la han obsequiado, ni la han saludado.... ni un Tedéum en la Catedral. La guarnición no le ha presentado armas. Pero esto no importa. Se trata de una

embajada ante el pueblo de Arequipa. Una embajada democrática. Una embajada que no ha ido en busca de banquetes suntuosos, sino en busca de aplausos sinceros, en busca de adhesiones leales, en busca de corazones hospitalarios.

El general Canevaro no podía haberse denominado emisario o delegado del señor Leguía, modesta, simple y sencillamente. Pero el general Canevaro gusta de los motes sonoros y de las investiduras aristocráticas.

Le habría agradado, por ejemplo, que el señor Leguía lo nombrase Comisario Regio –¡Comisario Regio, como Menéndez Pidal! habría exclamado, tal vez, el general–. Como no ha sido posible que lo nombrase Comisario Regio, ha exigido que lo nombren, por lo menos, Embajador. Embajador ante los pueblos del sur de la República.

Sólo que el general Canevaro no ha podido usar en Lima el título de embajador. No ha podido usarlo sino en Arequipa. Aquí las gentes son muy traviesas y burlonas. Aquí las gentes se atreven a mirar en el general Canevaro un personaje de miscelánea. Aquí la gente le atribuye al general Canevaro todas las frases cotidianas del disparatorio humorístico. Aquí las gentes suelen comportarse irrespetuosas y taimadas. Y no son capaces de tener en cuenta siquiera que el general Canevaro es leguiísta. Y candidato a la primera Vicepresidencia de la República. Y general de división...

(En *La Razón*: Nº 11; Lima, 24–V–1919)

VOCES

Ayer domingo

El domingo dieciocho tuvimos elecciones; ayer hemos tenido toreo cómico y carreras de caballos. El domingo dieciocho tuvimos un día sosegado y dramático, y ayer, a pesar del mitin femenino, suceso social y no político, hemos tenido un día burgués y festivo. El domingo dieciocho tuvimos aplausos al señor Leguía y al señor Aspíllaga; ayer hemos tenido algunos aplausos a Charlot, Carlota y Carlotita. No ha habido mesas ni sufragios en las plazuelas. No han desfilado por el jirón de la Unión las febriles y denodadas legiones leguiístas. El día ha sido del problema del hambre, de la Argentina, de Fenichero, de Marcial y de los toreros cómicos. Y las carreras y los toros apenas si nos han dejado tiempo para recibir a Enrique Bustamante y Ballivián y para despedir a Alfredo Palacios. Y para rogar a Dios por el alma diáfana, cristiana y cristalina de Amado Nervo.

Este domingo otoñal y anodino nos ha hecho olvidar transitoriamente el inquietante problema político que nos oprime. No hemos sabido coordinar en este día ni una sola frase, ni un solo concepto sobre la actualidad electoral. No se nos ha ocurrido pensar en nada que no fuese el clásico Van der Heyden o el toreo cómico.

Y nos hemos sentido mejor así.

Despues de un período tan dilatado de ansiedad y de miedo, de estruendos, de mentiras, de tiros, de zozobras, era indispensable un día de relativo reposo y de discreto regalo, no tanto por todo lo que hemos recorrido como por lo que nos falta recorrer. No tanto por lo que hemos sufrido como por lo que nos falta sufrir. La jornada es muy larga. Precisa, pues, de vez en cuando, lo que en términos criollos se llama una "pascana".

Porque, indudablemente, en esta jornada política hemos andado mucho; pero no hemos andado aún todo lo que tenemos que andar. El camino que está delante de nosotros es tal vez más fatigante que el camino que dejamos

atrás. Y, sobre todo, es un camino sombrío y tortuoso que no sabemos a dónde nos va a llevar; y que no sabemos dónde va a concluir.

Ayer no hemos querido ni mirar el horizonte de la política doméstica. Nos han rodeado algunas voces amigas, preguntándonos:

–¿Qué hay del movimiento obrero? ¿Qué hay de la actividad sindicalista? ¿Qué hay del paro del hambre? ¿Qué hay de las conspiraciones politicas? ¿Qué hay de la revolución en ciernes?

Nos hemos escapado sin responder.

Y cuando en el hipódromo hemos oído a nuestro lado un grito de "¡Viva Marcial!" hemos estado a punto de gritar también: ¡Viva! A pesar de que frente a todas las luchas y a todas las ovaciones, nosotros somos estrictamente neutrales...

(En *La Razón*: Nº 12; Lima, 26–V–1919)

VOCES

Durante el paro

La hora no es de los políticos, la hora es de los militares y de los huelguistas. Los que no somos militares ni huelguistas no significamos nada dentro de este conflicto. No somos sino espectadores. Espectadores que, ante la beligerancia callejera, damos diente con diente.

La política ha enmudecido. En estos acontecimientos emocionantes no encontramos una sola nota para nuestras misceláneas. Actualmente nadie habla del problema presidencial. Nadie habla del quórum del Congreso. Nadie habla de los plebiscitos y de los contraplebiscitos. Nadie habla del señor Leguía. Nadie habla del señor Aspíllaga.

Es que la hora es dramática y solemne y la política peruana es sustancialmente cómica. La política peruana es una política de escenario festivo. Y dentro de una hora dramática y solemne no caben chistes ni zarzuelismos.

Atajen ustedes a un transeúnte –a uno de esos transeúntes que caminan haciéndoles mentalmente quites a las balas–, y pregúntenle ustedes su opinión sobre los zapatos amarillos del señor Leguía o sobre los chaqués plomos del señor Cornejo. Seguramente les dirá una "lisura" de enérgica y tundente eufonía. Las gentes no están para bromas.

Y tiene que ser así.

La gravedad de los acontecimientos es tal que supera a las facultades de percepción de las gentes. No se trata en este caso de un conflicto vulgar. No se trata de un conflicto obrero de aquellos que, en última instancia, soluciona el arbitraje del Presidente de la República. Se trata de un conflicto casi insoluble. La clase trabajadora, movida por un gran interés solidario, exige que el Estado abarate el precio de los alimentos y el precio de la habitación. Y no formula verbalmente su reclamación. La formula sirviéndose de la fuerza coercitiva del paro. Y ante el paro nadie puede encogerse de hombros. El paro nos deja sin tranvías, sin automóviles, sin

mercados, sin luz, sin pan, sin bares. El paro ocasiona violencias del pueblo y violencias de las autoridades. Este choque de violencias genera la lucha. Y esta lucha tiene expresiones trágicas. Ora suena una descarga lejana que nos hace sentir todo el peso de la ley marcial. Ora es un tiro aislado, otro tiro aislado y otro tiro, que no sabemos si se han perdido inocuamente en el aire. Ora es una camilla que pasa en hombros de la Cruz Roja. Ora es la sirena pertinaz y desgarradora del auto de la asistencia pública.

Mientras esto acontece, ¿qué pueden representar los politicos? ¿Qué pueden valer los políticos? Nada. Absolutamente nada. Los primeros en reconocerlo son los políticos mismos. Y por esto, se retraen de la circulación voluntaria y cautamente.

Pero eso sí, no pierden de vista ningún detalle de la situación, ningún aspecto de sus derivaciones probables. Escrutan todo, analizan todo, investigan todo. Y consultan ansiosamente a los oráculos. Mientras trascurre el drama, urden la petipieza. Que a lo mejor les sale trágica también.

Pasa un automóvil

Salgan un segundo a la puerta de su casa. Pasa en automóvil el general Zuloaga, presidente del consejo de ministros. Salgan para que lo conozcan. Ustedes lo conocen, seguramente, como general de brigada; pero, seguramente también, no lo conocen todavía como presidente del consejo de ministros. Y, lo mismo que nosotros, se han enterado de que es presidente del consejo de ministros por sus únicos actos públicos de tal. Por haber ordenado al comisario Montes de Oca que disolviese el mitin del domingo. Por su actitud militar frente al paro.

Antes no habían tenido ustedes ocasión de saber que el general Zuloaga era el jefe del gabinete. El general Zuloaga había asumido repentina e incidentalmente la presidencia del ministerio. Su llegada a este cargo no había sido sentida casi. El gabinete continuaba siendo el mismo. Las gentes no se acordaban siquiera de que ya no se llamaba gabinete Arenas sino gabinete Zuloaga. Parecía que el general Zuloaga andaba de puntillas. Probablemente era porque el general Zuloaga iba y venía de Palacio en un automóvil de blandas y silenciosas llantas.

Pero ahora están ustedes perfectamente informados no sólo de que el general Zuloaga es el presidente del consejo de ministros, sino, al mismo tiempo, de lo que es capaz el general Zuloaga como presidente del consejo

de ministros. El general Zuloaga es capaz de oponerse con toda su energía, con toda su marcialidad y todo su denuedo a que las mujeres chillen contra el alza de los alimentos. Y es capaz de decretar la ley marcial para dominar una huelga.

Antes no lo habíamos sabido capaz de esto, porque el general Zuloaga, disciplinado y silencioso como un regimiento en marcha, no no nos había hecho notar siquiera que era el presidente del consejo de ministros. Su paso por el gobierno no dejaba más huella que la huella de las llantas de su automóvil por la calzada del jirón de la Unión. El general Zuloaga no hacia bulla. No se retrataba, uniformado de general y de ministro, con una mano puesta sobre la empuñadura de su espada prócer. No publicaba su biografía en los periódicos. No hablabla en público. No solicitaba a los repórteres.

Y si una mañana nos hubieran despertado gritándonos: –"¡Levántense! ¡Levántense que los llama el general Zuloaga presidente del consejo de ministros!", tal vez hubieramos pensado que esto del general Zuloaga, presidente del consejo, no era cierto. Que era, quién sabe, cosa de nuestro modo de dormir.

No es, por supuesto, que alguna vez no hayamos estimado natural que el general Zuloaga presida el gabinete. Es que en la actualidad los problemas nos interesan más, mucho más que los hombres. Y para que los hombres nos interesen de veras es necesario que se coloquen dentro de los problemas. Y el general Zuloaga no se halla dentro de los grandes problemas presentes. El general Zuloaga es general. Y no general de división como el general Canevaro. General de brigada no más. Y los grandes problemas presentes son: problema político, problema diplomático, problema económico, problema social. Problemas muy chicos como para el general Zuloaga. El general Zuloaga, tan tieso, tan erguido, no cabe dentro de ellos con su sombrero de picos, su pluma de general de brigada, su espada, sus arreos, sus entorchados y sus bigotes. Y aunque está en la presidencia del consejo, está fuera de todos los problemas. Fuera del problema político, porque un general en servicio no puede tener filiación partidarista. Fuera del problema diplomático, porque un general en servicio no puede pensar nunca en la paz sino en la guerra. Fuera del problema económico, porque un general en servicio no puede concebir que, sin inmediata aplicación de la pena de muerte, se escuche en una plazuela una arenga bolchevique, por inofensiva que sea.

Pero si siempre hemos visto al general Zuloaga fuera de los grandes problemas, lo hemos visto pocas veces, en cambio, fuera de su automóvil.

Dentro de su automóvil cabe con su sombrero de picos, su pluma de general, su espada, sus arreos, sus entorchados y sus bigotes. Dentro de su automóvil pasa en estos instantes. Salgan ustedes a la puerta de su casa para verlo pasar. Y, una vez en la puerta, cuádrense...

(En *La Razón*: Nº 14; Lima, 29–V–1919)

VOCES

Empieza junio

Nuestra ilustre, voluptuosa y castiza ciudad recupera, poco a poco, todos sus aspectos normales. Cesan las descargas, enrarecen los tiros, se abren las bocacalles de la Plaza de Armas, toma descanso el ejército durante las horas del día, reabren sus puertas los teatros, los cinemas y las confiterías, y reaparece en las tertulias el comentario político. No parece que hasta anteayer hubiéramos vivido entre tiros y pedradas. No parece que siguiera latente la protesta del proletariado. Y es que nuestra ciudad sabe convalecer muy pronto de sustos y sacudidas. Está acostumbrada a amanecer con un motín y a anochecer con un jolgorio. La tragedia nunca deja huella en sus viejas y románticas calles. No en vano su historia es la historia de una ciudad revolucionaria.

Ahora, por ejemplo, comienza a encenderse otra vez la discusión política. Vuelve a interesar a las gentes la cuestión de las elecciones. Y suenan de nuevo los nombres de los candidatos.

Inicia el debate una pregunta:

–Bueno. ¿Y cómo va a solucionarse el problema presidencial? ¿Quién va a ser el sucesor del señor Pardo?

Los leguiístas responden atropellándose:

–¡El problema presidencial está resuelto! ¡El señor Leguía ha sido elegido presidente por los pueblos de la república!

Y los aspillaguistas responden también:

–¡El problema presidencial está ya resuelto! ¡El señor Aspíllaga ha sido elegido presidente por los pueblos de la república!

Pero el efecto de las dos afirmaciones ya no es el mismo de antes. Ya estas afirmaciones no encienden polémicas entre las gentes neutrales. Las gentes neutrales casi no se acuerdan de que en el mes de mayo, en los días dieciocho y diecinueve, ha habido elecciones en la república. Casi no se acuerdan de que el señor Leguía ganó la mayoría de votos en la capital y

el señor Aspíllaga ganó la mayoría de votos de las provincias. No obstante que el señor Leguía, según sus partidarios, era el candidato del regionalismo y el señor Aspíllaga, según ellos igualmente, el candidato del centralismo.

Las gentes mueven la cabeza sonriendo:

–¡Qué va a estar resuelto el problema! ¡Qué va a ser cierto que los pueblos han elegido Presidente de la República! ¡Qué va a ser cierto!

Y contestan algunos políticos sagaces:

–¡Claro! El problema no está resuelto. Los pueblos no han elegido presidente. Por consiguiente debe elegirlo el congreso. Y debe elegirlo entre los que han obtenido votos.

Mas las gentes mueven otra vez la cabeza y otra vez sonríen:

–¿Solución transaccional del congreso? ¿Eso es lo que esperan ustedes? ¿Sí? Pues bien. Esa solución no es posible. Ninguno de los dos bandos parlamentarios concurrirá al Congreso, sin la seguridad de vencer.

Y aquel que se sienta en minoría frustraría la instalación de las Cámaras. ¿Qué argumentan ustedes ahora? ¿Que la influencia del gobierno podría obtener la solución? Están ustedes equivocados. ¿No ven ustedes que la solución del problema es superior a las fuerzas del señor Pardo?

¿No ven ustedes que el señor Pardo no tiene autoridad para resolver el problema? El señor Pardo puede destruir cualquier solución mala; pero no puede construir ninguna solución buena.

La ciudad entera se inquieta.

–¿Y entonces cómo va a resolverse el problema?

–Callan todas las voces...

(En *La Razón*: Nº 15; Lima, 1º–VI–1919)

VOCES

El burgomaestre

La semana trágica ha popularizado a una buena y amable figura metropolitana: el alcalde de Lima, señor Irigoyen. El nombre del señor Irigoyen no ha cesado de sonar en ninguno de los días de la semana trágica. Ya ha sonado para decirnos que el señor Irigoyen abastecía, casi personalmente, de verduras, de camotes y de yucas, los mercados de Lima. Ya ha sonado para decirnos que el señor Irigoyen inmolaba en aras del hambre ciudadano a todo un rebaño de románticas vacas, plácidas ovejas e innobles cerdos. Ya ha sonado para decirnos que el señor Irigoyen organizaba una guardia urbana y asumía marcialmente su comando supremo.

El señor Irigoyen no se ha dado punto de reposo.

Asistido por el señor Pinzás, que en servicio de la ciudad ha jadeado día y noche, el señor Irigoyen ha hecho y deshecho la guardia urbana municipal, concentrando alrededor del cabildo a cuatro mil ciudadanos, divididos en veintiséis columnas de dos en fondo. Durante dos mañanas y dos tardes ha tenido a su cargo el cuidado de la vida y de la propiedad de los habitantes de esta hijodalga ciudad mestiza.

Es el señor Irigoyen una persona perteneciente a la misma jerarquía espiritual que el señor don Luis Miró Quesada. No tiene los ímpetus y arranques bizarros del señor Miró Quesada. Ni tiene tipo de diputado batallador y combativo. Pero siente con igual ardimiento la responsabilidad de su cargo de alcalde. Es un enamorado del servicio público. Y posee discernimiento de hombre moderno y democrático.

En presencia nuestra le ha hablado así a uno de los conductores de la huelga:

–¡Yo no soy un burgués! ¡Yo soy un empleado! ¡Yo soy un proletario!

¡Yo no poseo fortuna! ¡Yo vivo de mi sueldo! ¡Yo soy un alcalde que trabaja con las puertas de su despacho abiertas a todos los miembros de la comuna!

Poco le ha faltado para abrazar al huelguista y para decirle:

–¡Querido camarada!

Y todo esto, naturalmente, nos ha parecido muy bien. Nos gusta un funcionario como el señor Irigoyen, sin prejuicios criollos, sin mañas burocráticas, sin vanidades civilistas. Un funcionario sencillo, franco, sano de corazón y claro de entendimiento.

Y nos contraría, por esto, que el señor Pinzás ande cortándole el vuelo a su optimismo con las sustanciosas razones de su experiencia de político, de parlamentario, de lector de Von Bernhardi, de miembro conspicuo del Partido Liberal y de director de "El Huallaga". El temperamento burgués y adiposo de nuestro querido amigo el señor Pinzás modera, entibia y controla muchos grandes entusiasmos del señor Irigoyen.

Al señor Pinzás lo han vuelto un poco escéptico las oscuras filosofías alemanas que saturan su pensamiento de germanófilo y de imperialista con adhesión intelectual al socialismo. El señor Pinzás es un hombre de poca fe. El señor Pinzás casi es un pesimista. El señor Pinzás no cree en la posibilidad de abaratar las subsistencias. Y, al lado del señor Irigoyen, se necesita un optimista. Un gran optimista.

Esta misma mancomunidad actual del señor Pinzás con el señor Irigoyen nos ha servido,sin embargo, para apreciar cuán grande y sugestivo es el dinamismo del señor alcalde. El señor Pinzás es, como se sabe, una persona de voltaje mental, pero de poca actividad física. El señor Pinzás es demasiado sordo. En su mocedad fue un tipo de jacobino montonero y trashumante. Pero, poco a poco, la afición bibliográfica, las voluptuosidades gástricas y la obesidad creciente han ido creando en él hábitos sedentarios. El señor Irigoyen, no obstante esto, ha convertido al señor Pinzás en un guerrillero. No lo ha dejado descansar ni un segundo. Lo ha hecho trasnochar en obsequio a las necesidades comunales. Lo ha tenido de andanza en andanza y de esfuerzo en esfuerzo. Y hasta lo ha expuesto a las contingencias de un episodio pintoresco: un arresto de algunos minutos por transitar a media noche durante el estado de sitio. El señor Pinzás, junto con el señor Irigoyen, fueron detenidos en la madrugada del sábado, en instantes en que atravesaban en automóvil la Plaza de Armas. La detención duró muy poco; pero constituyó, de toda suerte, una sabrosa aventura del burgomaestre y de su señor síndico.

En resumen: hoy desempeña la alcaldía una buena persona. Tenemos el honor de presentarla como tal al vecindario. El señor don Manuel Irigoyen, nuestro Lord Mayor. Un excelente funcionario.

–No hay de qué, señor alcalde...

(En *La Razón*: Nº 16; Lima, 2–VI–1919)

VOCES

Los políticos del "Roma"

La abigarrada, heterogénea y democrática concurrencia del Café Roma advierte que este café ha perdido desde hace tiempo una de sus características. La minoría, la bulliciosa e híbrida minoría leguiísta de la Cámara de Diputados, no se reune ya en el más discreto y propicio de sus ángulos. No frecuenta ya el trato de su bienamado amigo y confidente don Hipólito Ferreccio. No regala ya su espíritu con la música de Nollo Cequi. No satura ya su pensamiento con los efluvios suculentos de los quesos de bola.

Los diputados minoritarios y sus adjuntos y partidarios eran antes visitantes consuetudinarios del Café Roma. Alrededor de una de sus mesas, de un fresco, de un "Ice cream soda", de una "Pilsen–Lima", de un "americano" y de una "piñita", solucionaban los problemas más trascendentales de la política y de la administración. Organizaban sus planes ofensivos y defensivos. Glosaban los editoriales del periódico del señor Ruiz Bravo. Y alababan las excelencias, gracias y virtudes de los caballos del señor Químper. "Marcial" era para ellos un héroe incomparable y maravilloso.

El señor Salazar y Oyarzábal era el leader por antonomasia de este areópago criollo. La frase lubricada y resbalosa del señor Salazar y Oyarzábal sonaba dentro de él con entonación dogmática. Los bigotes, los chaqués, los pantalones de fantasía, los untos y los cosméticos del señor Salazar y Oyarzábal eran dueños en él de una hegemonía y una superioridad apostólicas.

Y formaban el quórum habitual de la tertulia el señor Morán, joven diputado de espíritu zumbón y travieso, que, al lado de los "ases" de la minoría, era una especie de sota parlamentaria; el señor Químper, resuelto siempre a conceder más importancia que a la política a sus caballos de carrera, cosa que, naturalmente, habla en favor de su personalidad inquieta y revolucionaria; el señor Enrique Castro, mataperro impenitente, enemi-

go lógico de la gravedad, de la circunspección y del civilismo, fabricante pertinaz y salado de chistes y epigramas; el señor Ruiz Bravo, director de periódico y diputado suplente por Antabamba; el señor Manuel Domingo González, esclarecido quechua y ladino secretario del Senado, que actualmente espera en el Cuzco los escrutinios destinados a hacerlo nuevamente senador; el señor Franco Echeandía, constitucional, leguiísta, ex–prefecto y piurano conspicuo que cree a pie juntillas en la gloria del general Canevaro; el señor Añaños, que conserva intacta todavía su simpática ingenuidad de universitario bonachón y risueño; y el señor Tello, representante por una provincia de Apurímac de cuyo nombre nunca nos acordamos.

Asistían también, de vez en cuando, a estas asambleas de los minoritarios, el señor Torres Balcázar y el señor Secada. El señor Torres Balcázar para desazonarlas con sus burlonas contumelias de político experimentado y acérrimo. Y el señor Secada, virulento y agresivo en apariencia, pero manso y bueno en el fondo, para enardecerlas con la vehemencia de su frase jacobina y chalaca.

Y, de tiempo en tiempo, se incorporaban al areópago, en calidad de socios transeúntes, el señor Seguín, arequipeño inteligente y cazurro que en Arequipa le ha aguado la fiesta al general Canevaro con un editorial vibrante y dramático, y el señor Vivanco, diputado por la selva virgen, que lucha en estos instantes por volver a su Cámara para matizar la miscelánea parlamentaria con la nota terrible de sus apóstrofes y de sus puñetazos.

Pero ahora el grupo del "Roma" se halla en receso. Varios días hace que no sesiona. La mesa de la minoría está desierta. Alrededor de ella no hay quienes discutan, no hay quienes griten, no hay quienes conspiren. No hay quienes brinden por el señor Leguía. Uno que otro diputado minoritario que entra al Café no pasa del mostrador. Las antiguas reuniones han cesado totalmente. Y ni siquiera el señor Salazar y Oyarzábal visita la abandonada mesa para sentirse presidente de una Cámara chica y para saberse leader del leguiísmo.

(En *La Razón*: Nº 17; Lima, 3–VI–1919)

VOCES

Tren de Ancón

La fantasía metropolitana suponía al señor don Isaías de Piérola en plena aventura revolucionaria. Para la fantasía metropolitana el señor de Piérola no estaba en Ancón. No estaba, como se creía, solazándose a la orilla del mar. El señor de Piérola estaba en el Cerro de Pasco. Estaba en Huánuco. O estaba en Huacho. Y no estaba solo. Estaba acompañado de una montonera.

Los periodistas, pobres gentes perseguidas sin piedad y con saña por la curiosidad pública, eramos terriblemente interpelados en las calles:

–¿Por qué no dicen ustedes dónde está don Isaías de Piérola?

Nosotros respondíamos sorprendidos:

–Porque ya lo hemos dicho.

Y entonces nos replicaban:

–¡Es que don Isaías de Piérola no está en Ancón! ¡Don Isaías de Piérola está en la sierra!

No había quien convenciera al público de que se engañaba. De que el señor de Piérola no había abandonado la arenosa y apacible playa de Ancón. De que se pasaba los días paseando y durmiendo plácidamente. De que no lo acompañaba ninguna montonera. De que únicamente lo acompañaba su grande y buen amigo mister Beader, varón de reposado discernimiento, de ponderado espíritu y de británica voluntad.

La ciudad entera movía incrédulamente la cabeza.

Y tanta intensidad adquirió el raro rumor que hasta Ancón llegaron sus ecos.

El señor de Piérola vino, por eso, a Lima ayer. Quiso que la ciudad se convenciese de que no era exacto que estuviese metido en una andanza emocionante. Quiso estrechar la mano de sus amigos, partidarios y contertulios. Quiso informarse detalladamente de todo lo que había acaecido en la ciudad y en el mundo durante su ausencia.

–¿Se queda usted? –le preguntaban los amigos.

Y él respondía que no.

–Me vuelvo hoy a Ancón. No he venido sino para tener el gusto de verlos.

Y se sonreía con travesura.

A las seis de la tarde, efectivamente, tomaba otra vez el tren. Ancón lo reclamaba. Su necesidad de descanso no se hallaba satisfecha todavía. Aún había menester de un poco más de mar, de brisa, de holganza y de vacaciones. Doce días de temporada eran insuficientes.

La noticia de su venida se propagó rápidamente. Muchas personas acudieron al teléfono para verificarla. Otras personas se encaminaron a la calle de Minería para asegurarse con sus propios ojos de su exactitud.

Y, en la noche, cuando nosotros dijimos en un grupo de gentes tan murmuradoras e imaginativas como todas:

–Hoy ha estado en Lima don Isaías de Piérola.

Sonó una exclamacion unánime:

–¡Y había quienes afirmaban que estaba en el Cerro de Pasco! ¡Algo absurdo! ¡Quién iba a darle crédito! Quién iba a imaginarlo siquiera. ¿No es cierto, señores periodistas?

Y nosotros asentimos mansamente:

–Es cierto. ¡Quién iba a darle crédito!

(En *La Razón*: Nº 18; Lima, 4–VI–1919)

VOCES

Los delegados del pueblo

Cargados de iniciativas, proyectos, esperanzas y papeles, entran al Palacio de Gobierno dos senadores conspicuos: el señor Bernales y el señor Miró Quesada. El comité pro–abaratamiento ha puesto en sus manos la defensa de las garantías personales de sus miembros y de las conclusiones de su memorial sobre las subsistencias. Y uno y otro sienten la grata responsabilidad de ser delegados del pueblo.

Este papel de delegado del pueblo es, por supuesto, muy del gusto del señor Bernales. El señor Bernales no sólo quiere que los obreros miren en él a un grande y buen amigo. Quiere que miren en él a un obrero. El señor Bernales, lo mismo que el señor Irigoyen, sostiene que no es un burgués. Que es un proletario. Que es un empleado. Un alto empleado de la Compañía Recaudadora de Impuestos.

Su automóvil, su elegancia y sus escarpines no le impiden amar el socialismo. Antes bien, parece que lo impelen hacia el socialismo. Por lo menos, el señor Bernales se olvida de su automóvil, de su elegancia y de sus escarpines cuando se habla de socialismo en su presencia.

El señor Miró Quesada no participa mucho del entusiasmo del señor Bernales. Su posición de civilista lo aleja de los optimismos populares. Tiene un espíritu un poco frío y escéptico. Pero, sin embargo, su cultura de hombre moderno crea en él la más viva adhesión intelectual a las doctrinas dominantes. Y, sobre todo, el señor Miró Quesada posee una cualidad valiosa para servir con eficacia a las clases trabajadoras: su sagacidad elocuente y persuasiva.

El señor Miró Quesada y el señor Bernales se hallan, pues, en aptitud de ser dos buenos mediadores o embajadores de las clases trabajadoras. Su deseo de satisfacer a los obreros no puede ser puesto en duda. No sólo influyen en el señor Miró Quesada y en el señor Bernales sus naturales simpatías por la causa del proletariado. Influye además su condición de

políticos. Y de políticos cuyos nombres suenan como nombres de aspirantes a la Presidencia de la República.

Es lógico, por consiguiente, que viéndoles conferenciar a diario con el Presidente de la República, se encienda una llama de ilusión en el ánimo de la ciudad. Que se renueven el debate y la polémica sobre el problema de las subsistencias. Y hasta que el señor Pardo que nos manda, con todos sus énfasis y toda su arrogancia orgánica, declare que su mayor aspiración es abaratar la alimentación del pueblo.

Pero, a pesar de todo, nosotros somos obstinadamente pesimistas. No sabemos por qué todos estos afanes se nos antojan estériles. Creemos en la bondad de las intenciones de los señores Miró Quesada y Bernales; pero no creemos más. No creemos en la cooperación sincera y comprensiva del señor Pardo. No creemos en la persistencia de la actividad burocrática. Y, en general, no creemos en la eficacia del esfuerzo. No creemos en nada. La vida nacional nos ha vuelto absolutamente incrédulos.

(En *La Razón*: Nº 19; Lima, 5–VI–1919)

VOCES

Ni una palabra

Los políticos le tienen miedo al conflicto entre los trabajadores y el Estado. No acontece en este país lo que acontece en otros países. Los estadistas, en otros países, sirven para dirigir la conciencia pública. En este país no sirven para eso. Frecuentemente, los estadistas peruanos, en vez de contribuir a la orientación de la conciencia pública, contribuyen a su desorientación. Frente a un problema grave y complicado, no es su empeño estudiarlo. Su empeño es no opinar sobre él.

Aquí no son los políticos los que forman los estados de opinión ni los estados de ánimo de la república. Son los estados de opinión y los estados de ánimo de la república los que determinan los actos y los pensamientos de los políticos. Nuestros políticos nunca encuentran sensato, por esto, contrariar un error colectivo. Están siempre dispuestos a acomodar su criterio dentro del criterio de la mayoría.

Ahora, siguiendo su costumbre, los políticos callan. No hablan sino los politicos comisionados por los trabajadores para gestionar algunas medidas gubernamentales: el señor Bernales y el señor Miró Quesada. No habla nadie más. Explicable es que no hablen los políticos que no intervienen activamente en la lucha presente. Explicable es que no hablen los políticos que por tradición no hablan jamás. Aquellos tienen la excusa circunstancial de que no desean que se les atribuya el propósito de atraer sobre ellos la atención pública. Estos tienen la excusa permanente de la naturaleza decorativa de su rol. Pero es el caso que tampoco habla el señor Leguía que, según sus propagandistas, es el caudillo de un movimiento reformador. Y que, según su prensa, es el presidente electo de la república.

Se agitan las clases populares, se organiza el comité Pro–Abaratamiento, se efectúa un mitin en la Alameda de los Descalzos, se pide al gobierno que tome tales y cuales medidas contra la carestía, se amenaza con el paro general. La gente comienza a decir que se trata de los primeros síntomas

de un gran conflicto. Los periódicos recogen uno que otro eco de la hiperestesia de Gutarra.

Y el señor Leguía ni una palabra.

Las mujeres de los talleres, de las fábricas y de los campos, se adhieren a las peticiones de los obreros. La policía sablea y hiere a algunas. El proletariado en masa protesta contra la sableadura. A los gritos contra el hambre se unen los gritos contra el abuso.

Y del señor Leguía ni una palabra.

La aprehensión de los agitadores causa, precipitadamente, el paro general. Sobrevienen los desmanes de una parte del pueblo. Sobrevienen los tiros. Sobrevienen las pedradas. Sobreviene la represión. Sobreviene la ley marcial. El gobierno exagera las proporciones del conflicto. Se organiza la guardia urbana para disolverla al día siguiente. Un diario y un hebdomadario leguiístas son clausurados por la policía. Espíritus aprensivos descubren en la huelga un tétrico tinte maximalista. La alarma y la inquietud cunden en la ciudad.

Y el señor Leguía ni una palabra.

Y, luego, cesan las huelgas. Vuelven los obreros a sus fábricas. Suenan aplausos sinceros al ejército. Pero, naturalmente, no hay quien no se preocupe de los problemas de la carestía. El señor Miró Quesada y el señor Bernales elaboran en comandita proyectos y más proyectos. El señor Pardo que nos manda se pasa una mañana entera estudiando los proyectos y las iniciativas del señor Miró Quesada y del señor Bernales. La prensa consagra sus columnas principales a la cuestión palpitante.

Y del señor Leguía ni una palabra.

Pero, eso sí, el señor Leguía continúa aspirando a la Presidencia de la República. Continúa espantándose de la incapacidad del señor Pardo. Continúa hablando de la necesidad de nuevos métodos, de nuevas ideas, de nuevos hombres.

Y sus amigos lo llaman presidente electo de la república.

(En *La Razón*: Nº 20; Lima, 6–VI–1919. Y en *Buelna*: Nº 4–5, p. 46; México, 1º –III de 1980)

VOCES

Problema eterno

Este problema de la sucesión presidencial sigue hoy tan complicado, tan nebuloso y tan oscuro como ayer. No parece que hubieran pasado las elecciones. No parece que hubieran pasado los escrutinios. No parece que hubieran pasado las huelgas. El problema es el mismo. Resulta a veces tan insoluble como el problema de la carestía. Como el problema de la carestía, enciende debates, motiva conferencias, suscita iniciativas. Pero no encuentra remedio.

Las gentes se impacientan y tienen razón. Aguardando la solución del problema presidencial viven desde el lejano día en que el señor don José Carlos Bernales, sagaz y conciliador, invitó a todos los partidos y a todos los hombres de buena voluntad a reunirse en una gran asamblea pra designar candidato a la presidencia de la república. Y la solución no llega todavía, a pesar de que no faltan más que setenta días para que el señor Pardo baje de la presidencia.

Las facciones del gobierno, las facciones de la oposición y las facciones neutrales han trabajado intensamente, sin embargo, para obtener una solución. No han trabajado con armonía y concierto; pero han trabajado sin descanso. Y no ha habido día en que no hayan tenido la ilusión de estar tocando la solución con las manos.

Un día fue el señor Bernales quien, optimista y convencido, habló así a las gentes:

–¡Ya el problema está resuelto! ¡Resuelto patriótica, venturosa y cordialmente! ¡Los partidos aceptan la convención! ¡Los periódicos la aprueban! ¡Pardo la apadrina! ¡Leguía no puede negarle su venia!

Otro día fue el partido futurista quien, a renglón seguido de una pastoral sonora, pregonó su fe en sus altos destinos:

–¡El partido nacional democrático asume la organización de la convención! ¡La asume aceptando todas sus responsabilidades y sin aceptar

ninguna participación en sus ventajas! ¡El partido nacional democrático es así, señores!

Otro día fue el señor Pardo que nos manda, quien, rotundo y altisonante, se dirigió en estos términos a los jefes de los partidos:

–¡El gobierno desea que la convención se realice para que el problema presidencial tenga una buena solución! ¡El gobierno pone al servicio de esta empresa sus influencias, sus elementos, sus recursos! ¡El gobierno se aviene con todas las condiciones de los partidos! ¡Absolutamente con todas! ¡Particularmente con las del partido constitucional!

Otro día fue el partido civil quien, desvanecida la esperanza de la convención, se congregó en el Restaurante del Zoológico para notificar de esta suerte al país:

–¡El partido civil lanza candidato propio! ¡Y lanza como candidato propio a su actual jefe el señor Aspíllaga! ¡Y se propone emplear, para sacarlo triunfante, sus grandes fuerzas tradicionales!

Otro día fueron los políticos de la izquierda quienes, paseando en autocamión al señor Leguía, dieron por segura e incontrarrestable su victoria:

–¡Aquí está recién venido de Londres, el próximo Presidente de la República! ¡Aquí está, aclamándolo, una muchedumbre delirante! ¡El problema de la sucesión presidencial ha quedado resuelto! ¡Viva Leguía!

Otro día fue el señor Osma quien, poco antes de las elecciones, conmovió a la república con una vibrante proclama:

–¡Aún es tiempo de unir a los elementos de orden contra los elementos de desorden! ¡Aún es tiempo! ¡Yo pido a los partidos que se coaliguen!

Y otro día fueron de un lado los aspillaguistas y de otro lado los leguiístas quienes, echando a rebato la María Angola de sus campanarios, gritaron frenéticos:

–¡Ha vencido el partido civil! ¡Viva Aspíllaga! ¡Viva el presidente electo de la república!

–¡Ha vencido la voluntad popular! ¡Viva Leguía! ¡Viva el presidente electo de la república!

Y no obstante estos sucesivos optimismos, sustentados todos en las circunstancias de su respectiva hora, el problema presidencial continúa sin solución definitiva hasta ahora. Comienza a oírse la voz de los partidarios de la transacción parlamentaria que consideran imperiosamente necesaria la resolución del problema conforme a su criterio y su interés. Pero eso no quiere decir nada. Se oyen, al mismo tiempo, la voz del aspillaguismo y la

voz del leguiísmo que se declaran igualmente dueños de la mayoría de las Cámaras.

Las gentes se desesperan:

–¿Hasta cuándo no va a resolverse el problema presidencial? ¿Hasta cuándo, Dios mío?

Y entonces suena una exclamación escéptica y risueña:

–Pero, ¿cómo quieren ustedes que se resuelva el problema presidencial en el Perú? ¡Si es un problema sin solución desde hace mucho tiempo! ¡Si es un problema eterno! ¡Un problema que cambia en su aspecto, pero que no cambia en su esencia!

(En *La Razón*: Nº 23; Lima, 9–VI–1919)

VOCES

Atmósfera guerrera

Nos acercamos al tercer acto. Ya todo es drama. Ya no hay comedia. El señor Pardo que nos manda se ha puesto muy serio, muy ceñudo, muy airado. Súbitamente ha resuelto que los políticos de la izquierda no le tosan más. Quiere que se acaben de una vez los gritos subversivos y leguiístas. Quiere que nadie levante la voz muy alto. Quiere que la oposición se meta bajo la cama.

No se oye el vuelo de una mosca.

El general Zuloaga pasa en su automóvil más estirado y marcial que nunca. Está enérgicamente decidido a probar su denuedo de general de brigada. Su gesto de primer ministro, convencido de que su importancia no le va en zaga a la del "viejo tigre" Clemenceau, reclama a gritos los servicios profesionales de un fotógrafo ambulante.

Las gentes del gobierno se pavonean:

–¡No decían ustedes que Pardo era muy débil! ¿No decían ustedes que Pardo no era capaz de una violencia? ¡Ahora, qué dicen ustedes! ¡El gobierno de Pardo cree hoy lo mismo que creía hace diez años justos el gobierno de Leguía! ¡Que el orden público está encima de la constitución y de las leyes! ¡La frase es del señor Villanueva, primer ministro del señor Leguía; pero la adopta como suya el general Zuloaga, primer ministro del señor Pardo!

Y las gentes del leguiísmo se muerden los labios.

Echan de repente a correr una noticia:

–¡Vamos a publicar un periódico terrible! ¡Un periódico dirigido y redactado por cuarenta representantes a Congreso! ¡Un periódico que, dirigido y redactado por cuarenta personas inmunes, tiene que ser también un periódico inmune!

Pero esto no es sino para levantar los espíritus decaídos. Y para dar a entender que el señor Leguía cuenta ya con cuarenta representantes a

congreso. Con cuarenta votos dispuestos a consagrar su triunfo. Con cuarenta grandes y decisivos electores.

En seguida se escucha un gran derrumbamiento de cajas y chivaletes. Y no es sino que la policía le ha puesto guardias a otra imprenta. Pero los leguiístas enmudecen de nuevo.

Los políticos viejos y experimentados se sonríen cazurramente. Nada les sorprende, nada les espeluzna, nada los espanta. Estos acontecimientos son para ellos muy naturales y muy lógicos. Se libra –dicen– la gran batalla. Lo que ha habido antes no ha sido más que escaramuzas. Grandes o pequeñas, pequeñas o grandes escaramuzas. La gran batalla sólo comienza ahora. ¡Ha terminado la ofensiva de la oposición y ha comenzado la contra–ofensiva del gobierno!

Y entonces la sugestión de sus palabras nos hace encontrar traza, continente y ademán de estratega truculento en el ministro de gobierno señor Mavila. En el señor Mavila, que no es sino diputado por una provincia amazónica. En el señor Mavila, que no es sino oficial de la armada. En el señor Mavila, que es un buen ciudadano metido en empresas de mantenedor del orden público, por obra y gracia de la amistad de don Juan Pardo.

La hora es de guerra.

El escenario es casi un escenario trágico. Las caras de los actores son como para salir corriendo. Cuentan las voces trémulas del coro que el señor Pardo se echa a la calle con la espada desenvainada. Y que el señor Leguía se atrinchera en su casa de la calle de Pando.

Y nosotros, en nuestra recatada estancia, desconectados del ardimiento bélico de los beligerantes, abrimos unos ojos enormes para no perder ni un detalle de la contienda.

Ni uno solo.

(En *La Razón*: Nº 24; Lima, 10–VI–1919)

VOCES

El gran tribunal

La Corte Suprema tiene imanada la atención pública. Mañana debe ocuparse de la clausura de "El Tiempo". El sábado debe ocuparse del proceso electoral de Canta. El lunes debe ocuparse del proceso electoral del Callao. Es natural, por ende, que las miradas de los pueblos se hallen pendientes de los graves y ancianos varones de ese alto, austero y majestuoso tribunal.

Los leguiístas predicen una tormenta:

–¡Es inminente el conflicto entre el poder ejecutivo y el poder judicial! ¡La Corte Suprema va a tomar una resolución muy enérgica! ¡Va a exigir del gobierno que cumpla el fallo de la Corte Superior!

Y no faltan leguiístas que añaden, con el convencimiento de que sueltan una noticia emocionante:

–¡Y no sólo eso! ¡La Suprema va, además, a decir al gobierno que si no acata su sentencia, no revisará los procesos electorales!

Pero, en seguida, reaccionan:

–Aunque, ¡mejor no! ¡Qué más querría el gobierno! Si la Suprema no revisase los procesos electorales, vendría el caos. ¡Y eso es lo que desean los enemigos de Leguía! ¡Primero el caos que Leguía!

Y ratifican su decisión:

–¡Mejor es que la Suprema revise los procesos electorales!

Intervienen entonces las gentes neutrales:

–¿Pero ustedes cuentan a la Suprema como una cosa propia? ¡La Suprema es imparcial! Por lo menos el país supone que lo es.

Y los leguiístas no hacen caso:

–¡Aquí nadie es imparcial. ¡Todo el mundo es leguiísta!

El hecho es que alrededor de la Suprema, de las blancas cabezas calvas de la Suprema y de la severa jurisprudencia de la Suprema, giran actualmente los comentarios, las murmuraciones, las expectativas y hasta los

chistes de las conversaciones políticas. Apenas si se habla de la exhumación de la frase leguiísta de que el orden público está encima de la constitución y de las leyes. Apenas si se habla de la dureza agresiva del comportamiento gubernamental. Apenas si se habla del brío temerario con que las autoridades del señor Pardo cierran imprentas, rompen papeles y derriban chivaletes. Para las gentes lo único interesante es la proximidad de una solemne serie de fallos, actitudes y posturas de la Suprema.

Las gentes se preguntan si es cierto que los candidatos gobiernistas van a recusar al señor Leguía y Martínez; si es cierto que el señor Leguía y Martínez se va a eliminar orgullosa y voluntariamente del juzgamiento de los procesos; si es cierto que el señor La Torre González, segundo vicepresidente del señor Leguía, tiene que eliminarse de toda suerte; si es cierto que la Suprema mira con un poco de ojeriza la política del gobierno; si es cierto, en fin, que la mayoría de los vocales supremos se propone tratar despiadadamente las credenciales, las actas, los escrutinios y los sufragios del señor del Solar, candidato a la diputación por Canta.

Todo se vuelve interrogaciones acerca de las intenciones de la Suprema, de las facultades de la Suprema, del pensamiento de la Suprema.

No seremos nosotros, pobres periodistas, sin perspicacia y sin malicia, quienes nos atrevamos a responder la más inocente de esas interrogaciones...

(En *La Razón*: Nº 25; Lima, 11–VI–1919)

VOCES

La celebridad es así

El señor Mavila era, probablemente, una persona sin grandes ambiciones. Una persona que no aspiraba a la celebridad. Una persona que ni en su edad de niño, en la ingenua edad en que se sueña toda suerte de locuras, pensó, como piensan todos los chicos, en llegar a la Presidencia de la República. Una persona que jamás se imaginó que un día su nombre iba a resonar en toda la República e iba a motivar una notable contumelia del doctor Cornejo.

Todavía no se ha escrito la biografía del señor Mavila. El señor Mavila apenas si ha sido presentado al público desde la página satinada de uno que otro semanario nacional con ocasión de su llegada al ministerio. Apenas si se ha publicado de él una fotografía provinciana en la que el señor ministro ostenta una cara muy seria de diputado joven, unos bigotes muy bizarros de buen mozo y un continente muy varonil de explorador de la montaña.

El público no sabe nada de la infancia ni la adolescencia del señor Mavila. Se las imagina una infancia y una adolescencia de chico estudioso con afición orgánica a la nota de sobresaliente. Una infancia y una adolescencia plácidas y tranquilas. Al público no se le ocurre, por ejemplo, que en su infancia o en su adolescencia tuviera el señor Mavila, como Alcibíades, el arrogante capricho de cortarle el rabo a su perro.

De la juventud del señor Mavila el público sabe más. Sabe que fue la juventud de un guardiamarina. La edad de los amores, de los libros, de los versos y de los donjuanismos la pasó el señor Mavila en un buque de guerra. No está averiguado si el señor Mavila tenía o no vocación de marino. Pero eso no importa. Su historia de marino sirve para indicar su amor a la vida sobria, poética y sencilla, sin turbulencias y sin pasiones, del mar y del camarote.

Y de la madurez del señor Mavila el público sabe un poco más. Sabe que el señor Mavila cambió un día la vida marítima por la vida fluvial. El señor

Mavila añadió a su incolora biografía un robinsonesco camino de andanzas a través de la selva virgen. Navegó en canoa, durmió en hamaca, comió carne de mono, fraternizó con los salvajes, cazó y pescó con su propia mano, luchó contra el jaguar artero y el jabalí hirsuto y se regaló con los regalos de la naturaleza. Hasta que un día sintió que no había nacido para la vida aventurera y bravía. Lo poseyó la nostalgia de la ciudad. Anheló una cómoda vida burguesa, sin episodios romancescos. Y, con el auxilio de sus buenos amigos del gobierno, vino de diputado a la capital.

El señor Mavila no anduvo codicioso de fama, ni de aplausos, ni de notoriedad. En la Cámara de Diputados respetó invariablemente la maltratada tranquilidad de los taquígrafos y de los periodistas. En ningún momento se advirtió en él síntomas de orador ni pretensiones de leader. El señor Mavila calló siempre. Asistió a todos los debates, oyó todos los discursos, se enteró en todas las cuestiones. Pero sistemáticamente se abstuvo de opinar.

Mas la celebridad tiene sus caprichos. Este señor Mavila, tan modesto, tan opaco, tan sencillo, estaba elegido por ella para ocupar con su figura un largo y conflagrado instante de la historia nacional. Estaba destinado a que lo discutieran, a que lo tundieran, a que lo llevaran y a que lo trajeran. A que el señor Cornejo arremetiera contra él en una elocuente carta de cuatro columnas. A que le pidiera la rectificación de su conducta o la dimisión de su cargo.

Todo lo cual no es sino el principio de lo que tiene que sobrevenirle al señor Mavila. Porque a la protesta de los periódicos, a la carta del doctor Cornejo y a la resolución de la Suprema deben seguir muchas cosas. En el mes de agosto el señor Mavila tendrá que ir a defenderse en el Congreso. Y lo atacarán las izquierdas entre las ovaciones de la galería. Le acusará terriblemente la prensa leguiísta. Lo interpelará con voz de trueno el gran ciudadano don Juan Manuel Torres Balcázar.

El señor Mavila no será ya, como acaso él mismo lo esperaba, uno de esos ministros que pasan silenciosamente por el ministerio. Será uno de esos ministros que, como el señor Rafael Villanueva, sientan doctrina sobre el orden público, sobre el principio de autoridad, sobre la tranquilidad social y sobre todas esas frases infladas que pronuncian devotamente los funcionarios del Perú, cuando les da el naipe por entender y cumplir sus deberes morales.

(En *La Razón*: Nº 27; Lima, 13–VI–1919)

VOCES

Palabras, palabras, palabras

El señor Pardo continúa barajando proyectos sobre las subsistencias. Proyectos de todas las categorías, de todos los linajes y de todos los abolengos. Proyectos científicos y proyectos empíricos. Proyectos ilustres y proyectos humildes. Proyectos gubernamentales, proyectos parlamentarios y proyectos municipales. Proyectos de diversos colores y tamaños.

Según los cronistas de Palacio, el señor Pardo se ocupa seriamente de los problemas de la carestía. No es la clausura de las imprentas leguiístas, no es la conservación del orden social, no es la Escuela de Bellas Artes, ni es la defensa de la hegemonía del civilismo lo único que llena su pensamiento y su actividad. No. El señor Pardo, según los buenos cronistas de Palacio, se propone de veras abaratar los alimentos.

Es que los cronistas de Palacio ven que un día entran al Ministerio de Fomento los agricultores para estudiar el modo de abastecer de legumbres baratas a la ciudad, y que otro día entran al Ministerio de Fomento los caseros, para buscar la manera de rebajar los alquileres. Y que otro día el señor Pardo conversa con el Alcalde sobre la feria de la Alameda Grau. Y que otro día el señor Pardo conversa con el ilustre gerente de la Salinera, señor Montero y Tirado, sobre las menestras y el carbón de palo. Y que otro día el señor Pardo conversa con los señores Bernales y Miró Quesada, personeros del comité pro–abaratamiento, sobre el pliego de iniciativas que le presentaron.

Y esto les basta para aseverar que el señor Pardo procura remediar la carestía.

Pero la verdad es que el señor Pardo no hace hasta ahora sino barajar proyectos. Leerlos con una cara muy seria. Ponerse a meditar acodado sobre ellos con la cabeza entre las manos. Cambiarlos de sitio en su escritorio. Consultarlos al Ministro de Hacienda señor Escardó y Salazar, que, naturalmente, no quiere que le hablen sino de ferrocarriles.

Ahí están, por eso, los señores Bernales y Miró Quesada redactando una nota al comité pro–abaratamiento en que dan por terminada su misión. Ahí están eligiendo los términos más sagaces y las palabras más leves para manifestarle al comité que han colocado su suerte y la de las subsistencias en manos del gobierno. Ahí están rompiendo borrador tras borrador para que no se les escape ninguna palabra que pueda acusarlos a ellos de poco celo. Y ninguna palabra que pueda acusar al gobierno de poca atención.

Los señores Bernales y Miró Quesada consideran cumplido su encargo. El gobierno casi no ha hecho más que gestionar que en adelante se siembre hortalizas y legumbres en los alrededores de la ciudad. Los trabajadores no han sido aún llamados, como en Inglaterra, a discutir con el gobierno y los industriales las bases de una solución. No han obtenido siquiera la libertad que reclaman para deliberar a su gusto. Pero esto no es culpa de los señores Bernales y Miró Quesada. Los señores Bernales y Miró Quesada han ido a Palacio las veces necesarias para exponer al señor Pardo sus puntos de vista, sus puntos acápites y sus puntos suspensivos.

El señor Pardo revisa, numera y ordena las iniciativas, las peticiones y los memoriales. Forma con ellos un cerro. Coloca sobre su cúspide un pisapapeles.

Y, finalmente, bosteza recordando que demasiado próximo está el fin de su gobierno para que se desvele resolviendo un problema tan intrincado, tan complejo.

Que no es el único problema intrincado y complejo que tiene delante.

(En *La Razón*: Nº 28; Lima, 14–VI–1919)

VOCES

Contendores siempre

El destino quiere que otra vez sean contendores el señor don José Carlos Bernales y el señor don Miguel Echenique. Otra vez el señor Bernales y el señor Echenique figuran simultáneamente como candidatos a la presidencia de la Cámara de Senadores. El señor Echenique cuenta con la simpatía del gobierno. El señor Bernales cuenta con su sangre ligera.

Es la tercera vez que el señor Echenique y el señor Bernales se disputan la presidencia de la Cámara de Senadores.

La primera vez fue el año antepasado. El señor Echenique se puso a la cabeza de las izquierdas. El señor Bernales se puso a la cabeza de las derechas. Y ganó el señor Bernales. Ganó apenas por dos o tres votos. Pero ganó de todas maneras.

La segunda vez fue el año pasado. El escenario era el mismo. El decorado era el mismo. La representación era la misma. Pero el reparto era distinto. El señor Echenique había cambiado de posición. No era ya el candidato de las izquierdas sino el candidato de las derechas. Había mudado de ubicación, como los jugadores supersticiosos, para mejorar de fortuna. Y el señor Bernales tampoco era el candidato de las derechas. Era el candidato de las izquierdas. Y ambos perdieron la partida. El señor Echenique la perdió antes de la votación. El señor Bernales la perdió en la votación. Resultó elegido el señor Miró Quesada.

La tercera vez es ésta. El señor Echenique vuelve a la lucha como candidato de las derechas. Y el señor Bernales vuelve a la lucha también. Pero no como candidato de las izquierdas, ni candidato de las derechas. Como candidato no más. Las izquierdas son leguiístas. Y votarán por un candidato propio. Por el señor Cornejo verbigracia.

Frente a frente, por tercera vez, los señores Echenique y Bernales sin duda alguna se sonríen. Son demasiado buenos amigos para que se enfaden. El señor Echenique es siempre acreedor a toda la cortesía del

señor Bernales. Y el señor Bernales es acreedor igualmente a toda la cortesía del señor Echenique. El señor Echenique se dispone, tal vez, a votar por el señor Bernales y el señor Bernales se dispone, quien sabe, a votar por el señor Echenique.

Pero es el caso que nuevamente son contendores. Y contendores en un instante de ardorosa contienda política en que los beligerantes prescinden de las antiguas usanzas caballerescas.

El señor Bernales alienta a sus amigos con un comentario optimista:

–¡Yo le llevo chico a Echenique! ¡Yo he sido presidente del Senado el año antepasado!

Y el señor Echenique se abstiene de comentarios. Echa números. Núneros que acreditan que la presidencia de la Cámara de Senadores es suya desde ahora. La candidatura del señor Echenique, según esos números y esas cuentas, no representa únicamente la voluntad del gobierno, del partido civil y del señor Aspíllaga. El partido civil está en vías de conseguir para ella los votos de los liberales. La ayudan tácitamente las influencias amistosas del doctor Prado y Ugarteche.

Juzgada por los elementos que la favorecen, directa e indirectamente, la candidatura del señor Echenique debía ser una candidatura invencible.

Mas ocurre una cosa. Ocurre que las gentes se acuerdan de que es la tercera vez que se presenta esta candidatura. Y se acuerdan, por ende, de que el señor Echenique ha sido derrotado dos veces. Y que, si en esta ocasión no triunfa, va a quedar consagrado como candidato vitalicio a la presidencia de su Cámara.

(En *La Razón*: Nº 29; Lima, 15–VI–1919)

VOCES

Senador propietario

Desde su lejana tierra incaica, encaramado sobre un cerro, nos saluda en estos instantes el esclarecido quechua señor don Miguel Domingo González. Y nos avisa con letras de mano que acaba de ser proclamado senador propietario por el linajudo y heroico departamento del Cuzco. Y nos pide que lo pongamos en conocimiento de sus muchos amigos metropolitanos. El alborozo no le cabe dentro del cuerpo.

Y no es para menos.

El señor González era senador suplente por su departamento. Su feliz hado de varón sagaz y ladino hizo que permaneciera incorporado casi siempre al Parlamento. Y que, siendo miembro de la minoría leguiísta, saliera elegido secretario de la Cámara. Y que, desde la secretaría de la Cámara, agitara más de una vez la política parlamentaria.

Este año vacaba en su cargo. Su carrera política, pintoresca y bulliciosa, iba a quedar interrumpida bruscamente si el señor González no se lanzaba bravamente a la lucha. Y para aspirar a su elección, el señor González tropezaba con un inconveniente: la enemistad del gobierno. El gobierno, sin duda alguna, le opondría otro candidato. Pero no en balde el señor González es hombre de muchos recursos. Oportunamente se afilió al leguiísmo. Y con la bandera del leguiísmo en las manos se encaminó al Cuzco. Y solicitó los votos de los cuzqueños, al mismo tiempo que para él, para un personaje acreedor a la devoción del Cuzco: para el señor don Miguel Grau. El señor González sabía perfectamente que las banderas rebeldes poseen un mágico poder de captación en todos los pueblos.

Ahora el señor González no está, por eso, en la opaca condición de un suplente cesante, sino en la brillante condición de un senador propietario.

Claro que la elección del señor González no es una elección incontrovertible. El proceso del Cuzco ha sido un proceso dual. Dual en las provincias y dual, por ende, en el departamento. Las credenciales del señor

González tienen que ser revisadas, pues, por la Corte Suprema. La Suprema va a filtrar, analizar y pesar los sufragios, los escrutinios y las actas del señor González. Sus adversarios sostendrán la nulidad de las credenciales del señor González.

Pero esto no importa.

El señor González desea vivamente introducirse de nuevo, aunque sea por una rendija, en la Cámara de Senadores. Pero si la Corte Suprema, inexorable y terrible, no se lo permite, se conformará con su mala ventura. Le basta con sonar como senador electo por el Cuzco. Le basta con seguir incrustado en la actualidad política. Le basta con que las elecciones de 1919 no hayan trascurrido sin que los pueblos del Cuzco lo discutieran, lo citaran, lo llevaran y lo trajeran. Espera, además, que la suerte le permita, por lo menos, anular también las elecciones contrarias a las suyas. Morir con todos los filisteos entre los escombros del proceso dual. De este proceso dual sacará él, en el peor de los casos, el título preciso para presentarse como candidato en las próximas elecciones.

Al señor González no lo arredra ni lo descorazona nada. Tiene una energía y una perseverancia de chasqui nutrido con ollucos, cancha y cebada. Las gentes metropolitanas suelen reírse de su obesidad, de su lenguaje, de su cuzqueñismo, de sus chaqués, de sus corbatas, de sus medias crudas y de sus huairuros. Al señor González no le importa esto. Menos aún le importa que sus camaradas de la minoría le motejen "chaquichampi". El señor González sigue impertérrito su camino. Mantiene relaciones corteses con todos los "ases" de la política, vive conectado con todas las orientaciones, cuenta con amigos en todos los sectores partidaristas. Es lo que en términos criollos se llama una "uta".

Hoy que desde su lejana tierra incaica, nos agita los brazos, deshaciéndose en aspavientos y en visajes, sentimos unas ganas locas de tenerlo aquí en nuestra oficina de redacción, delante de la mesa revuelta en que escribimos, para sacarle un retrato.

Y para pedirle su autobiografía.

(En *La Razón*: Nº 30; Lima, 16–VI–1919)

VOCES

Senador sin credenciales

El señor don Felipe de la Torre Bueno, ilustre leguiísta, tiene en estos instantes el épico gesto de los más bizarros y viejos días de su historia política. Se alza gigantesco. Se echa para atrás. Tira los brazos con una energía terrible. Y desahoga en un soplido toda la indignación que se le ha acumulado en el alma.

Y es que le pasa algo que no le había pasado nunca.

La junta escrutadora de Lima le está haciendo esperar demasiado sus credenciales de senador. No se apresura a reunirse para practicar el escrutinio, para consagrar su victoria y para expedirle sus credenciales. Y, más aún, muestra intenciones de no reunirse. No le importa que el señor La Torre Bueno se halle aguardando su resolución en la antesala.

Algo que saca de quicio al señor La Torre Bueno.

Y que lo mueve a exclamar:

–¡Cómo! ¿Una junta escrutadora cualquiera se permite hacer esperar a un caballero? ¡Eso no es posible! ¿O los caballeros ya no tenemos garantías en este país?

El señor Porras, presidente de la escrutadora, trata de calmar al señor La Torre Bueno con sus más sagaces palabras de diplomático:

–¡No se moleste, señor don Felipe! Es que dos de los miembros de la junta no quieren concurrir a las sesiones. Y he tenido que dirigirme al prefecto para que los obligue a concurrir.

Y el señor La Torre Bueno pone el grito en el cielo:

–¿Y quiénes son esos dos miembros? ¿Quiénes son? ¡Dígamelo usted ahora mismo!

El señor Porras muy serio le contesta:

–El señor Julián Guillermo Romero y el señor Elías Mujica.

Y el señor La Torre Bueno entonces interpela furioso al señor Porras:

–¿Y por qué no les impone usted una multa? ¿Por qué no los lleva usted

a la fuerza a la reunión? ¿Por qué no les pega usted en la calle? ¿Por qué no les manda usted sus padrinos?

El señor Porras, muy serio siempre, mueve la cabeza:

–Yo tengo que sujetarme a la ley.

Y el señor La Torre Bueno se desespera. Clama contra el atraso del país y la decadencia de sus instituciones. Pregunta qué leyes son estas que no garantizan el derecho de los caballeros como él a entrar en el Senado.

La elección del señor La Torre Bueno fue fácil. El señor La Torre Bueno casi no tuvo contendor. Los liberales retiraron anticipadamente la candidatura del doctor Durand. Y los demócratas, que recomendaron la candidatura del doctor Osma, se abstuvieron de ir a la votación el segundo día. No hubo más candidato que el señor la Torre Bueno. Era, pues, de suponer que la proclamación del señor La Torre Bueno no tropezase con ningún estorbo. La junta escrutadora no tenía sino que acatar la voluntad de los pueblos del departamento.

Verdad –se pensaba a raíz de la elección– que las juntas escrutadoras solían a veces declararse en huelga. El año antepasado, por ejemplo, la junta escrutadora de Lima no quiso expedir las credenciales de diputados del señor don Jorge Prado y del señor Luis Miró Quesada. ¡Pero las juntas escrutadoras sabían, sin duda alguna, con quiénes se metían! ¡Con el señor La Torre Bueno no se meterían jamás! ¡El señor La Torre Bueno no era el señor Jorge Prado ni era el señor Luis Miró Quesada!

Sin embargo, esta junta escrutadora, osada e impávida, no se reúne todavía. Dos de sus miembros sostienen que su constitución es viciosa. Se niegan a ir a las sesiones. Y no les importa que el señor La Torre Bueno les grite que no hagan caso de la constitución de la junta. Que no hagan caso sino de que él ha sido elegido senador propietario por el departamento de Lima.

Ambos delegados se encogen de hombros ante todos los requerimientos. Y ni siquiera les preocupa que el señor Porras, blandiendo con su mano de canciller la ley electoral, llame en su auxilio al prefecto de Lima, a sus ayudantes, a sus gendarmes.

El señor La Torre Bueno, recobrando la clásica arrogancia de su edad de oro de demócrata, no puede contenerse:

–Si esto me pasa a mí, qué queda para Leguía!

(En *La Razón*: Nº 32; Lima, 18–VI–1919)

VOCES

Palabras textuales

El señor don Luis Miró Quesada, diputado por Lima, se incorporará próximamente a la Cámara.

Esto no lo decimos nosotros. Que lo dijéramos nosotros no sería gracia. Esto acaba de decirlo el señor don Juan Durand, leader liberal del Senado. Y acaba de decirlo delante del señor Miró Quesada.

Ha sido en la hacienda "Ñaña".

El alcalde de la ciudad agasajaba con un almuerzo campesino al señor Archibald Cooper, nuevo gerente de la Peruvian Corporation. El señor Irigoyen había pronunciado un brindis galano. El señor Cooper le había contestado en una aleación de nuestra honrosa lengua castellana con su noble lengua británica. Y el señor Durand, que había sido invitado a brindar también, expresaba la satisfacción de los representantes a congreso presentes por las declaraciones sagaces del señor Cooper.

Y, señalándolos uno por uno, los enumeró:

–El señor Irigoyen, diputado por Huari. El señor Pinzás, diputado por Dos de Mayo. El señor Benavides, diputado por Huallaga. El señor Miró Quesada, diputado por Lima, que se incorporará próximamente.

Sonó, interrumpiendo el discurso, una ovación.

Parecerá, de primera lectura, que la frase del señor Durand no representa nada. Que es una frase que se le escapó involuntariamente al señor Durand. Pero no es así. La frase del señor Durand representa mucho. Y, además a un político redomado como el señor Durand no se le escapa jamás una frase involuntaria.

Abramos la historia del proceso de las diputaciones de Lima. Y busquemos su último capítulo. Veremos que los senadores liberales abandonaron la pretensión de que se incorporase como diputado por Lima, en vez del señor don Jorge Prado, al señor Balbuena. Y que no abandonaron esa prentensión porque estimasen que el señor Balbuena no tenía la

mayoría de los sufragios. Eso de ninguna manera. La abandonaron porque consideraban nulo todo el proceso. Y porque creían que debía convocarse a nuevas elecciones.

Esta fue la bandera levantada por los liberales para combatir el ingreso de los señores Prado y Miró Quesada en la Cámara de Diputados.

Cierto que, más tarde, el señor Balbuena aceptó el consulado general en México. Y que se olvidó, por consiguiente, de la diputación por Lima. Y que renunció hasta a la credencial de diputado suplente por la huanuqueña provincia de Marañón. Muy cierto. Pero eso no indicaba que los liberales evacuasen su línea defensiva. No podía aún tenerse la certidumbre de que los liberales no librarían una nueva batalla contra la incorporación de los señores Prado y Miró Quesada.

Pero hoy sí se tiene esta certidumbre. El señor Durand, leader liberal del Senado, ha reconocido la calidad de diputado electo del señor Miró Quesada. Y ha ido más allá todavía. Ha hecho votos por su pronta entrada en la Cámara de Diputados.

Algo, por supuesto, muy sagaz.

Y es que los liberales no están para acometer luchas estériles. Saben que no pueden evitar la incorporación de los señores Prado y Miró Quesada. Y optan por no gastar energías en obstruirla. Retiran del debate sus puntos de vista. Les tienden cortésmente la mano a los vencedores. Y prueban una vez más que son un partido de mucho sentido práctico. Un partido que no emplea en empresas secundarias la fuerza que necesita para las grandes empresas.

Ya nada dificultará, pues, la incorporación de los señores Prado y Miró Quesada. Nada la demorará siquiera. No habrá motivo ni pretexto para largas discusiones y ardorosas polémicas. La unanimidad será absoluta. Un gran carpetazo resolverá la entrada de los diputados de 1917. Un gran carpetazo y una ovación cerrada.

(En *La Razón*: Nº 37; Lima, 24–VI–1919)

VOCES

El hombre del día

El personaje más eminente de la actualidad criolla es el señor Pizarro. Ese señor Pizarro, gordo, montañés y taimado, que comparte con el metropolitano señor Gazzani la representación del departamento de Amazonas en la Cámara de Senadores. Ese señor Pizarro dueño de las gracias, favores y mercedes del señor Pardo durante dos legislaturas ordinarias y varias extraordinarias. Ese señor Pizarro a quien sujetaba el gobierno en la ciudad para que no entrase en el parlamento el señor don Miguel Grau. Ese señor Pizarro tan vituperado por la oposición y por la barra en las grandes tardes parlamentarias en que todos hubiéramos querido oír la voz emocionante y prócera del hijo del héroe.

Amazonas está en rebelión. Y el señor Pizarro es el caudillo de los rebeldes. En Amazonas gobierna un prefecto nombrado por el señor Pizarro. No gobierna el prefecto nombrado por el gobierno. Los pizarristas cierran el paso a Amazonas a los comisionados, funcionarios y gendarmes del señor Pardo. Amazonas no reclama su autonomía: se la da de hecho. No se separa del país; pero se aboca el derecho de designar a sus gobernantes. Y, por consiguiente, se aboca el derecho de administrar por sí misma las rentas de su presupuesto departamental y de sus presupuestos municipales.

Sin embargo, el señor Pizarro circula tranquilamente por las calles de Lima, enaltece la actitud de su departamento, declara que se siente muy a gusto bajo la administración prefectural del señor Perea y que no quiere cambiarla por otra y se ríe de las gentes tímidas apocadas y medrosas que le hablan de la posibilidad de que el gobierno mande a Amazonas un regimiento.

Y se ríe más aún de las gentes que le preguntan:

–¿No teme usted, señor Pizarro, que le tomen preso? ¿No teme usted que lo procesen?

El señor Pizarro, ufano y orgulloso de su señorío en Amazonas, se encoge de hombros ante los temores de sus amigotes, mueve la cabeza y exclama:

–¡Que me tomen preso! ¡Se incorporará Grau!

Y, acoderado al mostrador del Estrasburgo, se regodea campechanamente.

El señor Pizarro ha sido un favorito del gobierno. Desde que puso los elementos gubernamentales de Amazonas al servicio del leguiísmo ha dejado naturalmente de serlo. Pero, para él, como si continuara siéndolo. El gobierno no puede tratarlo como a enemigo. Tiene que tratarlo como a amigo. Tiene que respetar su libertad. Tiene que considerarlo inmune. Tiene que amnistiarlo por sí y ante sí. Entre el señor Pizarro y el gobierno existe el vínculo de una antigua solidaridad.

Las gentes de la ciudad miran al señor Pizarro con la boca abierta.

Se resisten a creer que una persona como el señor Pizarro que usa lentes negros, sea el curaca todopoderoso que ha rebelado al departamento de Amazonas y que ha venido a la capital a defender, amparar y loar su rebelión.

–¿Este es el señor Pizarro de Amazonas? –se preguntan cuando lo contemplan en una esquina, obeso y carretón como el señor don Manuel Bernardino Pérez, encerrado dentro de una circunferencia de interlocutores.

Y se preguntan otra vez:

–¿Es posible que esto sea el señor Pizarro?

El señor Pizarro, por supuesto, no se preocupa del comentario ciudadano, ni del sentimiento gubernamental ni de las opiniones de la prensa. Comprende que está por encima de estas cosas. Se da cuenta de que se encuentra en el umbral de la celebridad.

Y apenas si se digna oír un consejo que el doctor Cornejo le da resplandeciente de elocuencia:

–¡Pizarro! ¡Acuérdese usted de que es dueño de un apellido legendario! ¡Acuérdese de que otro Pizarro de la historia del Perú, Gonzalo Pizarro, tuvo en sus manos la bandera de una insurrección! ¡Piense usted en su responsabilidad histórica! Y, por lo menos, pida usted para Amazonas el "home rule".

Claro que esto del "home rule" le parece al señor Pizarro una barbaridad del señor Cornejo.

(En *La Razón*: Nº 38; Lima, 25–VI–1919)

VOCES

Dos telegramas

El señor don Octavio Alva es un dechado de diputados peruanos. Es un diputado sagaz, diplomático y avisado que nunca está mal con ningún bando político. Que goza de los favores de los gobiernos y de las consideraciones de la oposición. Que mantiene relaciones igualmente cordiales con los representantes de la izquierda y los representantes de la derecha. Se sitúa siempre en la zona templada de la política. Y huye de la zona tórrida.

Su escuela política es la escuela cajamarquina del señor Rafael Villanueva. Pero el señor Alva no se encierra intransigentemente dentro de ella. A veces toma de otras escuelas políticas tal o cual sistema o tal o cual ardid. Y sigue siendo villanuevista en su táctica y en su filiación.

Además, el señor Alva es un varón muy cortés y zalamero. No es su afabilidad la afabilidad donairosa y cortesana del señor Manzanilla, ni es la afabilidad festiva y donjuanesca del señor don Juan Durand, ni es la afabilidad estruendosa y tremebunda del señor Peña Murrieta. La afabilidad del señor Alva es mesurada, opaca y anodina. Pero de toda suerte es afabilidad.

Y, claro, una persona tan galante, tan equilibrada y tan comedida, a pesar de su experiencia y de su práctica política, no se encuentra a gusto dentro de las situaciones de lucha y de contienda. Ahora, por ejemplo, el señor Alva querría complacer a todos los candidatos. A todos los candidatos visibles y a todos los candidatos invisibles. Más aún. Querría que todos triunfasen. Que todos llegasen a presidentes de la república.

Durante las últimas elecciones, el señor Alva estaba en Contumazá. Y se sabe de él que no votó por ninguno de los candidatos. No votó por el Sr. Leguía ni por el Sr. Aspíllaga. No votó por el señor Piérola ni por el señor Bernales. No votó siquiera por su grande y buen amigo el señor Larco Herrera. Se abstuvo de votar.

Mas, eso sí, después de las elecciones, el señor Alva no pudo contenerse. Sintió la necesidad apremiante de enviar al señor Aspíllaga, candidato del partido civil que es su partido, un telegrama de felicitación. Y no supo resistir esta necesidad.

Depositó sin tardanza en el telégrafo el siguiente mensaje:

"Ántero Aspíllaga.– Lima.– Triunfo espléndido. Felicítole.– Octavio Alva".

Mas con este telegrama no quedó totalmente satisfecho el señor Alva. El señor Alva recordó que también era amigo del señor Leguía. Que había formado parte de la histórica mayoría liberal–leguiísta de don Roberto Leguía. Que había concurrido al congreso de Pando. Y que el señor Leguía era un caudillo.

Y, sin vacilar, depositó este otro mensaje:

"Augusto Leguía.– Lima.– Triunfo espléndido. Felicítole.– Octavio Alva".

Total: dos telegramas iguales del señor Alva. Uno para el señor Aspíllaga, candidato del gobierno. Otro para el señor Leguía, candidato de la oposición. El primero representa la adhesión disciplinaria del señor Alva, civilista, al jefe de su partido. El segundo representa la adhesión afectuosa del señor Alva, antiguo leguiísta, a uno de sus más ilustres amigos personales.

Pero todos los conflictos de deberes no se resuelven con un telegrama. Y hoy el señor Alva se halla en otro conflicto. Tiene que decidirse por un solo candidato. Para él la solución sería emitir dos votos. Mas esto no es posible. Los votos no son como los telegramas...

(En *La Razón*: Nº 39; Lima, 26–VI–1919)

VOCES

Diputado sin tacha

Uno de los pocos diputados que entrarán en la Cámara, sin hacer antesala en la Corte Suprema, es el señor don Arturo Pérez Figuerola. El doctor Pérez Figuerola, diputado electo por Pisco, tiene ya expedito su derecho para incorporarse en el Parlamento. Nadie ha pedido la nulidad de sus credenciales. Sobre sus actas de diputado no se posarán las miradas investigadoras ni las manos flácidas de los severos vocales y fiscales del tribunal. El quórum del señor Pérez Figuerola no correrá ningún peligro de desmenuzamiento ni de disolución.

Se confirma así una vez más la buena suerte del señor Pérez Figuerola. Esa buena suerte que lo conserva gordo, adiposo y colorado, resuelto siempre a guisar, en mangas de camisa, un seco de carnero, a engolfarse en una partida de póker y a pasear su opulencia burocrática dentro de la muelle y rutilante limousine del Ministerio de Fomento.

El señor Pérez Figuerola entra con pie derecho en el segundo capítulo de su historia pública. Y todos recordamos cómo terminó su capítulo de funcionario. Todos recordamos que su jubilación fue una apoteosis. Que en su honor hubo banquetes, medallas, diplomas, discursos y cadenetas. Que el gobierno lo declaró benemérito de la patria. Que el congreso le reconoció tantos años de servicios como tiene de aficionado al tresillo, al arroz con pato y a los anticuchos. Y, recordando esto, no podemos menos que ver en el señor Pérez Figuerola a un hombre de inmejorable sino.

Prevemos que el señor Pérez Figuerola va a pasar por el Congreso con la misma fortuna que por la administración pública. La provincia de Pisco lo reelegirá diputado cuantas veces él lo apetezca. Los corresponsales de los periódicos dirán siempre que sus elecciones han sido canónicas y unipersonales. El señor Róger Luján Ripoll, contendor suyo en todas las elecciones, se abstendrá invariablemente de tachar sus credenciales en la Suprema. Vendrá un día en que el señor Pérez Figuerola ascenderá,

pletórico de salud y ahíto de placeres digestivos, a la presidencia de la Cámara. Ocupará perennemente un puesto en las derechas. Y no volverá al Ministerio de Fomento más que para instalarse en la burocrática poltrona del ministro.

El señor Pérez Figuerola es una de esas personas que marchan en línea recta. Nada lo desvía. Nada lo hostiliza. Nada lo ataja. Por ejemplo, estas agitaciones políticas que actualmente nos turban y nos mueven a todos los peruanos, sin distinción de tamaño ni de filiación, al señor Pérez Figuerola apenas si lo inquietan de rato en rato. El señor Pérez Figuerola es aspillaguista. Pero no le atemoriza la posibilidad de que triunfe el señor Leguía. El señor Leguía estima en mucho su versación en obras públicas, caminos carreteros y caminos de herradura, pistas de automóviles, platos criollos, juego de bochas, yacimientos mineros y latas de petróleo.

Para obtener la diputación por Pisco no ha necesitado sino quererla. Y para quererla no ha necesitado sino fastidiarse de consumir sus energías entre expedientes de aguas y denuncios de minas.

La vida se le presenta al señor Pérez Figuerola plácida, sabrosa y regalada como una partida de "sapo", como un revire de poker, como una pintoresca fuente de papas a la huancaína...

(En *La Razón*: Nº 40; Lima, 27–VI–1919)

VOCES

Niebla repentina

El horizonte parlamentario se ha oscurecido de repente. Esa candidatura del señor Echenique a la presidencia del Senado, que en tan buen pie estaba, se ha tambaleado un poco. Parece que los senadores liberales no la quieren. Parece más todavía. Parece que los senadores liberales desean que la presidencia del Senado sea para ellos. Para ellos o para nadie.

Un calofrío recorre las filas civilistas del senado.– ¡Cómo! ¿Los liberales no se conforman con la presidencia de la Cámara de Diputados? ¿Prefieren la presidencia de la Cámara vieja? ¿Echan por tierra la inteligencia concebida por los civilistas? Las interrogaciones se suceden en las filas civilistas. Y no encuentran respuesta. El propio señor Echenique no acierta a darla.

El porqué del juego liberal, sin embargo, está muy claro.

Los liberales desean la presidencia del Senado porque saben que pueden obtenerla. Las fuerzas del Senado son cuatro. Una, los votos civilistas. Otra, los votos liberales. Otra, los votos leguiístas. Y otra, los votos sin filiación. Candidato de los votos civilistas es el señor Echenique, persona dueña de vastas influencias y de cordiales simpatías. Candidato de los votos leguiístas es el señor Cornejo, orador y maestro insigne. Candidato de los votos sin filiacion es el señor Bernales, contendor victorioso del señor Echenique en otra oportunidad. Los votos liberales bastan para dar mayoría a los votos civilistas o a los votos leguiístas. Luego tienen que ser solicitados por unos y otros.

Ahora bien.

Puede ocurrir que, si los votos liberales se mantienen impertérritamente aislados, se les sumen los votos leguiístas para ayudarlos a derrotar a los civilistas. Puede ocurrir fácilmente. Primero, porque los leguiístas, una vez que se convenzan de que no son mayoría en el Senado, tienen que limitar su aspiración a esto: tirar abajo al candidato gobiernista. Segundo,

porque el hecho de que no sean ellos quienes derroten al gobierno no puede importarles. Lo único que puede importarles es que el gobierno salga derrotado. Cuestión de estrategia.

Los liberales, por esto, se niegan a contraer desde hoy un compromiso. Existe la expectativa de que la presidencia del Senado sea para ellos. Es lógico que ellos no renuncien espontáneamente a esta expectativa. Que a esta expectativa se la lleve el viento, en buena hora. Pero que ellos mismos la derriben de un manazo, para robustecer una expectativa ajena, de ningún modo.

Las gentes se ríen.

–¿Quiere decir que la candidatura del señor Echenique va a fracasar por tercera vez?

Y los senadores protestan unánimemente:

–No. ¡El señor Echenique no va a fracasar por tercera vez! ¡Va a triunfar por tercera! ¡Los senadores van a elegirlo, por tercera vez, tesorero!

(En *La Razón*: Nº 41; Lima, 28–VI–1919)

VOCES

Don Juan, candidato

Ya tienen candidato a la presidencia del Senado todos los grupos de esa Cámara. El señor don Juan Durand es el candidato de los senadores liberales. Los candidatos son, pues, cuatro. El señor Echenique, candidato de los senadores civilistas. El señor Cornejo, candidato de los senadores leguiístas. El señor Bernales candidato de los senadores sin filiación. El señor Durand, candidato de los senadores liberales.

Los senadores liberales le han echado así un jarro de agua fría a la candidatura del señor Echenique. Los senadores civilistas confiaban para el triunfo del señor Echenique con la cooperación de los senadores liberales. No aguardaban que los senadores liberales reclamaran para ellos la presidencia del Senado.

Y ahora están, por eso, en trances largos.

Los liberales no se niegan a negociar un entendimiento. Oyen las proposiciones de cualquier grupo. Las oyen y las consideran y las rebaten. Pero mantienen su candidato.

Muy bien –dicen a los senadores de los otros grupos–. Muy bien. Vamos a discutir un arreglo. Pero vamos a discutirlo sobre la base de la elección de un liberal como presidente del Senado.

Y les preguntan a los civilistas:

–¿Ustedes no quieren discutirlo sobre la base de la elección de un civilista?

Los civilistas responden que sí con la cabeza.

Y los liberales exclaman:

–Bueno. ¡Nosotros hacemos lo mismo!

Los civilistas no tienen qué responder entonces.

Los leguiístas rodean a los liberales. Les aseguran al oído que ellos sí se hallan totalmente resueltos a discutir sobre la base de la elección de un liberal. Y les agregan que ellos no son como los civilistas.

Pero los liberales les interrumpen:

–Perdón. Estamos en trato con los civilistas. Y, seguramente, nos entenderemos con ellos.

Y les preguntan, risueñamente, a los civilistas:

–¿No es cierto?

Los civilistas asienten:

–¡Por supuesto!

Era, pues, exacto que el señor don Juan Durand no había traído únicamente de Huánuco sus credenciales de senador. Que no había venido a humo de paja. Su candidatura a la presidencia del Senado lo está diciendo bien claro.

Los liberales se han hecho cargo de su posición en el Parlamento. Se han fijado en que su voto tiene que ser decisivo para la solución del problema presidencial. Y se han creído en la obligación de expresar con un gesto rotundo que no hay por qué suponerles leguiístas ni aspillaguistas. Y que no son sino liberales.

Los periodistas tratamos de encerrar al señor Durand dentro de un anillo de interrogaciones concéntricas. Pero el señor Durand, sonriéndose con toda la boca, se nos escurre como una anguila. Inútilmente lo arrinconamos, poco a poco, contra un poste. Lo único que sacamos en limpio de un diálogo callejero con él es que es candidato. Que los liberales velarán por él solos o acompañados.

Y sacamos, además, esta observación:

–Sólo los senadores liberales saben a firme cuántos son. Los demás grupos del senado no lo saben. Los senadores civilistas, los senadores leguiístas y los senadores sin tildación tienen un número sujeto a fluctuaciones. Un número que sube y baja según la temperatura.

Y que, con este frío del invierno, hay minutos en que baja de cero.

(En *La Razón*: Nº 43; Lima, 30–VI–1919)

VOCES

1º de julio

Entramos en el mes de julio.

Para que no lo dudemos sale a las calles en estos instantes una circular del señor don Isaías de Piérola. Una circular que plantea de hecho la nulidad de las últimas elecciones presidenciales. Una circular que propone la convocatoria a nuevas elecciones y la constitución de una Junta de Gobierno. Una circular que reprocha la elección directa por el Congreso. Una circular que abre solemnemente el debate sobre el problema político.

No estamos ya en una hora de conjeturas y de suposiciones. El señor de Piérola, a nombre del partido demócrata, invita a los políticos a la concordia. Y habla de una junta de gobierno encabezada por el presidente de la Corte Suprema, señor Barreto. Por el mismo señor Barreto que suena en los comentarios metropolitanos como posible candidato transaccional.

Naturalmente esto de la Junta de Gobierno les suena mal a los leguiístas y a los aspillaguistas.

–¡Eso no! –exclaman–. ¡Eso de la Junta de Gobierno no es constitucional!

Pero cambian al leer estas palabras:

–Debemos esperar que el Congreso resuelva con cordura y sagacidad el problema; pero debemos combatir toda intención de que elija directamente. Prorrumpen entonces, unos y otros, en iguales gritos de asentimiento:

–¡Muy bien dicho! ¡Debemos combatir toda intención de que el Congreso elija directamente! ¡El Congreso tiene que elegir entre los dos candidatos que han obtenido mayor número de votos!

Y se enciende la discusión. Para los leguiístas la proclamación del señor Leguía es inevitable. Para los aspillaguistas la proclamación del señor Aspíllaga, es segurísima. Para los partidarios de la solución parlamentaria, ni el señor Leguía ni el señor Aspíllaga pueden llegar a la Presidencia de la República. Para los demás, la Junta de Gobierno es la fórmula ideal.

Y, de repente, interrumpe la discusión una pregunta que siembra grimas, zozobras y desazones:

–Bueno; pero, ¿qué hay de la conspiración? ¿Qué hay de la alarma de la otra noche? ¿Qué hay del temor de que uno de estos días amanezcamos entre tiros y alborotos?

La discusión cesa por un instante. Pero, enseguida, se reanuda bulliciosamente. Gritan las gentes que se está pasando la oportunidad de un golpe subversivo. Que las juntas preparatorias nos inmunizarán contra todo plan subversivo. Y que no faltan sino trece días para que las juntas preparatorias empiecen.

Trece días no más.

(En *La Razón*: Nº 44; Lima, 1º –VII–1919)

VOCES

Otro panorama

Este panorama de hoy no tiene nada del panorama de ayer. Nada absolutamente. No es sólo que el señor Leguía está en el Palacio de Gobierno y el señor Pardo en el Panóptico. No es sólo que el señor Cornejo está en el ministerio desde el cual el señor Mavila, encasillado en su deber moral, se reía ayer no más de una tundente catilinaria del tribuno ilustre. No es sólo que el leguiísmo nos manda, nos gobierna y nos dirige. No es sólo que el gobierno provisorio ha condenado a muerte al Congreso. Es que ha desaparecido bruscamente el tema que ocupaba todos los comentarios, todos los espíritus, todas las actividades y todos los pensamientos: el tema presidencial.

El golpe leguiísta cortó el debate presidencial en los instantes precisos en que se iniciaba. Y en que los diarios echaban a vuelo la María Angola de sus editoriales. Y en que los partidos tomaban posiciones estratégicas para la lucha. Y en que estaban en gestación los borradores de un manifiesto futurista. Y en que las gentes peleaban por un asiento de primera fila en la barra parlamentaria.

Ahora nadie habla del problema presidencial. El problema presidencial está resuelto. Y, si al señor Leguía no se le hubiera ocurrido reformar nuestra carta política, todo habría concluido. Todo habría concluido con la sustitución del señor Pardo por el señor Leguía.

Todo, todo, todo. Los periodistas, los políticos, los chismosos, las demás gentes que nos habíamos hecho la ilusión de asistir a una gran contienda, habríamos sido burlados. Habríamos sido estafados.

Pero Dios es grande.

Dios tenía que mirar con ojos de misericordia a cuantos en esta tierra voluptuosa y mestiza necesitábamos la emoción de un espectáculo prolongado, sensacional y pintoresco.

Se nos quitaba un espectáculo. Bueno. Pero se nos proporcionaba otro.

Y este otro espectáculo es más interesante todavía. Y es, además, un espectáculo a largo plazo. Ya no discutimos si el Congreso elegirá al señor Leguía, elegirá al señor Aspíllaga o elegirá a un tercer candidato. Ya no discutimos eso que nos entretenía mucho, pero que no nos iba a durar sino, a lo sumo, hasta el dieciocho de agosto. Actualmente discutimos algo más tremendo. Discutimos la elección de un nuevo congreso y la sanción plebiscitaria de una nueva constitución. Ya nadie habla de la constitucionalidad. Todos sabemos que hemos salido de la constitucionalidad; pero son pocos los que, asustados, quieren volver a ella. Lo que busca la mayoría es una constitucionalidad distinta.

El señor Cornejo, resplandeciente de orgullo, con la cartera de gobierno bajo un brazo y la cartera de guerra bajo el otro, siente la gran satisfacción histórica de ser un Clemenceau peruano. Y anuncia a la república, por conducto de los periodistas, que van a invitarlo a que designe otro Congreso y vote otra Constitución.

Y el señor Osores, político sustancialmente revolucionario, abre paso con sus manos enérgicas y sus palabras sagaces a la idea de una renovación total.

Pero el comentario de los políticos no es optimista. Es, más bien, incrédulo. Es, más bien, escéptico. Los comentaristas de la política no se entusiasman con las arengas del señor Cornejo. No las contradicen ni las observan. Pero mueven la cabeza negativamente.

–Eso de la renovación del Congreso no podrá ser. Hiere muchos intereses. Muchos intereses que no se dejan sentir bulliciosamente en las calles; pero que se dejan sentir, vigorosos y tentaculares, en todos los organismos, en todas las instituciones y en todos los núcleos dirigentes. Los actuales representantes a Congreso tienen que defenderse.

Un prosélito de la reforma, exasperado por estas dudas y estas desconfianzas, coge al azar un argumento que a él le parece decisivo.

–Está bien. ¡Los actuales representantes a Congreso tienen que defenderse! ¡Pero el gobierno provisorio dispone del medio de neutralizarlos eficazmente! ¡No necesita sino prometerles su regreso al Congreso!

Y los comentaristas de la política se sonríen entonces con más ganas que nunca:

–Perfectamente. ¡Pero es que para eso no vale la pena cambiar de Congreso y mudar de Constitución!

(En *La Razón*: Nº 52; Lima, 9–VII–1919)

VOCES

Una nota sorpresiva

El señor Balta nos ha hecho pegar un salto.

Nos habían dicho al oído que el señor Balta y el señor Miró Quesada se proponían citar a sus Cámaras a juntas preparatorias. Mas, por supuesto, no lo habíamos tomado en serio. Teníamos la seguridad de que el Congreso estaba muerto. No le faltaba sino un epitafio. Un epitafio, por ejemplo, del señor Criado y Tejada, que no sabemos por qué recónditas razones nos parece un orador orgánicamente elegíaco.

Pero el señor Balta nos ha desconcertado.

El señor Balta, puesta una mano sobre la Constitución y sobre los Evangelios, les ha preguntado a los vocales de la Suprema:

–¿Por qué han suspendido ustedes la revisión de los procesos electorales?

Y con el ademán les ha añadido:

–Supongo que habrá sido primero por el aniversario americano. Y después por las bullas del cambio de gobierno. Y más tarde por el domingo de carreras. Y finalmente por la libertad de Barba y Gutarra.

Los vocales de la Suprema se han mirado entre sí. Se han sonreído con toda la boca. Se han pasado la mano por la cabeza calva. Y le han guiñado el ojo al señor Balta.

Mas el señor Balta ha seguido impertérrito.

–¡No, señores! ¡Nada de perezas! ¡Nada de olvidos! ¡El lunes tienen que inaugurarse las juntas preparatorias! ¡El 27 tiene que elegirse las mesas! ¡Y el 28 tiene que instalarse el congreso! ¡Con convocatoria o sin ella, como dice la Constitución!

Los vocales de la Suprema se han mirado otra vez. Se han mirado perplejos. Y por toda respuesta al señor Balta han estirado displicentemente un brazo señalando al Palacio de Gobierno.

El señor Balta, sin embargo, ha mantenido su afirmación:

–¡El 28 de julio tiene que instalarse el Congreso!

Y ha declarado luego privadamente:

–Mientras no haya una nueva Constitución, aceptada por el país, rige la Constitución antigua. Y mientras rija la Constitución antigua, las cámaras tienen que reunirse en juntas preparatorias el 13 de julio y tienen que reunirse en sesión solemne el 28 de julio. Yo, como presidente de la Cámara de Diputados, no sé sino esto. No sé nada más.

Las gentes han comentado entusiastas:

–¡Balta "se arrima"!

Ni más ni menos que si el señor Balta hubiera iniciado una emocionante faena de muleta. Ni más ni menos que si su nota al Presidente de la Suprema hubiera sido un pase natural. Ni más ni menos que si el toro hubiera pasado rozándole la chaquetilla.

Y los leguiístas se han alborotado:

–¡Pero si lo estamos diciendo a cada rato! ¡Esos decretos de la convocatoria a Congreso y de la reforma de la Constitución no deben demorar más! ¡En la demora está el peligro! ¡Pero si lo estamos diciendo a cada rato!

Y han exclamado luego:

–¡Ese Cornejo!

Así hemos pasado la noche.

Y así hemos amanecido, sin los decretos todavía. Sin los decretos otra vez. Y con el señor Balta sentado en la presidencia de la Cámara de Diputados, esperando muy serio la respuesta del señor Anselmo Barreto.

Que se ha puesto más serio aún que el señor Balta.

(En *La Razón*: Nº 53; Lima, 10–VII–1919)

VOCES

Leyendo el decreto

El decreto máximo, sustantivo y cardinal del gobierno provisorio ocupa todas las conversaciones. Las diecinueve reformas constitucionales sometidas a plebiscito son diecinueve motivos inagotables de alabanzas, protestas, risas, gritos, chirigotas y hurras. Y el nombre del doctor Cornejo, redondo como una bola, rebota de comentario en comentario.

Las gentes muestran algunas sorpresas:

–¡Cómo! ¿No se establece la elección de presidente por el Congreso? ¡Cómo es esto!

–Es que la elección de presidente debe ser popular. Es que no debe ser parlamentaria. Leguía, verbigracia, acaba de ser elegido por el pueblo. ¡Cómo iba a permitir Leguía que se le quitase al pueblo la facultad de elegir!

–¡Pero Cornejo es partidario de la elección parlamentaria! ¡Cornejo dice que la elección popular conduce al cesarismo!

–Perfectamente. Pero Leguía no cree lo mismo que Cornejo. Ni Osores. Ni Idiáquez. Ni Porras. Ni Gutiérrez. Ni el general Abril. Además no habría sido sensato ni político proponerle al pueblo que plebiscitariamente renunciase a su derecho de elegir Presidente de la República.

–¡Eso no ha debido importarle a Cornejo!

–Pero ha tenido que importarle a Leguía. Era aventurado, por otra parte, confiar a la voluntad congresional la ratificación de la presidencia del señor Leguía. Nadie puede prever exactamente cuál será la composición del Congreso.

Los leguiístas se vuelven locos enalteciendo el decreto. Lo leen a gritos sobre una mesa. Lo agitan como una bandera. Lo ponen en las nubes.

–¡Es una obra sabia! –exclaman– ¡Concilia todas las opiniones! ¡Satisface a los partidarios del plebiscito! ¡Y a los partidarios de la Constituyente!

Y, en verdad, el espíritu del decreto no puede ser más transaccional y

ecléctico. El decreto convoca a un plebiscito. Pero no para todas las reformas constitucionales sino para diecinueve tan sólo. El plebiscito tiene por objeto único la sanción de aquellas reformas que en congreso chocarían con muchos intereses vigorosos y muchas resistencias mañosas. Para las demás reformas el decreto convoca a una constituyente. Pero no a una constituyente ilimitada sino a una constituyente durante treinta días. Una constituyente de amplios poderes habría sido peligrosa para el gobierno provisorio. Tal vez el gobierno provisorio se habría visto obligado a concluir disolviéndola. Con una constituyente de treinta días, que a mayor abundamiento no se llamará constituyente sino asamblea nacional, no pasará lo mismo. Y, de este modo, habrá plebiscito, habrá constituyente y habrá congreso. Una miscelánea para todos los gustos construida sobre la base de una eleccion única.

Los leguiístas se frotan las manos. Ven delante de sí cinco años de gobierno venturoso y bienaventurado. Cinco años de señorío del señor Leguía. Cinco años de legislación de un congreso inmutable y leguiísta.

Y, seguros de que el presente y el porvenir son suyos, se vuelven hacia los senadores y diputados del congreso disuelto para preguntarles:

–¿Todavía piensan ustedes en inaugurar sus juntas preparatorias?

Pero nadie les responde.

Únicamente el señor Balta, que persiste en hablar en nombre de la Constitución del Estado, torna a afirmar muy serio:

—El trece de julio tienen que inaugurarse las sesiones preparatorias. ¡Y el veintiocho tiene que instalarse el Congreso! ¡Con convocatoria o sin ella!

(En *La Razón*: Nº 54; Lima, 11–VII–1919)

VOCES

Período de cinco años

Puede ser que las burlonas, traviesas y tropicales gentes de esta tierra aprueben todas las reformas constitucionales sometidas a plebiscito por el gobierno provisorio. Pero es imposible que aprueben una: la que fija en cinco años la duración del período presidencial. Es posible que no la aprueben siquiera las gentes del leguiísmo. Sencillamente porque muy pocas gentes del leguiísmo tienen la seguridad de ser leguiístas durante cinco años consecutivos.

Y es muy natural que así ocurra. Aquí nos aburrimos de todos los presidentes antes del cuarto año. No hay gobierno que en el segundo año no comience a cansarnos. No hay gobierno que en el tercer año no nos haga suspirar por el término de su período. Y respecto del cuarto año de cualquier gobierno, nadie pone en duda que, invariablemente, es un año insoportable.

Muchas gentes creen, por eso, que los políticos debían tender a una rebaja progresiva del período constitucional. Y que debía ensayarse primero la rebaja a tres años. Después la rebaja a dos años. En seguida la rebaja a un año. Y, por último, la rebaja a ningún año, que es la rebaja patrocinada por don Teodoro Herrera. A cuya opinión seríamos capaces de adherirnos nosotros si en estos tiempos no fuera tan aventurado adherirse a opinión alguna.

Las gentes más moderadas juzgan que, por lo menos, debía suprimirse el cuarto año. Juicio que comparte, probablemente, el general Canevaro, quien según la versión callejera ha expresado en una oportunidad una convicción categórica y contundente. La de que es preciso suprimir el último año del período presidencial.

Suenan en las calles comentarios, asaz expresivos:

–¡Pero eso de aumentar el período presidencial es temerario, monstruoso y hasta cruel! ¡Cuatro años eran ya demasiado! ¡Cuatro años

eran algo superior a la resignación ciudadana! ¡Cuatro años eran un siglo!

Y un leguiísta ardoroso nos habla así:

–Yo pienso también que eso de aumentar el período no está bien. Pero pienso, sobre todo, que en el presente caso el aumento es merecido. Un presidente vulgar, rutinario y anodino no debe durar en el gobierno sino cuatro años a lo sumo. Pero un presidente renovador, revolucionario y singular como Leguía puede durar cinco años. Los cinco años de Leguía van a pasar en un segundo.

Y risueñamente nos agrega:

–¡Ya veremos, más tarde, en el curso del período de Leguía, la manera de reducir el período de su sucesor! ¡Y de todos sus sucesores!

Pero la opinión dominante no es esta. La opinión dominante es que, con perdón del señor Leguía, del señor Cornejo y de la Patria Nueva, el aumento del período presidencial a cinco años es un ataque a la tranquilidad pública. Y un ataque al optimismo nacional respecto a la futura bienandanza de la nación.

Las gentes que murmuran contra el gobierno provisorio agregan otras críticas.

–¿El gobierno provisorio –preguntan–, cree o no cree en la validez de las últimas elecciones presidenciales? ¿Cree o no cree que expresan la voluntad popular?

–Cree.

–¿Cree seguramente?

–¡Claro que cree! ¡Cree a pie juntillas! Si no creyera en la validez de las últimas elecciones habría convocado a elecciones nuevas. No habría resuelto que el próximo Congreso se limitase a calificarlas.

–Pues bien. Entonces el período del señor Leguía no puede durar sino cuatro años. El país no ha elegido al señor Leguía por un período de cinco años. Lo ha elegido presidente por un período de cuatro años únicamente. Estamos, pues, delante de un dilema. O las elecciones presidenciales, son válidas y expresan la voluntad popular, en cuyo caso el período del señor Leguía no puede pasar de cuatro años, o las elecciones presidenciales no son válidas, en cuyo caso se tiene que convocar a nuevas elecciones.

Y se enciende una discusión entre las gentes adictas al señor Leguía y las gentes adversas al señor Leguía. Una discusión que a nosotros no nos atrae. Porque es una discusión sobre un punto de menor cuantía. Y la

discusión sustancial, a nuestro juicio, es la que se refiere al alza del período presidencial de cuatro a cinco años. Que en esta época de alza de las subsistencias resulta, por otra parte, una alza sin importancia alguna.

(En *La Razón*: Nº 55; Lima, 12–VII–1919)

VOCES

Mundo liberal

Los liberales están en pleno debate. Aguardan la llegada del doctor Durand para tomar una resolución. Y mientras viene el doctor Durand mantienen suspendida esta sesión histórica. Pero extraoficialmente discuten en los pasillos de "La Prensa", en los salones del cabildo, en la casa de don Juan y en las calles metropolitanas.

La hora es trascendental para el partido.

El gobierno provisorio acaba de convocar a elecciones generales de representantes a Congreso. Y esta renovación total del Congreso constituye para los liberales, por el momento, la pérdida de su sólida posición parlamentaria. Los liberales resultan de repente, por obra del decreto revolucionario, sin los treinta y cinco votos en el Congreso que tan extraordinaria autoridad política les daban. Cierto que los liberales saben que pueden obtener muchas representaciones en el próximo Congreso, aunque, por supuesto, no tantas como las que pierden. Pero esto no puede contentarlos fácilmente. Los liberales ven claramente que desde el Palacio de Gobierno serán combatidos todos sus candidatos, si no por el propio señor Leguía, por los elementos adictos al señor Leguía.

Sólo que los liberales no pueden situarse en este único punto de vista. Sus puntos de vista tienen que ser más amplios, más panorámicos, más doctrinarios. El partido liberal debe pensar más que en su presente, en su porvenir. Y bien. ¿Qué conviene a su porvenir? ¿Que el partido intervenga en el movimiento reformador o que se coloque al margen de él? ¿O que intente restaurar la igualdad extinta?

Esto es lo que suscita ardorosa polémica entre los liberales.

El señor Balta es, dentro del comité, el leader de las derechas reaccionarias.

–El partido liberal –dice– está obligado a defender la legalidad. Su bandera no puede ser otra que la bandera del Congreso. Yo recuerdo a mis

correligionarios que el partido liberal, dirigido personalmente por su ilustre caudillo, organizó la revolución contra el señor Billinghurst. Y que esa revolución tuvo por origen el propósito del señor Billinghurst de expedir un decreto disolviendo al Congreso y convocando a un plebiscito. Un decreto que era, más o menos, igual al que acaba de expedir el gobierno provisorio. Y que, como este, era un decreto inspirado por el doctor Cornejo.

Y el señor Curletti, que dentro del comité, es el leader de las izquierdas reaccionarias, le contesta:

–El partido liberal es un partido renovador. El partido liberal es un partido joven. Su sitio no está en la reacción; está en la revolución. ¡Cómo! ¿Sería posible que el partido liberal se aferrase a una legalidad envejecida y paralítica? ¿Sería posible que el partido liberal se aferrase a una legalidad civilista y caduca? ¡Cómo! ¡Qué importan treinta y cinco votos en un Congreso descompuesto y putrefacto!

El señor Balta le replica:

–¡Es que el partido liberal es un partido experimentado! ¡Es que el partido liberal no puede engañarse! ¡Es que el partido liberal no debe fiar en esa fraseología gaseosa de la patria nueva, de la reforma y de la renovación! ¿El Congreso actual es malo? Exactamente. Yo creo lo mismo. ¿Pero qué garantía nos ofrece el gobierno provisorio de que el Congreso próximo será mejor? ¿Qué garantía, señor Curletti?

Y se sonríe escéptico.

Pero el señor Curletti insiste sagaz y briosamente:

–¿Qué es eso, señor Balta? ¿Qué es eso, señor ingeniero? ¡La acción política no debe ser pesimista! ¡Debe ser optimista! ¡No debe ser negativa! ¡Debe ser afirmativa! ¡No debe ser destructiva! ¡Debe ser constructiva! Y nosotros los liberales, señor Balta, ¿qué hemos sido siempre sino unos grandes optimistas? ¿Quién ha sido en el Perú más optimista, más soñador que el doctor Durand, nuestro amado jefe? ¿Quién ha sido más optimista que él cuando se ha jugado la vida en las quebradas por sus ideales de jacobino y de federalista? ¿Y acaso no fue también optimista, demasiado optimista, el partido liberal, cuando para salir de un gobierno militar, concurrió a la constitución del gobierno del señor Pardo? ¿Por qué no va a ser optimista una vez más el partido liberal? ¿Por qué, señor Balta? ¿Por qué, hombre de poca fe? ¿Por qué, hijito mío?

Los liberales del centro, con el señor Juan Durand a la cabeza, asisten interesados a la controversia. No se afilian aún a la tesis del señor Balta ni

a la tesis del señor Curletti. Esperan, para emitir su voto, la presencia del doctor Durand.

Y, en tanto que el doctor Durand se traslada a Lima, guapean al señor Balta, leader de las derechas y al señor Curletti, leader de las izquierdas.

(En *La Razón*: Nº 56; Lima, 13–VII–1919)

VOCES

El leader joven

Una de las figuras sustantivas de la actualidad revolucionaria es, desde el mismo cuatro de julio, el señor don Jorge Prado, grande y buen amigo nuestro y de todo el mundo. El señor Prado ha reaparecido en la política activa. Y ha reaparecido como tenía que reaparecer: optimista, brioso y entusiasta.

El señor don Jorge Prado, como se sabe, no ha podido actuar en la campaña electoral. Las consideraciones amistosas que en la casona del General Lafuente se guardan al señor Aspíllaga, lo alejan de la lucha. Frente a la beligerancia entre el señor Leguía, candidato de las izquierdas oposicionistas, y el señor Aspíllaga, candidato de las derechas gobiernistas, el señor Prado tuvo que ser neutral. Neutral a toda costa. Se contrapesaban en su espíritu su vinculación política con la oposición y su vinculación personal con el señor Aspíllaga.

Naturalmente, el temperamento del señor Prado no se aviene con la neutralidad. No se aviene con la abstención. No se aviene con la inercia. El temperamento del señor Prado es un temperamento esencialmente combativo. El señor Prado manifiesta en todo instante una gran inquietud espiritual. La neutralidad, en un período de beligerancia universal debe, pues, haber sido terriblemente penosa para él. Debe haber sido –como dice el general Canevaro– el suplicio "del tártaro".

Pero este suplicio no ha durado.

Muy pronto, antes de lo que se preveía, ha llegado para el señor Prado la oportunidad de resarcirse de sus vacaciones políticas. Una oportunidad idéntica a la que él anhelaba. Una oportunidad bulliciosa. Una oportunidad emocionante. El señor Prado es revolucionario por excelencia. Por consiguiente, dentro de este ambiente revolucionario, caldeado por la elocuencia fogosa del señor Cornejo, el señor Prado se siente muy a gusto. Esto del plebiscito, de la renovación parlamentaria, y de los diecinueve puntos

constitucionales, le parece encantador. Don Jorge es partidario de la reforma instantánea y violenta. En lo que se diferencia de su ilustre hermano don Javier que, ecuánime y equilibrado en demasía, es partidario de la reforma gradual, ponderada y reflexiva.

Es por esto que vemos al señor Prado entrar al despacho del presidente provisorio y al despacho del señor Cornejo. Es por esto únicamente. Al señor Prado se le ha comunicado el ardimiento reformista del señor Cornejo. La reforma tiene en él a uno de sus panegiristas más entusiastas. Y al más resuelto de sus heraldos.

Nosotros le hemos expresado dudas pesimistas y risueñas:

–¿La reforma? Bueno, pues, que venga la reforma. Pero, ¿vendrá, de veras? ¿O vendrá tan sólo como un medio de vestir de idealismo el golpe de estado del cuatro de julio?

Y el señor Prado se ha indignado contra nuestro escepticismo:

–¡Hombres de poca fe! ¡Jóvenes sin juventud! ¿Desconfían ustedes de la reforma estando Cornejo en el Ministerio de Gobierno? ¿Desconfían ustedes? ¡Hombres de poca fe! ¡A ver! ¿Cuál de los diecinueve puntos consideran ustedes malo? ¡A ver!

Nosotros hemos cambiado entonces de tema:

–Bueno. Pongamos de lado la reforma. ¡Usted era diputado electo por Lima! ¡Usted había sido electo después de una campaña memorable! ¡Una campaña gloriosa en que usted derrotó al gobierno! ¡Una campaña que no ha tenido igual!

Y el señor Prado nos ha respondido:

–Perfectamente. ¡Quiere decir que debo prepararme para una segunda campaña!

(En *La Razón*: Nº 57; Lima, 14–VII–1919)

VOCES

El general vicepresidente

El general Canevaro ha vuelto a creer con toda su alma en la patria nueva.

Tuvo un minuto de duda. Un minuto de vacilación. Un minuto en que lo asaltó el temor de que esto de la patria nueva no pasase de una lírica, pintoresca y agradable fantasía. Fue el minuto en que apareció el decreto de las reformas plebiscitarias. El general Canevaro leyó con disgusto la reforma referente a las vicepresidencias. Esta reforma le pareció inoportuna por lo menos. El general Canevaro pensó que el señor Leguía había olvidado que él, el embajador del leguiísmo en el sur, era el primer vicepresidente electo. Y que esta sola circunstancia debía haber bastado para que el señor Leguía hubiese considerado intangibles las vicepresidencias.

Pero este minuto de duda y de vacilación no duró mucho. El general Canevaro supo bien pronto por declaración cortés del propio señor Leguía, que la supresión de las vicepresidencias no comprendía la vicepresidencia del general Canevaro. Ni la del señor La Torre González. El señor Leguía, zalamero y solícito, se asombró de que el general Canevaro le hubiese supuesto capaz de someter una reforma contraria a su vicepresidencia.

–¡Mi querido general! –le dijo risueñamente– ¡Cómo ha podido usted imaginarme tan ingrato! ¡Mi general querido! ¡Puede usted estar seguro de que; puesto a elegir entre la reforma de la constitución y la vicepresidencia de usted, nunca habría preferido yo la reforma de la Constitución! ¡Y no sólo habría sacrificado yo a su vicepresidencia la reforma de la Constitución! ¡Yo habría sacrificado a su vicepresidencia hasta mi propia presidencia! ¡Para qué quiero yo ser presidente si usted no es vicepresidente!

El general Canevaro, naturalmente, salió encantado del despacho presidencial. Y desde ese instante ha recobrado íntegramente su ventura. Ha vuelto a creer con toda su alma en la patria nueva. Y ha visto brillar,

entrelazados en el éter azul del doctor Cornejo, nimbados por la gloria de la Breña, el nombre del general Cáceres y el nombre suyo.

Gentes traviesas han tratado de sembrar una preocupación en el espíritu claro, austero y marcial del ilustre vicepresidente.

–General, –le han preguntado– ¿no opina usted, como nosotros, que el partido constitucional es, por antonomasia, el partido sostenedor de la Constitución? ¿Y que, por consiguiente, no debe solidarizarse demasiado con el desconocimiento de esa Constitución? ¿Y que el señor Cornejo ha ido muy lejos en algunos de sus nuevos puntos? ¿Y que ese de la supresión de las vicepresidencias ha estado a pique de ser un desatino?

El general Canevaro se ha defendido heroicamente de estas tentaciones:

–El partido constitucional es, en efecto, totalmente constitucionalista. ¡Pero antes que constitucionalista, patriota! ¡Patriota antes que constitucionalista!

Y se ha erguido con el convencimiento de haber pronunciado una frase histórica.

Sobre su cabeza blanca y prócer de general de división, de jefe de estado mayor del partido constitucional y de presidente del Club de la Unión, ha flotado largamente la sonrisa del señor Leguía.

Que es la sonrisa de la patria nueva.

(En *La Razón*: Nº 58; Lima, 15–VII–1919)

VOCES

Candidatura típica

Las buenas, rústicas e híspidas gentes de San Mateo, son esencialmente revolucionarias. No son, por supuesto, revolucionarias a la manera del doctor Cornejo. Son revolucionarias a su manera antigua, inculta y varonil. No entienden de plebiscitos ni de referéndum, ni de parlamentarismo. No entienden de esto absolutamente. Para ellas revolución quiere decir montonera, guerrilla, tiroteo y cupo.

Y, por esto, ahora que se anuncia a la República que atraviesa un período revolucionario, las gentes de San Mateo expresan claramente su concepto de la revolución proclamando la candidatura del clásico coronel Mateo Vera a la diputación por Huarochirí.

El tipo revolucionario de San Mateo, Matucana y Santa Eulalia es, a juicio de ellas, don Mateo Vera. Por consiguiente a don Mateo Vera le toca la representación de la asamblea surgida de la revolución.

El anterior diputado por Huarochirí fue un civilista; el señor Elías Mujica. El actual diputado es un sabio, el señor Julio C. Tello. Y ambos son, naturalmente, los candidatos probables a la representación de Huarochirí en el Congreso. Pero San Mateo no cree que ni una ni otra candidatura sean propias de un instante revolucionario. San Mateo piensa que el instante no es de los civilistas ni de los sabios. Piensa que es de los revolucionarios. Y revolucionario, verdadero revolucionario, sólo es para San Mateo en la provincia de Huarochirí el coronel D. Mateo Vera.

Además, es probable que San Mateo crea que la patria nueva no debe constituirse sobre la base de sabios ni sobre la base de civilistas. Que una base de sabios o de civilistas no es una base sólida. Que una base de sabios o de civilistas es una base deleznable. Y que la patria nueva debe constituirse sobre la base de hombres de recia contextura, avezados a las andanzas bélicas y familiarizados con los peligros tramontanos.

Y el coronel Mateo Vera, aureolado por su romántica leyenda de

guerrillero de la quebrada, tiene que ser en la provincia de Huarochirí, además de una figura netamente aborigen, una figura patriarcal y legendaria.

Acaso no surja su candidatura. Tal vez no pase de una transitoria ilusión de las gentes de San Mateo. Quien sabe no entusiasme los fríos corazones quechuas de los demás electores de la vasta y bizarra provincia de Haurochirí. Pero, de toda suerte, es una candidatura representativa. Es una de las candidaturas más interesantes de estas elecciones generales.

Y sería una lástima, sería una gran lástima, que el coronel Mateo Vera no pusiese en la miscelánea abigarradamente leguiísta de la próxima asamblea nacional, la nota pintoresca y evocadora de su poncho, de su carabina, de sus zapatos, de su léxico y de su nombre de montonero.

(En *La Razón*: Nº 59; Lima, 16–VII–1919)

VOCES

Compás de espera

Los liberales de las derechas y los liberales de las izquierdas tienen puestos los ojos en el doctor Durand. Aguardan impacientes el instante en que el leader de todos los líderes liberales tome la palabra para señalar la orientación del partido. Y analizan y escrutan cada palabra, cada sonrisa y cada gesto del doctor Durand para ver si contienen algún anhelo revelador de sus propósitos.

Naturalmente, el doctor Durand no adelanta, por ahora, una opinión definitiva. Nadie puede pedírsela aún. El doctor Durand está todavía en una hora de cortesías sociales. Todo es alrededor de él, generalmente, congratulaciones, parabienes, galanterías. Las gentes que se acercan al doctor Durand no quieren, por supuesto, que las crea interesadas en informarse sobre su pensamiento político. Quieren que las crea interesadas en informarse sobre su salud, sobre su convalecencia, sobre su curación.

Pero esto no impide, desde luego, que en torno al doctor Durand no se hable sino de política. Los liberales discuten, sin tregua, los dos decretos históricos del señor Leguía. Y estudian la posición de su partido frente a ellos.

El señor Curletti enreda a los contertulios en sus hilos sutiles. Lucha por inocular optimismo e ilusión en los descorazonados y en los escépticos. Sostiene su idea de que el partido liberal no sólo no debe considerarse desalojado del poder sino, antes bien, consolidado en él.

Y exclama convencido:

–¡Aquí los únicos caídos son los civilistas! ¡Los liberales hemos triunfado! ¡Los liberales no hemos caído con el civilismo! ¡Hemos triunfado con el señor Leguía! ¡Qué otra cosa representa esta renovación del Congreso, esta reforma de la Constitución y esta iniciativa de los congresos regionales! ¿No han sido los liberales revolucionarios siempre? ¿No han sido los que reiteradamente se han echado al hombro una carabina

en defensa de la libertad y de la democracia? ¿No han sido los que han pedido respeto para los derechos de las provincias? ¿No han sido los que han enarbolado más de una vez la bandera del regionalismo?

Una voz le interrumpe:

–¿Y esta ley electoral del doctor Cornejo garantiza ese mínimo de libertad y de democracia que los liberales hemos reclamado en todos los tiempos?

Y el señor Curletti continúa:

–¿Qué importa la ley electoral! ¡Qué importa que el gobierno tenga en sus manos el mecanismo de la elección! ¡Al gobierno, por lo mismo que dispone de tanto poder, no le conviene usarlo en su beneficio! ¡Sólo son autoritarios y abusivos los gobiernos débiles! ¡Los gobiernos fuertes son respetuosos! ¡Su fuerza no es un peligro para los ciudadanos: es una garantía!

Pero si el doctor Durand se acerca al coro el Dr. Curletti se calla. Demasiado discreto para complicar al doctor Durand en una discusión episódica, el doctor Curletti suspende rápidamente su discurso. Y sagazmente despista al doctor Durand respecto del tema de la conversación:

–¡Estos liberales, doctor, son muy lisos! ¡Me llaman su maestro para que las gentes se imaginen que soy más viejo que ellos!

(En *La Razón*: Nº 60; Lima, 17–VII–1919)

VOCES

Provincia sobreviviente

Uno de los hombres más venturosos de la tierra, en esta hora de la madrugada en que escribimos rodeados de gritos, papeles, preguntas y contertulios, es el doctor Aníbal Maúrtua, liberal ilustre, publicista estudioso y geógrafo conspicuo.

El doctor Maúrtua andaba descontento y malhumorado hasta ayer. Le habían informado que entre las provincias que se quedaban sin diputación, por obra del señor Cornejo, estaba la provincia de Pachitea. Y, claro, se había disgustado mucho.

Pero en la tarde de ayer el Dr. Cornejo le detuvo en la calle para decirle:

–¡Doctor Maúrtua! ¡Pachitea tendrá diputado! ¡Y ese diputado será usted!

El doctor Maúrtua tuvo la sensación de que el mundo daba vuelta de campana. Y estrechó entre sus brazos al tribuno. Le agradeció sus palabras en nombre de Pachitea. Y le aseguró que Pachitea estaba en cuerpo y alma con los diecinueve puntos de la reforma constitucional.

La diputación de Pachitea, según la versión palatina, se ha salvado de milagro.

Estaba comprendida decididamente entre las diputaciones borradas del cuadro de vacantes. Gentes malévolas y traviesas habían sostenido en palacio que la provincia de Pachitea no era una provincia. Que era únicamente una diputación. Y que, siendo únicamente una diputación, lo mejor era suprimirla. Además, habían afirmado que en Pachitea no había electores. Que el doctor Maúrtua había hecho figurar como electores a todos los árboles de su provincia. Y que la opinión pública que auspiciaba la candidatura del doctor Maúrtua no era, por consiguiente, una opinión ciudadana sino una opinión forestal.

Mas nadie había contado hasta ese instante con la previsión del doctor Maúrtua. Nadie tenía noticia de que el doctor Maúrtua había escrito un

libro sobre la provincia. Un libro que hablaba de su pasado, su presente y su porvenir. Un libro que comprobaba su riqueza. Un libro que contenía datos estadísticos completos sobre su población, su agricultura y su minería.

El libro cayó, pues, sorpresivamente en la mesa del presidente provisorio. Y el presidente provisorio no tuvo más remedio que leérselo desde la primera hasta la última página.

Pensó que una provincia sobre la cual se había escrito una monografía minuciosa debía estar representada en la Cámara. Y consultó a sus ministros. Uno por uno, los ministros opinaron con el señor Leguía. Pachitea, en verdad, no se hallaba en la misma condición que las otras provincias de fundación reciente. Pachitea se hallaba amparada por un libro.

Sólo al doctor Osores se le ocurrió un consejo maligno:

–Si suprimimos la diputación de Pachitea obligaríamos a Maúrtua a publicar otro libro. Maúrtua, que ha escrito un libro defendiendo su provincia escribiría, sin duda, otro libro, defendiendo su diputación. ¡Yo creo, por esto que debemos suprimir la diputación por Pachitea! ¡Yo soy partidario de que el Estado estimule el incremento de la bibliografía nacional!

Y se sonrió con toda su socarronería clásica y esclarecida.

(En *La Razón*: Nº 61; Lima, 18–VII–1919)

VOCES

La pareja constitucional

El señor Leguía recibe diariamente una visita esclarecida, sistemática y puntual: la visita simultánea del general Cáceres y del general Canevaro. Una visita que hasta este instante es una nota esencial de la nueva vida peruana. Una visita que consignan religiosamente en sus crónicas cotidianas los acuciosos periodistas palatinos.

El general Canevaro y el general Cáceres no llegan siempre a Palacio al mismo tiempo. Pero en Palacio se juntan siempre. Y salen, invariablemente, en compañía. Paralelos, marciales y legendarios, pasan bajo el umbral de la puerta de honor con la majestad de dos personajes que caminan hacia la gloria.

No es probable que las reformas constitucionales y las resoluciones anexas sean aderezadas con la colaboración bizarra y militar de los dos generales de división del partido de la Breña. No es probable tanto. Pero es evidente, en cambio, que ambos generales llenan un gran rol en el régimen provisorio. Que son uno de sus órganos principales. No el cerebro, por supuesto; pero sí el corazón.

El general Cáceres y el general Canevaro sienten que son algo así como los padrinos de la revolución. Y este título los enorgullece. Los enorgullece más que su grado de generales de división.

Sólo el general Canevaro no se conforma con tener en la patria nueva este título único. Quiere que se le conozca un título más. Un título que cree haber ganado en buena lid. El título de primer vicepresidente.

El señor Leguía le ha prometido la validez de su vicepresidencia. Le ha dicho que la reforma constitucional no regirá, en cuanto a las vicepresidencias, en el período próximo. Que debe aguardar tranquilamente la inauguración de la legislatura. Que no tiene motivo para temer una actitud irrespetuosa y atrevida de las mayorías parlamentarias.

Y, claro, el general Canevaro ha recuperado desde ese instante toda su

confianza en el presente y en el porvenir de la República. Todo su convencimiento de que es la segunda persona del régimen provisorio. Toda su certidumbre de primer vicepresidente.

Mancomunado con el general Cáceres entra y sale de Palacio. Dispensa favores y mercedes gubernamentales. Defiende los fueros y las aspiraciones de la cohorte de cesantes e indefinidos del partido constitucional. Auspicia las candidaturas hijas, parientes o afines del cacerismo. Y pone en las tertulias del gabinete presidencial la nota pintoresca de sus frases insignes.

Pero hay gentes que murmuran que el porvenir le reserva al general Canevaro una sorpresa desagradable. La sorpresa de que el Congreso, a pesar de los ofrecimientos del señor Leguía, desconozca su vicepresidencia. Los representantes, según dicen, no creerán, como el señor Leguía, que sea compatible la promulgación de la reforma que suprime las vicepresidencias con la proclamación de la vicepresidencia del general Canevaro. El único que lo continuará creyendo será el señor Leguía. Si es que el señor Leguía lo cree efectivamente...

(En *La Razón*: Nº 62; Lima, 19–VII–1919)

VOCES

Ubicación histórica

El doctor don Jorge Prado, no aspira en esta oportunidad revolucionaria de cambio, transición o mudanza a una diputación por Lima. Sabe que todos los electores de Lima son sus buenos amigos. Sabe que una campaña suya sería seguramente, como en 1915, una campaña victoriosa. Y sabe que sus partidarios de la vez pasada no aguardan sino que aparezca su candidatura, en hombros de la juventud, para echarse a las calles aclamándola. Pero esto no seduce al señor Prado. El señor Prado cree que las diputaciones por Lima deben quedar para aquellos personajes metropolitanos que, mereciendo entrar al parlamento, por sus conspicuos timbres intelectuales, carecen de ubicación posible en el cuadro de diputaciones provinciales. Y, sobre todo, el señor Prado cree que a él le toca representar en la Cámara una provincia de nombre histórico.

Y la provincia de nombre histórico que por antonomasia le pertenece al señor Prado es, sin duda alguna, la que él ha elegido: la provincia del 2 de Mayo. La gloria del 2 de Mayo constituye, como es sabido, el más ilustre blasón de la familia Prado y Ugarteche. El general Prado fue el héroe de la revolución famosa que antecedió al 2 de Mayo.

El señor Prado no será, pues, en la Cámara, diputado por Lima. Será diputado por la provincia del 2 de Mayo. El título de la provincia que represente no será un vulgar nombre geográfico. No será un accidental nombre quechua o castellano. Será una fecha legendaria. Una de las fechas que enorgullece el espíritu nacional.

Dueño ya virtualmente de la credencial de diputado por 2 de Mayo, el señor Prado entra constantemente en Palacio para conferenciar primero con el señor Leguía, luego con el señor Cornejo, en seguida con el señor Osores. Para encontrarse en el pasillo con la marcial pareja de los generales Cáceres y Canevaro. Para recuperar, después de cuatro años de olvido, la costumbre de ir a Palacio. Para colaborar en la política presidencial. Para

fortalecer su fe en la patria nueva. Y para saturarse de devoción a las reformas constitucionales.

Los candidatos miran en él, con este motivo, a un próximo leader. Al leader joven de que hablábamos el otro día. Y el señor Prado se envanece con una convicción recóndita. La de que mejor que el título de leader joven es, ciertamente, el título de diputado por la provincia insigne del 2 de Mayo.

Y el leader joven es un partidario entusiasta de todas las provincias de nombre histórico. Lamenta, por esto, que se haya suprimido las diputaciones de las provincias de Fajardo y Espinar. Y aconseja al "gran ciudadano" don Juan Manuel Torres Balcázar que, en vez de lanzarse como candidato a una diputación por Lima, se lance como candidato a la diputación por Bolognesi.

–Bolognesi –le dice– es la provincia que a usted le toca. Acuérdese usted de que sobre la noble base de la diputación por Bolognesi ha construido usted su reputación parlamentaria.

Y el señor Prado habla al señor Torres Balcázar con tanto fervor, con tanto fuego y con tanta elocuencia, que lo deja vacilante, dubitativo e irresoluto.

Pero no convencido.

(En *La Razón*: Nº 63; Lima, 20–VII–1919)

VOCES

Habla Cornejo

El señor Cornejo, con santa entonación histórica, habló así ayer desde un balcón de Palacio.

El discurso del señor Cornejo nos hizo, pues, la impresión de un discurso emocionante y sensacional. Nos hizo la impresión de un pase de pecho de Belmonte. Sacamos nuestro pañuelo resueltos a agitarlo en su honor. Y le aventamos el sombrero.

El señor Cornejo, evidentemente, se "arrimaba". Era un bolchevique. Un gran bolchevique. No sólo pedía a gritos al pueblo que eligiese una constituyente revolucionaria. Y que prolongase hasta los días del funcionamiento de la constituyente el ambiente revolucionario. Requería el apoyo del pueblo para la destrucción de los partidos.

Nuestros contertulios de media noche entraban a la imprenta con esta petición unánime en los labios:

–¡A ver, léannos ustedes la version del discurso de Cornejo! ¡Es un discurso terrible!

Mas, en la madrugada, nos llegó el eco de una rectificación del señor Cornejo. El señor Cornejo se había encontrado con el general Cáceres. Y se había apresurado a decirle:

–¡General glorioso! ¡Dentro de los viejos partidos no he comprendido, general glorioso, al partido constitucional! El partido constitucional no es para mí un mero partido! ¡Es una legión histórica!

–Señores: ayudadme a destruir a los viejos partidos. Los viejos partidos, señores, no son sino sindicatos de apetitos.

Y nosotros buscamos enseguida, al lado del señor Leguía, a la pareja prócer del general Cáceres y del general Canevaro. Pero ni el general Cáceres ni el general Canevaro estaban al lado del señor Leguía. Al lado del señor Leguía no estaba ningún político de los viejos partidos. Sólo estaba el señor Salazar y Oyarzábal, lubrificado y untuoso como de

costumbre, desaprobando con un movimiento negativo de los bigotes engrasados las palabras del tribuno ilustre. Y entonces nos tranquilizamos. Las palabras del señor Cornejo, seguramente, no iban a ser recogidas por los periódicos. El señor Cornejo las había pronunciado, sin duda, en un arrebato de improvisación altísona. Y, acaso, no las podría retirar de la circulación; pero, de toda suerte, por lo menos, borrarlas de la versión taquigráfica.

Eso creíamos momentáneamente.

Pero en la noche recibimos la versión oficial del discurso. La versión del propio señor Cornejo. La versión escrita en papel timbrado del Ministerio de Gobierno. Y en la versión hallamos las mismas palabras:

–Señores; ayudadme a destruir a los viejos partidos. Los viejos partidos, señores, no son sino sindicatos de apetitos.

Y nos quedamos fríos.

El señor Cornejo no sólo desafiaba la opinión de los partidos desde un balcón de Palacio. La desafiaba desde las columnas de los periódicos. La desafiaba en papel timbrado del Ministerio de Gobierno. La desafiaba categóricamente.

Temblamos.

–¿Qué va a decir de esto el general Cáceres?– nos preguntaban nuestros contertulios de media noche. ¿Y el general Canevaro? ¿Y el general Pizarro? ¿Y el general Abrill? Y todos los ancianos generales del partido de la Breña?

Y tenía razón.

El partido constitucional es, precisamente, uno de los viejos partidos que el señor Cornejo se propone destruir. Que, más aún, considera virtualmente destruídos ya. El partido constitucional es el más viejo de los viejos partidos. Su fisonomía es –según una frase callejera– la de una sociedad de indefinidos. No representa la revolución. Representa la tradición militar. No representa, por ningún motivo, la reforma. Representa, conforme a su título, el constitucionalismo. Es, ciertamente, el partido de gobierno. Es una de las columnas de la patria nueva. Pero no por esto deja de ser uno de los viejos partidos. Uno de los viejos partidos que el señor Cornejo declara fenecidos.

(En *La Razón*: Nº 64; Lima, 21–VII–1919)

VOCES

Política diplomática

La figura ausente del señor Balbuena, diputado por Marañón, es evocada en estos instantes en el comentario metropolitano. Vuelve a sonar en las calles el nombre momentáneamente olvidado del joven, amado y predilecto discípulo del señor Manzanilla. Y en las redacciones de los periódicos, unánimemente poblados de amigos del señor Balbuena, esta evocación repercute bulliciosamente.

Y es que se recuerda los sonoros días parlamentarios en que el señor Balbuena, acometivo, batallador y denodado, atacaba en la Cámara de Diputados la táctica internacional del señor Porras, canciller del señor Leguía en aquellos tiempos igual que en estos. Se recuerda que el señor Balbuena formuló la interpelación que ocasionó la caída del señor Porras. Y que formuló también el voto de censura que la determinó. Y que el señor Balbuena era en esos ilustres días un orador de combate que, mancomunadamente (...)

–¡Claro! ¡Este es un gobierno muy valiente! ¡Este es un gobierno heroico! ¡Y quiere, precisamente, que el señor Balbuena regrese al Parlamento! ¡Para que lo combata lo mismo que la vez pasada!

Y otras gentes han replicado:

–¡Qué gracia! ¡El gobierno sabe que ya es demasiado tarde para que el señor Balbuena sea elegido representante a Congreso. ¡Y, además, ha comenzado por suprimir la diputación por la provincia del Marañón!

Naturalmente, nosotros, como buenos amigos del señor Balbuena, nos alegramos de la supresión de su consulado. Vemos en ella un acontecimiento que nos restituye a un contertulio cotidiano de todos los periodistas. Y que nos devuelve a un personaje extrañado en el escenario de la política criolla.

Estamos, pues, tentados de proponer un voto de gracias al señor Porras. Pero nos contiene la certidumbre de que el señor Porras, sumamente

modesto, no la aceptaría. El señor Porras nos quita un cónsul; pero nos da a un político de la miscelánea casera. Y para nosotros los periodistas, el señor Balbuena no tenía importancia alguna como cónsul general en México. Tiene, en cambio, mucha importancia como político. Y como admirador del señor Manzanilla. Y como interlocutor del periodismo ambulante. Y como diputado a Congreso. Y como autor de interpelaciones.

Y de votos de censura.

(En *La Razón*: Nº 65; Lima, 22–VII–1919)

VOCES

El programa del tribuno

El señor Cornejo tiene engolfado en un debate interminable al gobierno provisorio. Tres o cuatro ministros, con el tribuno a la cabeza, aspiran a una representación parlamentaria. Y el señor Leguía estudia cotidianamente con el gabinete el medio de que sean elegidos sin conflicto para el gobierno.

Naturalmente, el señor Cornejo cree que no hay motivo para tanta preocupación. En su concepto, los ministros pueden ser candidatos sin abandonar el ministerio. Nada importa que la Constitución, como él previsoramente lo propuso, no vaya a ser reformada en este sentido.

–¿Quién va a dudar de la espontaneidad de nuestra elección? –pregunta el tribuno a sus compañeros–. ¿Quién va a dudar del deseo unánime de los pueblos de que ocupemos un puesto en la Constituyente?

Y se pasea a lo largo del gabinete presidencial.

Pero los demás ministros no participan de la opinión del señor Cornejo. Creen que si aceptan una representación parlamentaria deben renunciar al ministerio. Que son incompatibles la condición de ministro con la condición de candidato. Y que, por consiguiente, tienen que dejar el gobierno para presentar sus candidaturas.

Y esto no le gusta al señor Leguía. El señor Leguía piensa lo mismo que el señor Cornejo. Sostiene que los actuales ministros no se hallan en la situación vulgar de todos los ministros. Asegura que la constitución no rige con ellos. Y anima a los ministros a que continúen, a un mismo tiempo, de ministros y de candidatos.

El señor Leguía se fija, ante todo, en la inoportunidad de una crisis ministerial. Recuerda que a los dos días de inaugurado su gobierno, no pudo sustituir al Ministro de Guerra. Comprende que menos aún podría sustituir ahora, sin embarazo y sin fastidio, a tres o cuatro ministros.

Y, por esto, sujeta a sus ministros en Palacio.

Una solución sería que el señor Cornejo desistiera de su candidatura. El desistimiento del señor Cornejo causaría el desistimiento de los otros ministros. Pero el señor Cornejo no se desistirá por ningún motivo.

El señor Cornejo se ha trazado un programa invariable. El primer número de este programa le obliga a actuar en el gobierno como ministro revolucionario, plebiscitario y reformador. El segundo número de este programa lo obliga a actuar en la Constituyente como leader de la revolución. El tercer número, según la sospecha pública, lo obliga a actuar en el extranjero como embajador del Perú, uniformado de gala, seguido de una escolta brillante y condecorado con la roseta de oficial de la legión de honor. El cuarto número, probablemente, es una gran apoteosis final.

Y este programa impide que el señor Cornejo se abstenga de presentar su candidatura. El señor Cornejo no concibe una Constituyente sin discursos suyos. No la concibe. No la concibe. No la concibe.

Otra solución sería que sólo el señor Cornejo presentase su candidatura. Y que, como él no considera necesario renunciar para ser candidato, no perturbase con su candidatura la tranquilidad gubernamental. Pero los otros ministros no la consienten. Los otros ministros candidatos no quieren desistir si el señor Cornejo no desiste también. Si el señor Cornejo mantiene su candidatura, los otros ministros las mantienen igualmente. Y empiezan por separarse del gobierno.

El problema consiste, pues, en convencer al señor Cornejo de que se conforme con no formar parte de la Constituyente. Y resulta, por consiguiente, casi un problema insoluble. Porque el señor Cornejo no es capaz de alterar su programa. Su programa para él es sagrado. Sagrado en todas sus partes.

(En *La Razón*: Nº 66; Lima, 23–VII–1919)

VOCES

Viaje a la sierra

El señor Curletti, secretario del partido liberal, emprende hoy viaje a Huánuco. Es candidato del partido liberal a la senaduría por ese departamento. A la única senaduría que le han dejado a ese departamento los decretos del gobierno provisorio. Y naturalmente, es candidato unipersonal. Lo auspicia su partido. Lo tolera el régimen. Lo quiere todo el mundo.

Huánuco ha resuelto entregar su senaduría al señor Curletti casi sin conocerlo. Esa senaduría no podía ser para el señor don Juan Durand, porque el señor don Juan Durand desea correr la misma suerte que la mayoría del Congreso. No podía ser para el señor Flórez, porque el señor Flórez desea correr la misma suerte que el señor don Juan Durand. No podía ser para el señor Lanatta, porque el señor Lanatta desea correr, por lo menos en Huánuco, la misma suerte que el señor Durand y el señor Flórez. Huánuco tenía que buscar otro senador. Y tenía que buscarlo, por supuesto, en el partido liberal. Huánuco es liberal esencialmente. Y no le parece concebible un senador de otro partido.

Una semana se ha pasado Huánuco buscando en la directiva del partido liberal un candidato oportuno. Ha puesto sucesivamente la mirada en casi todos los miembros de la directiva. Y ha encontrado en el señor Curletti, no sólo un candidato oportuno, sino también un candidato ideal. Para representar a Huánuco en el senado próximo, el señor Curletti posee el título permanente de ser liberal, el título ocasional de ser amigo del señor Leguía y el título sustantivo de ser fidelísimo partidario del doctor Durand.

Además, la fama del señor Curletti había llegado a Huánuco desde hace mucho tiempo. Han sido portadores espontáneos y sistemáticos de ella todos los viajeros del partido liberal. Desde el doctor Durand hasta el señor Aníbal Maúrtua. Desde el señor Pinzás hasta el doctor Badham. Todos, absolutamente todos. Todos han hecho en Huánuco recuerdo amistoso y cotidiano del señor Curletti y de sus muchas excelencias, virtudes, blasones

y gracias.

El señor Curletti, por consiguiente, podría ser elegido senador por Huánuco sin visitar ese tramontano y jacobino departamento del yute, la coca y el café. Sin que él atravesase la cordillera, amenazado por las aviesas asechanzas del soroche, los pueblos de Huánuco podrían expedirle, entusiastas y contentos, las credenciales respectivas. Pero el señor Curletti no se conforma con que sus electores lo conozcan de nombre. Quiere que lo conozcan personalmente. No se conforma con que lo admiren. Quiere que lo amen.

Y, por esto, se marcha a Huánuco.

La izquierda del partido liberal, la izquierda revolucionaria, la izquierda adicta a la reforma, se queda, pues, sin leader. Se queda sin portavoz. Se queda sin paladín. A menos que –como el señor Pinzás nos dice– el señor Curletti se la lleve a Huánuco. Que se la llevará seguramente. Porque –esto nos lo dice también el señor Pinzás– la izquierda del partido liberal está formada sólo por el señor Curletti.

(En *La Razón*: Nº 68; Lima, 25–VII–1919)

VOCES

Democracia nueva

Ahora sí resulta evidente que hemos cambiado de régimen electoral. Antes creíamos que el régimen electoral del señor Cornejo era, con ligeras variaciones, el mismo régimen electoral de la patria vieja. Pero nos equivocábamos. El cambio de régimen electoral es indiscutible. Hemos evolucionado bruscamente de la elección al nombramiento.

Antiguamente la elección era más o menos convencional y más o menos restringida. No era, en la generalidad de los casos, elección del pueblo; pero era, por lo menos, elección de los mayores contribuyentes. Era una elección plutocrática; pero era una elección de toda suerte. El favor del gobierno no era definitivo. Claro que los candidatos procuraban siempre contar con él. Mas lo que procuraban, sobre todo, era contar con los mayores contribuyentes. Los contribuyentes eran los electores. El favor del poder servía sólo para facilitar su captación y su conquista.

Próximamente no habrá elección. Habrá nombramiento. En vez de unos pocos electores: los contribuyentes, habrá un sólo elector: el gobierno. Y, como es sabido, la elección por el gobierno no se llama elección. Se llama nombramiento.

El cambio de régimen electoral no puede ser, por consiguiente, más ostensible.

El señor Cornejo protestará de estas apreciaciones. Pondrá el grito en el cielo defendiendo su reglamento. Pero qué vamos a hacer. Estas apreciaciones no son nuestras. Son de los candidatos a representaciones parlamentarias. Los candidatos convienen, por unanimidad, en que ya no se necesita para ser elegido representante, la voluntad de los contribuyentes. En que no se necesita sino la voluntad del gobierno. Las representaciones por Lima parecen la única excepción. Parecen no más.

Se oye en las calles comentarios expresivos:

–Bueno. Pero si el cuadro de ubicaciones del gobierno provisorio va a

ser un cuadro decisivo, ¿por qué no se simplifica el procedimiento electoral? ¿Por qué no se designa por medio de un decreto el personal del Congreso? ¿Quién le discutiría, dentro de esta situación, al señor Cornejo la legitimidad de un decreto de esa clase?

Y se oye otros comentarios más socarrones todavía:

–¡Es que el señor Cornejo cree que el país no está preparado para tanto! ¡Es que el señor Cornejo no considera que la cultura del país haya progresado lo suficiente como para que un gobierno revolucionario, renovador y científico elija austeramente a los senadores y diputados!

Esta malévola impresión ciudadana no llega, como es natural, hasta el señor Cornejo. El señor Cornejo se halla dentro de una atmósfera demasiado ideal para enterarse de las murmuraciones taimadas y burdas de las muchedumbres callejeras. El señor Cornejo sigue encima de toda suspicacia y de toda incredulidad del vulgo. Pasa por el centro, dentro de su limousine, totalmente desconectado de la pequeña realidad mestiza. Pasa convencido de la democracia absoluta de su régimen electoral.

Nada importa que por su despacho de Ministro de Gobierno desfilen diariamente, indiferentes a sus teorías dialécticas, los candidatos a un puesto en el encasillado leguiísta...

(En *La Razón*: Nº 69; Lima, 26–VII–1919. Y en *Buelna*: Nº 4–5, p. 47; México, 1º –III–1980)

VOCES

Cuatro ases

Las candidaturas nacionales acaparan el comentario metropolitano. No en balde son las candidaturas de cuatro personajes dueños, respectivamente, de un extenso radio de influencia. No en balde son las candidaturas de cuatro conspicuos catedráticos de la Universidad. No en balde son las candidaturas de cuatro ciudadanos representativos y eminentes.

No aguardaban las gentes que aparecieran en el ruedo cuatro candidaturas de tanto trapío. Creían que en la capital, iba a ocurrir lo mismo que en la mayoría de las provincias. La "ubicación" de cuatro candidatos de brevete leguiísta. Y que, por consiguiente, no iba a haber lucha ni contradicción, ni disputa.

Y era lógico. Se sabía que ningún personaje de primera fila, ninguno de esos personajes que por su posición no pertenecen a ningún sector partidarista, se animaba a echarse a la calle en demanda de los sufragios de la ciudad. Y se sabía muchas otras cosas.

Pero, en cambio, no se pensaba siquiera en la posibilidad de que, si no se lanzaba voluntariamente ninguno de esos personajes, los lanzasen de hecho quienes consideran necesaria su presencia en el Parlamento. Y quienes consideran que la capital debe ser representada por ellos. Pensar en esta posibilidad hubiera sido pensar en la existencia de opinión pública. Y, como es sabido, nadie piensa seriamente en que aquí exista opinión pública, aunque en nombre de la opinión pública hablen cotidianamente, sin excepción alguna, todos nuestros partidos, todos nuestros políticos y todos nuestros grupos.

Que se presenten estas cuatro candidaturas ha sido, pues, una sorpresa para la ciudad. Y mayor sorpresa aún ha sido que se presenten auspiciadas por un movimiento absolutamente espontáneo. No estamos acostumbrados a que los electores busquen sus candidatos. Estamos acostumbrados, por el contrario, a que los candidatos busquen sus electores.

Naturalmente todos convienen en que se trata de cuatro candidaturas excelentes.

–¡Manzanilla! ¡Maúrtua! ¡Miró Quesada! ¡Olaechea! –exclaman las gentes– ¡Olaechea! ¡Miró Quesada! ¡Maúrtua! ¡Manzanilla!

Sólo algunos leguiístas netos, algunos leguiístas que sienten religiosamente su leguiísmo, sonríen con hostilidad. No niegan la bondad de las cuatro candidaturas. Su leguiísmo no llega a tanto. Pero les niegan oportunidad. Según ellos la hora es leguiísta, esencialmente leguiísta, esencialmente leguiísta. Y dentro de ella no caben sino candidaturas leguiístas.

El señor Cornejo, por supuesto, no participa de esta opinión:

–¡Es necesario que todos los hombres de valer entren al parlamento! –dice el tribuno– ¡Yo he sido el primero en indicárselo al pueblo!

Mas los leguiístas netos siguen moviendo la cabeza:

–¿Manzanilla? ¿Maúrtua? ¿Miró Quesada? ¿Olaechea? ¡Tienen, efectivamente, mucho talento! ¡Y tienen, efectivamente, mucha cultura! ¿Pero acaso han actuado en el golpe del cuatro de julio? ¿Acaso han contribuido a echar las bases de la patria nueva? ¿Acaso han acompañado al coronel Álvarez en la toma de Palacio? ¿Acaso han felicitado al señor Cornejo? ¿Acaso han reconocido en el señor Leguía a un hombre presidencial, mesiánico y predestinado?

Y, desorientados, interrogan con la mirada al señor Leguía.

(En *La Razón*: Nº 70; Lima, 27–VII–1919)

VOCES

Veintiocho de julio

Este veintiocho de julio es, más o menos, igual a todos los veintiochos de julio de la historia patria. Hay, lo mismo que siempre, castillos de fuegos artificiales, "mesitas" de vivanderas y retretas militares en las plazas públicas; iluminación, trajín y bullicio en las calles y en los paseos centrales; entusiasmos alcohólico y democrático en los bares y en las cantinas; aldeanos pórticos de sauce; cadenetas y farolitos chinos en las tabernas populares; pirotecnia estrepitosa en el cielo y en la tierra; alborozo ingenuo en los viejos, en los adultos, en los adolescentes y en los niños. Hay lo mismo que en nochebuena, música y alboroto.

Pero, sin embargo, se siente que a este veintiocho le falta algo. Algo que ha sido esencial, sustantivo y primario en todos los veintiochos de julio de nuestra vida. Algo que ha constituido siempre la nota más solemne y ceremoniosa del aniversario nacional. A este veintiocho de julio le falta la instalación de Congreso.

Va ser este un veintiocho de julio sin Congreso. Va a ser, por ende, un veintiocho de julio sin mensaje presidencial. Va a ser un veintiocho de julio sin desfile militar vespertino. Va a ser un veintiocho de julio sin muchedumbres en la plaza de la Inquisición.

Este veintiocho tiene que parecernos, por consiguiente, un veintiocho incompleto.

Nos habíamos acostumbrado a que en el programa de las fiestas patrias figurase, invariablemente, un número político: la primera jornada parlamentaria. Elaboración de las "mesas" de las Cámaras. Cómputo de la mayoría y la minoría. Sesión de inauguración de la temporada legislativa. Mensaje del Presidente de la República. Aplausos, comentarios, murmuraciones, polémicas.

No nos importaba que el mensaje del Presidente de la República no contuviese jamás novedad alguna. No nos importaba. Sabíamos de ante-

mano que el mensaje era, inevitablemente, un documento vulgar, rutinario, gaseoso, huachafo, vacío y lamentable. Pero, sin embargo, nos gustaba aguardarlo. Y nos gustaba, sobre todo, glosarlo con apostillas malévolas. Experimentábamos cierta voluptuosidad especial en comprobar, escuchándolo en el Congreso o leyéndolo en los periódicos, la insustancialidad y la garrulería orgánicas de nuestros gobernantes. El mensaje era un motivo para hablar mal del presidente.

Notamos, por eso, que a este veintiocho de julio le falta algo.

Todo se asemeja a los veintiochos de julio antecedentes: los castillos, los cohetes, las cadenetas, los quitasueños. Los borrachos, la chicha, los tamales, los "picarones". Todo, absolutamente todo. Pero siempre le falta algo. Algo que no pueden sustituir las bombardas japonesas, ni la Nochebuena de la Plaza Zela. Ni ninguna invención del criollismo.

Ni el señor Cornejo que, delirante e inflamado, se encarama sobre un carro alegórico para arengarnos en el nombre de la patria nueva, de la reforma constitucional y de la revolución del cuatro de julio.

Y del mesiánico señor Leguía.

(En *La Razón*: Nº 71; Lima, 28–VII–1919)

VOCES

Mes de elecciones

Terminadas las fiestas patrias, apagado el último eco del himno nacional, amanecemos en el umbral de las elecciones. Sólo dieciocho días nos separan de las mesas receptoras de sufragios. Dieciocho días que se irán en un suspiro.

No parece, en verdad, que estuvieran tan cercanas las elecciones.

Estas elecciones tienen por objeto la renovación total del Congreso. Se efectúan dentro de una hora revolucionaria según los discursos del doctor Cornejo. Son según los mismos discursos, los cimientos de la patria nueva que traen aparejado un plebiscito. Un plebiscito destinado a reformar la Constitución del Estado.

Y, sin embargo, estas elecciones no agitan al país, no conmueven a los partidos políticos no inquietan a las muchedumbres ciudadanas. Aquí, en la capital las gentes del periodismo, de la universidad y de otros círculos entusiastas, patrocinan a las cuatro candidaturas nacionales y las diputaciones por Lima proclamadas crean voces de admiración.

(En *La Razón*: Nº 74; Lima, 31-VII-1919)

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ABRAHAM: 43.
ABRILL, Carlos: 240, 263.
ALIAGA, Juan de: 78.
ALVA, Octavio: 226, 227.
ALVAREZ SÁEZ, Jorge: 133, 273.
AÑAÑOS, Artemio: 198.
ARANA Y SANTA MARÍA, Carlos: 45.
ARENAS, Germán: 61, 62, 125, 126, 127, 145, 174, 189.
ASPÍLLAGA, Ántero: 5, 6, 7, 25, 32, 36, 39, 46, 47, 48, 55, 61, 62, 63, 64, 68, 76, 77, 79, 85, 93, 100, 101, 107, 108, 115, 117, 118, 120, 126, 133, 134, 137, 139, 141, 142, 146, 147, 148, 150, 153, 154, 155, 159, 160, 161, 162, 167, 168, 169, 170, 177, 182, 186, 188, 192, 193, 206, 217, 226, 227, 234, 237, 248.
ASPÍLLAGA, señores: 159.
BADHAM, Roberto: 268.
BALBUENA, Gerardo: 59, 102, 127, 172, 222, 223, 264, 265.
BALTA, José: 101, 238, 239, 241, 245, 246, 247.
BARBA, Carlos: 238.
BARREDA Y LAOS, Felipe: 27, 61, 62.
BARRETO, Anselmo: 36, 126, 234, 239.
BARZO, Carlos del: 69.
BEADER, Mr.: 199.
BELAÚNDE, Víctor Andrés: 3, 4, 6, 155, 156, 169.
BELMONTE, Juan: 22, 129, 160, 262.
BENAVIDES, Miguel: 222.
BERNALES, José Carlos: 9, 11, 13, 39, 49, 50, 55, 60, 77, 87, 94, 177, 180, 201, 202, 203, 204, 205, 214, 215, 216, 217, 226, 230, 232.
BERNHARDI, Federico von: 18, 72, 195.
BETHMANN HOLLWEG, Teobaldo de: 72.
BILLINGHURST, Guillermo: 53, 54, 149, 246.
BISMARCK, Otto príncipe de: 54, 73.
BRUM, Baltasar: 3.
BUSTAMANTE Y BALLIVIÁN, Enrique: 186.
CÁCERES, Andrés A.: 9, 11, 12, 13, 15, 20, 65, 66, 67, 70, 94, 103, 251, 258, 259, 260, 262, 263.
CANEVARO, César: 180, 185, 190, 198, 242, 248, 250, 251, 258, 259, 260, 262, 263.
CARAVEDO, Baltazar: 7, 99.
CARBAJAL, Melitón: 67.
CARRILLO, Luis A.: 152.
CASAS, Pedro Angel de las: 74.
CASTRO, Enrique: 197.
CATERIANO, Andrés: 90, 91.
CLEMENCEAU, Georges: 86, 208, 237.
CLOVIS: v. Varela y Orbegoso, Luis.
CONDE DE LEMOS: v. Valdelomar, Abraham.
COOPER, Archibald: 222.
CORBACHO, Jorge: 20, 69, 150.
CORNEJO, Mariano H.: 8, 15, 43, 60, 86, 87, 88, 128, 166, 188, 211, 213, 216, 225, 230, 232, 236, 237, 239, 240, 243, 246, 248, 249, 251, 252, 255, 256, 260, 262, 263, 266, 267, 270, 271, 273, 275, 276.
CRIADO Y TEJADA, Víctor L.: 238.
CURLETTI, Lauro Ángel: 30, 52, 53, 69, 102, 121, 122, 169, 171, 173, 246, 247, 254, 255, 268, 269.
CHAPARRO, David: 73.
CHECA EGUIGUREN, Miguel: 78.
D'ANNUNZIO, Gabriel: 86.
DANTON, Georges: 87.
DÁVALOS, Pedro: 165.
DELLEPIANE, (general argentino): 172, 174.
DENEGRI, Luis Ernesto; 68, 171.
DIEZ CANSECO, Pedro: 59, 102.
DURAND, Augusto: 26, 35, 39, 40, 55, 59, 68, 72, 73, 76, 84, 85, 87, 100, 101, 102, 105, 106, 107, 108, 120, 122, 126, 127, 141, 146, 147, 161, 170, 178, 180, 221, 223, 245, 246, 247, 254, 255.

DURAND, Juan: 78, 79, 85, 102, 222, 226, 232, 233, 246, 268.
ECHENIQUE, Miguel: 216, 217, 230, 231, 232.
ESCARDÓ Y SALAZAR, Enrique: 128, 135, 136, 214.
FERRECCIO, Hipólito: 197.
FLÓREZ, Ricardo: 110, 128, 268.
FUCHS, Fernando: 59, 86.
FRANCO ECHEANDÍA, Alberto: 198.
GAMARRA, Manuel Jesús: 24.
GANOZA, Agustín G.: 103.
GAONA, Rodolfo: 160.
GARCÍA Y LASTRES, Aurelio: 63, 64, 101, 117, 126, 128.
GARCÍA Y LASTRES, Nicanor: 64, 145.
GARCILASO DE LA VEGA, Inca: 124.
GAZZANI, Fernando: 116, 224.
GIBSON, Percy: 184.
GONZÁLEZ, César: 145, 146.
GONZÁLEZ, Manuel Domingo: 198.
GONZÁLEZ, Miguel: 218, 219.
GUILLERMINA, reina de Holanda: 165, 166.
GUTARRA, Nicolás: 204, 238.
GUTIÉRREZ, Teodomiro: 240.
GRAU, Miguel: 37, 157, 218, 224, 225.
HERRERA, Teodoro: 242.
HINDENBURG, Pablo von: 61, 97.
HOHENZOLLERN, Guillermo de: 14, 17, 18, 60, 69, 72.
IDIÁQUEZ, Ismael de: 240.
IRIGOYEN CANSECO, Manuel: 78, 79, 194, 195, 196, 201, 222.
ISAAC: 43.
ISLE, Rouget de l': 87.
IZCUE, José A. de: 152.
JARA Y URETA, José María de la: 45.
LANATTA, Eduardo: 268.
LARCO HERRERA, Víctor: 226.
LA TORRE GONZÁLEZ, Agustín de: 211, 250.
LEGUÍA, Augusto B.: 6, 13, 19, 32, 34, 36, 39, 48, 77, 85, 92, 120, 124, 127, 133, 134, 142, 150, 155, 156, 160, 161, 162, 169, 177, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 188, 192, 193, 198, 203, 204, 205, 206, 208, 210, 211, 221, 226, 227, 229, 234, 236, 237, 240, 241, 243, 245, 248, 250, 251, 254, 257, 258, 259, 260, 262, 264, 266, 268, 273, 275.
LEGUÍA Y MARTÍNEZ, Germán: 211.
LEGUÍA, Roberto: 227.
LORENTE Y PATRÓN, Ricardo: 39, 68.
LORENTE Y PATRÓN, Sebastían: 56, 68, 71, 72, 73, 76, 99, 100, 102, 105, 106, 121, 143, 144, 169, 171.
LUDENDORFF, Heinrich von: 17.
LUJÁN RIPOLL, Róger: 132, 228.
LLOYD GEORGE, David: 86.
MANZANILLA, José Matías: 51, 226, 264, 265, 273.
MAÚRTUA, Víctor M.: 7, 18, 21, 22, 23, 38, 41, 42, 46, 57, 58, 60, 80, 87, 100, 102, 129, 130, 140, 165, 166, 172, 256, 257, 268.
MAVILA, Óscar: 209, 212, 213, 236, 273.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: 185.
METTERNICH–WINNEBURG, Clemente Lotario Wenceslao príncipe de: 54.
MIRÓ QUESADA, Antonio: 86, 87, 115, 145, 146, 178, 201, 202, 203, 204, 214, 215, 222, 237.
MIRÓ QUESADA, Óscar: 3, 4.
MIRÓ QUESADA, Luis: 25, 27, 28, 34, 63, 64, 76, 77, 101, 105, 117, 119, 120, 141, 194, 216, 221, 222, 223, 273.
MONTERO Y TIRADO, Manuel: 214.
MONTES DE OCA: 189.
MORÁN, Moisés: 197.
MUJICA, Elías: 220, 252.
MUÑOZ, Ezequiel: 126.
NEGRÓN, Humberto: 74, 75.
NIETZSCHE, Federico: 18.
"NIÑO GOYITO": 123, 124.
OLAECHEA, Manuel Augusto: 165, 273.
OSMA, Pedro de: 78, 149, 206, 221.
OSORES, Arturo: 9, 12, 36, 46, 60, 146, 237, 240, 257, 260.
PALACIOS, Alfredo: 186.
PARDO Y ALIAGA, Felipe: 123, 124.
PARDO, José: 7, 12, 14, 20, 27, 32, 33, 34, 39, 41, 44, 46, 57, 58, 60, 63, 65, 66, 68, 70, 71, 77, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 90, 92, 93, 95, 97, 98, 99, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 114, 115, 116, 123, 124, 125, 126, 127, 133, 134, 141, 145, 161, 163,

168, 169, 182, 192, 193, 202, 204, 205, 206, 208, 210, 214, 215, 224, 236, 246.
PARDO, Juan: 89, 209.
PATIÑO ZAMUDIO, Armando: 174.
PEÑA MURRIETA, Rodrigo: 89, 226.
PEREA: 224.
PÉREZ FIGUEROLA, Arturo: 131, 132, 152, 228, 229.
PÉREZ, Manuel Bernardino: 4, 5, 132, 152, 175, 225.
PIÉROLA, Isaías de: 9, 13, 15, 19, 92, 97, 149, 163, 164, 179, 180, 199, 200, 226, 234.
PIÉROLA, Nicolás de: 19, 20, 95, 146, 156, 177.
PINZÁS, Teobaldo: 17, 18, 27, 59, 72, 73, 76, 87, 90, 128, 194, 195, 222, 268, 269.
PIZARRO, José: 224, 225, 263.
PIZARRO, Gonzalo: 225.
POLO, Solón: 116.
PORRAS, Melitón F.: 220, 221, 240, 264, 265.
PRADO, Mariano Ignacio: 260.
PRADO Y UGARTECHE, Javier: 67, 87, 113, 139, 140, 146, 157, 177, 180, 217, 249.
PRADO Y UGARTECHE, Jorge: 27, 28, 34, 37, 69, 157, 221, 222, 223, 248, 249, 260, 261.
PRADO Y UGARTECHE, Manuel: 3, 4.
PRADO Y UGARTECHE, señores: 157, 158, 260.
QUÍMPER, Manuel: 13, 197.
RIVA AGÜERO, Enrique de la: 25, 26, 32, 35, 63.
RIVA AGÜERO, José de la: 26, 31, 35, 56, 83, 93, 94, 95, 123, 147, 157.
RODRÍGUEZ, César A.: 184.
ROMERO, Julián Guillermo: 220.
ROUSKAYA, Norka: 47, 174, 176.
RUIZ BRAVO, Pedro: 17, 197, 198.
SAGUIER: 184.
SALAZAR Y OYARZÁBAL, Juan de Dios: 23, 24, 89, 90, 152, 197, 198, 262.
SAYÁN Y PALACIOS, Samuel: 63, 64.
SECADA, Alberto: 24, 52, 53, 171, 198.
SEGUÍN, Alberto: 198.
SEOANE, Gonzalo: 116.
SOLF Y MURO, Alfredo: 112, 113, 114.
TELLO, Julio César: 198, 252.
TORRE BUENO, Felipe de la: 220, 221.
TORRES BALCÁZAR, Juan Manuel: 37, 38, 157, 158, 198, 213, 261.
TUDELA Y VARELA, Francisco: 41, 43, 44, 46, 57, 59, 80, 81, 87, 92, 99, 109, 110, 119, 120, 125, 144, 177, 184.
UGARRIZA, Pedro de: 47, 86, 138, 147, 160, 168.
ULLOA, Luis: 69, 171.
URQUIETA, Mariano Lino: 73, 76, 88, 102.
VALDELOMAR, Abraham: 150, 151, 152.
VALLE, Félix del: 42, 69.
VAN DER HEYDEN: 186.
VARELA Y ORBEGOSO, Luis: 113, 131.
VELARDE, Carlos A.: 44.
VELARDE, Lino: 44.
VERA, Mateo: 252, 253.
VILLANUEVA, Rafael: 29, 30, 208, 213, 226.
VILLARÁN, Manuel Vicente: 13, 25, 35, 63, 64, 77, 101, 105, 117, 165, 180.
VINELLI, Manuel: 128.
VIVANCO, Alejandro de: 198.
WILSON, Woodrow: 6, 7, 8, 11, 17, 18, 32, 43, 59, 60, 68, 70, 72, 73, 75, 86, 87, 99, 109, 113.
ZAPATA, Ernesto: 116.
ZULOAGA, Juan: 128, 189, 190, 208.

ÍNDICE

	Págs.
Nota Editorial	VII
Prólogo por Alberto Tauro	IX

VOCES

Aquí y allá	3
Día solemne	5
Paz en la tierra	7
Son de combate	9
Empieza la ofensiva	11
Ambiente pesado	13
Otra espera	15
Porfiado siempre	17
Otra carta	19
Un conflicto	21
La primera faena	23
Otra burbuja	25
Una maniobra	27
Jubilación voluntaria	29
Papeles, papeles, papeles	31
Apertura rápida	33
Cosas precarias	35
Ciudadano demócrata	37
Pases de tanteo	39
Gripe gubernamental	41

La gran embajada 43
Igual que ayer 45
Tantos de noviembre 47
Serenata 49
Carta sobre carta 52
Oración fúnebre 55
La crisis está allí 57
La paz del señor 59
In memóriam 61
El último candidato 63
Santo sonoro 65
Y no hubo nada 66
Un día grande 68
Nervios malos 70
El último junker 72
Alegres y fugitivos 74
Sin candidatos 76
Momento electoral 78
El gabinete 80
Cuatro, siquiera cuatro 82
Candidato augusto 84
Todos, menos uno 86
Otro intermedio 88
El destino avieso 90
Ritmos de primavera 92
Idas y venidas 94
Otro fracaso 97
Días febriles 99
Candidato evidente 101
Gran conferencia 103
Todos felices 105
Los dos candidatos 107
Crisis penosa 109
Solf, descartado 112
Gripe maligna 115
Candidato enfermo 117
Desde el "Ucayali" 119
Perfecto secretario 121

El Niño Goyito 123
Por fin 125
Carteras de viaje 127
El ministro bolchevique 129
Pisco, predilecto 131
Quebraderos de cabeza 133
Carrilano siempre 135
Candidato civilista 137
Magister dixit 139
Problema y problema 141
Canta y Pallasca 143
El senador secretario 145
Compás de espera 147
Candidato demócrata 149
Año nuevo 151
Los liberales dirán 153
Espectadores no más... 155
Una mudanza 157
Esperando el pacto... 159
Política procelosa 161
Arenga demócrata 163
Vacilante e irresoluto 165
Candidato siempre 167
Neutralidad risueña 169
El maximalismo cunde 171
Un paréntesis 173
"Yo soy aquel..." 175
Vísperas de mucho 177
Por fin 179
Hacia el Congreso 180
El orientalismo 181
La embajada 184
Ayer domingo 186
Durante el paro 188
Pasa un automóvil 189
Empieza junio 192
El burgomaestre 194
Los políticos del "Roma" 197

Tren de Ancón 199
Los delegados del pueblo 201
Ni una palabra 203
Problema eterno 205
Atmósfera guerrera 208
El gran Tribunal 210
La celebridad es así 212
Palabras, palabras, palabras 214
Contendores siempre 216
Senador propietario 218
Senador sin credenciales 220
Palabras textuales 222
El hombre del día 224
Dos telegramas 226
Diputado sin tacha 228
Niebla repentina 230
Don Juan, candidato 232
1º de julio 234
Otro panorama 236
Una nota sorpresiva 238
Leyendo el decreto 240
Período de cinco años 242
Mundo liberal 245
El leader joven 248
El general vicepresidente 250
Candidatura típica 252
Compás de espera 254
Provincia sobreviviente 256
La pareja constitucional 258
Ubicación histórica 260
Habla Cornejo 262
Política diplomática 264
El programa del tribuno 266
Viaje a la sierra 268
Democracia nueva 270
Cuatro ases 272
Veintiocho de julio 274
Mes de elecciones 276

Este Tomo 8 de ESCRITOS JUVENILES (Voces V) de José Carlos Mariátegui se terminó de imprimir el 31 de Mayo de 1994, por encargo de la Empresa Editora Amauta S.A., en los talleres de la Editorial Gráfica Labor S.A., sita en la Calle Uno Nº 146, Ate, Distrito de Vitarte, Lima, con Registro Industrial Nº 15–14457–G. L.T. 9812121. R.U.C. 10027675.

La corrección de pruebas estuvo a cargo de Jorge Rosales Hinojosa.

La carátula fue diseñada por Carlos González.

3 9001 03261 5414